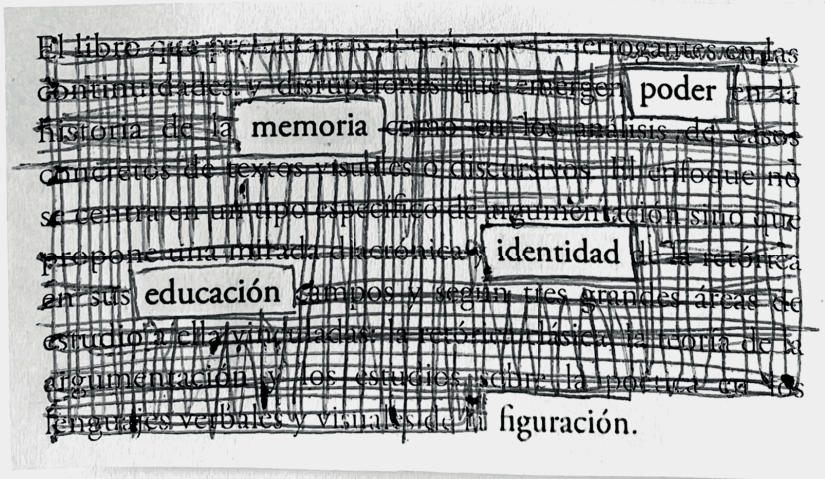


Entre retóricas: diacronías, lenguajes y disciplinas



Martín Acebal · Ivana S. Chialva · Cadina Palachi

**UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL**



Consejo Asesor
Colección Ciencia y Tecnología
Graciela Barranco
Ana María Canal
Miguel Irigoyen
Gustavo Ribero
Luis Quevedo
Ivana Tosti
Alejandro R. Trombert

Dirección editorial
Ivana Tosti
Coordinación editorial
María Alejandra Sedrán
Coordinación diseño
Alina Hill
Coordinación comercial
José Díaz

Corrección
Lucía Bergamasco
Diagramación interior y tapa
Nicolás Vasallo

© Ediciones UNL, 2022.

—
Sugerencias y comentarios
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial

Entre retóricas: diacronías, lenguajes
y disciplinas / Martín Acebal... [et al.];
editado por Martín Acebal; Ivana Selene
Chialva; Cadina Palachi. – 1a ed – Santa Fe:
Ediciones UNL, 2022.
Libro digital, PDF/A – (Ciencia y tecnología)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-749-366-5

1. Retórica. 2. Lenguaje. 3. Educación. I. Acebal,
Martín, ed. II. Chialva, Ivana Selene, ed. III.
Palachi, Cadina, ed.
CDD 808.0461

© Martín Acebal, Ivana S. Chialva,
Cadina Palachi, Marta Alesso, Emiliano Buis,
Mariano Dagatti, Pilar Gómez Cardó,
Romina Grana, Hubert Marraud,
Martín Menéndez, Jimena Morais,
Liliana Pérez, Kendall Phillips,
Gerardo Ramírez Vidal, Cristina Vela Delfa,
Alejandra Vitale, Julián Woodside, 2022.



Entre retóricas: diacronías, lenguajes y disciplinas

Martín Acebal
Ivana S. Chialva
Cadina Palachi
Editores

ediciones **UNL**

CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Índice

Prefacio / 6

1. Retórica y poder / 10

La retórica del poder y el poder de la retórica:
el prestigio del *logos* en el mundo griego antiguo / 11

Pilar Gómez Cardó

El poder de la retórica en las *Institutiones Oratoriae*
de Quintiliano: *movere adfectus audientis* / 25

Cadina Palachi y Jimena Morais

Las ruinas circulares. Las retóricas de la refundación
en la Argentina contemporánea / 39

Mariano Dagatti

2. Retórica y educación / 59

La fábula antigua: un ejercicio retórico entre
la educación infantil y la persuasión política / 60

Ivana S. Chialva

Usos y abusos de la palabra «retórica» / 74

Gerardo Ramírez Vidal

Estrategias del *pathos* en las redes sociales.
Emojis y otros graficones para la expresión de la emoción
en la comunicación digital / 93

Cristina Vela Delfa

3. Retórica e identidad / 104

Retóricas precoloniales: sensibilidades, percepciones
del otro y estrategias de control en la antigüedad griega / 105

Emiliano Buis

Latinitas. La construcción lingüística
de la identidad en la retórica latina / 124

Liliana Pérez

Reconocimientos interdisciplinarios para
la construcción de la identidad / 136

Romina Grana

4. Retórica y memoria / 147

Mnemosýne o la retórica anterior a la palabra escrita / 148

Marta Alesso

Retórica y memoria cultural. Sobre la memoria y la reminiscencia desde una perspectiva intermedial / 159

Julián Woodside

Memoria retórico-argumental, campo retórico y persuasión / 170

Alejandra Vitale

Towards a Rhetoric of No / 180

Kendall Phillips

5. Retórica y figuración / 191

Razones imaginadas. Introducción a la argumentación visual / 192

Hubert Marraud

Perspectiva y método. Multimodalidad, estrategias y recursos para el análisis discursivo / 211

Martín Menéndez

La aprehensión retórica: interpretación, resguardo y descripción del discurso figurado / 225

Martín Acebal

Sobre las autoras y los autores / 238

Prefacio

¿Qué espacios y lógicas de producción se configuran en los «entre» de las disciplinas y los lenguajes a lo largo de los tiempos? ¿Es siempre «una» esa retórica que se ofrece como práctica situada y objeto de saber?

El libro que presentamos aborda estos interrogantes en las continuidades y disrupciones que emergen tanto en la historia de la disciplina como en los análisis de casos concretos de textos visuales o discursivos. El enfoque no se centra en un tipo específico de argumentación sino que propone una mirada diacrónica y transdisciplinar de la retórica en sus múltiples campos y según tres grandes áreas de estudio a ella vinculadas: la retórica clásica, la teoría de la argumentación y los estudios sobre la poética en los lenguajes verbales y visuales.

Con el objetivo de poner en diálogo dichas áreas, destacadas y destacados especialistas reflexionan desde sus perspectivas específicas sobre temáticas transversales en los estudios retóricos: el poder, la educación, la identidad, la memoria y la figuración. Sus lecturas se ofrecen como un cristal donde cada interpretación se proyecta sobre las demás y posibilita conexiones y problemáticas que interrogan a la propia disciplina. Los hallazgos de esa puesta en común aportan una mirada transdisciplinar en cada uno de los cinco capítulos del libro. En este sentido, la obra colabora tanto con visibilizar la presencia de los estudios retóricos en diferentes carreras y ámbitos de investigación como con propiciar sus intercambios.

El título, *diacronías, lenguajes y disciplinas* presenta los ejes que estructuran los textos al interior de cada capítulo. De este modo, cada trabajo traza vínculos que continúan su problemática más allá del capítulo que lo con-

tiene: los campos comprometidos bajo los nombres de retórica – poder – educación – memoria – identidad – figuración generan series, cualquiera sea el orden dado a esos términos, que no pueden interrumpirse o discontinuarse.

En el capítulo *Retórica y poder*, los trabajos ahondan y analizan el complejo vínculo entre el saber persuasivo de la palabra y el poder político en las diferentes formas de gobierno, democráticas e imperiales. Ya sea en la palabra pública del sofista o el consejo del *pepaideuménos*, la *auctoritas* del orador como *vir bonus* o de la propaganda visual en las campañas políticas actuales en Argentina, la inscripción del poder en la retórica produce una figura autorizada que detenta un *saber decir* o una autoridad del *decir* por sobre otros discursos. La complementariedad entre ambos componentes de la unidad es trabajada aquí en sus diversas aristas. Pilar Gómez Cardó aborda la indisoluble cooperación entre el *poder de la retórica* y la *retórica del poder* en la Atenas clásica y la Roma imperial por quienes potencian la capacidad de seducción y la magia de la palabra como vía del pensamiento. Cadina Palachi y Jimena Morais se centran en la relación del léxico del poder referido a la capacidad del orador de saber *movere adfectus* y su rol central en la educación retórica para la vida política. Mariano Dagatti, por su parte, dilucida la construcción de las memorias e identidades en las cuales se inscriben quienes enuncian los relatos de refundación de los ciclos políticos en la Argentina del siglo XXI.

En el capítulo *Retórica y educación*, los artículos de Ivana S. Chialva, Gerardo Ramírez Vidal y Cristina Vela Delfa abordan este eje desde tiempos, culturas y soportes muy diversos: desde la educación performática oral en la democracia ateniense y los manuales escolares antiguos del Imperio a las redes sociales en el mundo contemporáneo. *Entre* esos contextos una problemática persiste: cómo ciertas retóricas monológicas (políticas, culturales, incluso educativas) formulan posicionamientos dicotómicos que invalidan aquello que construyen como «otro», con lógicas absolutas e irreconciliables. Ante esa escisión, la retórica abordada desde la educación más democrática debe matizar las antinomias y posibilitar las miradas del disenso con el desafío de construir ciudadanía y lógicas plurales donde convivan las diferentes voces en tensión.

En el capítulo *Retórica e identidad* se analizan las configuraciones que las lenguas y los géneros discursivos (literarios, judiciales, retóricos, entre otros) realizan modelando el concepto de «lo propio» en una cultura (lo propio étnico, lingüístico, político, sexual) frente a un «otro» que congrega aquellos sentidos de los cuales pretende diferenciarse. Así, surgen diferentes representaciones de la identidad: el varón ateniense político, imperialista,

sexual–insertivo; el latín y la configuración de la *latinitas* como paradigma de una corrección lingüística–retórica–ética; el hombre español civilizado frente al criollo, el aborígen, etc. Los trabajos de Emiliano Buis, Liliana Pérez y Romina Grana, en diferentes áreas, profundizan en esas configuraciones a la vez que reflexionan sobre las metodologías y abordajes para hacer legibles sus mecanismos de composición.

En el capítulo *Retórica y memoria*, los artículos de Julián Woodside, Marta Alesso, Alejandra Vitale y Kendall Phillips desarrollan los posibles abordajes de esta dupla. La memoria es, así, tanto recuerdo —*mnéme*—, como reminiscencia —*anámnesis*—; requiere no solo ser resguardada, sino también convocada al presente a través de una cierta mediación retórica. A la vez, la figura mítica de *Mnemosýne*, madre de las Musas, constituye a la memoria en un espacio ambiguo, contradictorio, paradójal, al cual los discursos concurren para moldearla según sus intereses o para sembrar sospechas sobre su vigencia. Desde una perspectiva retórico–argumental, la memoria es también un espacio de productividad discursiva, una matriz que permite la elaboración de estrategias retóricas asociadas a una determinada ideología. Finalmente, ciertas retóricas también pueden consistir en la misma negación de la memoria, constituirse en un modo de confrontar un presente sin construir en sus discursos un pasado común o prefigurar un futuro deseado. Materia a resguardar o rechazar, espacio paradójal y productivo, los trabajos de este capítulo nos invitan a ver los tratamientos posibles que las retóricas pueden hacer de la memoria.

El capítulo *Retórica y figuración* reúne los trabajos de Salvio Martín Menéndez, Hubert Marraud y Martín Acebal. Los textos exploran nuevos modos de pensar los discursos que se constituyen en objeto del análisis retórico. Marraud despliega las herramientas conceptuales para poder reconocer y evaluar la capacidad argumentativa de ciertas imágenes. El texto muestra las tensiones que surgen entre autoras y autores al momento de considerar el carácter independiente o subsidiario al discurso verbal de la argumentación visual. Menéndez, por su parte, propone salvar estas tensiones a través de una perspectiva multimodal, que inscribe a piezas como los afiches cinematográficos en un espacio de negociación entre las opciones de los lenguajes —visual y verbal— y la necesaria adaptación a un registro y un género que estabiliza y convencionaliza la producción de discursos en un determinado espacio social. Acebal trata otro de los límites con los que lidian los estudios retóricos, aquel que postula cuándo es que un discurso es tomado socialmente como figurado, portador de una significación alternativa y cuáles son las implicancias de este tratamiento retórico. La figuración de los discursos se vuelve, en este capítulo, una ins-

tancia para reflexionar acerca del poder de los lenguajes, de sus jerarquías teóricas y los modos de apropiación de sus productos.

Desde la Grecia y la Roma antiguas a las redes, a través de soportes renovados y recursos multimedia, la retórica se diversifica y se refunda para materializarse en diferentes áreas, objetos y problemáticas. Este libro se propone brindar formas de pensar estas secuencias proteicas y abordar las temáticas que siempre han asediado a la retórica —el poder, la educación, la memoria, las imágenes—. De este modo, cada trabajo abre líneas de investigación, espacios de diálogo y nuevas preguntas en un campo disciplinar en constante expansión.

1. Retórica y poder

La retórica del poder y el poder de la retórica: el prestigio del *logos* en el mundo griego antiguo

Pilar Gómez Cardó · Universidad de Barcelona

Nihil est tam incredibile quod non dicendo fiat probabile
«No hay nada tan increíble que la oratoria no haga verosímil»

Cicerón, *Paradojas de los estoicos* 3

Todavía hoy, cuando a menudo se constata una notable indiferencia por el uso del lenguaje, el término «retórica» está bien presente en los medios de comunicación, analógicos o digitales, aunque estos lo emplean no tanto para referirse al «arte de bien decir» (una de sus acepciones, según la RAE), o a la teoría de la composición literaria y de la expresión hablada como para indicar vacuidad, sofisterías o razones que no son del caso. Así, al asociar los términos *retórica* y *poder*, aparecen títulos con una evidente dimensión política: «¿Dominan nuestros políticos la retórica?», «Consistencia retórica y el poder del *Yés, we can*»; otros están relacionados con la publicidad —«*This is living*: las promesas genealógicas en la retórica publicitaria de PlayStation»—, con el cine —«El poder de la retórica», sobre la película *Le brio*, donde la palabra se presenta como una pragmática herramienta social—, o con el arte y la literatura —«Retórica y poder de León Ferrari, en el Reina Sofía», referido al collage literario *Palabras ajenas*, un alegato contra la cínica retórica de las buenas intenciones políticas.

En estos titulares, seleccionados al azar, la aparente equivalencia entre los dos sintagmas que encabezan este trabajo, cuando se intercambian el sustantivo regente y el sustantivo regido —la retórica del poder, el poder de la retórica—, quizá solo se debe al hecho de que el propio término *retórica* denota una amplia gama de fenómenos: discurso y oratoria, partes y teorías del discurso, géneros en prosa, lenguaje figurativo, prácticas pedagógicas, uso estratégico del lenguaje, persuasión, esto es, muchas formas de ser y de actuar en el mundo (Poulakos, 2007:20). Por otra parte, el sintagma *retórica del poder* podría adoptar, a su vez, otras múltiples variantes: *retórica contra el poder*, *para el poder*, *bajo el poder*, etc. No obstante, una vinculación, amplia, entre *retórica* y *poder* —poder esencialmente político, pero también religioso, educativo, cultural, amoroso, mediático— no debería extrañar, porque todo poder genera un discurso totalizante, una determinada retórica, sobre la base de su fuerza intrínseca como arma e instrumento de comunicación —aparejo del lenguaje, entonces—. Desde sus inicios, la retórica estuvo estrechamente unida al desarrollo de la vida política y, no en vano, el éxito de su estelar aparición, en el contexto del mundo griego antiguo, coincide con la consolidación de la polis como forma de organización humana, en particular con el asentamiento de la estructura democrática de que se dotó la ciudad-estado por excelencia, Atenas (López Eire, 2000:48–52; Ramírez Vidal, 2001:86–89).

Este trabajo se centrará en destacar, a modo de díptico, algunos trazos de la proximidad entre retórica y poder en dos momentos distintos del mundo griego antiguo: la Atenas de época clásica (siglo V a. c.) y la época de la Segunda Sofística (siglo II d. c.). En cada uno de ellos, debido a su distinta coyuntura política, la magia de la palabra parece, *a priori*, inclinarse, respectivamente, en el sentido de retórica del poder o en el del poder de la retórica, aunque ambos sintagmas no son, en modo alguno, excluyentes ni opuestos.

Discurso y polis

Retórica es el arte de convertir un acto de habla en discurso persuasivo. Etimológicamente, la palabra retórica es la forma femenina del adjetivo ῥητορικὸς («propio de quien habla en público») y, en el contexto de la polis, ese emisor de un mensaje se identifica con quien perora en la asamblea; en definitiva, con el hombre político. Como suele acompañar al sustantivo τέχνη («habilidad para ejecutar algo»), la revolución sofística del siglo V a. c. significó que esa habilidad en el ámbito de la pragmática del discurso podía ser aprendida y, en consecuencia, podía enseñarse.

Maestros de la palabra

Cuando el dominio de la palabra pierde el carácter privativo de estar reservado a los «nobles» (*áristoi*) y se democratiza al ser accesible a todos los ciudadanos, nace entonces una relación mercantil en torno al aprendizaje y uso de la palabra: por una parte, el maestro, el sofista, cobra por sus enseñanzas —Protágoras es consagrado por Platón como el inventor del papel del sofista profesional— y, por otra, el «ciudadano» (*polítes*) puede saberse autosuficiente para hacer fértiles, en la discusión sobre cualquier tema, las armas de la argumentación aprendidas.¹ De este modo, el conjunto de procedimientos y de recursos de que se sirve el arte de la palabra, pueden integrarse en la formación del ciudadano. Y la palabra siempre fue —y sigue siéndolo— un instrumento poderoso (López Eire, 1995:9–12).

Los sofistas —tan demonizados por la historia de la filosofía— fueron los fundadores del pensamiento retórico. Para ellos no existe una verdad unívoca, porque no entienden la excelencia, la virtud (*areté*) como bondad desde una perspectiva ética, sino como el conocimiento y la habilidad para tener éxito desde una perspectiva práctica; y su énfasis en la retórica se apoyaba en convencer de alguna de las cosas verosímiles que se pueden expresar con el lenguaje, como ilustra el anónimo tratado sofístico *Discursos dobles* (Δισσοὶ λόγοι) cuando a propósito de lo bello y lo feo enuncia:

Yo creo que si alguien ordenase a todos los hombres reunir en un solo lugar todas las costumbres que cada uno considera feas y escoger, después, de entre ese montón aquellas que cada uno considera bellas, no quedaría ni una sola, sino que entre todos se repartirían todas (*Dialex.* 2.18).

Gorgias en su *Encomio de Helena* afirma: «sobre muchas cuestiones, la mayor parte de la gente entrega su alma a la opinión como consejera» (*Hel.* 11). La «opinión» (δόξα) se opone a la «verdad» (ἀλήθεια), y es vacilante e insegura, proyectando también en quien se sirve de ella situaciones vacilantes e inseguras. En el sistema democrático de la polis ateniense era obligado dominar las artes del discurso para convencer, seducir y hacer triunfar la propia opinión en la asamblea de ciudadanos. Porque la virtud del *lógos* se canaliza a través de la «persuasión» (πειθώ), que genera en el oyente «extravío» (ἀμάρτημα) y «engaño» (ἀπάτη). Pero, incluso cuando el *lógos* reproduce fielmente la realidad externa, puede no ser más que ilu-

¹ Además, con esa relación mercantil, la palabra es definitivamente desacralizada, al no ser ya fruto de la inspiración divina, como antes lo fueran los versos del poeta, cuya voz estaba al servicio del poder: en los poemas homéricos, los aedos Femio y Demódoco viven en y para el palacio nobiliario de Odiseo en Ítaca (*Od.* 1.325–364, 22.302–279), o el de Alcínoo en el país de los Feacios (*Od.* 8.71–119, 256–369, 469–571).

sión. Por ello, la verosimilitud debe ser la cualidad fundamental de un discurso retóricamente concebido.²

Esta concepción propia de la retórica trasciende, sin duda, el campo de la elocuencia e invade otros distintos como el de la representación plástica. Cuando conceptos como persuasión, ilusión y engaño se aplican, por ejemplo, al arte de la pintura, se descubre que también insignes pintores griegos, coetáneos de los sofistas, en paralelo estético con estos, explotaron bien su papel de magos y encantadores, de creadores de confusión: los pájaros picoteaban las uvas pintadas por Zeuxis, aunque este cayó en el engaño de la tela pintada por Parrasio.³ Así, los más reputados pintores de la Atenas clásica no se mostraron ajenos al pensamiento de su época, e incluso aprovecharon la tendencia de los sofistas para valorar el placer como un bien indiscutible e independiente de la verdad y de la utilidad, al introducir el planteamiento subjetivo en el criterio estético. En consecuencia, los conceptos de *bello* o de *feo* no serían nociones absolutas, sino relativas y supeditadas al momento, oportuno o inoportuno, en que algo ocurre o se percibe. Porque la mentira y el engaño se profieren en virtud del principio de la «oportunidad» (καιρός), esencial en la vida social, fundamental en la vida política.

Tal vez los sofistas podían parecer poco éticos,⁴ pero eran precisos al definir las prácticas colectivas en términos de sus motivaciones reales: «el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son porque son, y de las que no son porque no son», según reza el dicho atribuido a Protágoras.⁵ En cambio, para Platón, muy crítico con esta visión, la retórica era solo un recurso expresivo subsidiario del cometido filosófico de descubrir verdades, ya que para él la dialéctica es, precisamente, el arte superior del λόγος.⁶ Ello explica que el filósofo desterrara a los poetas y a los creadores de imágenes de su ciudad ideal, aunque acabó admitiendo que para resolver los asuntos políticos —de la polis— no bastan las verdades absolutas, sino que la mentira y el engaño pueden ser un remedio útil, si en ellos se descarta toda dimensión ética y se propicia, en cambio, un valor técnico que aporte

² Como prescribe la preceptiva retórica; cf. Theon 79.28–29, 84.19–21 Spengel.

³ La famosa anécdota sobre la rivalidad de ambos pintores es referida por Plin. *Nat.* 35.65.

⁴ A propósito de la relación entre ética y retórica desde los más antiguos sofistas hasta Platón, Day (2007:378–392) argumenta que la oratoria proporciona una evidencia histórica clave sobre las normas y los valores éticos anticipados en el discurso de las élites en la sociedad griega. Además, dicho discurso puede convertirse en el sujeto de una evaluación ética crítica por parte de otras élites.

⁵ Sexto Empírico (*M.* 7.60) refiere que esta sentencia encabezaba una de las obras del sofista, titulada *Refutaciones*; cf. D.L. 9.51.

⁶ Cf. *Pl. R.* 7.531d–533d.

alguna ventaja (Martínez de la Escalera, 2005:227–229). De ahí también el enfrentamiento, en el siglo IV a. c., entre Platón e Isócrates por controlar la educación de la ciudadanía, cuando el longevo orador reclama para su *paideía* el nombre de φιλοσοφία, frente a la sabiduría teórica de Platón, dado que no existe un «conocimiento absoluto» (ἐπιστέμη) y es necesario atenerse a la «opinión» (δόξα). No obstante, Isócrates no fue un mero artesano de seducción, en el sentido negativo con que Platón define la retórica («artífice de persuasión y de creencia, pero no maestra sobre lo justo y lo injusto», *Grig.* 455a), sino que defiende la utilidad y el provecho inherentes a toda *paideía*, es decir, a una educación adecuada y correcta, que en su ideario y obra es inseparable de la competencia para construir bien el discurso (Gómez, 1991:59; Poulakos, 2007:20–23).

Retórica visual del poder

La necesidad de una formación oratoria para los líderes de la Atenas clásica es patente en las *Vidas* que Plutarco (siglo I–II d. c.) escribió sobre los forjadores del imperio ateniense en el siglo V a. c., destacando el papel esencial de la retórica en su educación y carrera política (Gómez, 2014:13–15). Sobre los maestros de Pericles, refiere que el músico Damón, al que llama «sofista», lo entrenaba e instruía «como si fuera un atleta de la política» (*Per.* 4.2); y también explica que, de Anaxágoras, sacó útil provecho para el arte de la palabra y «siempre, al dirigirse a la tribuna, rogaba a los dioses que no le saliera sin querer ni una palabra discordante con el tema propuesto» (*Per.* 8.6).⁷ Dicho de otra manera, según Plutarco, Pericles era plenamente consciente de que la precisión en la elaboración del discurso era garantía de éxito en la tribuna.

Sin el peso de la oratoria en la vida pública y política en la Atenas del siglo V y IV a. c., difícilmente pueden entenderse las *Filípicas* de Demóstenes, o los discursos que Tucídides incluye en su *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Es emblemático, al respecto, el pronunciado por Pericles en el Cementerio del Cerámico como homenaje a las víctimas del primer año del conflicto entre Atenas y Esparta.⁸ El λόγος ἐπιτάφιος, una pieza de oratoria solemne, no quedaba limitada a la exhibición oratoria ante los ciudadanos, sino que reforzaba de modo muy particular la construcción ideológica de la ciudad (Loroux, 1981). Era, por lo tanto, parte esencial de la retórica

⁷ Hasta tal punto que nada dejó por escrito salvo los decretos, según refiere el biógrafo (Plu. *Per.* 8.7).

⁸ Cf. Th. 2.35.46.

del poder. En el 431 a. c. tal ocasión de virtuosismo oratorio brindó al estadista —y sobre todo al historiador— la oportunidad de definir el espíritu de la democracia ateniense, los valores que regían la vida de sus ciudadanos y explicaban la grandeza alcanzada por la ciudad. El orador político debía con sus palabras conmover el ánimo del auditorio —como también debía hacerlo un orador forense ante los jueces de un tribunal—, pero el género del discurso por los caídos en guerra actuaba como instrumento de cohesión ciudadana y reclamo político.⁹ En las formas oratorias de época clásica, el cautiverio del alma a través de la palabra que reclamaba Gorgias ya sirvió, de forma eficaz, también a la propaganda política, a la ideología; dicho de otro modo, al servicio de eso que ahora se da en llamar *el relato*, entendido este específicamente como la construcción de *un* determinado relato en el ámbito político, para crear *la versión* que pasará a la historia, ganar simpatías de la opinión, buscar apoyo popular interior y exterior, calar en sectores influyentes de la sociedad, entre otras motivaciones (Van Dijk, 2009).

En el mundo griego, la interpretación atenocéntrica de la historia configura *ese relato* e identifica la retórica del poder, que también tenía otras formas de discurso. Pericles, a pesar de la ardua oposición de sus enemigos, selló *su discurso político* con la construcción de grandes monumentos que debían otorgar el mayor encanto y belleza a Atenas para provocar admiración entre los demás hombres, pero sobre todo debían ser el veraz y único testimonio «a favor de Grecia de que no fue mentira aquel poder que se le atribuye y la antigua prosperidad» (*Per.* 12.1). Cabe destacar que el léxico utilizado por Plutarco para designar tan controvertida acción de Pericles, contiene términos como ἡδονή («placer», «encanto»), κόσμος («adorno», pero también «orden») o ἐκπληξις («admiración», pero más bien «conmoción mental»), y coincide con el usado por Gorgias al describir y descubrir el poder de la palabra.¹⁰ Asimismo, un motivo recurrente en el proyecto imperialista de Atenas, apadrinado por el triunfo sobre los Persas en las Guerras Médicas, fue la creación de una imagen negativa del bárbaro en interés de la polis y de su simbolismo como estructura social y política, surgiendo numerosas representaciones plásticas alusivas a la lucha contra el bárbaro, como los frisos del templo de la Victoria, en la Acrópolis, decorados con la batalla de Maratón (Gómez, 2020a:94). Este suceso histórico del año 490 a. c. era uno de los motivos pictóricos que también ador-

⁹ Como señala Arbea (2012:2), el λόγος ἐπιτάφιος, escrito por Tucídides, «constituye un originalísimo ejemplo de conciencia ciudadana y un modelo de reflexión política alentada por una optimista confianza en las posibilidades del hombre y en el progreso de la cultura humana».

¹⁰ Cf. Gorg. *Hel.* 1 y 10; *Pal.* 18, así como Plu. *de glor. Ath.* 348 C [= GORG. D35 Laks–Most].

naban, al norte del Ágora, el Pórtico Pecile (Ποικίλη Στοά), donde estaban pintados, según la descripción de Pausanias (1.15.1–3), otros temas del mito y de la historia de Atenas. Igualmente, la decoración escultórica del templo dedicado a Hefesto y a Atenea —el Hefesteion o Teseion, levantado entre el 449–415 a. c.— permite identificar, en las metopas del lado este, diez de los doce trabajos canónicos de Heracles y trabajos de Teseo en otras ocho —cuatro en el lado norte y cuatro, en el sur—. La combinación de hazañas protagonizadas por ambos héroes míticos conforma una premeditada superposición de la figura de Teseo sobre la de Heracles en la construcción de un *relato* sobre el valor civilizador de Atenas, dado que el templo propone, con valor ejemplar, la tarea civilizadora del panhelénico Heracles en el centro y, a ambos lados, la de Teseo, fundador del estado (πολιτεία) ateniense (Oliveira, 2014:43–45; Gómez, 2020b:189–190). En Delfos, Atenas erigió, costeándolo con la décima parte del botín conseguido en la batalla de Maratón, el Tesoro de los atenienses, cuya profusa decoración en frontones y metopas remitía también, entre otras, a las gestas de Heracles y de Teseo. Todos estos temas esculpidos o pintados en distintos monumentos ofrecían modelos de comportamiento a los ciudadanos atenienses, en particular a los jóvenes.

Siglos después, el emperador Augusto, con el firme propósito de devolver una identidad a los romanos tras la crisis social y política de fines de la República, creó también un nuevo lenguaje iconográfico como refinado aparato de propaganda, siendo posiblemente el *Ara Pacis*, inaugurado por el propio emperador el año 9 a. c., el mejor símbolo de la paz y la prosperidad que su reinado había traído a Roma (Zanker, 1992).

Así pues, el camino de seducción y convicción mediante el *lóγος*, emprendido por los iniciadores de la retórica sofística —el siciliano Córax y su discípulo Tisias— a mediados del siglo v a. c., cuando la palabra se convirtió en elemento indispensable para la obtención del poder, coincidiendo con la transición de un modelo político de tiranía a uno democrático, estuvo acompañado como todavía hoy, en el siglo XXI, por la seducción y convicción a través de la imagen.

Palabra sofisticada e Imperio

Cuando las circunstancias políticas enmudecieron la asamblea ciudadana —primero con el advenimiento de la monarquía macedónica, después con los reinos helenísticos y, finalmente, con la conversión de Grecia en una provincia del Imperio romano—, el aprendizaje de la retórica se refugió —como explica Cicerón en el *Brutus*— en la escuela del rétor, donde perdido su valor como

herramienta imprescindible para incidir en las decisiones de los ciudadanos, para lograr una eficiente intervención en la vida pública y social, se convirtió en un bien en sí misma, en el valor supremo y elemento nuclear de la *paideía*.

Exhibición retórica en escena de élite

En ese contexto, Vanderspoel (2007:127–129) incluso habla de una revolución educativa que hizo cada vez más técnicos el estudio y la práctica de la retórica. De este modo, aunque el carácter político de la retórica griega cautivó también a Roma (Connolly, 2007:144), sin embargo, en el marco de la tradición y de la literatura griega, desaparecida la identidad política de la polis tal como fue concebida en época clásica, los oradores del período imperial —sofistas de una nueva época, como explica Filóstrato al definir la Segunda Sofística (vs 482)— se diferenciaban de Gorgias y de sus seguidores, quienes habían desarrollado los temas (ὑποθέσεις) de sus discursos «conforme a su opinión» (κατὰ τὸ δόξαν), porque en sus declamaciones se limitaban a encarnar tipos —el pobre, rico, el noble, el tirano— y a presentar motivos extraídos de la historia griega «según reglas» (κατὰ τέχνην).

Mediante el dominio de unos códigos discursivos, aprendidos y ejercitados en la escuela del rétor, en el siglo II d. c. la retórica consolida su autoridad en la formación y educación de los jóvenes del Imperio, también en la creación literaria, y deviene instrumento primordial para obtener y mantener una posición elevada dentro de la sociedad, acrecentando considerablemente «la estima de la oratoria deliberativa y la reputación de los sofistas que recorrían el imperio dando muestras de su brillante elocuencia con sus discursos de aparato» (González Julià, 2009:160).

Luciano de Samosata (siglo II d. c.), escritor griego, nacido en la provincia romana de Comagene, en Siria, ilustra este contexto formativo, literario y social cuando plasma el señorío absoluto del λόγος, su poder infinito, con una imagen plástica que él asume «dibujar con palabras» (*Rh.Pr.* 6): Retórica es representada como una opulenta dama, muy bella, que en una encumbrada cima reina rodeada de fama, riquezas, poder y elogios, sosteniendo en su mano el cuerno de Amaltea; y esa cima es la meta que cualquier orador —léase también, escritor y hombre de letras— debe alcanzar para lograr la felicidad suma y la admiración de todos. En otra obra, Luciano explica cómo él mismo renunció al oficio familiar de escultor y se convirtió en uno de los sofistas conferenciantes que recorrían las ciudades del Imperio, tras la visión, durante un sueño, de dos mujeres que rivalizaban por captar su atención y atraerlo a su causa respectiva. El aspecto de la primera mujer —una personi-

ficación de Escultura— era descuidado y su expresión verbal tan tosca como sus manos, ajadas por el trabajo, llenas de yeso; en cambio, la noble y elegante apariencia de la segunda —se trataba de Παιδεία en persona— cautivaron al todavía muy joven e inexperto escultor, cuando con una bella dicción le detalla qué perderá si renuncia a frecuentar la escuela de retórica, y le anuncia qué obtendrá junto a ella: honores, fama, elogios, riqueza, distinciones, aplausos y admiración, por doquier y —esto es significativo— acompañados siempre de poder (Gómez, 1994:207–209). Porque los nuevos sofistas exhibían sus habilidades oratorias y su vasto conocimiento de la tradición literaria y cultural griega, improvisando sobre un tema o con un discurso previamente preparado, en sesiones declamatorias, ante una numerosa concurrencia o frente a un público selecto. En estos espectáculos de la palabra, la fuerza del λόγος fue capitalizada para atraer audiencias, diríamos hoy.

El sofista devino un nuevo actor que sobre la escena de la declamación se encarnaba en sus personajes. Sin embargo, los representantes de la Segunda Sofística debían su fama y reputación —y, en consecuencia, también sus relaciones con el poder— no solo a los discursos, sino a su oficio de educar a los jóvenes que querían potenciar habilidades retóricas, porque el nivel cultural de cada ciudadano era determinante en su estatus social, y porque eran los hombres instruidos en una educación basada en la tradición literaria —se autodenominaban πεπαιδευμένοι («los que han sido educados»)— quienes dirigían la sociedad. Además, en época imperial, rétores o filósofos ejercían como maestros públicos pagados con fondos oficiales y con donaciones privadas; en Roma, había dos cátedras públicas de retórica, una griega y otra latina, —ocupada esta durante veinte años por Quintiliano—; Marco Aurelio creó para Atenas otras cátedras públicas; y los sofistas en época de Vespasiano, Adriano, Antonino Pío y Cómodo disfrutaron incluso de la exención de impuestos y de participar en las llamadas liturgias o aportaciones económicas para sufragar determinados servicios (Criatore, 2001:63). La retórica era, pues, una disciplina que se enseñaba, se aprendía y se practicaba porque transmitía valores morales y sociales (Kaster, 2001:334; Connolly, 2007:154).

Y de vuelta con el poder

El prestigio de estos sofistas generaba estrechos vínculos con los círculos de poder y con los emperadores mismos. Elio Aristides (siglo II d. c.), a quien Filóstrato calificó como «el más versado de los sofistas» (τεχνικώτατος σοφιστῶν, vs 585), y su familia gozaron de la ciudadanía de Cícico y Esmirna, a pesar de no haber nacido en ellas. Aristides incluso era llamado «fundador»

de Esmirna, porque con sus palabras y escritos impresionó tanto al emperador Marco Aurelio que este prometió reconstruir la ciudad tras el devastador terremoto del año 178 d. c. (Gómez, 2020c:87–90). No obstante, el talento oratorio también fue, en algunas circunstancias, motivo de aflicción para los oradores, en esa cercanía al poder. Es el caso de Dión, nacido en Prusa, en la provincia romana de Bitinia, apelado Crisóstomo («Boca de oro») por su incontestable elocuencia. Como miembro de una rica familia de notables, tenía concedida la ciudadanía romana y gozó del favor de los gobernadores de su provincia y de los emperadores Vespasiano y Tito, pero fue expulsado de Italia y de Bitinia por Domiciano, y posteriormente rehabilitado por Nerva y Trajano. Sus obras pertenecen al género de la retórica epidíctica, pero en ellas aborda temas morales, filosóficos y políticos, y sus discursos ilustran el papel del orador en la vida pública de la ciudad durante el Imperio: a veces se presenta como un benefactor y agradece el reconocimiento recibido; en otras ocasiones, se queja de la ingratitud de los ciudadanos. Pero, al mismo tiempo, Dión es consciente de su tarea como educador de la colectividad para preservar el orden social y, coherente con ello, mediante sus palabras exhorta al cultivo de las virtudes cívicas cuando trata de animar a los miembros de una comunidad a mantener buenas relaciones con sus vecinos, o utiliza su habilidad comunicativa para denunciar la bajeza moral imperante y contribuir a la necesaria reeducación de los ciudadanos. Su condición de orador le permite incluso dirigirse abiertamente al emperador Trajano con el fin de aconsejarlo y, a la vez, elogiar los valores de la cultura griega recuperados por el poder romano. En esos cuatro discursos *Sobre la realeza* (Περὶ βασιλείας) Dión cede su voz a hombres del pasado —Diógenes, Sócrates, Alejandro— y este recurso, que no es solo retórico, le permite tomar distancia respecto de su propio presente.

No cabe duda de que la retórica, también en época imperial, tuvo algo que aportar al debate sobre el poder. A menudo se habla de una decadencia de la retórica en relación con el poder, por la casuística y las características específicas del régimen imperial y de su organización, aunque la práctica de pronunciar discursos sobre la base de escenarios ficticios permite también contemplar la complejidad de una exhibición oratoria, con sus múltiples niveles de lectura y capas superpuestas de motivos e intenciones, de modo que cualquier *performance* sofisticada compromete diversas disciplinas: la propia retórica, la literatura, el derecho, la ética (Amato, Citti y Huelsenbeck, 2015:1–6); incluso, la religión, dado que también el cristianismo se sirvió de modelos y mecanismos retóricos griegos, para consolidar su difusión y arraigo aprovechando la fuerza y el vigor todavía muy vivos de la palabra en los primeros siglos de nuestra era (Quiroga Puertas, 2019).

De este modo, el ejercicio retórico *Acerca de la ley* (Περὶ νόμου), que propone debatir sobre leyes como argumento de una declamación, afirma: «una ley es una resolución, con carácter público, de una colectividad o de un hombre ilustre, no circunscrita a un tiempo, de acuerdo con la cual deben vivir los miembros de una comunidad» (Theon *Prog.* 128.23–27 Spengel). No obstante, cuando un orador, a través de la ficción oratoria, simula revisar leyes ya establecidas, o bien proponer una nueva, quizá también puede motivar una reflexión sobre aspectos legales reales y contemporáneos. Asimismo, en la oratoria, retórica y literatura de época imperial hay frecuentes alusiones a gobernantes y a hombres poderosos, con especial atención a la figura del tirano (Mestre y Gómez, 2009:93–108; Tomassi, 2015:249–268), aunque el objetivo prioritario de esta iteración no fuera solo describir en sus pormenores la tiranía como forma de gobierno propia del arcaísmo griego, en un afán de anticuarismo literario. Por el contrario, cuando se menciona la consideración social, fuerza y poderío de Fálaris de Agrigento, Dionisio de Siracusa, Polícrates de Samos, Pítaco de Mitilene —del mismo Pericles, incluido por Luciano en la nómina de sus tiranos—, estas evocaciones se convierten en un señuelo para meditar —e ironizar, al menos en el caso de Luciano— sobre la vacuidad y el carácter efímero del poder por el que tanto se afanan los hombres en general, y particularmente el tirano, cuya figura encarna la máxima expresión de tal ahínco y ambición porque ejerce el poder de forma absoluta (Mestre, 2016:41–54; Tomassi, 2017:320–345). De este modo, la membranza del pasado histórico, a través de tiranos y de ilustres estadistas, permite igualmente justificar, aceptar o criticar —aunque esta crítica deba ser, a menudo, disimulada— el presente del Imperio, como ilustran de forma ejemplar las *Vidas paralelas* de Plutarco. Si la retórica se consolidó al amparo de la polis, el polígrafo de Queronea crea un *relato* muy particular para dibujar una idea de «hombre político» (ἄνθρωπος πολιτικός, es decir, vinculado a la ciudad), alimentada por el pasado, pero plenamente coetánea. Plutarco no rescata la herencia griega mediante la fuerza de su λόγος, impregnado de retórica por nostálgica evocación, sino que la pone al servicio de la ciudad contemporánea, del siglo I y II d. c., en la línea de la acción política de recuperación helénica, promovida por emperadores como Trajano y Adriano, cuyo *relato* abonaba la existencia de una heredad común a Grecia y a Roma,⁴¹ y el sentimiento de que la civilización debía ser en adelante

⁴¹ Este *relato* se descubre también en la monumentalización de que fueron objeto, en el siglo I–II d. C., las ciudades del Imperio como Hiérapolis, Afrodisias, Éfeso, Side, entre muchas otras, e incluso Atenas donde la puerta de Adriano, al pie de la Acrópolis, se erige, a modo de piedra miliar, para señalar el paso de la ciudad de Teseo a la del Imperio.

grecorromana, vivida en un mismo universo moral. Porque aquello que otros hacen y defienden a través de la acción, Plutarco lo vive a través del relato; y escribiendo describe cómo ambas culturas se presentan cada una frente a la otra como en un juego de espejos: Grecia y Roma, cuando Grecia forma ya parte del Imperio romano. De este modo, su mundo contemporáneo trasluce también en la imagen ideal del ἀνὴρ πολιτικός que encarnan en mayor o menor grado los protagonistas plutarqueos, y es fruto de ese bien irremplazable que es la *paideía*, asentada en la palabra, en la cual se fundan la conservación del pasado y las respuestas a cuestiones actuales, en el presente de Plutarco; igualmente, en el nuestro.

Epílogo

El proyecto *Vidas paralelas* exalta a individuos —hombres de estado y oradores— de quienes depende la salvaguarda de la ciudad y de sus conciudadanos, tarea considerada ya en el siglo v a. c. como la más digna para un hombre libre. En época del Imperio, los obstáculos que debieron superar los biografiados por el queronense, pueden servir de espejo también a los defectos del nuevo régimen, denunciados —por encima de cualquier artificio retórico— en los tratados políticos de Plutarco y en los discursos de Dión de Prusa, y extraer razones para superarlos.

En el ideal cívico inherente a la tradición grecolatina, la palabra, el discurso, la retórica, el λόγος, con su fuerza de seducción, engaño, magia e ilusión, fue siempre determinante. El poder de la retórica no puede aislarse de la retórica del poder, de cualquier poder. Si la retórica es un arte, y el arte —como, al parecer, afirmaba Picasso— «es una mentira que nos acerca a la verdad», sea concedido, al menos, el beneficio de la duda al arte de los sofistas.

Referencias bibliográficas

- Amato, Eugenio, Citti, Francesco y Huelsenbeck, Bart (Eds.) (2015).** *Law and Ethics in Greek and Roman Declamation*. De Gruyter.
- Arbea, Antonio (2012).** El discurso fúnebre de Pericles. *Estudios Públicos*, 11, 1–10.
- Connolly, Joy (2007).** The New World Order: Greek Rhetoric in Rome. En Worthington, Ian (Ed.). *A Companion to Greek Rhetoric* (pp. 139–165). Blackwell.
- Cribiore, Raffaella (2001).** *Gymnastics of the mind: Greek Education in Hellenistic and Roman Egypt*. Princeton University Press.
- Day, Janet (2007).** Rhetoric and Ethics from the Sophists to Aristotle. En Worthington, Ian (Ed.). *A Companion to Greek Rhetoric* (pp. 378–392). Blackwell.
- Gómez, Pilar (1991).** Παιδεία y literatura: el discurso isocrático. *Anuari de Filologia* 14D(2), 53–70.
- Gómez, Pilar (1994).** De Musa a Paideia, a propósito de la Vida de Luciano. En *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos* (pp. 205–211). Madrid: Ediciones Clásicas.
- Gómez, Pilar (2014).** Introducción. En Gómez, Pilar; Leão, Delfim Ferreira y de Oliveira Silva, Maria Aparecida (Coords.). *Plutarco entre mundos. Visões de Esparta, Atenas e Roma* (pp. 13–29). Coimbra University Press.
- Gómez, Pilar (2020a).** Maratón en el recuerdo: emblema y tópico entre la Atenas clásica y la Grecia romana. *Prometheus*, 46(1), 90–111.
- Gómez, Pilar (2020b).** Heracles como paradigma: presencia y función del héroe tebano en las *Vidas* de Plutarco. En Clúa Serena, Josep Antoni (Ed.). *Mythologica Plutarchea. Estudios sobre los mitos en Plutarco* (pp. 181–194). Ediciones Clásicas.
- Gómez, Pilar (2020c).** Elio Aristides: el sofista enfermo y el elixir de la palabra. En Baracat Júnior, José Carlos y de Oliveira Silva, Maria Aparecida (Orgs.). *A escrita grega no Império Romano. Recepção e transmissão* (pp. 87–109). UFRGS Editora.
- González Julià, Lluís (2010).** El precio de las palabras: salarios y contratos de sofistas y maestros en los documentos papiáceos. *CFC(g): Estudios griegos e indoeuropeos*, 20, 159–178.
- Kaster, Robert (2001).** Controlling Reason: Declamation in Rhetorical Education at Rome. En Too, Yun Lee (Ed.). *Education in Greek and Roman Antiquity* (pp. 317–337). Brill.
- López Eire, Antonio (1995).** *Actualidad de la retórica*. Hespérides.
- López Eire, Antonio (2000).** *Retórica y comunicación política*. Ediciones Cátedra.
- Loroux, Nicole (1981).** *L'Invention d'Athènes. Histoire de l'oraison funèbre dans la «cité classique»*. Mouton Éditeur/Éditions de l'EHESS.
- Martínez de la Escalera, Ana María (2005).** Mentir en la vida política. *Isegoría*, 32, 227–234.
- Mestre, Francesca (2016).** Il potere politico in Luciano: sovrani, governatori e potenti. *Annali Online Lettere Università degli Studi di Ferrara (AOFL)*, 11(2), 41–54.
- Mestre, Francesca y Gómez, Pilar (2009).** Power and abuse of power in the works of Lucian. En Bartley, Adam (Ed.). *A Lucian for our Times* (pp. 93–108). Cambridge Scholars Publishing.
- Oliveira, Loraine (2014).** O jovem Teseu: do reconhecimento paterno ao reconhecimento político. En Gómez, Pilar; Leão, Delfim Ferreira y de Oliveira Silva, Maria Aparecida (Coords.). *Plutarco entre mundos. Visões de Esparta, Atenas e Roma* (pp. 31–48). Coimbra University Press.
- Poulakos, Takis (2007).** Modern Interpretations of Classical Greek Rhetoric. En Worthington, Ian (Ed.). *A Companion to Greek Rhetoric* (pp. 16–24). Blackwell.
- Quiroga Puertas, Alberto (2019).** *The Dynamics of Rhetorical Performances*. Routledge.
- Ramírez Vidal, Gerardo (2011).** La dimensión política de la retórica griega. *Rétor*, 1(1), 85–104.

Tomassi, Gianluigi (2015). Tyrants and Tyrannicides: Between Literay Creation and Contemporary Reality in Greek Declamation. En Amato, Eugenio; Citti, Francesco y Huelsenbeck, Bart (Eds.). *Law and Ethics in Greek and Roman Declamation* (pp. 249–268). De Gruyter.

Tomassi, Gianluigi (2017). La satira del potere: Luciano e gli Antonini. En Camerotto, Alberto y Maso, Stefano (Eds.). *La satira del successo. La spettacolarizzazione della cultura nel mondo antico (tra retorica, filosofia, religione e potere)* (pp. 317–350). Mimesis.

Van Dijk, Teun (2009). *Discurso y Poder*. Gedisa.

Vanderspoel, John (2007). Hellenistic Rhetoric in Theory and Practice. En Worthington, Ian (Ed.). *A Companion to Greek Rhetoric* (pp. 124–138). Blackwell.

Zanker, Paul (1992). *Augusto y el poder de las imágenes*. Grupo Anaya.

El poder de la retórica en la *Institutio oratoria* de Quintiliano: *movere adfectus audientis*

Cadina Palachi y Jimena Morais · Universidad Nacional del Litoral

En la historia de la retórica en Roma se hace evidente que esta siempre ha ido acompañada de un poder que, de una manera u otra, ha inquietado a quienes se sentían responsables de la *res publica*. En *Rhetoric at Rome*, Clarke (1953:5) sostiene que

the art of persuasion is always with us, though it assumes new forms and is called by new names, such as advertising and propaganda. The spoken word is still a power, especially since broadcasting made us once more a listening rather than a reading people. But rhetoric as the ancients knew it, the systematic study of the art of argument and expression, has certainly passed away.

Es por esto que Clarke recomendó volver al mundo clásico grecolatino en busca de una manera de *hacer con la palabra* que hoy puede enseñarnos mucho. También Perelmann y Olbrecht-Tyteca (1990) han sostenido la necesidad de retomar el tipo de argumentación que propusieron griegos y romanos, especialmente cuando se trata de argumentar en las disciplinas científicas.

En la reconstrucción de los momentos decisivos de la historia de la retórica, especialmente de la introducción de esta disciplina en Roma, se hace evidente que es percibida como un elemento peligroso o, por lo menos,

disruptor. Entre los comentarios de autores latinos que se han referido a los comienzos de la retórica en Roma, recordamos que Suetonio señaló que esta disciplina, como la gramática, al principio se mantuvo desconocida y que hizo su «humilde» entrada durante la primera mitad del siglo II antes de nuestra era. La retórica llegó a Roma cuando esta entró en contacto con la sofisticada cultura griega, que ya había comprendido y explotado el «arte de hablar», un sistema que, según ya se preveía, encontraría en la activa y poderosa república un mercado para sus productos (*market for their wares*, Clarke, 1953:10). Sin embargo, esta entrada en Roma no solo fue humilde sino también difícil: por ejemplo, en el año 161 antes de nuestra era el Senado dio poder al pretor Marco Pomponio para expulsar a filósofos y rétores; con este decreto se evidenció el rechazo que generaba la práctica de la retórica y, tal vez, los griegos que la enseñaban.¹

Otro punto a recordar es que en ese momento histórico se trataban por igual —o se confundían— a retóricos y filósofos, pero Quintiliano tendrá una visión muy diferente de la situación y, por tal motivo en la *Institutio* insiste en diferenciar la retórica de la filosofía. Así, la formación del orador perfecto —quien no solo debe poseer la capacidad (*facultas*) de decir, sino todas las virtudes del alma y ser un hombre honrado— únicamente puede ser confiada a los oradores, que son quienes sí poseen las virtudes necesarias, no así los filósofos. Así, entre los muchos fragmentos en que Quintiliano se ocupa de describir al perfecto orador, dice: *qui esse nisi vir bonus non potest* (*Inst.* I.Pr.9) y *non dicendi modo eximiam in eo facultatem, sed omnis animi virtutes exigimus* (*Inst.* I.Pr.10).²

Está claro que la introducción de la retórica en Roma fue tarea ardua, aunque la práctica de este arte llegó a gozar de mucho prestigio durante el siglo I a. c. y el uso de la palabra elocuente era fundamental en la toma de decisiones políticas durante el pleno ejercicio de las instituciones republicanas. Sin embargo, en el siglo I d. c., con la nueva forma de gobierno en

¹ Otro suceso que muestra que los romanos, desde el comienzo, tenían conciencia del poder de la retórica fue el edicto que en el año 92 a. C. los censores Licinius Crassus y Domitius Ahenobarbus emitieron para desaprobación la enseñanza de la retórica.

² «Quien no puede serlo si no es un hombre bueno» (*Inst.* I.Pr.9) y «no sólo exigimos en él la eximia facultad de decir, sino también todas las virtudes del alma» (*Inst.* I.Pr.10). Todas las traducciones presentadas del texto de Quintiliano son propias.

Otro fragmento en el que Quintiliano expone su postura sobre las debatidas diferencias entre los filósofos y los rétores: *neque enim hoc concesserim, rationem rectae honestaeque vitae, ut quidam putaverunt, ad philosophos relegandam, cum vir ille vere civilis et publicarum privatarumque rerum administrationi accomodatus, qui regere consiliiis urbes, fundare legibus, emendare iudiciis possit, non alius sit profecto quam orator* (*Inst.* I.Pr.9).

la que el emperador tenía la palabra final sobre las decisiones, puede resultar interesante preguntarse por su valor e incluso por la necesidad que podía tener alguien de poseer los conocimientos que constituían el cuerpo de los saberes que Quintiliano llama «retórica».

En este artículo nos interesa responder a la pregunta ¿qué tipo de poder detenta la *scientia*, en tanto un corpus de conocimientos, y la práctica retórica en el contexto del Imperio? Para responder, parcialmente, proponemos una lectura de *Institutio Oratoria* de Quintiliano en la que vamos recogiendo algunos de los términos latinos que pertenecen al campo semántico del *poder*. Tal como señala Steel (2001), en esta época la retórica conservaba valor como posibilidad de llegar a ser un hombre influyente o bien como profesor, un trabajo prestigioso. Clarke (1953) dice que el poder de la retórica está sobre todo en la enseñanza.

La retórica entre *docere*, *delectare* y *movere*

Es frecuente observar la relación que establece Quintiliano entre la pérdida del poder de la retórica y la decadencia moral de quienes se dedican a esta *scientia* —en términos de Quintiliano— y la insistencia de este autor en que la finalidad de la retórica es «decir bien» (*bene dicere*) y no «persuadir», y que *bene dicere* solo puede hacerlo un *vir bonus*. Podría pensarse que si la retórica conserva algún poder es el relacionado con la educación del *vir bonus* y, de hecho, esta es una tarea prestigiosa.

La pregunta que nos interesa aquí se refiere a qué poder tiene la retórica en el ámbito del Imperio, es decir, en el contexto en que Quintiliano la enseña. Dice Clarke

In the new world of Augustus there was no room for such a figure (orator). The Emperor himself set the tone in cultivating a direct matter-of-fact way of speaking, in which the graces of style were sacrificed to intelligibility. But the ancient world could not so easily turn its back on the past. (1953:100)

En esta línea, retomamos lo que sostiene Meador en su artículo «Quintiliano y la *Institutio oratoria*» (en Murphy, 1989:212), quien explica que en el siglo I d. c. con la caída de la República la oratoria romana perdió sus «materiales», y en medio de ese contexto de «decadencia» social en el que se perdió la libertad política y se observaba una «degradación» de las costumbres, la oratoria romana también fue afectada severamente. Sin embargo, siguiendo a Meador, resulta irónico que esa llamada «decadencia» de la oratoria en

Roma se da al mismo tiempo en el que esta disciplina se convertía en la más importante en la educación romana.

Vemos aquí cómo entonces se vincula el ejercicio de la retórica, o la posibilidad de ejercerla, y la enseñanza de la misma. Un punto interesante que señala Steel (2001) es que tanto Cicerón, como Salustio y Livio consideran que el concepto de «imperio» no depende del territorio, sino del poder ejercido por los individuos. Los problemas que se presentan son vistos como el resultado de «fallas personales» más que como el resultado de estructuras endémicas del gobierno. Entonces, piensan que hay una conexión entre el cambio de gobierno de la República al Imperio y la degeneración moral. La relación entre el paso de las instituciones republicanas al Imperio y la relajación moral parece estar muy cerca del planteo de Quintiliano de que esa misma relajación moral es la causa de la decadencia de la retórica. Sin embargo, está claro que las instituciones requieren el uso de la palabra para resolver la toma de decisiones sobre la vida de los sujetos, en tanto que durante el Imperio quien toma las decisiones es quien detenta la autoridad.

Nuestra hipótesis es que en la obra de Quintiliano se puede leer, más allá de su definición claramente orientada a sostener la idea de que solo el *vir bonus* puede *bende dicere*, que el gran poder de la retórica reside en mover los ánimos, esto es, *movere adfectus*. ¿Es bueno o malo «conmover»? Esta será una cuestión que Quintiliano planteará varias veces en su *Institutio* y consideramos que es muy importante atender, porque justamente en esa capacidad de *movere adfectus* puede hallarse, quizás, la posibilidad de la vuelta a un gobierno republicano. Así, la hipótesis que sostenemos es el hilo conductor de una lectura de la *Institutio* que va rastreando en el texto los términos latinos en el campo semántico del poder: *potestas*, *potentia*, *imperius*, *imperare*, *dominare*, *facultas*. Tal lectura revela que en el texto de Quintiliano estos términos se asocian con la idea de *movere adfectus*. Hasta tal punto es poderosa y central esta capacidad que de la triple finalidad de la retórica, es decir, *docere*, *movere* y *delectare*, los términos asociados a la fuerza y el poder están siempre en relaciones sintácticas estrechas con el *movere*.

Dice Quintiliano: «Hay tres cosas que debe aportar el orador: enseñar, mover, deleitar» (*Tria sunt item quae praestare debeat orator, ut doceat moveat delectet. Inst. 3,5.2*). La afirmación de Quintiliano³ de que una vez que el oyente quiere algo cree en eso, y que lograr que los oyentes quieran algo se puede hacer por medio de la conmoción de los afectos deja suficientemente clara la

³ Estas funciones de la retórica ya habían sido marcadas por Cicerón en *De optimo genere oratorum*.

importancia de lograr la finalidad de *movere*: *Adfectus praestant, ut etiam velint; sed id, quod volunt, credunt quoque* (Inst. 5.2.5), es decir que «los afectos otorgan que también lo quieran; y, sí, eso que quieren, lo creen también».

Quintiliano también le imprime importancia a la *actio*, es decir, a la puesta en escena del discurso, a la *performance*. El calagurritano, al ocuparse de la *declamatio*, sigue en este punto algunos de los postulados de Aristóteles en su estudio de las pasiones del auditorio, y así se ocupa no solo de la forma y el contenido del discurso, de la τέχνη ῥητορική, sino también de una parte del ἦθος del enunciador y los *adfectus*. La *actio*, esa etapa final del hecho retórico, la «quinta parte» de la retórica, se convierte así en un momento del discurso en el cual *movere* es central. Dominik (1997:49) afirma que

Although didactic discourse was still composed during the empire, postclassicism contributed to and reflected the shift in interest from docere, the didactic function, to delectare and movere, the aesthetic and emotional functions of an oral or written text. The emphasis was upon the immediacy of the subject's experience —the spontaneous thought or emotion as it was being imagined or felt, rather than on the final, ordered expression of a fixed idea or feeling.

Vemos en diferentes autores la preocupación por las relaciones entre esos tres vértices de la retórica. Dominik señala aquí el cambio desde la función didáctica de la retórica al interés por las funciones estética (*delectare*) y emocional (*movere*).

Entonces bien, si en la época de Quintiliano no quedaba lugar para el debate público, si como dice Menéndez Pelayo a la retórica «le faltó materia viva en que ejercitarse, silencioso como estaba el foro y pacificada la elocuencia, lo mismo que todos los demás tumultos de la antigua vida republicana, por la omnipotente voluntad del César» (1943:196), parece claro que en el siglo I el ámbito de la retórica es el judicial. Aun así, Quintiliano insiste en señalar que la finalidad del orador no se centra en lograr la persuasión, dado que quien puede *bene dicere* no siempre logrará conseguir que el juez le dé la razón. Si el objetivo del orador se centra en la operación de «decir bien», aunque no se consiga persuadir, ¿podría tomarse la medida del «bien decir» a partir del *movere*? Dice Quintiliano *qui vero iudicem rapere et in quem vellet habitum animi posset perducere, quo dicente flendum irascendum esset, rarus fuit. Atqui hoc est quod dominetur in iudiciis: haec eloquentia regnat* (Inst. 6.2.3),⁴ es decir que quien pueda motivar al juez y llevarlo al estado del alma

⁴ Es oportuno señalar que Alfonso Ortega Carmona titula este Capítulo 2 del Libro Sexto «Sobre la conmoción de los afectos».

que él quiera, de modo que lllore o se encolerice, ha sido raro; pero precisamente esto es lo que es dominado en los tribunales: esta elocuencia «reina».

Ahora bien, ¿quiénes pueden conmover al auditorio, sea este integrado por jueces o por otros actores políticos? Para esto es interesante distinguir, con Quintiliano, a quienes conocen la *scientia* de quienes son simples practicantes, pues la retórica es una *scientia*, un conjunto de saberes bien articulados. La fuerza (*vis*) del discurso (*oratio*) que logra conmover los afectos solo la puede lograr un verdadero conocedor de la *scientia*. ¿Es el *movere* propio de *vires boni*? La respuesta a esto la da Quintiliano de una manera indirecta:

Fortuna vero tum dignitatem adfert, ut in regibus principibusque (namque est haec materia ostendendae virtutis uberior), tum quo minores opes fuerunt, maiorem benefactis gloriam parit. Sed omnia quae extra nos bona sunt quaeque hominibus forte optigerunt non ideo laudantur quod habuerit quis ea, sed quod iis honeste sit usus (Inst. 3.7.13),

si bien el elogio no está en poseer bienes, sino en haberlos utilizado de manera honorable; es decir, no es tanto el usar de la capacidad para conmover lo que es en sí mismo bueno o malo, todo depende del uso que el orador sea capaz de hacer de esta *facultas*.

Las formas de nombrar y construir poder en la *Institutio*

Para este trabajo hemos realizado una lectura del texto de Quintiliano con una metodología propia del análisis del discurso; nuestro objetivo ha sido descubrir qué términos en el campo semántico del poder se utilizan para expresar lo que mejor define a la retórica y en especial la finalidad o el objetivo al que tiende. Revisamos los términos utilizados para referirse al poder (político) y hemos observado aquellos que se relacionan con la *scientia bene dicendi* y en qué sentido se relacionan con ella. Esta lectura nos ha llevado a entender que para Quintiliano el poder de esta *scientia* está en «conmover».

Es necesario aclarar que este «conmover», en tanto mover el ánimo del auditorio, ya estaba presente en autores anteriores, de hecho Cicerón es el modelo que sigue en varios sentidos Quintiliano, pero está claro que nuestro autor escribe en un momento histórico en el que el Imperio se ha consagrado, la retórica tiene un estatuto bien diferente al de su origen y esplendor. En la época de Quintiliano son los padres los que envían a sus hijos a estudiar retórica, precisamente porque esta *scientia* es considerada necesaria. Es más, en la propuesta de Quintiliano, en su intento de dejar atrás esa deca-

dencia de la retórica y reivindicarla, la define como una *scientia bene dicendi* y enfatiza en la noción de *scientia* como identificable con *virtus*.

¿Está el poder de la retórica en su capacidad para cambiar algo respecto del parecer de los oyentes? La insistencia de Quintiliano en no definir la retórica por la capacidad de persuadir, ya que hay otras cosas que persuaden —el dinero, la presencia de una persona, su rostro, etc.—, pero que no pueden ser consideradas como retórica, permiten suponer que la retórica tiende a otro objetivo, posiblemente, el poder de la palabra retórica estriba en su capacidad para construir un discurso (*oratio*) que, usado correctamente, sea también capaz de mover los afectos.

Potestas

Uno de los términos que, sin dudas, se asocian con el poder es el sustantivo *potestas*. El significado de *potestas* se puede asociar a un cargo oficial, o el poder de un vencedor, la autoridad paterna. En la mayoría de sus usos guarda relación con un poder que otorga la ley.

Cuando se refiere a la utilidad de la retórica, Quintiliano se pregunta *an utilis rhetorice*, es decir, si es útil la retórica. Dice que la utilidad puede llevar al orador a defender causas falsas contra verdaderas y se refiere a aquellos que, sirviéndose de su elocuencia, pernicioso no solo para personas individuales sino para los intereses públicos, perturbaron o derrumbaron las constituciones de los Estados, por lo que la retórica fue desterrada del Estado de los Lacedemonios y también de Atenas, donde estaba prohibido al abogado agitar los sentimientos; por así decirlo se hallaba recortado su poder:

Et his adiciunt exempla Graecorum Romanorumque, et enumerant qui perniciose non singulis tantum sed rebus etiam publicis usi eloquentia turbaverint civitatum status vel everterint, eoque et Lacedaemoniorum civitate expulsam et Athenis quoque, ubi actor movere adfectus vetabatur, velut recisam orandi potestatem. (Inst. 2.16.4)

El argumento de Quintiliano contra esta prohibición es que si se deben prohibir todas las cosas que pueden ser perjudiciales, muchas de las cosas más necesarias para la vida pueden resultar extremadamente peligrosas. Los alimentos, los remedios, hasta los edificios pueden ser peligrosos, pueden estar envenenados, derrumbarse.

La defensa de la oratoria es fuerte, Quintiliano piensa que, de no ser por la capacidad de la palabra para movilizar a los oyentes, no se podrían haber

fundado las ciudades, ya que la muchedumbre sin rumbo no se habría organizado, si no se «hubiese sentido conmovida por la palabra llena de arte», así como ni los legisladores habrían logrado, sin «la extraordinaria fuerza de su discurso», que los hombres se sometieran por sí mismos a la servidumbre política del derecho:

Equidem nec urbium conditores reor aliter effecturos fuisse ut vaga illa multitudo coiret in populos nisi docta voce commota, nec legum repertores sine summa vi orandi consecutos ut se ipsi homines ad servitutem iuris adstringerent. (Inst. 2.16.9)

Cuando se refiere a Cicerón, su modelo, Quintiliano dice que «es tanta su autoridad» que de él se ha dicho que «Cicerón no es ya el nombre de un hombre, sino el de la elocuencia» (*ut Cicero iam non hominis nomen, sed eloquentiae habeatur Inst. 10.1.112*) y pregunta «¿quién puede enseñar con mayor exactitud, mover con más vehemencia?» (*nam quis docere diligentius, movere vehementius potest? Inst. 10.1.110*).

¿Cómo logra el discurso *movere adfectus* si no tenemos poder sobre ellos? La pregunta de Quintiliano sobre cómo conmover los sentimientos es explícita y en ella emerge la noción de *potestas*: *at quo modo fiet, ut adficiamur? neque enim sunt motus in nostra potestate (Inst.6.2.29)*. Es interesante la respuesta que da: es el poder del discurso para crear realidades lo que permite este objetivo: lo que los griegos denominan *phantasías* (llamémoslas nosotros «visiones», «imaginaciones»), por las cuales así se hacen tan vivas en el espíritu las representaciones de cosas ausentes, que parece las estamos percibiendo con nuestros ojos y las tenemos presentes: si alguien las captara perfectamente, habrá una suma potencia en las manifestaciones de sus afectos:

Quas φαντασίας Graeci vocant (nos sane visiones appellemus), per quas imagines rerum absentium ita repraesentantur animo ut eas cernere oculis ac praesentes habere videamur, has quisquis bene ceperit is erit in adfectibus potentissimus. (Inst. 6.2.29)

La capacidad de la palabra para crear estas visiones es central, ya que de ella se deduce que la *ἐνάργεια* (que Cicerón llama *inlustratio* y *evidentia*), no parece tanto «decir» sino «hacer ver»: *insequetur ἐνάργεια, quae a Cicerone inlustratio et evidentia nominatur, quae non tam dicere videtur quam ostendere (Inst. 6.2.32)*. Parece que mostramos más que hablamos. Y los afectos se conmueven por esto que parecen estar viendo: *et adfectus non aliter, quam si rebus ipsis intersimus, sequentur*.

En el capítulo 16 del Libro Segundo Quintiliano se explyea respecto de la importancia que tiene el lenguaje para expresar el pensamiento y «lo que

concebimos en nuestra mente» (*quae concepissemus mente promere etiam loquendo possemus*) y la *ratio* que nos fue dada nos asemeja más a los dioses que al resto de los animales, por este motivo, poder representarse las ideas mediante la *ratio* y poder expresarlas mediante el lenguaje nos hace superiores. Para Quintiliano, entonces, aventajar a otros hombres en lo que nos hace superiores al resto de los animales hace a la retórica una capacidad fundamental, ya que si nada mejor que el lenguaje hemos recibido de los dioses, ¿qué otra cosa tan digna de cultivo y trabajo?

quare si nihil a diis oratione melius accepimus, quid tam dignum cultu ac labore ducamus aut in quo malimus praestare hominibus, quam quo ipsi homines ceteris animalibus praestant? (Inst. 2.16. 17)

Es nuestra capacidad para expresar con palabras las imágenes que podemos generar en nuestra mente lo que nos lleva a tener la *potestas* de mover los afectos de otros.

En este punto juega también un rol importantísimo la forma en que se pronuncia el discurso, ya que esa realidad que se proyecta en dichos discursos tiene por sí misma una maravillosa fuerza y poder, importa más el modo en que transmitimos las cosas referidas, pues así cada uno se siente movido según lo que oye: *Habet autem res ipsa miram quandam in orationibus vim ac potestatem: neque enim tam refert qualia sint quae intra nosmet ipsos composuimus quam quo modo efferantur: nam ita quisque ut audit movetur* (Inst. 10.3.2).

Facultas

El término *facultas* también se relaciona con el poder de la palabra. El *Oxford Latin Dictionary* la define como «capacidad», «habilidad», «poder». Una capacidad, en el contexto griego —del que la retórica latina es heredera—, es una δύναμις. Y la δύναμις ῥητορική ha sido identificada, a partir de los textos aristotélicos, como equivalente a τέχνη, un saber de lo particular, opuesto a la ἐπιστήμη, que permite articular y sistematizar la facultad, ya que una τέχνη «o bien lleva a la perfección lo que la naturaleza no puede acabar, o bien imita a la misma naturaleza» (Granero, 2005:III); es decir que sin la facultad no se puede establecer ningún arte. En la *Institutio* advertimos que, en el sentido que le da Quintiliano, la capacidad de la palabra elocuente es en sí misma una forma del poder de la oratoria; no es casual, creemos, que se encuentren casi como una colocación las expresiones *facultas orandi* y *facultas eloquendi*. De tal forma que encontramos en el ya citado

Libro Segundo (*Inst.* 2.16.19) que la *facultas orandi* permite a Pericles no solo hablar sino «relampaguear y tronar» (*ut non loqui et orare, sed, quod Pericli contigit, fulgere ac tonare videaris?*)

Si bien Quintiliano da cuenta en reiterados pasajes de la necesidad de «no improvisar», también reconoce que se debe lograr que el orador esté tan formado que sea capaz de improvisar si así lo requiere la ocasión. Los momentos graves, de crisis, en los que hace falta un hombre capaz de tranquilizar, dar ayuda, dirigir a los otros, son la oportunidad para que se haga evidente la *facultas dicendi* que le dé el poder de hablar sin un discurso previamente pensado y elaborado. Esta capacidad de hablar improvisando es el máximo fruto del estudio y del largo trabajo, y quien no la alcanzase debería, según Quintiliano, renunciar al oficio civil:

Maximus vero studiorum fructus est et velut primus quidam plius longi laboris ex tempore dicendi facultas; quam qui non erit consecutus, mea quidem sententia civilibus officiis renuntiabit (*Inst.* 10.7.1)

Es la *facultas dicendi* la que le permitirá al orador ser la clase de hombre que se requiere en los momentos difíciles, «un hombre en cuya palabra se puede confiar», «dirigir rumbo a un puerto»:

Vix enim bonae fidei viro convenit auxilium in publicum polliceri quod praesentissimis quibusque periculis desit, intrare portum ad quem navis accedere nisi lenibus ventis vecta non possit (*Inst.* 107.2)

Hay un requisito que Quintiliano le impone al orador: que no se traicione a sí mismo, que crea en lo que dice, porque son solo las palabras en las que uno cree las que pueden llevar a otros a aceptarlas. La habilidad de hablar, la *facultas dicendi*, llega a su mayor expresión cuando el orador siente lo que dice, por lo que la capacidad de *movere* también está relacionada con los propios afectos del orador.

Como hemos dicho, el término *facultas* se asocia al de δύναμις, y este ha ocupado un lugar central en los estudios retóricos ya que Aristóteles lo emplea en la definición misma de retórica, en la que especifica que dicha disciplina es precisamente una δύναμις.⁵ Racionero (2007) traduce esta defi-

⁵ Ἐστω δὴ ἡ ῥητορικὴ δύναμις περὶ ἕκαστον τοῦ θεωρῆσαι τὸ ἐνδεχόμενον πιθανόν. τοῦτο γὰρ οὐδεμιᾶς ἐτέρας ἐστὶ τέχνης ἔργον· τῶν γὰρ ἄλλων ἐκάστη περὶ τὸ αὐτῇ ὑποκείμενόν ἐστιν διδασκαλικὴ καὶ πειστικὴ, οἷον ἰατρικὴ περὶ ὑγιεινῶν καὶ νοσηρῶν (*Rhet.* I 2 1 1355b25–29).

nición aristotélica como «entendamos por retórica la facultad de teorizar lo que es adecuado en cada caso para convencer», por lo que la retórica es considerada una facultad, una capacidad. En Cicerón encontramos un uso y una concepción de este término en la misma línea de Aristóteles, pero recordemos que el rétor latino además de definir la retórica como una *facultas*, clasifica esta disciplina en el marco de las ciencias del Estado (*ratio civilis*): *civilis quaedam ratio est, quae multis et magnis ex rebus constat. eius quaedam magna et ampla pars est artificiosa eloquentia, quam rhetoricam vocant. (...) quare hanc oratoriam facultatem in eo genere ponemus, ut eam civilis scientiae partem esse dicamus* (*De Inv.* 1.5.6), y así la retórica ciceroniana es una *facultas oratoria* que forma parte de la *ratio civilis*.

Vemos así que Quintiliano se diferencia del uso que el término *facultas* había recibido en la tradición retórica. Si bien esta voz aparece en la *Institutio*, su uso es más acotado y no integra la definición misma de retórica que postula Quintiliano, sino que el calagurritano asocia la capacidad de decir, la *facultas dicendi*, a la acción y finalidad de *movere adfectus*, a ese poder de la retórica de mover los afectos.

Vis, dominare, imperare

Otros términos que dan cuenta del poder que se encuentra en la palabra elocuente, son *vis* (fuerza) y verbos como *regnare*, *dominare* e *imperare*. Nuestra lectura de los términos con que Quintiliano se refiere al poder, la fuerza, el dominio de la retórica, nos permite comprender que el objetivo de *movere adfectus* está presente en todas las operaciones de construcción del discurso que el orador tiene que hacer.

El *orator* es un verdadero hacedor del discurso, no solo en el momento de la *inventio*, la *dispositio* y la *elocutio*, sino que en las instancias de la *memoria* y la *actio* solamente quien posee la *scientia*, el conocimiento y la facultad retórica, puede *movere adfectus*: *ubi vero animis iudicium vis adferenda est et ab ipsa veri contemplatione abducenda mens, ibi proprium oratoris opus est* (*Inst.* 6.2.5), es decir que la tarea propia del orador es llevar con fuerza —incluso ejercer violencia sobre— el ánimo de los jueces y apartar su mente de la contemplación de la verdad. Es realmente notable esta fuerza, esta *vis*, con que Quintiliano describe la acción de la retórica, ya que esta tiene el poder de conducir el pensamiento de los magistrados: *quo nihil adferre maius vis orandi potest: nam cetera* (*Inst.* 6.2.3)

A propósito del verbo *dominare* en la *Institutio*, este presenta un número destacable de ocurrencias. Así observamos que Quintiliano lo usa para

poner énfasis en la *actio*, ya que en la puesta en escena del discurso el orador debe dominar la expresión de su rostro para mostrarse suplicante, triste, alegre, humilde, porque de estas expresiones están atentos los oyentes ya antes de que un orador empiece a hablar: *Dominatur autem maxime vultus. Hoc supplices, hoc minaces, hoc blandi, hoc tristes, hoc hilares, hoc erecti, hoc summissi sumus* (*Inst.* 11.3.72). Nuevamente, se trata de *dominare* para *movere adfectus*.

También la *narratio* es una buena oportunidad para *movere*, y Quintiliano se sorprende de aquellos que piensan que no es el momento oportuno. De manera que se posiciona en la autoridad de Cicerón para hacer entender el valor de *movere* en cualquier instancia del discurso y se pregunta, retomando *Contra Verres*, si acaso Cicerón no conmovió, del modo más breve posible, todos los sentimientos al relatar el padecimiento de un ciudadano romano: *An non M. Tullius circa verbera civis Romani omnis brevissime movit adfectus, non solum condicione ipsius, loco iniuriae, genere verberum, sed animi quoque commendatione?* (*Inst.* 4.2.113)

La conmoción de los afectos tiene su lugar privilegiado en el exordio y en la conclusión, sin embargo, todo el discurso es su ámbito, por lo que Quintiliano, en el Libro Octavo sostiene que la tarea del orador se halla contenida en tres puntos: enseñar, mover y deleitar, la parte narrativa y la argumentación pertenecen a la enseñanza, la excitación de los afectos, que ciertamente deben predominar a lo largo de todo el discurso, pero muy especialmente, sin embargo, pertenecen al exordio y la conclusión:

Oratoris officium docendi movendi delectandi partibus contineri, ex quibus ad docendum expositio et argumentatio, ad movendum adfectus pertinent, quos per omnem quidem causam sed maxime tamen in ingressu ac fine dominari. (*Inst.* 8.Pr.7)

Una retórica para *movere adfectus*

Hemos visto entonces cómo aún en sus orígenes, tan «humildes» como los describe Clarke, la retórica, en Roma, estuvo acompañada al comienzo de una sospecha acerca de su poder que fue haciéndose cada vez más claro a medida que se desarrollaban nuevos conocimientos y formas de hacer de este arte, *scientia*. Es manifiesto que el género deliberativo podía decidir los destinos de la república; el judicial también goza de un enorme poder, ya que, como dice Quintiliano, el orador puede decidir a quién defender y a quién no. Pero, sobre todo, especialmente los géneros judicial y epidíctico

tienen el poder de *movere adfectus*. Si el lenguaje tiene la capacidad de traer lo ausente a la presencia del oyente, si puede representar lo que no se ve, es esa capacidad la que conmueve al oyente. No solo lo que vemos tiene efectos sobre nuestro espíritu, lo que podemos imaginar, lo que el lenguaje puede traer a nuestra mente es tan poderoso como para lograr el objetivo de la retórica de *movere adfectus audientis*, en el que reside su gran poder.

Referencias bibliográficas

1. Fuentes, ediciones y traducciones

Butler, H. E. (1920–1922). *Institutes of Oratory*. Loeb Classical Library.

Winterbottom, Michael (1970). *Institutionis Oratoriae*. Oxford. Vol. I y II.

Ortega Carmona, Alfonso (1996). *Obra completa. Institutionis oratoriae*. Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca.

Ortega Carmona, Alfonso (2001). *Marco Fabio Quintiliano. Sobre la formación del orador*. Índices y estudio crítico, revisión de la traducción de 1996. Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Russell, Donald (2002). *The institutio oratoria*. Loeb Classical Library. *The Orator's Education*, Vol. I, II, III, IV, V.

Ax, Wolfram (2011). *Quintilians Grammatik (Inst. Orat. 1, 4–8): Text, Übersetzung und Kommentar*. De Gruyter.

2. Bibliografía crítica

Albaladejo Mayordomo, Tomás (1989). *Retórica*. Síntesis.

Cassin, Barbara (2008) *El efecto sofístico*. Fondo de Cultura Económica.

Clarke, Martin Lowther (1953). *Rhetoric at Rome*. Oxford University Press.

Clarke, Martin Lowther (1966 [1965]). Educación y oratoria. *Los Romanos*. Gredos.

Del Río Sanz, Emilio; Caballero, José Antonio y Albaladejo, Tomás (Eds.) (1998). *Quintiliano y la formación del orador político*. Instituto de Estudios Riojanos.

Del Río Sanz, Emilio y Fernández López, Jorge (2000). Quintiliano y la retórica romana. *La Rioja: tierra abierta*. Publicación de la Fundación Caja Rioja. España.

Desbordes, Françoise (1990). L'idéal romain das la rhétorique de Quintilien. *Grammaire et rhétorique: notion de Romanité*. Université des sciences humaines de Strasbourg.

Dominik, William (Ed.) (1997). *Roman Eloquence. Rhetoric in Society and Literature*. Routledge.

Dominik, William & Hall, Jon (Eds.) (2007). *Companion to Roman Rhetoric*. Blackwell Publishing.

Granero, Ignacio (2005). *El arte de la retórica*. Buenos Aires.

Jost, Walter & Olmsted, Wendy (Eds.) (2004). *Companion to Rhetoric and Rhetorical Criticism*. Blackwell Publishing.

Kennedy, George (1969). *Quintilian*. Twayne.

Kennedy, George (1994). *A New History of Classical Rhetoric*. Princeton University Press.

López Eire, Antonio (1987). Sobre los orígenes de la oratoria. *Minerva I, Revista de Filología Clásica*, 13–31.

Menéndez Pelayo, Marcelino (1943). *Historia de las ideas estéticas en España*. Espasa Calpe.

Murphy, James (Ed.) (1989 [1983]). *Sinopsis histórica de la retórica clásica*. Madrid.

Murphy, James (1995). The «Institio oratoria» after 1900 Years. Part I: Quintilian in His Own Times—Preface. *Revista Rhetorica*, XIII(2), University of California.

Perelman, Chaïm (1997). *El imperio retórico*. Norma.

Perelman, Chaïm y Olbrechtes-Tyteca, Lucie (1990). *Tratado de la argumentación*. Gredos.

Plantin, Chaïm (2011). No se trata de persuadir, sino de convivir. L'ère post-persuasion. *Rétor*, 1(1), 59–83.

Racionero, Quintín (2007). *Retórica*. Madrid.

Steel, Catherine (2001). *Cicero, Rhetoric and Empire*. Oxford University Press.

Soriano Sancha, Guillermo (2009). Marco Fabio Quintiliano: la educación del ciudadano romano. *Iberia* (9), 107–124.

Winterbottom, Michael. (1964). Quintilian and the vir bonus. *Journal of Roman Studies* (54), 90–97.

Winterbottom, Michael. (2000). More problems in Quintilian. *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, 44, 167–177.

Las ruinas circulares. Las retóricas de la refundación en la Argentina contemporánea

Mariano Dagatti · Universidad Nacional de Entre Ríos. CONICET

«Ese proyecto mágico había agotado el espacio entero de su alma...»

Jorge Luis Borges, *Las ruinas circulares*

Cuando la expresidenta argentina Cristina Fernández de Kirchner anunció en sus redes sociales que sería la candidata a vice en la fórmula que integrarían con Alberto Fernández, ex jefe de gabinete de Néstor Kirchner, para competir por la presidencia argentina bajo el sello Frente de Todos (en adelante, FdT), el tablero de las elecciones nacionales de 2019 cambió de forma definitiva.

Las «reflexiones» y «decisiones» que la líder compartió entonces con sus «compatriotas» en un calibrado video de casi trece minutos referían a una situación «dramática» y tenían por fin advertir sobre las difíciles condiciones de gobierno después de un eventual triunfo: «Se va a tratar de tener que gobernar una Argentina otra vez en ruinas, con un pueblo otra vez empobrecido...».¹ Por ese motivo, la coalición debía elaborar una convocatoria amplia que le permitiese obtener suficiente respaldo para que «aquello por lo que se convoca a la sociedad pueda ser cumplido».

¹ Las expresiones entrecomilladas —sean una palabra o sintagma, una frase o un párrafo— son, salvo aclaración en contrario, citas de discursos pronunciados por los políticos referidos.

«Otra vez en ruinas», «otra vez empobrecido». La descripción es enfática, patética en sus términos, pero la clave está en la repetición de la locución adverbial, que expone una conciencia de esos ciclos de ilusión y desencanto que dan su tono liminar a las retóricas políticas de la Argentina contemporánea.

Mantra de toda oposición en campaña y de todo nuevo gobierno que reemplaza a uno opositor, el ánimo refundacional del *FDT* no ha sido la excepción a la larga lista de proyectos gubernamentales que han intentado definir una frontera política entre un pasado demonizado, que se requiere aún visible y presente, y la construcción de un futuro auspicioso, que emerge como el anverso de ese orden injusto que debería ser a su criterio abandonado. Hipólito Yrigoyen anteponía la causa radical a un régimen «falaz y descreído» que habría tenido sus orígenes en la presidencia decimonónica de Miguel Juárez Celman; el peronismo clásico confrontaba las desdichas de la «Década infame» con la instauración de una «nueva Argentina, justa, libre y soberana».

«Nace la democracia y renacen los argentinos» era el corolario de la fórmula con que Raúl Alfonsín, bajo el denominador común del rechazo al gobierno dictatorial, aglutinaba las expectativas democráticas de sectores *a primera vista* heterogéneos. Carlos Menem asumió de forma adelantada la presidencia de la Nación con la consigna de que «La Argentina no se merece este presente; la Argentina se merece un futuro de felicidad y de gloria». Fernando De la Rúa sería el último presidente argentino del siglo *xx* y su discurso inaugural no estuvo exento de la constatación de un nuevo fin y un nuevo principio: «Concluye una etapa, comienza un nuevo ciclo, iniciamos un nuevo camino. En la incesante marcha de la historia ese nuevo camino no es una encrucijada sino una ruta firme hacia una nueva sociedad ética, solidaria y progresista».

El cambio de siglo no cambió la tónica. En 2003, Kirchner interpretaría su ascensión al cargo máximo del Poder Ejecutivo Nacional como la oportunidad de pelear junto al «pueblo argentino» por «la refundación y la construcción de la nueva Argentina». No haría otra cosa Mauricio Macri cuando en 2015 asumió la presidencia en nombre de «una Argentina moderna» que debería finalmente integrarse a un mundo al que había negligente-mente renunciado. «Tantas veces me mataron, tantas veces me morí. Sin embargo, estoy aquí, resucitando», citaba Alberto Fernández a la cantautora María Elena Walsh para describir a una Argentina que vivía a sus ojos de una refundación en otra.

Los gestos refundacionales en la Argentina contemporánea

El tema de este capítulo está así planteado: son los *gestos refundacionales* en la retórica de los nuevos gobiernos.² Es un aspecto específico de la palabra política, que presentamos a los lectores a modo de síntesis de una investigación sobre la construcción de imaginarios e identidades políticas en la Argentina contemporánea (2003–2019). Son resultados de diferentes etapas de análisis de los discursos de los ex presidentes Néstor Kirchner y Mauricio Macri y del actual presidente Alberto Fernández —y específicamente, de ciertas coyunturas como las campañas electorales o de ciertos géneros propios de la máxima investidura como los brindados ante la Asamblea Legislativa.

A los fines de este capítulo, entendemos a los discursos presidenciales como «creaciones–ficciones» (Auge, 1998) que median productivamente entre los imaginarios y las memorias de una comunidad y los imaginarios y las memorias individuales. Nos interesa exponer cómo coaliciones políticas de diferentes signos, surgidas en el contexto de una reorganización del campo político argentino debido a la crisis neoliberal de principios de siglo, apostaron por enunciar su posición y programa a partir de una «hermenéutica histórica total» (Angenot, 2008) que ofreciera respuestas al acaecer de los sucesos del pasado, sentara las bases del cambio y desplegara un horizonte de sociedad en el que convergían diversos relatos, memorias y tradiciones.

Con el fin de organizar la exposición, tomamos un atajo: concentramos nuestra atención en los *gestos refundacionales* de las retóricas presidenciales, porque estos condensan estrategias destinadas a construir si no una identidad cuanto menos una posición en el campo sociopolítico, a partir de una representación de colectivos de identificación, de alteridades y de tradiciones respecto de las cuales las formaciones que los enuncian se ubican.

Los gestos refundacionales son el núcleo argumentativo de un relato histórico que tiende a dotar a las fuerzas políticas, sea cual fuere su ideología y su programa, de una aptitud para volver inteligible el acaecer de los sucesos históricos a partir de esquemas narrativos en gran medida convencionales. Dos estrategias discursivas resultan, al respecto, habituales: en primer lugar, la puesta en escena de una *secuencia refundacional*,³ que consiste en la

² Cada cambio de signo político en el gobierno suele estar acompañado por proclamas y alocuciones que exponen esta matriz argumentativa. No fue el caso de los gobiernos de Cristina Fernández de Kirchner, quien asumió sus dos presidencias (2007–2011 y 2011–2015) en continuidad con el gobierno de su marido y compañero político, Néstor Kirchner.

³ La noción ha sido definida *ad-hoc*, tomando como inspiración los trabajos de Charau-deau sobre el discurso político (2006; específicamente, 2009). Para el autor, el discurso político opera sobre un «escenario triádico», «en el cual instancia política e instancia ad-

representación esquemática de una situación juzgada desastrosa (y sus víctimas), una fuente del mal (y sus responsables) y una solución (y su garante); en segundo lugar, la activación imaginaria de una «transferencia política», esto es, la representación de «algún antagonismo presente como si fuese una repetición o una reactualización de algún conflicto del pasado» (Scavino, 2012:67).

El gesto refundacional del primer kirchnerismo

Cuando el 25 de mayo de 2003 pronunció su primer discurso como presidente de la nación ante la Asamblea Legislativa, Néstor Kirchner convocó a los ciudadanos argentinos «a poner manos a la obra de este trabajo de refundar la patria». Análogo a otros, anteriores y memorables, el gesto refundacional de la fuerza que lideraba, el Frente para la Victoria, cobijado por un clima de época excepcional, organizó un campo simbólico en el que confluían imaginarios y memorias colectivas diversos, que los discursos públicos de Kirchner pondrían de manifiesto desde una perspectiva singular.

La gramática discursiva de la anunciada «nueva Argentina» encontraba su consistencia en una secuencia argumentativa de tipo refundacional: la descripción de la crisis neoliberal como una situación infausta («el infierno», según la dantesca alegoría de Kirchner), de la cual los argentinos en general y los trabajadores en especial habían sido las principales víctimas; la determinación del neoliberalismo como fuente del mal y de los gobiernos dictatoriales y democráticos de los treinta años anteriores como sus responsables, y la propuesta del «capitalismo nacional» o «capitalismo en serio» como la solución que la presencia del nuevo gobierno procuraba garantizar:

versa compiten por la conquista de la instancia ciudadana. Este escenario se compone de tres momentos discursivos: (1) probar que la sociedad se encuentra en una situación social juzgada desastrosa y que el ciudadano es la primera víctima; (2) determinar la fuente del mal y su responsable (adversario); (3) anunciar finalmente qué solución puede ser aportada y quién puede ser su portador» (2009:263). Según su punto de vista, los discursos populistas exacerbaban a través de la emoción estos momentos de prueba, determinación de fuente del mal y anuncio de solución, a partir de la representación de una situación juzgada desastrosa (y sus víctimas), una denuncia de los culpables y la aparición de un hombre/mujer providencial, que será el salvador de la sociedad. Con base en ese esquema, hemos planteado en textos anteriores (de forma notoria, Dagatti, 2015; 2017) la existencia de un *tópico fundacional* (o refundacional). Hoy día, consideramos que la categoría de *secuencia* —y sobre todo la argumentativa— desarrollada por Adam (2004) ofrece un esquema más adecuado a las búsquedas de nuestra descripción.

Vivimos el final de un ciclo, estamos poniendo fin a un ciclo que iniciado en 1976 hizo explosión arrastrándonos al subsuelo en el 2001. Queremos iniciar un nuevo ciclo virtuoso construyendo un capitalismo en serio, que no puede sino respetar las instituciones de la democracia, los derechos humanos y la dignidad del hombre; un capitalismo en serio, en donde valga la pena esforzarse, arriesgar, emprender y ganar. (2 de septiembre de 2003)

Este gesto refundacional definía el imaginario del «cambio» en los términos de una retoma generacional de ciertas tradiciones nacionales, democráticas y latinoamericanas que habían sido relegadas por la imposición a sangre y fuego del modelo neoliberal, durante la última dictadura cívico-militar (1976–1983).

La transferencia política de un legado «en suspenso» escenificaba un conflicto entre el proyecto del nuevo gobierno, que se colocaba a sí mismo como heredero de lo mejor de esas tradiciones, y el modelo neoliberal, definido como denominador común de la postergación de estas en los lejanos pero presentes años setenta.

La refundación kirchnerista anunciaba una nueva era en la que la defensa de una identidad nacional, la consolidación de los principios democráticos de gobierno y la organización de la unión latinoamericana aparecían como objetivos prioritarios. Desde la propuesta de «un sueño: reconstruir nuestra identidad como pueblo y como Nación» hasta «la construcción de una América Latina política estable, próspera, unida, con bases en los ideales de democracia y de justicia social» para lograr «la integración latinoamericana», todas estas cuestiones fueron planteadas con claridad en el discurso inaugural que Kirchner brindó en el patrio 25 de mayo. Son tres sagas:

La saga nacional. La refundación kirchnerista esbozaba, en primer lugar, una narración de la identidad nacional que tenía por eje la recuperación como *deixis fundadoras*⁴ de dos momentos centrales de la historia argentina: primero, el período que va desde las revoluciones patrias a principios del siglo XIX hasta las grandes oleadas inmigratorias europeas; segundo, la etapa peronista, de la cual recupera, sobre todo, ciertas representaciones míticas del peronismo clásico, que narran la «Patria Peronista» como una «Patria

⁴ Denominamos «*deixis fundadoras*» —siguiendo la propuesta de Maingueneau (1987:29)— a las situaciones de enunciación anteriores que la *deixis* actual utiliza para la repetición y de la cual obtiene buena parte de su legitimidad. Según el autor, esta inscripción elocutiva en los vestigios de otras *deixis*, cuyas historias se instituyen o captan a favor, resulta una condición primordial del enunciador para enunciar de forma legítima en la situación presente.

feliz», epítome de la cultura nacional del trabajo y de la familia.⁵ Estas memorias conformaban el legado rector del primer kirchnerismo y representaban dentro de ese relato una suerte de «soñar nación común», en el que se daban cita los sueños e ideales de los «padres fundadores», los inmigrantes, el peronismo clásico y la militancia de los años setenta. La refundación del primer kirchnerismo fue, en este sentido, la apuesta por recuperar una tradición nacional aparentemente mutilada.

La saga democrática. Esta constituyó una dimensión inescindible del gesto refundacional del primer kirchnerismo. Exponía la preocupación del nuevo gobierno por inscribirse de manera provechosa en una matriz de sentido en la cual la reivindicación de una tradición nacional no sea interpretada como una conspiración contra aspiraciones democráticas de índole liberal–republicana —como señala Sidicaro (2010)—: la garantía de las libertades públicas, la división de poderes, la legitimidad del disenso, el pluralismo como principio y método, y el respeto de las diferencias. Ahora bien, la articulación de esta saga a partir de una enunciación generacional (Montero, 2012) supuso un anacronismo democrático realmente original: interpretar los sueños de la generación de los setenta como una temprana lucha por una república democrática, «una Patria con pluralidad y consenso como la que tenemos hoy aquí», según las palabras de Kirchner en el recordado Encuentro de la Militancia, el 11 de marzo de 2004.

La saga latinoamericana. La reivindicación de la Patria Grande dentro del denominado «giro a la izquierda» de la política latinoamericana de principios de siglo formó parte de una estrategia geopolítica de integración, considerada ineluctable en la fase actual de la globalización. La saga latinoamericana que la «refundación» rememoraba tenía dos características principales: es posible que la más relevante fuera que organizaba un relato de integración cuyo acento estaba puesto en la consolidación del bloque regional como hecho de «política exterior», cuyo objetivo era lograr «estabilidad regional», «la consolidación de nuestros procesos democráticos» y «el mayor intercambio comercial» entre los países del bloque. Pero, en segundo lugar, se trataba de activar la unidad latinoamericana a partir de la amenaza externa de los Estados Unidos, tanto por su papel de promotor de las dictaduras regionales y del neoliberalismo como por su hegemonía como «superpotencia de nivel mundial».

⁵ Para mayores referencias, remitimos al *Diccionario del peronismo* (Poderti, 2010); véanse, en especial, las siguientes entradas: «Patria feliz», «San Perón» y «Un día peronista».

El nuevo gobierno asumía como propias misiones que aparecían, desde su perspectiva, como invariablemente aplazadas, estableciendo una «transferencia política» entre su legítima potestad y un destinatario supremo, «el pueblo», que «ha marcado —en palabras de Kirchner— una fuerte opción por el futuro y el cambio»: «Por mandato popular, por comprensión histórica y por decisión política, esta es la oportunidad de la transformación, del cambio cultural y moral que demanda la hora. Cambio es el nombre del futuro», resumiría inauguralmente el nuevo presidente en el Congreso de la Nación.

Con una crítica radical del pasado inmediato, la «refundación» que el proyecto kirchnerista expresaba sin ambages apostaba a realizar una convocatoria «por encima y por fuera de los alineamientos partidarios», de modo tal que fuera posible articular biografías, trayectorias y alianzas diversas en torno a ciertos valores como «las verdades relativas», «el coraje», «la pluralidad», «la honestidad», «la diversidad», y en torno a ciertas memorias ligadas a las gestas patrias, las oleadas inmigratorias y el peronismo clásico, tamizadas por un punto de vista generacional.

La apuesta por una Argentina moderna: la refundación de Cambiemos

Cuando el presidente Macri brindó sus discursos ante la Asamblea Legislativa, la respuesta a la pregunta por qué había sido el kirchnerismo —que tantas y tan dispares contestaciones había generado en los años precedentes y seguiría aún generando al calor de los balances de los diferentes actores políticos, sociales y mediáticos— no dejó lugar para las medias tintas ni para matices sugerentes: en su visión, fue un proyecto de «autoritarismo irreversible»; una gestión «irresponsable», «incompetente», que diseñó un Estado «plagado de clientelismo, de despilfarro y corrupción» (1 de marzo de 2017).

Con cuatro años por delante, la retórica de Cambiemos también hizo pie en una estructura argumentativa refundacional, con el fin de separar los viejos malos tiempos de los nuevos buenos aires. Si el kirchnerismo había apostado inicialmente por la construcción de un colectivo de identificación que interpelara al conjunto de los argentinos como una comunidad nacional, a partir de las cuales suplir el deterioro de las identidades políticas o entidades partidarias, el reciente gobierno se aventuró, en cambio, por los senderos de constitución de «una Argentina moderna», cuyo ingreso al siglo XXI se habría visto retrasado por la gestión de un «populismo irresponsable» que entonces, desde el llano, se revelaba en su cruda verdad.

El gesto refundacional que el presidente Macri ostentó en diferentes escenarios estableció una gramática que se caracterizaba —y aún hoy como oposición se caracteriza— por un rechazo frontal de la gestión kirchnerista, cuya «pesada herencia» se traducía, de acuerdo con los argumentos del líder, en haber hipotecado el futuro en nombre de un presente irracional: «Basta de que nos regalen el presente para robarnos el futuro» (1 de marzo de 2017). Dicha hipoteca habría tenido por efectos el perjuicio de los argentinos en general y de los sectores marginales en especial, a la vez que demostraría el papel del kirchnerismo como fuente del mal, avatar postrero del populismo vernáculo: «Venimos de años en los que el Estado ha mentido sistemáticamente, confundiendo a todos y borrando la línea entre la realidad y la fantasía. Así, la credibilidad y la confianza fueron destruidas», expondría Macri ante la Asamblea (1 de marzo de 2016).

La singularidad del discurso de Cambiemos respecto de las refundaciones precedentes —aunque no de la siguiente— fue que su lectura del pasado inmediato no tenía la ventaja del monólogo, sobre todo porque el mal a superar, el «populismo irresponsable» de la gestión precedente, conservaba fuerza y legitimidad en el tiempo nuevo de la refundación anunciada, tal como habría de demostrarse apenas cuatro años después en unas elecciones en las que el pasado repudiado se convertiría en presente celebrado.

Las dificultades que el pasado le presentaba a Cambiemos no corrían solo por el lado de la terquedad del pasado reciente, sea por las causas que fueren, sino que involucraban una dimensión histórica de largo plazo, que entorpecían cualquier operación de transferencia política, de inscripción del nuevo gobierno en la memoria viva de una tradición: ni el peronismo, ni el radicalismo, ni el comunismo, ni el socialismo le ofrecían una paleta de colores que le permitiera pintar con estilo propio su nuevo mundo. La de Cambiemos fue muy probablemente la primera refundación sin transferencia.⁶

Esta *desarticulación* respecto del pasado tuvo como contrapartida la enfática propuesta de una «Argentina moderna», una «Argentina del Siglo XXI», que sugería un rechazo conceptual del pasado en nombre de una generación joven, adaptada a los tiempos modernos de la globalización. Se prescindió del pasado en nombre del futuro, como si la historia fuera un lastre que conviene soltar. Así, la refundación de Cambiemos jugó sobre la línea que separa lo viejo, lo antiguo, lo perimido, de lo nuevo, lo moderno, lo por

⁶ Aunque no faltaron intentos, muy tímidos, por cierto, de inscribir el proyecto gubernamental en la tradición del desarrollismo argentino, sobre todo en la figura de Arturo Frondizi, presidente argentino entre 1958 y 1962, durante la prescripción peronista, derrocado por un golpe militar.

venir; fue una separación secular, que contaba a su favor con la condición irreversible del tiempo: el siglo XXI enfrentado al siglo XX. Cuesta imaginar a propósito de ello una celebración menos caudalosa del siglo en curso:

La entrada al siglo XXI, que la Argentina en cierto sentido ha retrasado, es una gran responsabilidad de este gobierno y es un motivo de gran excitación, de gran entusiasmo. Invitamos a todos a sumarse a esta apasionante tarea de ser pioneros de un mundo nuevo. (10 de diciembre de 2015)

[S]omos la generación que vino a cambiar la historia, que vino a enfrentar el siglo XXI, que mira el siglo XXI diciendo: «queremos poner a la Argentina ahí, como un país integrado, justo, democrático, protagonista». (1 de marzo de 2017)

[El objetivo de unir a los argentinos] es la clave de la construcción de la Argentina del siglo XXI a la que nos encaminamos hoy. (10 de diciembre de 2015)

La constitución de una «Argentina del siglo XXI» fue la respuesta que Cambiemos le ofreció a la historia en un triple sentido: para resolver su relación problemática con el pasado, ya que el tiempo que importa es el futuro; para inscribir su espacio y su agenda en cierta tradición progresista–desarrollista,⁷ y para impugnar al kirchnerismo no sólo como un populismo cleptómano, sino, sobre todo, como representante principal de formas perimidas de hacer política: la de los «líderes mesiánicos», la del «sistema arcaico» de voto, la de un país que ve al mundo como una «amenaza» (en todos los casos, son citas del 1 de marzo de 2017).

La apuesta por la constitución de una «Argentina del siglo XXI» le permitió a Cambiemos presentarse como una fuerza posideológica (Vommaro y Morreri, 2015), para la que la distinción derecha–izquierda no significaba nada (o sólo un pasado lejano), reivindicar la fuerza de los equipos en contra de los liderazgos y reivindicar la diversidad en contra del autoritarismo populista. Estas características redundarían, de acuerdo con Morresi (2015), en la construcción de una identidad «moderna» de la política.

La retórica refundacional de Cambiemos implicaba en los argumentos una promesa de gobierno construida punto a punto en las antípodas de la gestión kirchnerista. Si la frontera que organizaba la refundación del ciclo anterior pasaba por la oposición entre una tradición nacional y democrática

⁷ Esta tradición le granjeaba el beneficio de representar una línea si no celebrada al menos no repudiada y ajena a la cultura autoritaria y golpista de la derecha nacional (de hecho, Frondizi fue derrocado por un golpe apoyado por grupos de la derecha nacional).

y el «fundamentalismo de mercado» neoliberal, una oposición temporal, la de antiguo / moderno, organiza conceptualmente la secuencia refundacional de Cambiemos. Esta escisión principal introduce la mayoría de los clivajes secundarios, que expondremos de manera sintética: (1) verdad / mentira; (2) liderazgo / equipo; y (3) consenso / conflicto.

1. El clivaje verdad/mentira. «Quiero pedirles que nuestro lugar de encuentro sea la verdad y que podamos reconocer cuáles son nuestros problemas para que juntos encontremos las mejores soluciones», afirmó Macri en su discurso inaugural. Como contraste con un cierto horizonte de sentido que corporaciones, agrupaciones y colectivos de variado alcance, espectro e ideología —desde las principales corporaciones mediáticas hasta partidos de izquierda y movimientos sociales variopintos— habían desplegado en torno al liderazgo de la ex presidente Cristina Fernández de Kirchner y a las características de las políticas de Estado alentadas por su gobierno, «la verdad» constituye un significante nodal de la retórica de Cambiemos, definido como un espacio neutro, fuera de toda interpretación, en el que solo es posible el encuentro, porque no habría lógicamente espacio alguno para el conflicto. El conflicto es el fruto de la ideología, entendida, en esta hermenéutica, como craso engaño. La construcción de un *ethos* presidencial próximo, sincero, empático y falible, con vocación de servicio, proclive a la comunicación «con todos los argentinos», era la garantía de esta convocatoria: «Hoy me han elegido para ser presidente de la Nación [...] Pero quiero decirles que voy a ser el mismo, aquel que esté cerca, que escuche, que les hable sencillo, con la verdad» (10 de diciembre de 2015).

2. El clivaje líder/equipo. El cisma conceptual que implica este clivaje en la retórica de Cambiemos rebasa los límites de lo que podríamos denominar «campo político», excede con mucho la mera cuestión de las formas de ejercer la política: las aparentemente más verticales y tradicionales del liderazgo propio del siglo xx, y las aparentemente más horizontales y a la moda del trabajo en equipo. Este clivaje expone una frontera conceptual de índole cultural, que distingue entre una concepción clásica (o tradicional) y una concepción moderna de la organización social: «En el siglo pasado la sociedad privilegiaba liderazgos individuales en todos los ámbitos: en la empresa, en la ciencia, en la academia, en la política [...] En el siglo xxi hemos entendido que las cosas salen bien cuando se arman equipos [...]» (10 de diciembre de 2015).

La visión de Cambiemos del ejercicio de la política es más bien técnica o profesional, plenamente conforme a sus ojos a las características del siglo xxi. Es la idea misma de liderazgo la que es vieja, arcaica, conservadora,

por oposición a la idea moderna de equipo, que permearía todos los ámbitos de la vida social. Ideología, liderazgos enfáticos y conflicto integran una trilogía de la política «antigua» que se opone punto por punto a una concepción práctica (servicial), colectiva y consensual de la política moderna.

3. El clivaje consenso/conflicto. «Queremos acabar con la lógica de amigos y enemigos. [...] La Argentina que viene es el país del acuerdo», exponía Macri en su primer discurso ante la Asamblea Legislativa (1 de marzo de 2016). Para Cambiemos la «diversidad» caracteriza nuestra identidad como país, a la vez que nos conmina, por su sola presencia, a la unión, a la convergencia de intereses y objetivos: «Argentina es un país con enormes diversidades. [...] Estas deben integrarse en un país unido en la diversidad». El diseño de la Argentina de Cambiemos tiene por condición principal la unión de los argentinos. El «tiempo nuevo» que propone es «el tiempo del diálogo, del respeto y del trabajo en equipo» (los dos extractos son del 10 de diciembre).

La retórica de Cambiemos implica en este sentido una hermenéutica histórica para la cual el vicio antidemocrático del pasado argentino se condensa en el enfrentamiento, en la violencia, en la confrontación, en el conflicto inútil; en suma: en distintas variantes de autoritarismo. Coloca así en una misma serie, de una manera apenas implícita, las dictaduras militares y los gobiernos autodenominados «nacionales y populares». Hablamos de dos conjuntos nítidamente separados: del lado del autoritarismo, queda el enfrentamiento, la pelea irracional, el avasallamiento de las instituciones, el uso del poder en beneficio propio, la transgresión de la ley; del lado de la democracia, queda el encuentro, el desarrollo, el crecimiento, la diversidad, la felicidad, la libertad.

Como la cigarra: la refundación del Frente de Todos

«Cantando al sol como la cigarra
Después de un año bajo la tierra
Igual que sobreviviente
Que vuelve de la guerra»

María Elena Walsh, *Como la cigarra*

Los discursos públicos de la fórmula Alberto Fernández–Cristina Fernández de Kirchner durante la campaña electoral encontraron también su matriz argumentativa en una *secuencia refundacional*. No hay un tramo más manifiesto que el siguiente:

el domingo nosotros tenemos, tenemos que empezar a dar vuelta una página oprobiosa que empezó a escribirse el 10 de diciembre de 2015. Volver a poner la Argentina en el lugar del que nunca debió haber dejado de estar, la Argentina digna, no una Argentina de rodillas, una Argentina de pie, que respeta a los hombres y mujeres que trabajan en esa Argentina, que respeta a los que producen, que respeta a los que enseñan, que respeta a los que curan. Desde el primer día vamos a ocuparnos de sacar del lugar en el que han quedado los cinco millones de pobres que Macri ha dejado y lo vamos a hacer, lo vamos a hacer, con el compromiso ético que nos vio nacer a nosotros. Todos nosotros nacimos para ser la voz de los que no tienen voz, para ser la voz de los desposeídos. Alberto Fernández, 24 de octubre de 2019.

Cuatro años —«cuatro años de sinsabores»— fueron motivo suficiente para barajar y dar de nuevo. Todos los elementos de la secuencia refundacional están a la vista: desde la situación crítica («una Argentina de rodillas») y sus víctimas (los trabajadores, pero sobre todo «los cinco millones de pobres»), hasta la solución (respeto por los trabajadores, solidaridad con los excluidos) y su garante (el FdT, como vertebrador de «un proyecto nacional, popular y democrático»). Sobre la fuente del mal y sus responsables, la referencia explícita a Macri de la cita contrasta con otros segmentos discursivos donde se remite a entidades adversativas más amplias, como «el neoliberalismo» o «los poderosos», de las que el líder de Cambiemos —y la coalición misma— no eran más que avatares tan vistosos como ocasionales: «estamos cerrando un ciclo histórico, que debe ser que definitivamente nunca más la Patria vuelva a caer en manos del neoliberalismo. [...] Nunca más estas políticas, nunca más» (CFK, 24 de octubre de 2019).

Las formas de referirse a la situación juzgada desastrosa son múltiples. En las palabras de AF, la figura por antonomasia es «una Argentina de rodillas» —a la que por lo general se opone la de «la Argentina de pie», como en el primer extracto citado—. Pero no es la única, aunque se trate de la más frecuente; también están, por ejemplo: «cuatro años de sumisión y de derrota» (AF, 17 de octubre de 2019), «cuatro años de sinsabores» (AF, 24 de octubre de 2019), y «una página oprobiosa que empezó a escribirse el 10 de diciembre de 2015» (AF, 24 de octubre de 2019).

Como en anunciadas refundaciones anteriores, la campaña del FdT traza *de hecho* los límites entre un presente indeseable —que se apuesta a convertir en un pasado pasado repudiado— y un futuro que se pretende distinto al tiempo en curso. El recuerdo de la asunción de Néstor Kirchner resulta en este sentido ineludible, teniendo en cuenta el acreditado éxito de aquella experiencia como salida de la crisis neoliberal, así como la participación

que los candidatos de la fórmula tuvieron en ella como dirigentes de primera línea.⁸ Se trataba también allí —como describimos páginas atrás— de proponer una solución, el «capitalismo nacional», a una situación crítica.

A diferencia de aquella refundación, sin embargo, el presente denostado en 2019 carece en el *rdt* de una marca temporal tan *aglutinante* y tan *amplia*. Como le había ocurrido a Cambiemos apenas cuatro años antes, el relato refundacional no tenía la ventaja de la unanimidad: las causas de la situación aciaga —y, por lo tanto, sus responsables— estaban en discusión: ¿se trataba de las viejas recetas neoliberales, que volvían a ser menos remedio que enfermedad, o se trataba de la «pesada herencia» del «populismo [kirchnerista]» que la coalición gobernante no había conseguido resolver... *hasta ese momento?* Era un presente/pasado en *disputa*, que el término «grieta»,⁹ vuelto sentido común, expresaba con toda economía semiótica.

Como horizonte de la campaña, el gesto fundacional del *rdt* ancló la crisis en curso dentro del relato de una historia cíclica de caída y superación, cuyas expresiones más recientes habían sido la crisis de 2001 y la refundación kirchnerista. Según esta narrativa, la Argentina vive períodos de progreso y bienestar seguidos por otros de deterioro y crisis, en una suerte de círculo vicioso. Cuáles son las causas y azares, los responsables, los beneficiarios y perjudicados depende de la posición ideológica del narrador, pero en cualquier caso opera un argumento fundado en el principio de identidad, que permite comparar la crisis presente y las anteriores. AF lo utilizó con frecuencia y no sin sentido de la oportunidad: «como tantas veces nos caímos como sociedad y tantas veces nos levantamos, vamos a volver a levantarnos otra vez, vamos a hacerlo otra vez» (17 de agosto de 2019).

La situación de 2019 era interpretada como el enésimo *déjà vu* de una experiencia pasada («como tantas veces...»). La referencia más explícita al respecto fue la intervención final del candidato en el segundo debate presidencial, en el que recordó la popular canción «Como la cigarra» de María Elena Walsh:

⁸ Lejos de ser unánime, existe, sin embargo, un consenso acerca de la salida exitosa de la crisis de 2001, más allá de que algunos investigadores pongan el acento en la gestión de Kirchner y otros en la continuidad de las gestiones Duhalde–Kirchner. Incluso trabajos críticos sobre los gobiernos kirchneristas, señalan los logros del primero de ellos en la resolución de la crisis: véase, por ejemplo, Levy Yeyati y Valenzuela (2007) o Novaro, Bonvecchi y Cherny (2014).

⁹ La «grieta» es una expresión utilizada en la Argentina para referir a una suerte de división irreconciliable entre kirchneristas y antikirchneristas, reedición del conflicto entre peronistas y antiperonistas. Véase, como síntesis de ensayos y entrevistas sobre el asunto, Zunino y Russo (2015).

«Tantas veces me mataron, tantas veces me morí. Sin embargo, estoy aquí resucitando». Lo decía María Elena Walsh. Y definía a la Argentina mejor que nadie. Esa es la historia de nuestro país. Plagada de golpes. Un día llegaron los genocidas que cargaron de muertos a la Argentina, de exiliados, de torturados. Vino Martínez de Hoz, vino la Guerra de Malvinas, y después vino la inflación, el Plan Bonex, el Corralito, el default. Y un día llegamos con Néstor y con Cristina y pusimos a la Argentina de pie. Pero entonces llegó Macri. Y acá estamos de vuelta, empezando otra vez. Vamos a ponernos de pie. Que en la grieta se queden ellos. Vamos a abrazarnos todos porque la Argentina puede crecer. Y nos merecemos el país que todos soñamos. Muchas gracias. (AF, 20 de octubre de 2019)

Bajo esta perspectiva, la competencia electoral con Cambiemos era vista como la repetición o reactualización de una disputa de larga data. No era solo una campaña, era un presente/pasado *en disputa*, que traía aparejado la pregunta acerca de las diferentes estrategias para referir a la gestión del entonces oficialismo. ¿Quiénes son, finalmente, «ellos», nuestros rivales? Y por contraste, ¿quiénes somos «nosotros»? Estas preguntas no tenían una respuesta unánime. ¿Era una reedición de la lucha del primer kirchnerismo contra el neoliberalismo, de una nueva batalla entre peronistas y antiperonistas, o alcanza el conflicto acaso a la entera historia argentina, a una saga de «héroes» y patriotas enfrentados a colonizadores y villanos?¹⁰

Hay marcas en los discursos analizados de diferentes «memorias polémicas» (Maingueneau, 1997; 2008). Estas son parte de esa dimensión fundamental de toda identidad política que es la tradición,¹¹ ya que permiten

¹⁰ Como sugiere, hablando sobre el 25 de mayo, su ironía sobre las palabras de Macri en el Bicentenario de la Independencia: «Es el día que empezamos a nacer como Nación, el día que nos animamos a tomarnos la libertad de ser nosotros, cuando nuestros héroes no se angustiaban por hacerlo. Estaban muy contentos esos héroes». Las palabras aluden a un hecho público: durante el acto por el Bicentenario de la Independencia, el 9 de julio de 2016, el entonces presidente argentino Macri le manifestó al rey emérito de España, Juan Carlos, invitado a los festejos: «Y ahora, continuamos en este lugar, en esta Casa Histórica de Tucumán, porque acá es donde empezó la historia; acá un conjunto de ciudadanos se animaron a soñar. Y hoy estamos todos movilizados con los gobernadores que estuvimos ahí dentro asumiendo compromisos de futuro y tratando de pensar y sentir lo que sentirían ellos en ese momento. Claramente, deberían de tener angustia de tomar la decisión, querido Rey, de separarse de España. Porque nunca es fácil, no fue fácil en ese momento ni es fácil hoy asumir ser independientes, asumir ser libres».

¹¹ Según Aboy Carlés, «podríamos definir a la identidad política como el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación con la definición de asuntos públicos. Toda identidad política se constituye y

dotar de consistencia a la definición de quiénes son «nosotros» y quiénes son «ellos». A continuación, caracterizaremos muy sintéticamente las tres sagas —la patria, la peronista y la kirchnerista— de la refundación del fdt.

i. **La saga patria.** El gesto de refundación del fdt estaba atravesado por la convocatoria al conjunto de los argentinos para formar un *frente de todos* cuya fórmula más concisa era la de «contrato social», pronunciada con frecuencia por CFK y expuesta como programa en su libro *Sinceramente*. Esta saga convocaba a participar de un espacio de *todos*, transversal a los sectores, los partidos y las ideologías: expresiones del tipo «entre todos», «todos los argentinos y todas las argentinas», «todos juntos», «nadie sobra» alimentaban la apuesta por elaborar un colectivo de identificación amplio, que excediera el terreno de las ideologías o afinidades políticas. «La única bandera que hay es de la Argentina», resumiría CFK en un acto realizado en el Monumento a la Bandera, en la ciudad de Rosario. Ni los partidos, ni las clases, ni las ideologías de índole diversa estarían por encima de un espacio de identificación común, que era el del meta-colectivo nacional, simbolizado en la bandera argentina. La memoria del proyecto de transversalidad del primer kirchnerismo reverbera allí con fuerza, cuando Néstor Kirchner afirmaba que el único partido legítimo era «el Partido de la Patria» (Dagatti, 2017).

ii. **La saga peronista.** La saga patria define un horizonte que pretende escapar a toda polarización. Sin embargo, el gesto de refundación del fdt estuvo atravesado por las marcas identitarias de sus propias tradiciones políticas, la peronista y la kirchnerista, que limitan el alcance meta-colectivo de la apuesta.

Durante la campaña, las referencias al peronismo fueron recurrentes, y resultaron decisivas para dejar en claro tanto a quiénes pretendía interpelar de manera particular ese «nosotros» como para advertir, sobre todo, quiénes eran *los otros*. En efecto, la definición de la identidad política del fdt encontró en la memoria peronista sus contornos más nítidos de representación y alteridad:

nosotros [los peronistas] siempre salimos al escenario público como fuerza política para estar al lado de los que no tienen voz, para estar al lado de los desposeídos, para estar al lado de los que no tienen trabajo, para estar al lado de los que tienen hambre, para estar al lado de los jubilados, para estar al lado de los que padecen, por eso nacimos un 17 de octubre del 45. (AF, 17 de octubre de 2019)

transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia» (2001:54, el original estaba en negritas, consideramos innecesario ese énfasis gráfico en este contexto).

Más allá de una campaña orientada a *todos y todas*, la definición de un colectivo de identificación político como el de los peronistas permite inferir, por contraste, una alteridad *no peronista* cuyos intereses estarían lejos del bienestar popular. El FDT activó a lo largo de su campaña una dimensión plebeya¹² estimulada por la memoria del peronismo, que favorecía el despliegue de estrategias argumentativas de dicotomización,¹³ como las del siguiente pasaje, muy repetido por AF:

está claro, argentinos y argentinas, que hay algunos que abrazamos la política sabiendo qué intereses representamos, ellos representan esos intereses que benefician a los poderosos. Nosotros, entre los jubilados y los bancos, elegimos jubilados; entre la educación pública y los bancos, elegimos la educación pública; entre la salud pública y los bancos, elegimos la salud pública; entre los que trabajan y los que especulan, elegimos a los trabajan... (AF, 24 de octubre de 2019)

La dicotomización argumentativa —como ha señalado Amossy (2016)— es la cifra de una polarización social entre dos grupos enfrentados, y si bien la campaña del FDT trabajó para definir estos polos de una manera ambivalente, inscrita en memorias polémicas de diferente alcance, que se intersecaban y se bifurcaban según la situación de comunicación, su gesto refundacional no prescindió de una lectura típica de la tradición peronista/kirchnerista a la hora de calificar los cuatro años de Cambiemos: la de que el gobierno de Macri no fue más que una máscara o un avatar de fuerzas ocultas o disimuladas, «los poderosos», una verdadera plutocracia que ha llevado *en realidad* las riendas del país. Debajo de los disfraces, el enemigo se repite:

Pasa que periódicamente se nos cruzan en nuestras vidas, llegan al poder y destruyen todo lo construido y después nos dicen que la Argentina tiene un

¹² Laclau explora dos sentidos etimológicos de pueblo: *plebs* y *populus*. Por un lado, los de «abajo», los sectores subalternos, una parte de la comunidad política que, sin embargo, se asume como la totalidad legítima, como el sujeto soberano y por lo tanto capaz de replantear el orden. Por el otro, el conjunto social anclado al Estado/Nación, como en la expresión «el pueblo argentino». Véase Laclau (2005).

¹³ Para Amossy, «si la polémica se distingue del simple debate, ello es así en la medida en que la oposición de los discursos es allí objeto de una clara dicotomización en la que dos opciones antitéticas se excluyen mutuamente» (2016:27). A propósito de esta cuestión, la autora recupera el trabajo de Dascal, quien define la noción de dicotomización como el hecho de «radicalizar una polaridad acentuando la incompatibilidad de los polos y la inexistencia de alternativas intermedias, subrayando tanto el carácter evidente de la dicotomía como el polo favorable» (2016:27).

problema cíclico, que cada diez años tropieza con la misma piedra. La piedra son ellos. Ellos son los que se nos cruzan y ellos son los que nos hacen padecer. (AF, 17 de octubre de 2019)

Esa reificación de los adversarios lleva al extremo el argumento de los inseparables (Fiorin, 2015) que los integrantes de la fórmula Fernández–Fernández expresaban en la mayoría de los actos de campaña del FDT: los gobiernos de los antiperonistas traen aparejada invariablemente una crisis.

iii. La saga kirchnerista. El ciclo de ilusión y desencanto que la campaña del FDT expuso como hermenéutica histórica en sus principales discursos públicos permitía explicar la situación crítica de 2019 a partir de una comparación¹⁴ con crisis precedentes. Uno de los eslabones de esa cadena comparativa merece especial atención, porque hace a la legitimidad misma de la fórmula como garante de la solución que alienta. Nos referimos a aquel, específico, entre la crisis actual y la crisis neoliberal de principios de siglo, que colocaba en el centro del escenario a las figuras de Néstor Kirchner y del entonces presidenciable Fernández. Como tal, el gesto fundacional del FDT es singular: trae a colación, en su provecho, la memoria de su propio gesto refundacional anterior.

La construcción de AF como garante de la gobernabilidad volvía operativa la oposición gobernabilidad / crisis como clivaje de la refundación en ciernes. La memoria de la experiencia de gobierno del primer kirchnerismo (2003–2007) era un aspecto fundamental: «Nosotros vamos a poner de pie a la Argentina, como lo hicimos muchas veces, como lo hice con Néstor allá por el 2003. Vamos a volver a ponernos de pie». El candidato construía su *ethos* presidencial con el recuerdo de la crisis pasada. La relevancia de esta operación es tal que la primera frase del spot de presentación de su candidatura a presidente, lanzado en redes el sábado 6 de julio de 2019, fue la siguiente: «Quizás no lo recuerdes, pero junto a Néstor Kirchner ayudé a sacar al país de la crisis».

¹⁴ La comparación funciona como un operador de familiaridad y se vuelve por lo tanto un vector de confianza. Permite comprender lo desconocido (o lo actual) a partir de lo conocido (o lo pasado), eludiendo las diferencias —por ejemplo, en este caso el contexto histórico o la situación internacional— y subrayando las similitudes. Contribuye así a dotar de verosimilitud a un argumento o secuencia argumentativa. Como figura, tiene un papel pedagógico fuerte, pues da concreción a aquello que es una abstracción. Véase la entrada «A comparação», en Fiorin (2015).

Palabras finales

La crisis neoliberal de principios de siglo dejó en la Argentina el saldo de una reorganización del campo político nacional. No parece casualidad que las dos fuerzas que han gobernado el país después se hayan configurado como tales entre las esquirlas del período anterior. El objetivo de este capítulo fue exponer, de manera sintética, resultados de una investigación sobre imaginarios e identidades políticos en la Argentina del siglo XXI¹⁵ y, de manera específica, conclusiones sobre el estudio de los gestos refundacionales de los frentes y coaliciones que gobiernan el país desde la reanudación de la competencia electoral en 2003: el Frente para la Victoria (2003–2015), Cambiemos (2015–2019) y el Frente de Todos (2019–cont.). Cada uno de ellos ofreció un relato que organizaba de manera coherente, con pretensión argumentativa, el pasado y el futuro de la Argentina, respecto de un presente en el que se anuncia un nuevo comienzo.

La «refundación» del Frente para la Victoria inscribió su relato en el cruce entre capitalismo, democracia y nación, ejerciendo una triple reivindicación: una reivindicación de la identidad nacional, una reivindicación de la democracia y una reivindicación de la condición latinoamericana del país. El horizonte del «capitalismo nacional» enarbolado por el gobierno dependía de la institución narrativa de formas mínimas del mayor nosotros: la identidad nacional, la república democrática, América Latina conformaban en el discurso kirchnerista esas mallas de «esencialismo estratégico» de las que habla Spivak (1987), a partir de las cuales el entonces gobierno buscaba constituir imaginariamente un espacio de identidad.

Cambiemos procuró construir el suyo a partir de su acento en la necesidad de construir «una Argentina del siglo XXI». El valor de lo moderno y la apología del presente y del futuro organizaban un arsenal de clivajes que le permitía tomar distancia de formas de hacer política y gobernar que consideraba perimidas o lamentables. A la democracia de alta intensidad del ciclo kirchnerista, Cambiemos opuso un mundo imaginal donde la política era celebradamente próxima, tangible, práctica, ajena a los conflictos y centrada en el diálogo, la escucha y el consenso. Esa fue su utopía.

Con una retórica menos polémica que pedagógica, el fdt planteó una refundación considerada ineluctable, como parte de un ciclo histórico de ascensos y caídas. Si por un lado se presentó a sí mismo como heredero de

¹⁵ Para una visión más detallada de los resultados de la investigación, pueden consultarse Dagatti (2017a, 2017b, 2019, 2020), Aymá y Dagatti (2019), Dagatti y Onofrio (2019), Onofrio (2019), y Dagatti y Gómez Triben (2020).

los mejores legados que otrora había reivindicado el primer kirchnerismo (2003–2007), por el otro, definió a sus rivales de Cambiemos como disfraces ocasionales de un adversario sempiterno que destruía con tesón y a conciencia la bonanza popular.

Queda claro, entonces, que gobernar implica creencias, identificación, confianza y memorias compartidas: ¿quiénes somos?, ¿qué deseamos?, ¿hacia dónde nos dirigimos? Los sucesivos gobiernos de la Argentina contemporánea han ofrecido a cada una de estas preguntas respuestas diferentes, y han logrado, con ellas, construir espacios, identidades, imaginarios, interpelar a los ciudadanos, provocar rivalidades. Hemos tratado, en las páginas precedentes, de resumir estos logros y exponer sus alcances.

Referencias bibliográficas

- Aboy Carlés, Gerardo (2001).** *Las dos fronteras de la democracia argentina*. Homo Sapiens.
- Adam, Jean-Michel (2004).** Une approche textuelle de l'argumentation: «schema», séquence et phrase périodique. En Doury, Marianne & Moirand, Sophie (Eds.). *L'argumentation aujourd'hui. Positions théoriques en confrontation* (pp. 77–102). Presses Sorbonne Nouvelle.
- Amossy, Ruth (2016).** Por una retórica del *dissensus*: las funciones de la polémica. En Montero, Ana Soledad (Comp.). *El análisis del discurso polémico. Disputas, querellas y controversias* (pp. 25–38). Prometeo.
- Aymá, Ana y Mariano Dagatti (Comps.) (2019).** *La política en escena. Voces, cuerpos e imágenes en la Argentina del siglo XXI*. Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.
- Angenot, Marc (2008).** *Dialogue des sourds. Traité de rhétorique antilogique*. Mille et une Nuits.
- Augé, Marc (1998).** *La guerra de los sueños. Ejercicios de etno-ficción*. Gedisa.
- Charaudeau, Patrick (2009).** Reflexiones para el análisis del discurso populista, *Discurso & Sociedad*, 3(2), 253–279.
- Charaudeau, Patrick (2006).** *Discurso político*. Contexto.
- Dagatti, Mariano (2017a).** Volver al futuro. Las refundaciones discursivas en la Argentina contemporánea (2001–2015), *Pensamientos al margen* (6), 47–72.
- Dagatti, Mariano (2017b).** *El Partido de la Patria. Los discursos presidenciales de Néstor Kirchner*. Biblos.
- Dagatti, Mariano (2019).** *La vida por las ideas. Los discursos públicos de Néstor Kirchner (2006–2009)*. Editorial de la Universidad Nacional de Villa María (EDUVIM).
- Dagatti, Mariano (2020).** A las puertas de la Casa Rosada. La construcción del mundo imaginal kirchnerista (2003–2019). *Cuadernos del Centro de Estudios de Diseño y Comunicación*, 112, 133–158.
- Dagatti, Mariano y Gómez Triben, Mariana (2020).** Como la cigarra. Imagen, espectáculo y memoria en la campaña presidencial del Frente de Todos (Argentina, 2019), *deSignis*, Federación Latinoamericana de Semiótica, julio/diciembre de 2020, 179–203.
- Dagatti, Mariano y Onofrio, María Paula (2019).** Visiones políticas. El sistema imaginario de Cambiemos (Argentina, 2015–2018), *Cuaderno.info* (44), 119–138. <https://doi.org/10.7764/cdi.44.1628>
- Fiorin, José Luiz (2015).** *Argumentação*. Editora Contexto.
- Laclau, Ernesto (2005).** *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica.
- Levy Yeyati, Eduardo y Valenzuela, Diego (2007).** *La resurrección. Historia de la poscrisis argentina*. Sudamericana.
- Maingueneau, Dominique (1987).** *Nouvelles tendances en Analyse du discours*. Hachette.
- Maingueneau, Dominique (1997).** *L'analyse du discours*. Hachette.
- Maingueneau, Dominique (2008).** *Gênese dos discursos*. Parábola. 1984.
- Montero, Ana Soledad (2012).** «¡Y al final un día volvimos!» Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003–2007). Prometeo.
- Novaro, Marcos, Bonvecchi, Alejandro y Cherny, Nicolás (2014).** *Los límites de la voluntad. Los gobiernos de Duhalde, Néstor y Cristina Kirchner*. Ariel.
- Onofrio, María Paula (2019).** La construcción del legado kirchnerista en los discursos de despedida de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner. En Aymá, Ana y Dagatti, Mariano (Comps.). *La política en escena. Voces, cuerpos e imágenes en la Argentina del siglo XXI* (pp. 57–80). Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.
- Poderti, Alicia (2010).** *Diccionario del peronismo*. Biblos.
- Scavino, Dardo (2012).** *Rebeldes y confabulados. Narraciones de la política argentina*. Eterna Cadencia.
- Spivak, Gayatri (1987).** *In Other Worlds. Essays in Cultural Politics*. Methuen.
- Vommaro, Gabriel y Morresi, Sergio (2015).** «La Ciudad nos une». La construcción de PRO en el espacio político argentino, en «Hagamos equipo». PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina (pp. 29–70). UNGS.
- Zunino, Edi y Russo, Carlos (2015).** *Cerrar la grieta. Ideas urgentes para el reencuentro de los argentinos*. Sudamericana.

2. Retórica y educación

La fábula antigua: un ejercicio retórico entre la educación infantil y la persuasión política

Ivana Selene Chialva · Universidad Nacional del Litoral. CONICET–IHUCSO

Trabajar en el área de los discursos de la antigüedad convierte al mundo grecorromano en una herramienta indispensable para comprender, desde otro lugar, nuestras culturas y para revisar aquello que la actualidad de Occidente trae consigo en sus casi 3000 años de cultura escrita. Un ejemplo —ya que sobre el *exemplum* trata este trabajo— es la fábula, composición narrativa ficticia que forma parte de la *escuela* desde hace al menos 2500 años, aunque sus orígenes orales se remontan varios siglos atrás y conducen a las geografías remotas de Oriente, como Mesopotamia, Egipto y la India.

En el año 2020, afectados por la pandemia de Covid–19 que obligó a reinventar los vínculos sociales, entre ellos los educativos, la fábula cobró repentina notoriedad en Argentina y se convirtió en el centro de un debate en los medios nacionales a partir del audio–cuento titulado *El gorila gorilón*. El material didáctico fue subido al portal del Consejo General de Educación de Entre Ríos y retirado a los pocos días, en medio de las disculpas oficiales y la polémica sobre la educación escolar y la manipulación ideológica. Si bien este cuento (con la estructura prototípica de la fábula) no es anónimo ni antiguo, puede ser un elemento disparador para pensar el género y sus diversas aristas debido a que, desde sus inicios, la fábula adquiere la doble función de ser: por un lado, un relato ficcional asociado a la infancia y la educación (oral y luego letrada); y por otro lado, una herramienta eficaz de persuasión en el ámbito político.

Este trabajo se propone ahondar en la tradición antigua de la fábula y en su forma particular de producir creencia, según los manuales retóricos griegos y latinos de los primeros siglos de nuestra era. Una perspectiva en torno al género puede aportar al debate actual sobre qué formación discursivo-literaria de los jóvenes contribuye al desarrollo del pensamiento crítico. O tal como lo plantea la filósofa Martha Nussbaum, cómo y de qué modo la ficción narrativa contribuye a la formación de una ciudadanía más incluyente que admita la convivencia de lo diverso en una sociedad común.¹

La pregunta resulta interesante, además, si se tiene en cuenta que a diferencia de otros géneros ficcionales —arraigados a un tiempo y una sociedad concreta— la fábula, dotada de valor ejemplar y alegórico, pervive en las circunstancias más diversas. Su transculturalidad se basa, como es sabido, en la representación de vicios y virtudes propios de la especie humana y de las relaciones sociales: esto la vuelve, quizás más que a ningún otro género literario, universal. En sus diferentes cronologías, la fábula representa siempre un relato simbólico sobre el carácter y la conducta de los individuos en una situación dada (fábula de situación) o en las relaciones de poder de unos con otros (fábula agonial). Algunos de sus rasgos distintivos son la brevedad, el discurso simple, la ingeniosidad de la anécdota y el carácter alegórico-crítico, que deja en evidencia indirectamente la condición humana. La fábula, entonces, es parte de la formación humanística desde el tiempo en que la educación escolar comienza, a finales del período clásico en Grecia, hasta nuestros días. Indagaremos según el desarrollo cronológico en las fuentes griegas y latinas, centrándonos en los manuales retóricos imperiales, con el fin de focalizar y redimensionar algunos de los atributos del género, como su universalidad y función moralizante.

¹ En los últimos tiempos, la educación humanística de las democracias actuales ha sido el foco en la reflexión de la filósofa norteamericana. A finales del 2015, al recibir el *Doctorado Honoris Causa* por la Universidad de Antioquia (Colombia), Nussbaum formuló un discurso sobre el importante deterioro de los contenidos humanísticos en los programas curriculares de las democracias modernas. Estas inquietudes no eran nuevas, habían sido tratadas en su libro *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, publicado en 2010. En 2015, insistía en que herramientas como la ficción deberían involucrar al sujeto en la reflexión sobre sí mismo y su grupo de pertenencia (étnico, religioso, económico, sexual, etc.) y aportar al desarrollo del pensamiento crítico como una actitud dialógica frente a los que poseen ideas y criterios diferentes. La dimensión alegórica de la ficción puede ser una vía para entender otras razones, otras lógicas, y para establecer distancia con la propia circunstancia para experimentar el mundo según la experiencia de los otros.

La fábula en Grecia

Asociada en sus orígenes a los símiles animales, la fábula representa un «conocimiento» (*gnóme*) colectivo y anónimo cuyas raíces proceden de la misma fuente de transmisión intergeneracional de la que proviene el mito, con el cual comparte varias características, entre ellas, el nombre: el término griego *mýthos* (μῦθος) puede traducirse como «mito», «relato» o «fábula».² También se la designa como *lógos* (λόγος), que incluye toda «narración» o «relato», o más específicamente como *aínos* (αἶνος), un «relato breve», «fábula», «consejo» o «proverbio». El primer testimonio de una fábula en Occidente se remonta al poema épico *Trabajos y días* de Hesíodo (siglo VIII a. C.): sus versos reelaboran, con fin didáctico, elementos míticos y rituales de la tradición oral para aconsejar sobre las labores del campo además de criticar la ociosidad de algunos y la avaricia de los jueces que dictan sentencias injustas. En un pasaje, el poeta apela directamente a los jueces con un *aínos*: el halcón, que lleva a un lastimero ruiseñor entre sus garras, le dice que por más que chille solo lo retendrá o liberará según su voluntad, porque él es el más fuerte (*Op.* 202–212). En esta primera versión ya están definidos los rasgos distintivos del género: brevedad, situación agonal entre personajes, alegoría fuerzas de la naturaleza–sectores sociales, valor ejemplificador. También se advierte la doble función de ese ejemplo: por un lado la función didáctica, moralizadora en tanto *gnóme*; y por otro lado, la función de presentar o, incluso, criticar las relaciones de poder de manera figurada y, por ello, más efectiva.

Otra característica en la representación animal de las diversas formas de violencia entre los hombres es que adopta el punto de vista de los débiles: se prioriza el consejo sobre la astucia, la envidia, la soberbia, la imposición del interés propio frente al otro. En un mundo altamente estratificado como el antiguo, donde prevalece la esclavitud como condición social, esta desigualdad de fuerzas toma su equivalente en las reglas de dominación de la naturaleza, que difícilmente modifican los eslabones de su cadena. De allí la fijación de estereotipos fácilmente identificables: el halcón devora al ruiseñor, el lobo se come al cordero y el asno siempre trabaja hasta caer muerto. A partir de entonces, el uso de la fábula como ejemplo con valor universal, incluido

² Si bien mito y fábula están ligados al mundo oral y de transmisión abierta se diferencian en que mientras el mito remite a un contexto religioso, la fábula (aunque puede incluir en sus personajes a dioses) reúne en cambio un saber secular, desligado de las formas culturales: la fábula es la contrapartida popular del mito, de carácter crítico y satírico (Rodríguez Adrados, 1988:1153).

en obras mayores, se extiende a casi todos los géneros con tonos diversos:³ puede ser seria o jocosa, en ocasiones ambas a la vez, siempre irónica. Juega con el doble sentido, la alusión, la insinuación del mostrar sin señalar, por eso no solo conlleva un saber sobre los caracteres humanos sino sobre el uso certero y efectivo de las palabras.

El tono popular y crítico del género encarna en la figura, entre histórica y mítica, de Esopo quien contaba fábulas breves no solo con fines didácticos o moralizantes sino con fines políticos en el siglo VI a. c., donde las tiranías de las *póleis* griegas no permitían aún la tan celebrada *parresía* («libertad de palabra») propia de la democracia. La tradición creía que Esopo había sido un esclavo frigio que vivió en Samos, poseedor de un conocimiento popular y secular, que instruía a su amo con fábulas (Heródoto, II 134). Es claro que Esopo no «inventa» la fábula sino que recoge una tradición oral —incluso escrita en el siglo VI— y le da autonomía al relato. Probablemente aquí se consolida la forma del género tal como lo conocemos: una narración breve, con pocos adjetivos, compuesta en verso o en prosa, con una estructura fija: 1) se presenta una circunstancia; 2) donde se produce una acción (que involucra 1, 2 o 3 personajes); 3) se da un *agón* o enfrentamiento con acción dramática (puede incluir el estilo directo o indirecto); 4) resolución. La moraleja en los primeros tiempos estaba ausente, fue incorporada más tarde en las colecciones de fábulas ya sea como *promitio* (moraleja inicial) o *epimitio* (moraleja final).

En la época clásica, el género proliferó no solo como expresión poética o narración ficcional, también la filosofía y la oratoria supieron aprovechar su forma gnómica en todas las esferas de la palabra pública: de los socráticos, Platón y Jenofonte las citan. La difusión del género es lo suficientemente amplia y reconocida como para que Aristóteles la incluya en su libro *Retórica* (1393a 23), primer tratado sistemático sobre este saber central en la vida política. Para el filósofo, la fábula produce creencia por persuasión: es decir, crea evidencia en el pensamiento por inducción, como el ejemplo y el entimema. Con respecto al ejemplo (*parádeigma*), se distinguen dos especies: una consiste en referir un hecho que ha sucedido antes y, la otra, en inventarlo uno mismo. La parábola y la fábula pertenecen a este último aunque lo que distingue a la fábula es su carácter puramente ficcional. Además transmite dos fábulas, una atribuida al poeta Estesícoro, la otra a Esopo: ambas advierten a los ciudadanos sobre la sed de poder de los demagogos. Así, Aristóteles asegura que las fáb-

³ Se encuentran versiones de fábulas en la poesía yámbica de Arquíloco, la de Semónides, Estesícoro, la elegía política de Solón, las comedias de Aristófanes y las tragedias de Esquilo y Sófocles, entre otros (Rodríguez Adrados, 1988:1153).

las son apropiadas para los discursos políticos: siempre es muy fácil encontrar una fábula semejante a lo que se argumenta y, si no, se la compone, solo hay que ser capaz de ver la semejanza, lo cual resulta fácil partiendo de la filosofía, dice el Estagirita. Entonces, al valor gnómico–didáctico y a su rol en la educación política se suma la tradición abierta del género: lejos de cerrarse sobre sí mismo, el *corpus* fabulístico se adapta, se modifica y se amplía indefinidamente. De allí su plasticidad en la memoria cultural: las fábulas aprendidas sirven para iluminar una circunstancia presente o son el modelo para componer nuevas fábulas que se adapten mejor a aquello que se quiere mostrar. También Aristóteles destaca la forma específica de la fábula de producir creencia: la semejanza. En palabras retóricas actuales, no se persuade por demostración lógica sino por narración y razonamiento analógico, de allí que el reconocimiento de semejanzas implique una actitud filosófica.

Dada esta proyección retórica del género, no sorprende que haya sido Demetrio de Falero, discípulo de Aristóteles, quien reunió y publicó la primera colección que contenía unas cien fábulas en prosa y es la fuente principal de las colecciones posteriores helenísticas, imperiales y bizantinas, que sí se han transmitido: la más antigua es la Augustana, fechada hacia el siglo v d. c. También Antístenes, fundador del pensamiento cínico, recurrió a las fábulas portadoras de una visión crítica del orden establecido desde una voz marginal e incisiva.⁴ En general, dos procedimientos diferentes se conjugan en el uso del lenguaje: el símbolo, para mostrar sin señalar, distancia fundamental para el juicio crítico; y la ironía, el doble tono que permite a quien recibe la fábula elaborar él mismo el mensaje, involucrarlo no como *acusado* sino como *pensador*. Ambos procedimientos suponen competencias sutiles sobre el lenguaje y sus formas de alusión.

Este recorrido por el género en Grecia ayuda a comprender el lugar destacado de la fábula en la educación retórica durante el Imperio romano. Si bien su función pedagógica se conoce desde época helenística, es en Roma cuando los manuales de retórica griegos, los *Progymnasmata*,⁵ incluyen y for-

⁴ El origen popular y crítico de la fábula, su burla acechante a la vanidad, la estupidez, la crueldad, su visión del mundo desenmascarando las formas del poder, la convertían en una forma predilecta para el mensaje contra toda regla social de los cínicos. No solo usaron las fábulas heredadas de la tradición, también crearon las propias. Aportaron temas, personajes y animales afines a las enseñanzas de su pensamiento: el perro listo, el caminante con la alforja, la tortuga con su casa itinerante.

⁵ Después de la alfabetización básica a cargo de un *grammatistés*, la educación letrada seguía junto al *grammatikós* con la ejercitación de composiciones breves, útiles para cualquier tipo de discurso futuro: historiográfico, filosófico, ficcional, etc. Estos manuales corresponden a dicha etapa de la educación, que era anterior a la educación retóri-

malizan la enseñanza del género. Los manuales que han llegado van desde el I al V d. C. y se continúan en época bizantina: Teón (siglo I d. C.), Hermógenes (siglo II d. C.), Aftonio (siglo IV d. C.), Nicolás (siglo V d. C.) y el comentario a Aftonio por Juan de Sardis (siglo IX d. C.). Escritos por maestros y para maestros, contenían un total de 10 o 14 ejercicios que aumentaban gradualmente su complejidad compositiva: conformaban la cantera común de la instrucción retórica de la cual después los *pepaideuménoi* («los instruidos en la *paideia*») componían sus escritos retóricos, ficcionales, historiográficos, filosóficos, etc. En todos los *Progymnasmata*, la fábula está entre los *lógoi* que inician la ejercitación retórica. Teón es el autor del primer tratado conservado y ofrece una definición de fábula (μῦθοι en el léxico escolar) que se mantendrá sin modificaciones: la fábula es una composición falsa (*lógos pseudés*) que figura (*eikonízdon*) una verdad (*alétheian*).⁶

Precisamente, la enseñanza del ejercicio destaca su absoluta ficción (*lógos pseudés*), tal como lo había diferenciado Aristóteles. No obstante, aquí se señala un rasgo importante: lo falso debe ser verosímil. ¿En qué sentido *verosímil*? A cada animal se le adjudica una característica que le es propia, según Hermógenes (1991:175): si alguien compite por la belleza, se lo representa como pavo real; si se le quiere atribuir una astucia, se lo representa como zorra. Pero tal esquematismo no excluye la novedad: puede innovarse haciendo que «el asno sea sagaz o la zorra necia», dice Teón (1991:79). Basta recordar la célebre zorra que quiere alcanzar las uvas maduras, cuando las zorras no comen uvas. Entonces, la fábula construye su propio verosímil ficcional más allá del verosímil del reino animal.⁷

A continuación, en la frase, se encuentra el participio *eikonízdon*, derivado del verbo *eikázo*⁸ («igualar», «hacer semejante», «imitar», «comparar», «representar»). El término condensa la función alegórico-figurativa

ca más avanzada, impartida por el *rhétor*, que implicaba a la elaboración de los discursos retóricos más completos, como las *melétai* o *declamaciones*. Para una presentación detallada de la educación retórica progimnasmática en los primeros siglos ver Reche Martínez (1991) y Kennedy (2003).

⁶ Teón. *Progym.* 1.72.28: Μῦθος ἐστὶ λόγος ψευδῆς εἰκονίζων ἀλήθειαν... La traducción es propia.

⁷ Para una lectura diacrónica sobre las formas de simbolización animal en la fábula y sus características, remitimos a la introducción general de García Gual (1985) en la traducción al español de las *Fábulas de Esopo*, su libro sobre la fábula del zorro y el cuervo (2016) y a los artículos de Piqueras Fraile (2009) y Matic (2015).

⁸ De la raíz *eik-* del verbo derivan términos al español como «ícono» y sus compuestos: «icónico», «iconográfico», etc. La recurrencia de la raíz *eik-* en las definiciones de los manuales destaca la composición figurativa de la fábula, que basa su efectividad en la contundencia de esa imagen simbólica y alusiva.

del relato que, a diferencia de otras narraciones ficcionales, se basa en presentar una situación figurada o imagen A que reenvía a otra situación B.⁹ Se pasa, entonces, del aspecto literario–poético de la fábula a la efectividad en su función pragmática concreta: «hacer ver» para señalar, mostrar, criticar otra cosa, de allí su función crítico–satírica. ¿Hacer ver qué cosa? *Alétheia*, «una verdad» agrega la definición: en la tradición griega esa verdad es ético–moral, ya sea de tenor filosófico o político, aspectos muy cercanos en el pensamiento antiguo. Teón insiste en que el uso de la fábula se añade como argumento al tema del cual la fábula es «imagen» (*eikón*); lo cual pone en evidencia que la educación retórica no se focaliza en el ejercicio para el desarrollo de una forma literaria autónoma sino como ejemplo de la argumentación en un discurso mayor, sea político, judicial, filosófico o poético (Acosta González, 1994). No obstante, se dan varios ejemplos de fábulas en los tratados, desde el citado *áinos* de Hesíodo a otros de tradición esópica, mayormente.

Existe, por ende, una continuidad entre el primer testimonio hesiódico y la posterior asimilación del género a la educación letrada de los jóvenes quienes, devenidos *pepaideuménoi* en el Imperio, las incorporan en sus escritos. Así lo demuestran los textos satírico–ficcionales de Luciano o filosóficos de Plutarco pero, además, la celebridad de la novela anónima *Vida de Esopo*. Dos siglos más tarde, en la novela *Vida de Apolonio de Tiana* del sofista Filóstrato (siglo III d. c.), se dice que el propio Apolonio, modelo de sabiduría filosófica, defendió el conocimiento de las fábulas de Esopo ante uno de sus seguidores para quien el fabulista solo hablaba de ranas, asnos y charlatanería para que devoren viejas y niños. Por el contrario, Apolonio ubica a la fábula en el inicio de todos los demás saberes:

Al igual de los que comen bien con los alimentos más simples, enseña grandes cosas a partir de temas de poco importancia. (...) Él, tras anunciar una historia que es falsa —todo el mundo lo sabe— por el hecho mismo de no hablar de cosas verdaderas, es veraz. (1991:394)

De modo que la función gnómica e inventiva de la fábula en la cultura griega antigua manifiesta las tres líneas asociadas al género: su función gnómico–pedagógica; su valor crítico; y su función persuasiva ético–filosófico–política. Una constante en la *paideia* es la atención puesta en la *falsedad* y *efectividad* del relato centrado en su carácter ficcional. Pero junto a esa valoración del género como una sabiduría que pone límites al poder, otros ejem-

⁹ Para profundizar en la interpretación parabólica de la fábula y su función pragmática, ver el artículo de Suleiman (1977).

plos antiguos, como el de Heródoto (1.141) sobre la fábula que cuenta el rey Ciro justificando su conquista sobre los lidios, muestran que también los poderosos recurren a las fábulas para aleccionar a los disidentes y confirmar su dominio. Esta tradición encuentra continuidades y contrastes en la visión latina sobre el género.

La fábula en Roma

En la lengua latina, la fábula (designada como *fabula* o *fabella*)¹⁰ adquiere un matiz novedoso, tanto en la composición literaria como en el tratamiento dado por la enseñanza retórica. En poesía, destaca la figura de Fedro quien, según se reconstruye de la propia obra, fue un esclavo liberto probablemente en época de Augusto. Este autor retoma la fuente de Esopo, traduce y versifica algunas fábulas y compone nuevas a la manera esópica, pero con una originalidad propia. El aporte de Fedro a la ficción fabulística reside en la calidad poética de sus yambos senarios, elección a la que asocia una visión del género como herramienta para la mirada satírica por parte de los más débiles: el vínculo que la lleva de la ficción más declarada a la realidad social que quiere denunciar. El motivo *biográfico* reiterado en Esopo y Fedro que presenta a estos autores como esclavos que son libertos y visibilizan la dureza de los lazos sociales se ha asociado al tono pesimista que distingue la vertiente griega y latina de otras como la antigua mesopotámica o la india.¹¹ Más allá de la veracidad histórica o no de esa información, como bien explica Fedro, la esclavitud se halla en el origen de la fábula, que a través de la máscara y de la risa encuentra un lenguaje que subvierte la violencia. A finales del siglo 1 d. c., Babrio, un fabulista en lengua griega, versifica los relatos esópicos y revitaliza los diferentes

¹⁰ El término más general de *fabula* en latín remite no solo al nombre del *genus* literario sino que posee una referencia más general a todo «relato», «cuento», «ficción» o «trama dramática» en oposición a los argumentos no ficcionales. El diminutivo *fabella*, en cambio, ya aparece en Fedro para designar específicamente al tipo de relato alegórico breve de la fábula esópica. Al respecto del uso de ambos términos en Fedro, ver Slușanschi (1995). Por su parte, Bettini (2008) en un interesante artículo estudia la raíz *fa-*, del verbo latino *fare*, y su relación con términos como *fabula*, *facundia*, *fama*, *factum* en alusión a una forma específica de hablar que trasciende el uso cotidiano y conlleva sentidos sobre un saber trascendente, enigmático a la vez que equívoco y falso.

¹¹ Sobre la visión negativa del imaginario fabulístico de Esopo y el tono desencantado de Fedro se explora la mayor parte de los trabajos críticos sobre estos autores. Para una aproximación al respecto, ver la introducción ya citada de García Gual (1985:16) y la de Cascón Dorado a las *Fábulas de Fedro* (2005).

aspectos de la fábula: su valor poético–estético y su denuncia de los vicios humanos y las desigualdades sociales. A partir de estos antecedentes de la tradición griega y latina, continuará la vertiente fabulística en Aviano y en las compilaciones medievales como *Romulus*, que asegurarán la difusión del género en los tiempos venideros.

En relación con la segunda tradición mencionada, la educación retórica griega sobre la fábula deja sentir alguna influencia en los tratados latinos de finales de la República, como el *De inventione* de Cicerón y el anónimo *Ad Herennium*. No obstante, salvo alguna brevísima alusión a la *utilitas* de la fábula como *exemplum* de un argumento o como estrategia para captar la atención del público ya dispersa, no parece haber un interés particular por esta tipología de relato. Hay que esperar hasta Quintiliano y la consolidación de la educación retórica como actividad oficial del Imperio (segunda mitad del siglo I d. c.), para hallar una referencia más específica a la fábula.

Lo que interesa aquí de sus *Institutio Oratoria* no es tanto cotejar las influencias posibles de la retórica progimnasmática griega¹² sino la visión pragmática sobre el ejercicio y su función en el ámbito político romano. Entre los estudios preliminares a la retórica (*Inst.*, 1.9.2), el latino recomienda la enseñanza de las «fabulitas de Esopo» (*Aesopi fabellas*) en la niñez, ya que su forma es similar a los «cuentos de las nodrizas» (*fabulis nutricularum*). De la forma sencilla puede avanzarse progresivamente, recomienda Quintiliano, en adecuar la prosa al verso, cambiar palabras, agregar detalles y dar una nueva versión ampliada, siempre manteniendo el sentido que le dio el poeta. Este trabajo inicial, sin embargo, no busca alentar al desarrollo de la composición literaria, sino a la preparación para las habilidades de un futuro orador. Eso explica que no se demore en dar ejemplos concretos en latín o en citar composiciones poéticas, entre ellas las de Fedro.¹³

Pero más adelante, Quintiliano (5.11.19) retoma, precisamente, la *utilitas* del género en la formación retórica:

¹² Se han establecido numerosos puntos de contacto en el tratamiento de algunos ejercicios dado por Quintiliano y los *Progymnasmata* de Teón (Reche Martínez, 1991:15, n. 28).

¹³ Respecto de la omisión del nombre y la obra de Fedro en autores latinos contemporáneos o cercanamente posteriores, como Quintiliano o el propio Babrio, resuena el caso anterior de Séneca, quien en su *Consolación a Polibio* (Dial., 11.8.3) asegura que la composición de fábulas al estilo de Esopo no fue intentada aún por el ingenio romano. La crítica ha atribuido la ausencia del nombre de Fedro a dos razones posibles: la primera es el desconocimiento de un poeta de origen y temática populares por parte de los eruditos ligados al círculo imperial más estrecho; la segunda es la omisión deliberada, por ser un poeta proveniente de los sectores marginales dedicado, a su vez, a un género menor (Cascón Dorado, 2005; Díaz Torres, 2014).

También aquellas fabulitas que, aunque no tuvieron su origen en Esopo (pues su primer garante parece ser Hesíodo), son sin embargo muy famosas por el nombre de Esopo, suelen encantar principalmente los corazones de aldeanos y personas no cultas, quienes escuchan con la mayor sencillez esas cosas inventadas y cautivados por su encanto dan fácilmente asentimiento a los que deben este deleite; según se nos ha transmitido, también Menenio Agripa consiguió reconciliar a la plebe con los patricios, al contarles aquella conocida fábula de los miembros humanos puestos a conspirar unidos contra el vientre. (1999:225)¹⁴

En la focalización adoptada y los términos latinos se advierte cierta subestimación del recurso de la fábula en varios niveles: 1) respecto del público al que va dirigida (gente rústica, no educada, de fácil persuasión); 2) respecto del argumento al que se recurre (*fictum* en lugar del *verum*); 3) respecto del tipo de persuasión, que no es demostrativa o explicativa sino por placer, encanto. La denominación de *rusticus* de los oyentes no solo refiere a la gente campesina sin instrucción sino que conlleva una diferenciación retórica: la *rusticitas* representa, en la retórica latina, un sentido opuesto a la *latinitas* o *urbanitas*, la corrección y elegancia del uso de la retórica propio

¹⁴ Quint., *Inst.* 5.11.19: *Illae quoque fabellae quae, etiam si originem non ab Aesopo acceperunt (nam uidetur earum primus auctor Hesiodus), nomine tamen Aesopi maxime celebrantur, ducere animos solent praecipue rusticorum et imperitorum, qui et simplicius quae ficta sunt audiunt, et capti uoluptate facile iis quibus delectantur consentiunt: si quidem et Menenius Agrippa plebem cum patribus in gratiam traditur reduxisse nota illa de membris.* Con respecto a la fábula relatada por Menenio Agripa a la que hace mención Quintiliano, reproducimos aquí la versión transmitida por Tito Livio (2.32): «Se acordó, pues, enviar a la plebe como portavoz a Menenio Agripa, hombre elocuente y querido por el pueblo por sus orígenes plebeyos. Introducido en el campamento, en un estilo oratorio primitivo y sin adornos se limitó a contar, según dicen, este apólogo: «En el tiempo en que, en el cuerpo humano, no marchaban todas sus partes formando una unidad armónica como ahora, sino que cada miembro tenía sus propias ideas y su propio lenguaje, todas las partes restantes se indignaron de tener que proveer de todo al estómago a costa de sus propios cuidados, su esfuerzo y su función, mientras que el estómago, tan tranquilo allí en medio, no tenía otra cosa que hacer más que disfrutar de los placeres que se le proporcionaban; entonces se confabularon, de forma que la mano no llevase los alimentos a la boca, la boca los rechazase y los dientes no los masticasen. En su resentimiento, al pretender dominar al estómago por el hambre, los propios miembros y el cuerpo entero cayeron en un estado de extrema postración. Entonces comprendieron que tampoco la función del vientre era tan ociosa, que era alimentado tanto como alimentaba, remitiendo a todas las partes del cuerpo esta sangre que nos da la vida y la fuerza, repartida por igual entre todas las venas después de elaborarla al digerir los alimentos». Estableciendo, entonces, un paralelismo entre la rebelión interna del cuerpo y la reacción airada de la plebe en contra del senado, les hizo cambiar de actitud» (Villar Vidal, 2011:320–321).

de los centros urbanos.¹⁵ Pero además, cita el ejemplo del cónsul Menenio Agripa (siglo v a. c.) quien, durante la República, interviene en la resolución del conflicto interno entre patricios y plebeyos durante la retirada de la plebe al Monte Sacro. Se ha atribuido a este político romano, de origen patricio, el cese del conflicto y la conciliación de las partes que permitió, además, la incorporación en el Senado de los tribunos de la plebe, para custodiar los intereses de esta última y los posibles abusos del primero. Las fuentes que han transmitido el episodio son Tito Livio (*Ab urbe condita* II, 32, 8–12) y Dionisio de Halicarnaso (VI.83) con diferencias notables de extensión, lenguaje y perspectiva que no es posible tratar aquí.¹⁶ Sin embargo, resulta notable que Quintiliano cita el caso por su efectividad en la resolución de conflictos políticos a favor del Senado sin aludir al efecto pedagógico del relato en sí o a su importancia en la educación política del pueblo, como en el caso de Aristóteles. Tampoco la focalización se inclina hacia el beneficio del sector menos favorecido o la obtención de un favor en ambas partes. Quizás Quintiliano da como supuestas estas consecuencias y por ello no las incluye. Pero tal como es presentado el ejemplo se deduce la rusticidad de la plebe, lo fácil de su persuasión y el poder de encantar del patricio, hábil en dotes retóricas: en lugar de representar la visión de los sectores más débiles parece ser una herramienta eficaz para controlarlos, de ser necesario. Este enfoque sobre el recurso no puede desvincularse de la función del cargo del propio Quintiliano en su rol de maestro de retórica sostenido por el régimen imperial, que valida, a través del ejemplo, la importancia de la formación retórica en los miembros allegados al poder.

De alguna manera, esas vías de interpretación de la fábula se han mantenido en la crítica especializada actual y en su abordaje de estas ficciones antiguas en los primeros siglos. Así, mientras ciertas lecturas destacan en la fábula antigua griega y latina (tanto las de autor como las colecciones anónimas) la representación figurada y crítica de las formas de violencia social en la antigüedad por parte de las voces menos favorecidas, otras posiciones advierten que los métodos del empleo didáctico de este ejercicio eran, en los diversos contextos, fundamentalmente similares, con lo cual se unificaba a lo largo de todo el imperio la transmisión del mensaje moral y social

¹⁵ Sobre la *latinitas* como modelo de corrección idiomática en la retórica latina y su oposición semántica a la *rusticitas*, ver el capítulo de L. Pérez incluido en este volumen.

¹⁶ Para una presentación general de las diferencias más significativas entre ambas fuentes y los diversos posicionamientos de estos historiadores sobre los hechos transmitidos, ver López Cruz (2011).

de las fábulas a los alumnos, provenientes de los sectores más privilegiados y futuros miembros de la vida política romana.¹⁷ En definitiva, las posiciones nunca son sencillas ni mucho menos binarias cuando se trata del lenguaje, ni en los usos convencionales más espontáneos ni menos aún en las ficciones retóricamente elaboradas: probablemente esas diferentes formas de recepción y apropiación del ejercicio convivieran y funcionaran en la producción discursiva más amplia, según las necesidades de quien la utiliza, como lo atestiguan los propios manuales de retórica de esta época. De allí la necesidad de reconsiderar todo abordaje simplificador de estos relatos para situarlos en su conexión con la historia, las instituciones, los sujetos, la lengua y la formación de las ideas y representaciones en una cultura dada.

La enseñanza, ¿según el lobo, la oveja, el pastor?

La diversidad de perspectivas retóricas sobre el mismo ejercicio nos lleva al último punto con el que quisiéramos concluir: precisamente, el de la perspectiva de la enunciación. ¿Quién dice lo que dice? ¿Desde qué lugar se construye la «semejanza» en una fábula? ¿La fábula refleja, critica, construye una visión del mundo? ¿El mundo según quién? ¿En qué consiste su universal? Quizás debamos replantearnos, como advierte la filósofa Barbara Cassin, que *lo universal* es siempre lo «universal para alguien», ya se piense la fábula como relato literario autónomo o como *exemplum* que crea analogía con una situación particular concreta.

Las vertientes retóricas y sus contrastes no hacen sino confirmar una característica de la fábula como género literario en sí: por su versatilidad y capacidad figurativa puede representar tanto el punto de vista de los más débiles como de los más fuertes porque la evaluación moral de los hechos ficcionales no se desprende de una «lógica natural» sino de la perspectiva adoptada. Por tal razón, en nuestros tiempos, la enseñanza de toda fábula debería implicar la reflexión sobre la construcción lingüística y discursiva del relato en sí: en tanto composición ficcional representativa de una situación dada construida desde determinada posición enunciativa.

Ciertamente la fábula, como otros discursos ficcionales, constituye una importante herramienta pedagógica. Pero considerando la tradicional mirada retórico–escolar sobre el género resulta necesario replantear si su valor para la formación de un pensamiento crítico radica en transmitir una

¹⁷ Un recorrido por estas interpretaciones de la crítica contemporánea en torno a los papiros escolares fabulísticos puede encontrarse en el trabajo de Fernández Delgado (2006).

sentencia moral que conlleva una sabiduría universal, o si se debe tamizar didácticamente la distinción entre fábulas «ideológicas» o moralmente negativas de las que no lo son. Creemos que, en todo caso, un debate actual sobre el tema debería centrarse en la dimensión ideológica que conlleva *todo* lenguaje y la perspectiva que adopta su enunciación: desde dónde, cómo y para qué fines pragmáticos se simboliza un hecho en analogía con otro hecho implícito al cual la fábula hace alusión. La función crítico-satírica de la fábula no debe deslindarse de la lectura crítica de la fábula como discurso: del análisis de su léxico; de su estructura; del agón ficcional que puede confirmar, relativizar o trascender posiciones binarias de interpretación de la realidad; la perspectiva que aborda; la construcción alegórica de la situación social a la que alude y cómo la representa. Todos estos rasgos deben considerarse a la hora de abordar las fábulas como material de lectura o de escritura en los espacios educativos.

Más que certezas universales, la fábula nos ofrece la posibilidad de la risa, la invención, de la mirada sagaz sobre diversas relaciones humanas y de la ficción como conocimiento. Y sin dudas es una herramienta de reflexión metalingüística y metapoética para *pensar el decir*. Recordemos la advertencia del fabulista mexicano Augusto Monterroso: «ninguna fábula es dañina, excepto cuando alcanza a verse en ella alguna enseñanza» (1983).

Referencias bibliográficas

- Acosta González, Carmen (1994).** Los tres primeros ejercicios en los *Progymnasmata* de Elio Teón: μῦθος, διήγημα, χρεία. *Habis*, 25, 309–321.
- Aristóteles (1990).** *Retórica* (introd., trad. y notas Quintín Ranciero). Gredos.
- Bettini, Maurizio (2008).** Weighty Words, Suspect Speech: *Fari* in Roman Culture. *Arethusa*, 41, 313–375.
- Fábulas de Esopo. Vida de Esopo. Fábulas de Babrio (1985).** (introd., trad. y notas: Pedro Bádenas de la Peña y Javier López Facal). Gredos.
- Fedro, Fábulas. Aviano, Fábulas. Fábulas de Rómulo (2005).** (introd., trad. y notas Antonio Cascón Dorado). Gredos.
- Fernández Delgado, José Antonio (2006).** Enseñar fabulando en Grecia y Roma. *Minerva* 19, 29–52.
- Filóstrato (1992).** *Vida de Apolonio de Tiana* (introd., trad. y notas Alberto Bernabé Pajares). Gredos.
- García Gual, Carlos (2016).** *El zorro y el cuervo. Estudios sobre la fábula*. Fondo de Cultura Económica.
- López Cruz, Paula (2011).** La fábula de Menenio Agripa en Tito Livio. *Nova Tellus*, 29.2, 117–128.
- Matic, Gordana (2015).** El poder subversivo de la fábula en sus diversas manifestaciones diacrónicas. *Lectura y signo* 10, 153–168.
- Monterroso, Augusto (1983).** Cómo acercarse a una fábula. *La palabra mágica*. Era. <https://cvc.cervantes.es/actcult/monterroso/antologia/antologia10.htm>
- Nussbaum, Martha (2015).** *Doctorado Honoris Causa*. Discurso presentado en la Universidad de Antioquía, Colombia. <https://www.elheraldo.co/educacion/el-duro-discurso-de-martha-nussbaum-sobre-el-futuro-de-la-educacion-mundial-233416>
- Piqueras Fraile, María del Rosario (2009).** Trasfondo político-social en las historias fantásticas de animales de algunos autores de la historia de la literatura. En *Ensayos sobre ciencia ficción y literatura fantástica: actas del Primer Congreso Internacional de literatura fantástica y ciencia ficción* (pp. 731–744). Asociación Cultural Xatafi.
- Progymnasmata. Greek Textbooks of Prose Composition and Rhetoric (2003).** (introd., trad. y notas George Kennedy). Brill.
- Quintiliano (1999).** *Obra completa. Institutionis oratoriae* (trad. Ortega Carmona). Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca.
- Rodríguez Adrados, Francisco (1988).** Las colecciones de fábulas en la literatura griega de época helenística y romana. En López Férrez (Ed.). *Historia de la Literatura griega* (pp. 1153–1159). Cátedra.
- Rodríguez Adrados, Francisco (1993).** Mito y fábula. *Emérita*, 61(1), 1–14.
- Slușanschi, Dan (1995).** *Fhèdre et les noms de la fable*. *Voces* VI, 107–113.
- Suleiman, Susan (1977).** *Le récit exemplaire. Parabole, fable, roman à thèse*. *Poétique* 32, 468–479.
- Teón, Hermógenes y Aftonio (1991).** *Ejercicios de Retórica* (introd., trad. y notas María Dolores Reche Martínez). Gredos.
- Tito Livio (2011).** *Los orígenes de Roma* (trad. y notas José Antonio Villar Vidal). Gredos.

Usos y abusos de la palabra «retórica»

Gerardo Ramírez Vidal · Instituto de Investigaciones Filológicas.
Universidad Nacional Autónoma de México

Presentación

En la lectura de cualquier disertación general sobre algún tema de retórica, con mucha frecuencia el lector moderno se enfrenta a graves problemas para entender el sentido que el autor da a los términos empleados. No es un problema atribuible al lector actual, sino más bien se trata de un problema histórico del sentido técnico que surge ya en el proceso mismo de conceptualización y sistematización de la retórica entre los griegos. Los rétores helenos empleaban con frecuencia términos diferentes para un mismo fenómeno, o un mismo término con matices diferentes. Por ejemplo, los estoicos emplearon una terminología en buena medida diferente a la aristotélica en relación con los conceptos de argumento y argumentación. Por su parte, los maestros latinos se enfrentaron a dificultades aun mayores cuando se vieron en la necesidad de trasladar los conceptos provenientes de la cultura griega a la propia, sobre todo porque la terminología retórica constituía ya un complejo copioso y abigarrado de nociones que para ellos era en gran medida nuevo y porque, naturalmente, la red semántica latina difería de la griega. En su *Institutio oratoria*, Quintiliano con frecuencia ofrece esbozos de diversos conceptos sobre fenómenos retóricos específicos, para al final adoptar alguno en particular u ofrecer el propio. Es, por ejemplo, el caso de la pala-

bra griega πίστις (*pistis*), que en latín correspondía a *fides*, pero el maestro de oratoria prefería traducir con *probatio*.¹

Frente a lo anterior, el estudioso actual tiene un camino lleno de escollos que en muchos casos simplemente resulta infranqueable. Un escollo puede tener, es natural, graves consecuencias. Sin embargo, la formulación de conceptos técnicos de esa disciplina con diversidad de sentidos y matices especiales a lo largo de los siglos constituye también una rica herencia milenaria que puede conocerse mediante la cala en que se muestran las diversas capas semánticas que, a su vez, ponen al descubierto la influencia que la retórica antigua ejerció en la civilización occidental. El propósito de estas páginas es hacer una cala histórica para identificar las diferentes capas en relación con el propio término de la disciplina: retórica.

El fenómeno observado es el siguiente: durante los siglos V y II a. c. existieron dos orientaciones opuestas de la retórica. Una fue la enseñanza práctica destinada a la elaboración de discursos orales y escritos, enseñanza que empieza con Córax, pasa por Isócrates y llega a los rétores de época helenística; otra fue la descripción teórica cuya función central era la observación y la teoría, orientación que, por un lado, se desarrolló con Aristóteles y otros filósofos sin que necesariamente hayan tenido una filiación entre ellos. La retórica estoica influyó en las retóricas helenísticas y de época imperial. Ante lo anterior surge la pregunta: ¿ambas orientaciones, la práctica y la teórica, deben denominarse «retórica» o solo una de las dos? En otras palabras, ¿debe considerarse la retórica de Aristóteles o la de Zenón como la verdadera retórica o la verdadera es la de Isócrates y su escuela?

La hipótesis que quiero defender aquí es que la orientación seguida por Aristóteles y su escuela es la que debe recibir el título de «retórica»; en cambio, la tradición que empieza con los sicilianos y que continúa con Isócrates y su escuela recibió otras denominaciones, pero no la de «retórica». En el siglo II a. c., con Hermágoras de Temnos, los maestros empiezan a utilizar el término «retórica» de manera indistinta hasta que se legitima ese término en época tardía y todavía actualmente se emplea para designar ambas orientaciones, aunque no todos siguen esa tendencia, como sucede con Hermógenes de Tarso. Esta hipótesis ayudaría a aclarar algunos malentendidos en relación con el concepto de «retórica».

¹ Cf. Quint. *Inst. or.* V 10.8: *Haec omnia generaliter pistis appellant, quod etiam si propria interpretatione dicere fidem possumus, apertius tamen probationem interpretabimur*, «Todos estos [términos, los griegos] los llaman de modo general *pistis*, y aunque podemos traducir apropiadamente como *fides*, lo traduciremos de manera más amplia como *probatio*».

Para mostrar lo anterior, en las siguientes partes de mi exposición, voy a esbozar primero el problema del impresionante cúmulo terminológico del campo de la retórica (hasta la época actual); enseguida, mostraré en particular la diversidad de connotaciones de la palabra «retórica» y algunas razones por las cuales se da esa diversidad de usos, entre las cuales se encuentra la identificación de dos retóricas originarias que confluyen a partir del siglo II a. c., y la historia posterior, de manera general. Al final, presento algunas conclusiones y consideraciones.

La terminología retórica: la Torre de Babel

El lenguaje de la retórica, es decir, los tecnicismos de esa disciplina y la propia palabra «retórica» muestran diversos usos sincrónicos y cambios diacrónicos que ha sufrido a lo largo del tiempo. La terminología, aunque no la palabra «retórica», empezó a crearse con Córax y Tisias, quienes emplearon términos para referirse a las partes del discurso: exordio (*prooímion*), narración (*diégesis*), pruebas o argumentación (*agôn*), digresión (*parékbasis*) y epílogo (*epilogos*),² además del uso técnico del término *eikós*, o verosímil. En el transcurso de un siglo, la terminología se amplió de manera enorme, como lo testimonian Isócrates y Platón. En su *Contra los sofistas*, al inicio de su carrera pedagógica, Isócrates distingue dos elementos (*tà idéai*): unos son de naturaleza general, en los que se basa toda composición discursiva; otros son de carácter particular, aplicables a la composición de todo discurso concreto. El conocimiento de los primeros es fácil; lo difícil es su aplicación a los casos específicos.

Por su lado, Platón, luego de presentar lo que a su juicio debería ser la verdadera retórica, presenta, en su *Fedro*, una síntesis de los aportes retóricos de los escritores de manuales en el *Fedro* (266d7–267d7), y se refiere en particular a la utilización de una terminología muy variada y abundante, como los tecnicismos «prueba» (πίστωσις), «prueba adicional» (ἐπιπίστωσις), «pruebas matizadas», (ὑποδήλωσις), «elogio doble» (παρέπαινος), «reproche doble» (παράψογος), «redundancia» (διπλασιολογία) y otras más. Es decir, ya existía, a comienzos del siglo IV, una taxonomía específica de la terminología retórica. Es importante señalar, sin embargo, que el filósofo no retoma esa terminología de manuales de retórica, sino que hace su compilación de autores diversos, en particular de maestros de política y de poetas (cf. Ramírez Vidal, 2017). Es importante también observar que Platón establece

² Delaunois (2011:47); Navarre (1900:15–16).

un orden de todas esas adquisiciones con base en las partes del discurso, es decir, siguiendo el modelo tradicional de los maestros de retórica: exordio, narración, pruebas y epílogo, y no con base en las de la retórica: *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, *memoria* y *actio*.

Los tecnicismos se incrementaron de manera significativa medio siglo después. La anónima *Retórica a Alejandro*, al parecer un producto de la escuela isocratea, presenta ya desde las primeras líneas una serie de términos que sugieren la madurez de ese arte. Habrá que observar que el autor de la *Retórica a Alejandro* no emplea el término «retórica», y que el propio título es espurio. Contemporánea a la anterior es la *Retórica* de Aristóteles, donde el filósofo establece una terminología, una taxonomía sistemática y definiciones de términos, entre otros, el de «retórica». Los primeros dos libros tratan sobre los medios de confianza o prueba (πίσταις, plural de πίστις); el tercero, sobre el estilo (λέξις) y la disposición de las partes del discurso (τάξις). Falta en ella el importante término sobre la invención (εὑρεσις), aunque se ha supuesto que los dos primeros libros tratan de ella.

Hermágoras de Temnos fue maestro de retórica en Roma a mediados del siglo II a. c., gran innovador de la enseñanza, aunque los fragmentos que se conservan de su obra en comentarios de los autores antiguos son, con mucha frecuencia, inseguros en cuanto a su autenticidad. Hermágoras agregó numerosos términos técnicos, desarrolló los estados de la causa y ofreció su propia estructura general de la retórica, todo lo cual influyó en la retórica posterior, tanto latina como griega.³

Los rétores latinos tomaron de Hermágoras y otros maestros de retórica el vocabulario griego y lo tradujeron al latín, de manera que crearon su propia terminología retórica, que no se limitó a traducir los términos griegos, sino que innovó en parte, sobre todo en el campo de la *elocutio*, la *memoria* y la *actio*, como puede observarse en las tres obras clásicas: la *Retórica a Herenio*,

³ Como dice Woerther: «Hermágoras sin duda no leyó el tratado de Aristóteles, pues desapareció, como el resto de los escritos escolares del filósofo, después de Estratón, y reapareció sólo hasta el siglo I a. c., en la publicación de Andrónico de Rodas» (2011:456), pero la estudiosa considera que es posible que Aristóteles hubiera influido en Hermágoras de manera oral. Esta suposición es endeble. La retórica se había difundido ampliamente en el Mediterráneo oriental ya sea como enseñanza práctica orientada a la actividad política o como conocimiento teórico en las escuelas filosóficas. La enseñanza retórica, desde la secundaria, se difundió en toda la *oikoumenê* (Pernot, 2016:85–102). Hermágoras recibió las enseñanzas retóricas en la escuela del *rhêtor* y él mismo desarrolló una teoría propia a partir de las concepciones de varias escuelas, en particular, la estoica. Desgraciadamente, solo se conservan fragmentos de los numerosos tratados que se publicaron durante la época helenística, y Hermógenes no fue la excepción.

las obras ciceronianas (en particular el *De inventione*) y la *Institución oratoria* de Quintiliano. Bastaría con hojear la parte relativa a las figuras en el libro IV de la *Retórica a Herenio* para darnos cuenta de la riqueza del vocabulario figurativo. En este último caso, Hermógenes de Tarso retomó la tradición pedagógica de la retórica, disciplina que llevó a su culminación con la renovación de los contenidos y la terminología. La influencia de Hermógenes fue determinante en la retórica bizantina y medieval.

Con la caída del mundo romano y la expansión del catolicismo, se da una nueva ampliación terminológica, sobre todo en relación con el sermón, a la que se agregaron la epistolografía y las relaciones de méritos y servicios provenientes del ámbito privado y de la cancillería. Durante el Renacimiento y el Barroco, las obras de retórica siguen el tronco clásico (sobre todo latino-hermogeniano), aunque se abandonan viejos conceptos, se renuevan otros y se privilegian unos elementos a otros. En el siglo XVI, Petrus Ramus, en el ambiente lógico de la Universidad de París, realiza una transformación de la retórica al trasladar la *inventio* y la *dispositio* a la dialéctica y dejar a la retórica solo la *elocutio* y la *actio*; quita a la retórica su función cívica y su dimensión ética. Así, queda transformada la retórica en simple vestido y oropel. Aunque se suele considerar a Ramus como un filósofo superficial, su obra ejerció una larga influencia en la retórica, sobre todo en países protestantes.⁴ Pero la tarea de Ramus no fue aislada, sino que refleja una importante corriente de pensamiento que llegará a R. Descartes⁵ y de ahí a toda la modernidad, excepto entre los jesuitas, que siguen la retórica latina, en particular, la ciceroniana. Asimismo, las ideas de Ramus no habrían tenido el impacto que tuvieron si no hubiera existido el clima de renovación de esa época y las siguientes.

En época moderna (a partir del siglo XVII), la lógica emerge como el modelo de la razón hasta reducirse en el siglo XIX a una lógica *more geometrico*, limitada al análisis del pensamiento matemático, que rechaza el pensamiento tópico y problemático y desplaza el estilo figurado y la elegancia discursiva. Se distingue, por un lado, una retórica literaria restringida y, por otro, la oratoria política y judicial. La primera fue considerada como una

⁴ Cf. Adrián Lara (2008). Al colocar a la retórica en segundo lugar y a la dialéctica como corona del trivium, se observa que la retórica no abarca el ámbito del conocimiento filosófico, como quería Cicerón. Pero también ello podría explicarse en el sentido de que el filósofo requiere ser primero retórico. Del mismo modo, la atribución de la tópica y la invención a la dialéctica puede leerse en el sentido de una retorización de la dialéctica que va de la mano con una decadencia de la lógica.

⁵ Cf. Ramis Barceló (2015:23). La *Dialéctica* se editó 11 veces en vida del autor y en total se conocen 262 ediciones en poco más de tres siglos (cf. Ong, 1958:296).

de las bellas artes, pero durante el romanticismo fue duramente atacada y entra en grave crisis para desaparecer a finales del siglo XIX como cátedra en las universidades europeas.⁶ La oratoria, en cambio, aunque recibió duras críticas por los filósofos empiristas y racionalistas como arte del engaño, se enseña en las escuelas jesuíticas y en la educación universitaria como elocuencia forense y deliberativa con fines prácticos. Todavía más, en el siglo XX, con la emergencia del estructuralismo y las teorías de la argumentación, la retórica se enriquece con nuevos términos y contenidos y se resemantizan otros, aunque con frecuencia muy alejados de sus usos primarios. En la segunda mitad de ese siglo surge la llamada «nueva retórica» de Perelman y la «retórica general» del Grupo μ , adscrita una a la argumentación y la otra a los tratados sobre las figuras. La primera es una refundición de dialéctica y retórica orientada a la argumentación.⁷

En fin, el resultado es una acumulación de tecnicismos retóricos amplia en extremo. Se trata de una acumulación histórica, pues en el camino van quedando obsoletos numerosos términos y sistematizaciones, mientras otros continúan en uso. Una gran cantidad de estos últimos son actualizados con diversas connotaciones a lo largo del tiempo. Uno de los casos más claros es el término aristotélico de *êthos*. Hoy cada estudioso emplea esa palabra como mejor le parece, y habrá muy pocos que la empleen en el sentido aristotélico. Otro ejemplo es la palabra de moda: *argumentación*, cuyas definiciones van de la seca a la meca. Así, Perelman–Tyteca la define como: «El estudio de las técnicas discursivas que permiten provocar o aumentar la adhesión de las personas a las tesis presentadas para su convencimiento (1958:5)».

Mientras que Van Eemeren dice:

La argumentación es una actividad verbal y social orientada al incremento (o decrecimiento) de la aceptabilidad de un punto de vista controversial para el oyente o lector, que proyecta una constelación de proposiciones que buscan justificar (o refutar) el punto de vista ante un juez racional.⁸

⁶ Cf. Perelman (1991:354).

⁷ Cf. Perelman: «[La Nueva retórica,] que engloba los *Tópicos* y la *Retórica* [de Aristóteles], cubre todo aquello que en el estudio del razonamiento escapa a la retórica formal» (1991:355). Se trata de una mezcla un poco extraña, orientada a la *inventio* y, en menor medida, al estilo, omitiendo las demás partes de la retórica. Esta nueva retórica responde también a los intereses actuales de estudio, análisis e interpretación de los discursos de cualquier género, muy alejada de lo que fue la oratoria antigua: una obrera de la persuasión; un arte del bien decir.

⁸ Reygadas (2015:62, en referencia a Van Eemeren, 1996:5), en un apartado donde pasa revista a las diversas nociones de argumentación, 56–63 (56: «cada teoría formula una idea o definición de la argumentación»). Además, señala en su «Prefacio a la segunda edi-

Tal vez podría afirmarse que cada teórico o estudioso ha elucubrado su propia definición. Y uno mismo cae en esa costumbre egocéntrica de ofrecer una propia concepción, fenómeno explicable simplemente porque «cada cabeza es un mundo», cada quien está formateado de diversa manera o cada quien está limitado y tironeado por influencias de muy diversa índole.⁹

De este modo, tanto la acumulación terminológica como los empleos diversificados nos han conducido a una Torre de Babel: cada quien entiende los términos antiguos como mejor le parece, pero esta diversidad implica también una gran riqueza cultural milenaria.

Usos y abusos de la palabra «retórica»

Ahora voy a reflexionar sobre la palabra *retórica*, que no tiene un sentido unívoco, sino muchos significados y connotaciones, tantos que ha sido necesario que se publicara un libro dedicado solo a recoger numerosas definiciones (Kinney, 2002–2007), muy pocas de las cuales ciertamente tienen que ver con lo que se piensa que es su significado originario: el arte de la persuasión. Kinney, el autor de esta compilación, señala: «Esta obsesión por las definiciones, las taxonomías y las palabras en general —*copia*, como la llama Erasmus— sin duda ha hecho de la retórica un arte difícil de dominar».¹⁰

Pero no será necesario ir a ese libro; bastaría con leer los resúmenes de las ponencias de cualquier congreso sobre retórica, para darnos cuenta de que empleamos esa palabra con sentidos o matices muy diferentes, o, para decirlo de modo más rudo, como mejor nos viene en gana.

Tal vez en esto sí los modernos hayamos superado a los antiguos, pues en nuestra época hemos llegado al grado de que, en no pocos casos, se utiliza esa palabra en vez de semiótica, análisis del discurso, argumentación, dialéctica, etcétera. En cierta ocasión, durante una cena con un grupo de estudiosos latinoamericanos de retórica, Laurence Green manifestó su asombro de que utilizáramos la palabra casi para cualquier cosa, y el afamado profesor tenía razón. Ahora, si es así como digo en relación con el término «retórica»,

ción», 29: «los nombres han hecho crisis. Sabemos que el término *lógica informal* es en extremo inadecuado, pero también se ha puesto en cuestión la «teoría de la argumentación», sin construirse todavía un nuevo consenso».

⁹ O como dice el mismo Reygadas (2015:63), en relación con la argumentación: «al considerar todas las definiciones, quiero mostrar al lector que la realidad argumentativa, como toda realidad, es compleja, por lo cual mirarla desde un solo punto de vista nos priva de la posibilidad de comprender de mejor manera la riqueza y multideterminación de lo concreto».

¹⁰ La copia o abundancia es la marca distintiva de la retórica.

el problema se hace aún mayor si buscamos definiciones concretas, y no solo el uso diversificado, de la terminología retórica. Pocos acuerdos hay en esta disciplina, y de veras, cada quien piensa que el sentido que uno le da es el mejor, el más correcto, el más apropiado o el más legítimo.

De esta manera, la historia de la retórica puede verse como una acumulación de descripciones o enseñanzas que se dan a lo largo del tiempo y como una secuencia de posiciones rivales, que sin embargo responden en la mayoría de los casos a diversas corrientes de esa disciplina.

Por eso, se podría pensar que habría que volver la mirada a la antigüedad grecorromana y escuchar a los teóricos de esa disciplina. Pero también en la antigüedad se había llegado a un verdadero enredo, como podemos observar si nos acercamos a la *Institución oratoria* de Quintiliano, en cuyo libro II, cap. 15, recoge una selección de definiciones de retórica, de entre mil definiciones.⁴¹ La variedad de significados que ese autor registra es múltiple, ante lo cual el maestro romano prefiere adoptar una definición: *Rhetoricen esse bene dicendi scientiam* (*Inst. or.* II 15.38), que los expertos consideran que es una definición de Jenócrates y los estoicos (*Sex. Emp. Adv. Rhet.*). Ya en época de Quintiliano había catálogos de definiciones de retórica, de las que él mismo retomó su material de definiciones, al igual que lo hizo Filodemo, en su *Retórica* II; Sexto Empírico, en su *Contra los maestros de retórica* (10–15) y un anónimo autor de unos *Prolegomena* (Rabe). En su caso, Filodemo recupera esas definiciones para defender que ni la retórica judicial ni la deliberativa existen, sino solo el arte de la retórica sofística, que él practica,⁴² mientras que Sexto Empírico emplea esas definiciones para probar que no puede existir ningún arte de la retórica; por su lado, Quintiliano recurre a las definiciones para defender una de ellas.

Por tanto, el concepto de «retórica» es amplio en extremo, tanto en la Antigüedad como hoy. No voy a dar pruebas de esa diversidad de definiciones y de orientaciones, pues como decía Richard Whately (1841:1): «Entrar en un examen de todas las definiciones [de retórica] que se han dado, nos llevarían a una controversia verbal poco interesante e inútil». Whately retoma a Quintiliano, quien prefería no discutir todas las definiciones de retórica, porque resultaba inútil y era imposible hacerlo.

Por mi parte, como lo expresé al comienzo, creo que las definiciones que se han dado a lo largo del tiempo tienen sus propias razones: parten de con-

⁴¹ Quint. *Inst. or.* II 15.23: *Mille alia*, «hay otras mil definiciones».

⁴² Cf. Philodemos (1977:21, 63, 87 *passim*). En la p. 57, observa que había mejores oradores antes de que se inventaran las artes, cuya invención provocó que se hicieran peores. Para Filodemo, la retórica judicial y la deliberativa no son artes.

textos diferentes y responden a propósitos particulares. Naturalmente se deberían descartar las definiciones cuando se emplean sin conocimiento del fenómeno que designan.

La rivalidad

En cambio, considero importante que nos preguntemos a qué se debe que utilicemos la palabra «retórica», así como otros términos técnicos, de manera tan diversificada. El propio Quintiliano ofrece una respuesta, cuando critica a los escritores de artes quienes por un «celo equivocado» (*pravum studium*) rechazan las definiciones de otros y establecen las propias.¹³ Es probable que utilizar el concepto de otro estudioso mengüe el prestigio de uno, y por ello cada quien opta por lo propio. Si ya lo hacían los antiguos, podríamos preguntarnos, ¿por qué no hacerlo también nosotros?

El empleo de las múltiples definiciones de nuestra disciplina no tiene uno sino varios motivos. El motivo más importante es la rivalidad entre los maestros de retórica y los filósofos. Por eso F. Nietzsche observa:

Por lo general todos los modernos son imprecisos en sus definiciones, mientras que a lo largo de toda la antigüedad hay una incesante rivalidad —especialmente entre filósofos y oradores— para dar una definición correcta de la retórica. (2000:82–83)

No es que los filósofos a los que se refiere Nietzsche rechazaran la retórica, sino que tenían una concepción diferente de ella, y defendían su concepción frente a otros maestros. Platón, quien atribuye al maestro Gorgias de Leonini, en el diálogo homónimo, la enseñanza de una retórica falsa, pues prefiere lo verosímil a la verdad; amoral, pues su finalidad es obtener una ganancia, y aparente, pues prefiere el maquillaje o belleza aparente a la belleza real. Lo anterior no quiere decir que este filósofo fuera adversario de la retórica en sí, sino de la retórica practicada por sus adversarios, pues cuando el filósofo se refiere a su propia retórica, da una definición holística apropiada de la retórica, como el arte del bien hablar y escribir.¹⁴ El editor de un libro reciente sobre

¹³ Quint. *Inst. or.* II 15.37: *Nam omnes quidem persequi neque attinet neque possum, cum pravum quoddam, ut arbitror, studium circa scriptores artium extiterit, nihil eisdem verbis, quae prior aliquis occupasset, finiendi, quae ambitio procul aberit a me.*

¹⁴ Alcidas también había utilizado la palabra retórica más o menos al mismo tiempo que Platón, pero el filósofo la emplea de manera muy frecuente y en muy diversos senti-

retórica, Erik Gunderson, se refiere a esa rivalidad cuando observa que Aristóteles ofrece su exposición de la retórica (y su definición, podríamos agregar) en reacción a otras descripciones contemporáneas en competencia.¹⁵ Los filósofos procedían con frecuencia de esta manera, pero en general todos ellos tenían una concepción de retórica en sentido positivo, excepto Sexto Empírico.

Esta rivalidad no se daba solo entre maestros y filósofos, sino también entre los propios filósofos, quienes tampoco sostenían una concepción uniforme acerca de esa disciplina. Platón, Aristóteles y los estoicos daban sentidos diferentes a la palabra y tenían concepciones diferentes de ella.

Un segundo motivo se debe a los adversarios de la retórica. Quienes se oponen a ella la definen de manera negativa, como palabrería, engaño y otros adjetivos que conocemos muy bien. Tal es el caso de Filodemo (parcialmente) y, sobre todo, de Sexto Empírico.

Sin embargo, el rechazo de la retórica, aunque existió en la Antigüedad, es un fenómeno moderno. A ella se oponían los filósofos de la modernidad, a partir de Pierre de la Ramée y Descartes. Se sentían amenazados por esa arte tan poderosa, y quisieron ponerle freno con su filosofía, pero sin éxito. Ya nos hemos referido al primero de ambos; el segundo le siguió los pasos al propugnar por lo claro y lo distinto, pero este con mayor rigor, pues rechazaba al igual que la retórica los razonamientos verosímiles de la dialéctica. A pesar de esa crítica, ambos emplearon mecanismos retóricos de comunicación eficaz, fenómeno que se conoce como «retórica de la antirretórica», como veremos enseguida.

A Kant se le ha considerado un antirretórico por un pasaje de su *Crítica del juicio* (§51), donde define las artes de la elocuencia y la poesía:

Las artes de la palabra son elocuencia y poesía. Elocuencia es el arte de tratar un asunto del entendimiento como un libre juego de la imaginación; poesía es el arte de conducir un libre juego de la imaginación como un asunto del entendimiento.¹⁶

dos, por ejemplo, como artesana de la persuasión, como arte del engaño o algo parecido. Sin embargo, en el *Fedro*, Platón considera que la retórica es un arte holístico de hablar y escribir bien. Por ello, es decir, porque Platón utiliza de modo muy frecuente ese término y por la definición tajante que él da, podemos no solo considerarlo como el padre de la retórica, sino también asumir que el sentido que él le dio es el sentido primario de ese arte sumo de hablar y escribir bien, que no sólo tenía que ver con los asuntos forenses, deliberativos y epidícticos, sino también con el discurso filosófico. Es decir, abarcaría propiamente cualquier tipo de discurso.

¹⁵ Gunderson (2009:1): «it is clear that Aristotle's account of rhetoric is itself reacting to other contemporary competing accounts».

¹⁶ Kant (1922:176; *Kritik der Urteilskraft*, §51): «Die redenden Künste sind Beredsamkeit und Dichtkunst. Beredsamkeit ist die Kunst, ein Geschäft des Verstandes als ein freies

En otro pasaje afirma que el *ars oratoria* no merece ninguna estima como arte de manipular las debilidades humanas para sus propios fines (Kant, 1922:185. Cf. Catani:120), aunque, como afirma Cattani (2011:127), al mismo tiempo requirió de ello para la expresión de sus ideas: «En efecto, hay mucha retórica en la filosofía y hay mucha filosofía en la retórica. De hecho, toda filosofía es retórica. Y un filósofo es un orador–rétor casi siempre sin su conocimiento». Y yo agregaría, también sin su consentimiento. El bello retruécano del pasaje citado es una muestra clara de lenguaje figurado en una obra filosófica de gran calado.

Sin embargo, Kant no tiene una posición contraria a la retórica, pues distingue dos tipos de oratorias (Beredtsamkeit): una es la retórica (Rhetorik, palabra que emplea una sola vez en esa obra) y que designa una de las bellas artes que consiste en la unión de arte del bien decir y elocuencia, o bien de elocuencia y estilo; otra es el *ars oratoria*, que no es digna de respeto cuando el orador utiliza su arte para aprovecharse de las debilidades humanas.¹⁷

Lo anterior indica que la oratoria no desapareció, y no tiene por qué haber desaparecido, pues siempre se requiere del aprendizaje de mecanismos de comunicación eficaz prácticamente en cualquier campo, en particular en el ámbito de los tribunales y de la política. Pero se le ha considerado más como una práctica que como un conocimiento sistemático.

Las dos retóricas: retórica y oratoria

La tercera razón (además de la rivalidad y de los opositores a la retórica) es que quienes se dedican y nos dedicamos al estudio de la retórica, en términos generales, seguimos dos tendencias: la de filósofos teóricos y la de los maestros de oratoria.

Spiel der Einbildungskraft zu betreiben; Dichtkunst, ein freies Spiel der Einbildungskraft als ein Geschäft des Verstandes auszuführen».

¹⁷ Kant (1922:184), nota: «Beredtheit und Wohlredenheit (zusammen Rhetorik) gehören zur schönen Kunst». Emplea también la expresión «blosse Wohlredenheit (Eloquenz und Styl)», como opuesto de la *ars oratoria*, las cuales son dos formas de Beredtsamkeit (elocuencia). Beredtheit y Wohlredenheit pueden significar ambas «elocuencia». El mismo fenómeno se encuentra en otros filósofos que rechazan la retórica, pero emplean sus mecanismos de comunicación eficaz («retórica de la antirretórica»). Por ejemplo, Sipiora (1994) estudia los tres medios de persuasión (*êthos*, *pathos* y *logos*) en el *Origen de las especies* de Darwin, a los que podrían agregarse el uso de estrategias argumentativas retóricas empleadas como silogismos lógicos.

La primera es la tendencia teórica y filosófica, inventada por Platón y desarrollada por Aristóteles y resistemizada por los estoicos; privilegiaba el estudio de los argumentos;¹⁸ consistía en definiciones, clasificaciones y descripciones del fenómeno argumentativo en el discurso político, y tenía un amplio cuerpo teórico.

En cambio, la retórica pedagógica constituye una metodología educativa en la competencia discursiva, que poco se interesaba en las definiciones y clasificaciones; es la tendencia práctica y pedagógica de los maestros del discurso, de Córax y Tisias a Hermógenes, pasando por Isócrates, Hermágoras, Cicerón y Quintiliano. Se trataba más bien de un taller del discurso, más cercano a los cursos de oratoria actuales que a la retórica aristotélica. Se orientaba al estudiante, al discípulo, y por eso se abordaban las tareas del orador y no de las operaciones del arte.

Esta doble orientación predominó del siglo V al II a. c. Los maestros de oratoria se abstendían de utilizar esa palabra. Se puede encontrar un ejemplo de lo que estoy diciendo en los títulos de sus obras de retórica. No voy a referirme a los artes prearistotélicas, pues existe la duda fundada de que hubieran existido.¹⁹ Más bien empezaré con Isócrates, quien nunca emplea esa palabra en su abundante producción conservada, sino la expresión *philosophía tôn lógôn*, «filosofía de las palabras», expresión que significaría más o menos «experticia / maestría en el discurso político», y que nada tiene que ver con una reflexión profunda sobre cuestiones del lenguaje, como parecería indicar esa palabra. En esa escuela se enseñaba oratoria política, se capacitaba a los estudiantes a persuadir, y el éxito de Isócrates fue enorme. Cicerón decía que del taller de Isócrates habían salido numerosos y hábiles oradores como guerreros del caballo de Troya (Cic. *De or.*, II, 94): príncipes, historiadores y oradores.

La *Retórica a Alejandro* es una exposición de la escuela isocratea, con una orientación diferente de la retórica aristotélica. El título de esa obra, *Retórica a Alejandro*, no es original, sino que se le impuso en una época muy posterior a su elaboración, tal vez durante los siglos II y III d. c. Al igual que en los discursos

¹⁸ Aristóteles dedica los dos libros originarios de la *Retórica* al estudio de las *pisteis*, «medios de persuasión» o argumentos. Al comienzo del tercer libro de su *Retórica* observa que el tratado acerca del discurso consta de tres partes: *pisteis*, *lexis* y *taxis*, y que en los dos libros anteriores se ha tratado ya del primero, de manera que resta hablar del estilo y del orden (cf. Arist. *Rh.* 1403b6–9), pero estas dos últimas partes no formaban originariamente parte de la *Retórica*. Un hecho curioso es que Aristóteles no emplea el término *héuresis* o invención, que es la parte que trata en esos dos libros originarios de la *Retórica*.

¹⁹ La enseñanza consistía en dar a los alumnos los discursos como ejemplos que debían imitarse, aunque también se ocupaban de su estudio e interpretación.

sos y cartas de Isócrates, en este tratado no aparece la palabra «retórica».²⁰ A pesar de ello, no se duda de que Isócrates hubiera sido un maestro de ese arte ni que la *Retórica a Alejandro* sea la descripción práctica de la retórica.

La confluencia de las dos retóricas

Hermágoras de Temnos fue maestro de retórica en Roma en la segunda mitad del siglo II a. c., a quien se refieren propiamente todos los maestros latinos posteriores. Pero él era un filósofo, además de maestro, de manera que en él parecen confluir las dos tendencias de la retórica. Hermágoras recibió diversas influencias en el campo de la retórica, en particular la estoica, de manera que era no extraño que hubiera denominado a su obra con el título de *Retórica*. A partir de él, la palabra «retórica» empezó a utilizarse entre los maestros de retórica, aunque al principio de manera tímida, como podemos observar en títulos de los tratados latinos antes mencionados. Al final, ese título se impuso en la mayoría de los tratados de retórica de la antigüedad tardía.

Los primeros maestros latinos denominaron a sus obras retóricas con otros nombres, pero no con el de *rhetorica*. Cicerón impuso a sus obras retóricas los siguientes títulos: *De inventione*, *De oratore*, *Brutus*, *Orator*, *Partitiones oratoriae*, *De optimo genere oratorum*; además, empleó la expresión latina *eloquentia artificiosa* como traducción de retórica.²¹ Aunque él no rechaza el empleo del término griego, su uso es muy restringido, excepto en los primeros capítulos de su *De inventione*.

En cuanto a la *Rhetorica ad Herennium*, debe señalarse que es un título espurio, puesto en época tardía. El título original debió haber sido *De ratione dicendi*, el mismo título de la obra del maestro de Cicerón, Antonio. Esta expresión era la usual. La palabra *rhetorica* aparece pocas veces, en algunos pasajes con un sentido ambiguo. Por ejemplo, en la primera página de esta obra se dice lo siguiente:

tamem tua nos, Gai Herenni, voluntas commovit, ut de ratione dicendi conscriberemus, ne aut tua causa noluisse aut fugisse nos laborem putares. Et eo studiosius hoc negotium suscepimus, quod te non sine causa velle cognoscere rhetoricam intellegebamus: non

²⁰ La palabra ῥητορεύειν aparece en *Rh. Alex.* 36.39, pero con un sentido moral: ὥστε λυσιτελὲς φανέται τοῖς πολίταις κάκεινον μανθάνειν ῥητορεύειν· οὐ γὰρ <ἄν> οὕτω πονηρὸν οὐδὲ συκοφάντην αὐτὸν εἶναι, «de manera que los ciudadanos consideren conveniente que también él aprenda a hablar, pues así no sería un malvado ni un sicofanta».

²¹ Cf. *Cic. De inv.* I 5: *artificiosa eloquentia, quam rhetoricam uocant.*

enim in se parum fructus habet copia dicendi et commoditas orationis, si recta intelligentia et definita animi moderatione gubernetur. Quas ob res illa, quae Graeci scriptores inanis adrogantiae causa sibi adsumpserunt, reliquimus.

Sin embargo, tu deseo, Gayo Herenio, nos impulsó a escribir *Acerca del método de hablar*, para que no pensaras que no lo quisimos hacer por causa tuya o porque no quisimos afrontar esta tarea. Y por ello, con más dedicación emprendimos esta actividad, porque entendíamos las razones por las que querías conocer la retórica, puesto que la abundancia discursiva rinde abundantes frutos y ventajas del discurso si son gobernadas con recta inteligencia y estricta moderación de la mente. Por esta razón hicimos a un lado aquellas materias que los escritores griegos asumieron con arrogancia vacía.

De tal manera, la *ratio dicendi* quita la paja que lo único que hace es dificultar el conocimiento de las reglas del arte. La retórica es esta mezcla de materias útiles e inútiles, estas últimas agregadas por los poco prácticos maestros griegos de retórica. Sin embargo, al final de la obra (IV 56.69), se afirma dos veces que en los cuatro libros se trataron enteramente los preceptos de la retórica, de manera que aquí puede entenderse con seguridad que la palabra «retórica» se emplea como sinónimo de *ratio dicendi*.²²

Quintiliano puso como título a su obra *Institutio oratoria*, que refleja muy bien su relación con la profesión de Isócrates: «enseñanza de los discursos». Me parece significativo que el maestro latino no hubiera puesto *Ars rhetorica* a su gran obra, y creo que ello se debe a que su interés era pedagógico, no teórico ni filosófico. Pero Quintiliano emplea con frecuencia el término *rhetorica* para designar los numerosos tratados de retórica por él revisados y prefiere emplear el término griego para designar su enseñanza (II 15.5), aunque indica: «hablamos de retórica tal como lo hacemos con [la palabra] elocuencia». Pero la palabra *rhetorica* se impondrá en lo subsiguiente en los *rhetores latini minores*, aunque no por completo.

²² El *auctor* anónimo emplea pocas veces el término «retórica». Además del ya mencionado (I 1.1), en II 27.44 se refiere a quienes vituperan la retórica por vituperar la vida de algún orador; en III 1.1 se refiere a la *elocutio* como un aspecto de la retórica. Sin embargo, lo anterior no implica necesariamente que las demás partes no lo sean. En III 9.15 termina la larga sección dedicada a la *inventio* retórica. Ahí afirma el *auctor* que esta es la parte más difícil de la retórica (*difficillima parte rhetoricae*), pero explica cuál es esta parte: *hoc est, inventione perpolitata atque omne causae genus adcommodata*, «es decir, invención bien pulida y acomodada a todo género de causa», lo cual no parece referirse a los problemas propiamente eurísticos de la retórica, sino, precisamente, a los elocutivos. Los términos oratoria y elocuencia son poco frecuentes en esta obra.

De esta manera, en la historia de la retórica predominan dos tendencias opuestas (la didáctica-política y la teórica) que confluyen en Hermógenes (siglo II); a partir de él, la retórica abarcará ambas tendencias hasta el fin de la antigüedad. Pero esta presentación refleja solo una parte importante de la tradición retórica, mas no todas las manifestaciones o corrientes retóricas que se desarrollaron en la Antigüedad. En su introducción al *Acerca de los oradores antiguos*, Dionisio de Halicarnaso ofrece una historia diferente: luego de la caída de Grecia ante Alejandro Magno, la «retórica filosófica» (es decir, la oratoria) decayó hasta casi desaparecer; su renacimiento se da en la Roma de la época de Augusto, donde precisamente se encontraba el historiador. Hermógenes de Tarso, por ejemplo, constituye otra línea histórica de la retórica, que influyó profundamente en algunos de los *rhetores latini minores*, en la retórica bizantina y finalmente en la retórica renacentista, sobre todo gracias a Jorge de Trebizonda, quien escribió su *Retórica en cinco libros*.²³

La retórica actual es fundamentalmente filosófica y teórica

No voy a describir cómo se van desarrollando la retórica teórica y la práctica en los siglos posteriores. Baste recordar que, a partir del siglo XVI, la retórica se adelgaza y se convierte en preceptiva literaria, mientras que la oratoria (o elocuencia) continúa su recorrido con un florecimiento significativo durante la segunda mitad del siglo XIX. A mediados del siglo XX, renace una cierta retórica con lógicos como Perelman y Toulmin, enteramente diferente de la antigua, pues es una dialéctica retórica teórico-analítica. Para entender dónde estamos, ahora observemos el resumen de una tesis de doctorado de la Université Laval, donde se dice lo siguiente:

Entendemos por retórica el arte de persuadir y de convencer, el arte de la deliberación y de la discusión, el arte de bien pensar y de bien decir lo verosímil —el *eikós*—, tal como lo concebía Aristóteles y no lo que se entiende con mucha frecuencia con este nombre. Y lo que nosotros nos proponemos mostrar en esta memoria mediante un examen de la historia de esta concepción de la retórica desde su nacimiento hasta el día de hoy con el acento puesto en la retórica de Aristóteles y de la Nueva Retórica de Chaïm Perelman, es que el aprendizaje

²³ Cf. Monfasani (1976:249): «The Hermogenean Art was accepted as a school text early in the Byzantine period and by the fifteenth century almost no extant classical Greek Rhetoric could rival it in comprehensiveness and authority». Cf. 253–254 sobre la importancia de la retórica hermogeneana desde los siglos VII y VIII hasta el Renacimiento.

de la retórica puede ser útil no sólo al orador sino de igual manera al receptor (al auditor) de un discurso retórico. Dicho de otra manera, vamos a mostrar teóricamente mediante nuestro examen de la historia de la retórica y de modo práctico mediante un análisis del *Elogio de Helena* de Gorgias, que la técnica retórica es el arte de aprender a escuchar y a leer de manera que se pueda entender mejor. (Motulsky–Falardeau, 2007; la traducción del francés es mía)

Es claro que el autor del pasaje anterior tiene toda la razón, pues la retórica del texto aristotélico y la del tratado de Perelman sirven precisamente para el receptor y solo el receptor. Pero hay una falla grande en ese mismo texto: ese supuesto descubrimiento es una obviedad y quienes utilizamos la retórica lo hacemos casi solo para leer o analizar textos, como ya he dicho. Hoy la mayoría de nosotros empleamos la palabra en sentido teórico–analítico, como el arte de analizar los textos para tener una mejor comprensión de ellos. Además agregamos teorías a las teorías, como si estas no bastaran. Y para ello siempre nos remontamos a la *Retórica* de Aristóteles, quien decía, que «la retórica es la capacidad de observar lo persuasivo posible en los casos particulares». Si seguimos de manera estricta la anterior definición deberemos decir que Aristóteles no enseñaba a sus alumnos a hablar y a escribir bien, sino a analizar la persuasividad retórica en los discursos. Él estableció una técnica extraordinaria para el estudio de la retoricidad de los discursos políticos. A la muerte de Aristóteles, su archivo, que contenía los apuntes de las obras que ahora leemos bajo su nombre, fue mantenido oculto en el sótano de una casa de Neleo, en el poblado de Skepsis, en Asia Menor, y por ese motivo la *Retórica*, la *Política*, la *Ética* y otras obras hoy famosas fueron desconocidas, hasta mediados del siglo I a. c., gracias a la publicación de Andrónico de Rodas. La *Retórica* de Aristóteles fue muy poco conocida y tuvo poca influencia, hasta su rescate a finales de la Edad Media. Hoy es el texto fundacional de la retórica.

Conclusión

Hemos intentado hacer una cala, aunque incompleta, para entender históricamente ese fenómeno y mostrar las diferentes etapas por las que ha pasado. Es obvio que una cala no equivale a una historia de la retórica, sino que se trata simplemente de una observación parcial de ella.

Así, en relación con el problema que me había planteado, frente a la inmensa mole de la terminología retórica y a la diversidad de usos que damos a la palabra «retórica», hemos observado que esa diversidad de usos se

explica, en parte, por la rivalidad entre filósofos y oradores y entre filósofos entre sí, pero, sobre todo, por las diversas orientaciones que siguen los estudiosos y maestros de retórica, influenciados estos por las formaciones culturales y políticas de su tiempo. Además, observamos que, en la Antigüedad, predominó la oratoria (esto es, la enseñanza de las competencias discursivas en el campo político) y que se conservó un abundante material pedagógico que debemos estudiar considerando su función originaria (enseñar a hablar y escribir). La orientación teórica fue, en realidad, menos importante que la práctica. El estudio nos acerca a una conclusión absurda: la palabra «retórica» no es un término adecuado para referirnos a la oratoria práctica y pedagógica de la época clásica, pero sí para los tratados filosóficos sobre ese arte. A partir de Hermágoras, se denominó «retórica» tanto al arte teórico como al uso práctico de la palabra, pero no todos siguieron esta orientación.

En cuanto a la *Retórica* de Aristóteles, esta fue poco conocida y nunca fue objeto de algún comentario en la Antigüedad (a diferencia, por ejemplo, de la retórica hermogeniana). Hoy esa obra ha alcanzado un éxito indiscutible, y es el manual fundacional de la retórica actual y de los estudios del discurso. Es natural que su uso ampliado más allá de su campo originario lleve a deformar y a confundir sus doctrinas con las nuestras, generalmente sin que tengamos conciencia de ello.

Pero se trata solo de una cala. Si se elaboran más calas, con mayor amplitud y con mejores instrumentos de análisis, sobre el fenómeno de los significados del término «retórica», tal vez los resultados sean diferentes.

Bibliografía

Fuentes antiguas

Aristóteles (1999). *Retórica*. Introducción, traducción y notas de Quintín Racionero. Gredos.

Aristotelis (1958). *Topica et Sophistici Elenchi* (recensuit brevis adnotatione critica instruxit W. D. Ross). Oxford University Press (7a. reed. 1986).

Dionysius of Halicarnassus (1974). *Critical Essays I* (translated by S. Usher). Harvard University Press – W. Heinemann.

Hermogène (1997). *L'art rhétorique* (traduction française intégrale, introduction et notes par Michel Patillon). L'âge d'homme.

Hermógenes (1993). *Sobre las formas de estilo* (introducción, traducción y notas de Consuelo Ruiz Montero). Gredos.

Hermógenes (1991). *Sobre los tipos de estilo* (introducción, traducción y notas de Antonio Sancho Royo). Universidad de Sevilla.

Isócrates (2002). *Discursos* (traducción y notas de Juan Manuel Guzmán Hermida). Biblioteca Clásica Gredos.

Philodemos (1977). = ΦΙΛΟΔΗΜΟΥ ΠΕΡΙ ΡΗΤΟΡΙΚΗΣ. *Libros primum et secundum* (editit Francisca Longo Auricchio). Giannini ed. (Ricerche sui papiri ercolanesi, III).

Pseudo-Aristote (2002). *Rhétorique à Alexandre* (texte établi et traduit par Pierre Chiron). Paris: Les Belles Lettres.

Trapezuntii, Georgii (1547). *Rhetoricorum libri quinque*, Lugduni apud Seb. Gryphium. https://archive.org/stream/bub_gb_0LHiuVcj1yQC#page/n191/mode/2up

Estudios

Adrián Lara, Laura (2008). Petrus Ramus y el ocaso de la retórica cívica. *Utopia y Praxis Latinoamericana*, 13 (43), 11–31. http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-52162008000400002&lng=es&tlng=es

Cattani, Adelino (2011). Filósofos y oradores. Filosofía en la retórica, retórica en la filosofía. *Rétor*, 1 (2), 119–130.

Charaudeau, Patrick y Dominique Maingueneau (2005). *Diccionario de Análisis del Discurso*. Amorrortu Editores.

Delaunoy, Marcel (2011). *La originalidad del plan retórico en la elocuencia griega (siglos V y IV)*. Ediciones Clásicas.

Gunderson, Erik (Ed.) (2009). *The Cambridge Companion to Ancient Rhetoric*. Cambridge University Press.

Isasi Martínez, Carmen (1997). Traducción y Retórica. Notas para la Historia de la traducción en España. *Livius*, 10, 77–90.

Kant, Immanuel (1922). *Kritik der Urteilskraft*. Fünfte Auflage. Herausgegeben, eingeleitet und mit einem Personen- und Sachregister versehen von Karl Vorländer. Felix Meiner.

Kennedy, George Alexander (2005). *Invention and Method: Two Rhetorical Treatises from the Hermogenic corpus (Writings from the Greco-Roman World)*. Society of Biblical Literature & Leiden, Brill.

Kinney, Thomas J. (2002–2007). *Book of Quotations on Rhetoric*. University of Arizona.

López Grigera, Luisa (1994). *La retórica en los Siglos de Oro. Teoría y Práctica*. Ediciones de la Universidad de Salamanca.

Monfasani, John (1976). *George of Trebizond. A Bibliography and a Study of his Rhetoric and Logic*. E. J. Brill.

Monfasani, John (1999). La tradición retórica bizantina en el Renacimiento. En J. Murphy (Ed.). *La elocuencia en el Renacimiento* (pp. 211–225). Visor.

Motulsky-Falardeau, Alexandre (2007). *Vers une théorie de la réceptivité du discours rhétorique*. Mémoire présenté à la Faculté des études supérieures de l'Université Laval dans le cadre du programme de maîtrise en philosophie pour l'obtention du grade de Maître ès arts (M.A.). Faculté de Philosophie, Université Laval.

Navarre, Octave (1900). *Essai sur la rhétorique grecque avant Aristote*. Hachette.

- Nietzsche, Friedrich (2000).** *Escritos de retórica* (edición y traducción de Luis Enrique de Santiago Guervós). Trotta.
- Ong, Walter (1958).** *Ramus. Method, and the Decay of Dialogue: From the Art of Discourse to the Art of Reason*. Harvard University Press.
- Perelman, Chaïm y Lucie Olbrechts-Tyteca (1958).** *Traité de l'argumentation. La nouvelle rhétorique*. Presses Universitaires de France.
- Perelman, Chaïm (1991).** Pierre de La Ramée et le déclin de la rhétorique. *Argumentation*, 5, 347–356.
- Pernot, Laurent (2016).** *La retórica en Grecia y Roma*. UNAM (Bitácora de retórica, 31).
- Ramírez Vidal, Gerardo (2017).** La primera historia de la retórica (Platón, *Fedro*, 266d7–267d7). *Quadrupartita Ratio*, 2 (4), 28–39.
- Ramis Barceló, Rafael (2015).** *Petrus Ramus y el Derecho. Los juristas ramistas del siglo XVI*. Dykinson.
- Reygadas, Pedro (2015).** *El arte de argumentar. Sentido, forma, diálogo y persuasión* (2da. ed.). Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Sipiora, Phillip J. (1994).** Ethical Argumentation in Darwin's Origin of Species. In James S. Baumlin and Tita French Baumlin (Eds.), *Ethos: New Essays in Rhetorical and Critical Theory* (pp. 265–292). SMUP.
- Van Eemeren, Frans et al. (1996).** *Fundamentals of Argumentation Theory. A Handbook of Historical Backgrounds and Contemporary Developments*. Lawrence Erlbaum Associates.
- Whately, Richard (1842).** *Elements of Rhetoric*. B. Fellowes.
- Woerther, Frédérique (2011).** La materia de la rhétorique d'après Hermagoras de Temnos. *GRBS*, 51, 435–460.

Estrategias del *pathos* en las redes sociales. Emojis y otros graficones para la expresión de la emoción en la comunicación digital

Cristina Vela Delfa · Universidad de Valladolid

Las redes sociales no son una cosa nueva. La expresión red social hace referencia a cualquier estructura conformada por un conjunto de individuos relacionados mediante lazos interpersonales. Así, puede haber redes sociales profesionales, de parentesco, de amistad, etc. Sin embargo, actualmente, cuando hablamos de las redes sociales es normal que nos refiramos a ciertas aplicaciones de internet destinadas a facilitar la interacción entre personas a través de la generación de vínculos digitales. En este sentido, Galán Rodríguez y Garlito Batalla (2019:15) definen las redes sociales como una «estructura social formada por personas o entidades que mantienen, intercambian o fomentan intereses comunes, actividades o vínculos de diversa índole a través de internet».

Las redes sociales digitales (o *social media*, en inglés) constituyen uno de los fenómenos comunicativos más característicos del siglo XXI. Basta recordar la repercusión que tuvo el cierre de la cuenta de Donald Trump por parte de *Twitter* el 8 de enero de 2021. Constituyen la más certera actualización de la plaza pública —ese lugar donde las personas se reúnen para exponer y compartir sus puntos de vista y opiniones— y son, cada vez más, la principal fuente de información para muchos ciudadanos. En ellas se están

consolidando nuevos mecanismos de difusión de la información y formas específicas para cristalizar los vínculos interpersonales.

Las redes sociales digitales forman parte de un proceso más amplio que tiene que ver con la introducción de la mediación tecnológica, en general, y de internet, en particular, en la interacción comunicativa. Mancera Rueda y Pano Alamán (2013:10) definen la Comunicación Mediada por Ordenador como «un conjunto de modalidades de interacción, surgidas de la aplicación de las nuevas tecnologías a la comunicación pública e interpersonal». Las propiedades identificativas de cada una de estas modalidades tienen que ver, en gran medida, con las características específicas de los entornos tecnológicos que las hacen posibles y con las condiciones que imponen a sus usuarios; pero también, con las rutinas que se consolidan con su empleo.

Muchas son las redes sociales que en este momento se disputan el liderazgo. Según el último informe de *Statista*, en el último año *Facebook* y *Youtube* siguen encabezando el ranking internacional, con 2740 millones de usuarios y 2291 millones de usuarios, respectivamente. Y, mientras que redes como *Instagram* (1221 millones de usuarios) o *Tik Tok* (689 millones de usuarios) suben, otras como *Twitter* (353 millones de usuarios), bajan. Según este informe, los intereses de los usuarios de estas redes son muy diversos. Algunos buscan información en tiempo real, a través de *Twitter* y de los perfiles de personas relevantes, por ejemplo; otros las emplean más con fines privados, y utilizan redes sociales como *Instagram* para compartir las fotos de sus últimas vacaciones. Aunque también son comunes otros usos: los hay que recurren a ellas para encontrar trabajo o para mantener sus relaciones profesionales. En realidad, hay tantas redes sociales como perfiles de usuarios y estas son tan diversas como diversos son los ámbitos de actuación comunicativa de los individuos en la sociedad.

En su reciente análisis de las redes sociales, Galán Rodríguez y Garlito Batalla (2019) las clasifican en diferentes dominios comunicativos. De esta forma, distinguen las redes dirigidas al ocio (*Facebook*, *Google+*, *Instagram*, etc.) de aquellas que tienen una orientación profesional, entre las que particularmente destaca *LinkedIn*. Pero también las organizan según estas tengan un acceso abierto o público, es decir, estén disponibles para cualquier persona que desee abrirse un perfil (de acceso abierto) o limitadas para miembros de algún grupo profesional o compañía particular (de acceso restringido). Tal sería el caso de *CubHouse*, una red de conversación de voz a tiempo real, apenas surgida en abril de 2020, a la que se accede únicamente por invitación de otro usuario.

Asimismo, Galán Rodríguez y Garlito Batalla (2019) separan aquellas redes en las que los miembros mantienen un alto grado de vinculación de

las que manifiestan mayor dispersión. Las primeras suelen versar sobre temas más específicos mientras que las segundas tienen mayoritariamente un carácter generalista. En cualquier caso, tanto en unas como en otras suelen desarrollarse instrumentos para generar grupos de cohesión o comunidades.

Una vez presentada esta panorámica general, en las siguientes páginas reflexionaremos sobre el papel de la retórica, y de sus instrumentos teórico-metodológicos, en la comprensión del fenómeno de las redes sociales digitales. Como sostienen Mancera Rueda y Pano Alaman (2021), las redes sociales representan la voz colectiva de la voluntad popular. Una voz altamente polarizada y menos democrática de los que se presumía en su origen. Si, como sostenían estas autoras, para «Habermas la opinión pública es el fruto de la deliberación racional sobre el interés común en un espacio basado idealmente en la igualdad de condiciones» (19), las redes sociales constituyen un modelo problemático. Los *social media* generan el aparente espejismo de un espacio colaborativo basado en la comunicación simétrica. Sin embargo, estos debates se fundamentan, cada vez más, en una arquitectura de argumentación emocional, controlada algorítmicamente, que deja fuera de toda consideración valores como la verdad o el consenso. En tales contextos, la deliberación emocional cobra cada vez más fuerza y se concreta en múltiples estrategias argumentativas. Una de ellas, la que será objeto de reflexión es ese capítulo, tiene que ver con el empleo de recursos gráficos. Si en sus orígenes la interacción digital era fundamentalmente un fenómeno textual, en la actualidad acusa un importante giro multimodal. Con la mejora de las conexiones y la evolución de los dispositivos, las interacciones digitales se han poblado de signos gráficos que interactúan con la palabra escrita —fotos, videos, *memes*, *emojis*, *gifs*, *stickers*, etc.— en una tendencia visual cada vez más emocional y menos racional.

Retórica y redes sociales

¿Qué puede aportar una disciplina como la retórica a la comprensión de la esfera pública virtual? En los últimos años la retórica se ha convertido en una herramienta fundamental en el estudio del discurso y de la comunicación que se genera en los medios digitales (Albaladejo, 2007; Warnick, 2011; Berlanga & Alberich, 2012, Pujante Sánchez, 2003, Gutiérrez Sanz, 2016). Así lo resume Tomás Albaladejo (2007) al afirmar que, con la comunicación digital, la retórica no solo ha encontrado amplias modalidades de realización y unas altísimas posibilidades en cuanto a número y conjuntos de receptores,

sino que también se ha tornado una base imprescindible para su comprensión y su explicación (84–85).

Desde esta perspectiva, se está consolidando una línea de investigación, conocida como ciberretórica que parte de un paralelismo evidente entre la cultura mediática actual y el ágora griega (Berlanga Fernández y García García, 2014). En sus propias palabras, el usuario de las redes sociales puede entenderse como el nuevo *rethor* del siglo XXI (Berlanga; García García y Victoria-Más, 2013). Y, por ello, a su modo de ver, la retórica, en su doble faceta como *ars bene dicendi* y *ars persuadendi*, permite explicar los mecanismos comunicativos que subyacen en las redes sociales y ofrece pautas que pueden contribuir a su adecuada gestión.

En este sentido, la ciberretórica no busca ser únicamente descriptiva, sino que tiene también una perspectiva ética, aplicada, principalmente, al ámbito de la educación mediática. La retórica analiza, estudia y clasifica las estrategias que sirven, no solo para construir nuestra imagen discursiva, sino para influir en la que los demás elaboran de nosotros y de nuestro pensamiento. Pero, también, nos ofrece un conjunto de herramientas que permite elevar nuestro discurso, embellecerlo y hacerlo más eficiente. Todas estas funciones de la retórica resultan más importantes que nunca como parte de la necesaria instrucción de los pobladores digitales. El tiempo de las redes sociales, el tiempo de la *memeocracia*, el tiempo de los *emojis* está ávido de una reflexión ciudadana desde la retórica; una reflexión capaz de enriquecer la convivencia desde la discrepancia constructiva y la diversidad; una reflexión que nos ayude a manejarnos en este flujo de información afectiva que apunta directamente a nuestras emociones; una reflexión que nos permita establecer fronteras nítidas entre lo público y lo privado, en esa tensión constante de exposición de lo íntimo, que vino a llamarse extimidad (Sibila, 2008), y que ubica al sujeto, o más concretamente a la exposición de su persona, en el centro mismo del discurso.

Argumentos persuasivos o modos de apelación en las redes sociales

Una de las clasificaciones propuestas por la retórica aristotélica que más difusión ha tenido en los estudios de comunicación es aquella que divide los medios de persuasión en relación con la orientación de sus argumentos en tres categorías: relativos al *ethos*, concernientes al *pathos* y referentes al *logos*. Los primeros, de carácter afectivo y moral, se relacionan de forma directa con la confianza despertada por el emisor del discurso y se concre-

tan en argumentos que apelan a la autoridad, a su relación con la audiencia, etc. Los segundos, muy potentes, se vinculan directamente con el receptor del discurso y apelan a su dimensión afectiva. Se concretan en argumentos narrativos, los *exempla*, según la terminología clásica, o el *storytelling*, en la jerga más moderna, son buenos representantes de esta categoría. Por último, los argumentos del *logos* se apoyan en la dialéctica para centrarse en el propio mensaje; apelan a la razón.

Resulta evidente que no todos ellos tienen la misma vigencia en las redes sociales. Cada comunicación se establece según determinada intención comunicativa y, en función de ella, los usuarios elegirán cómo desarrollarán la interacción, tanto en lo concerniente al contenido como a la forma de presentarlo. No podemos olvidar que, en todo proceso persuasivo, los propósitos determinarán las estrategias y las estrategias se adecuan a las audiencias. Propósito comunicativo, estrategias y audiencias son tres conceptos centrales para el arte de la retórica que merece la pena observar desde el prisma de las redes sociales.

Sea en el medio que sea, digital o analógico, en cualquier proceso de comunicación, los sujetos asumen ciertos propósitos comunicativos, o dicho en otras palabras, nadie comunica sin un fin concreto. Y, es por ello, que la persuasión forma parte de la estrategia desplegada para lograr ese fin a través, como ya hemos apuntado, de una serie de argumentos, éticos, patéticos o lógicos. Como sostienen Berlanga; García García y Victoria-Más (2013), los usuarios de redes sociales intervienen en ellas con un fin persuasivo concreto, ya sea este convencer, seducir, agradar, conmover o interesar. No se limitan a «compartir su vida y cuando lo hace es con la intención de motivar cierta respuesta entre sus amigos-usuarios de esa misma red, intención en la que se puede vislumbrar cierto grado de persuasión» (129).

Desde una perspectiva performativa, los emisores del mensaje buscan una reacción por parte del receptor: que se adhiera a su punto de vista y que muestre su acuerdo de forma activa, por ejemplo. Las propias plataformas codifican en sus *affordances* (en sus diseños de usabilidad) acciones específicas para marcar esta adhesión: el botón *me gusta* de Facebook o la opción de retuitear de *Twitter*, por poner dos ejemplos, forman parte de la propia sintaxis de los medios digitales. En esta misma dirección, otro elemento de la arquitectura de las redes sociales con un valor retórico fundamental es el *hashtag* o etiqueta (Acosta y Nevache, 2020).

Los *hashtags* sirven para organizar y articular la conversación digital (Arroyas-Langa *et al.*, 2018; Larrondo, 2019) ya que además de aglutinar opiniones y generar un efecto unificador de la audiencia, también determinan los supuestos sobre los que interpretar el contenido de los argumentos esgri-

midos por los interlocutores (Molpeceres–Arnáiz y Filardo–Lamas, 2020). En este sentido, resultan determinantes en los procesos de creación y mantenimiento de estas comunidades (Zappavigna, 2011) al mismo tiempo que amplían la visibilidad del mensaje. Aunque también pueden tener un efecto contrario, al generar un efecto conocido como cámara de eco (Rodríguez Cano, 2017) que provoca una polarización de las audiencias. Esta polarización repercute de forma directa en el tipo de argumentos predominantes en las redes sociales.

En relación con la clasificación aristotélica de los argumentos presentada anteriormente, cabe preguntarse qué sucede en las redes sociales. En este ir y venir de *hashtag* es difícil que se produzca una auténtica deliberación con argumentos contruidos desde el *logos*. La mayoría de las reflexiones sobre este aspecto apuntan al hecho de que, en la conversación digital, los argumentos orientados al *logos*, pierden eficiencia frente aquellos destinados a *ethos* y al *pathos* (Warnick, 2011). Así, como sostienen Mancera Rueda; Pano Alaman (2021:26), internet, en general, y las redes sociales, en particular, pueden verse como una tecnología afectiva, como un espacio en el que las emociones se transforman en inscripciones, es decir, se textualizan, se convierten en discurso. En este sentido, los argumentos del *pathos*, entendidos como marcas referidas al receptor del discurso, y destinadas a suscitar confianza, calma, miedo, amistad, odio, vergüenza, compasión, etc. (Berglana y García, 2014), se sitúan por encima de los orientados al *logos*. En las redes sociales la emoción predomina sobre la razón. Y esto ha suscitado numerosas críticas.

Ahora bien, aunque el componente emocional, es decir, la orientación al *pathos*, es evidente, no podemos olvidar que, en las redes sociales, tiene una gran importancia la construcción del *ethos*. Por esta razón, una parte fundamental de la edificación de la persona digital, junto con cuestiones como el avatar o la propia realización discursiva, tiene que ver con la forma en que se genera y se consolida la relación de confianza con la audiencia. Y esta confianza se consigue, en buena medida, a través de la adhesión de la audiencia o, en palabras propias de las redes sociales, el número de *followers* o seguidores. Ciertamente esta cifra constituye una medida importante de la reputación digital, así como también, junto con los *hashtag*, uno de los altavoces fundamentales de los argumentos digitales.

Emojis y otros recursos gráficos para la expresión de la emoción en las redes sociales

¿Cómo se expresa la emoción en las redes sociales? O dicho en otras palabras, ¿cómo se codifica el componente emocional en estos entornos digitales? Evidentemente el cambio de medio transforma las estrategias y la manera en que estas se materializan. En el discurso digital una de las principales transformaciones tiene que ver con cuestiones de índole semiótica. En un primer momento, los entornos de comunicación digital limitaban sus posibilidades semióticas al intercambio de mensajes verbales escritos. Los SMS y los correos electrónicos eran prácticamente puro texto. Progresivamente, estos entornos se han ido enriqueciendo con la incorporación de recursos multimodales.

De hecho, en los últimos años se ha desarrollado un marco de acercamiento a las interacciones digitales desde la denominada teoría de la naturalidad de los medios, propuesta por Kock (2004), que trata de aplicar los principios de la biología evolutiva a la descripción de los procesos de mediación tecnológica. De esta forma, los intercambios mediados se comparan con las interacciones orales presenciales, que se concibe como la forma más natural de comunicación a fin de delimitar el grado de adaptación que los sujetos deben desplegar ante cada nuevo entorno comunicativo.

En el paso del medio oral al medio escrito, la interacción digital enfrentó a los hablantes a interesantes desafíos que los horizontes de la cada vez más acusada multimodalidad están expandiendo con nuevas opciones comunicativas. De entre todas las opciones expresivas que ofrecen estos entornos, unas han llamado especialmente nuestra atención. Se trata de los graficones, término que adaptamos de las propuestas de Herring y Dainas (2017) quienes, bajo la expresión inglesa *graphicons*, incluyen a un amplio conjunto de recursos gráficos, como los *emojis*, los *gifs* animados o los *stickers*. Estos conforman un conjunto de unidades, muy heterogéneas desde el punto de vista técnico, pero con funciones comunicativas parecidas.

Sin caer en una caracterización demasiado simplista del fenómeno, podemos afirmar que los *emojis*, representantes prototípicos de los graficones, comparten muchos valores con los recursos no verbales de la comunicación oral. Tanto es así, que Bai *et al.* (2019) estiman que los *emojis* funcionan como señales no verbales que inciden en el significado emocional de los enunciados, hasta el punto de haberse convertido en elementos fundamentales para la gestión interrelacional (Spencer–Oatey, 2000; Fant y Granato, 2002) y la comunicación emocional en internet. Por todo ello, los *emojis*, y otros graficones, constituyen parte fundamental de la estrategia persuasiva del *pathos* en la comunicación digital.

De hecho, siguiendo a Danesi (2017) podemos afirmar que dos de las funciones fundamentales que los *emojis* asumen en las interacciones digitales se asemejan a las desempeñadas por recursos no verbales en la comunicación oral. La primera de ellas tiene que ver con la expresión del tono. Los *emojis* constituyen un medio visual eficaz para transmitir el tono emocional o desambiguar enunciados: funciones que en la comunicación oral son vehiculadas por la prosodia. La segunda se relaciona con la expresión del estado de ánimo de los interlocutores. Más allá de la información referencial, los *emojis* se emplean para transmitir un estado de ánimo: una carita triste o una sonriente, al final de un mensaje, puede informar sobre cómo se siente el interlocutor o generar por sí mismo un estado de ánimo el receptor de mensaje. Esto es algo que no ha pasado desapercibido para las agencias de marketing que han comprobado, por ejemplo, que los correos comerciales que incluyen en sus asuntos cadenas de *emojis*, no solo resultan más atractivos visualmente sino que generan un contexto emocional más positivo.

Sin embargo, a diferencia del punto de vista compartido por buena parte de la bibliografía, consideramos que los graficones no deben explicarse únicamente como el resultado de procesos compensatorios, sino como recursos propios de la interacción digital y muestras de su tendencia hacia lo visual. En ese sentido, no es de extrañar que tanto los *emojis* como los *stickers* tengan origen japonés y conecten con rasgos propios de la escritura nipona, más propensa a explotar su dimensión visual y decorativa que la occidental.

Pero, ¿cómo se generan estas unidades? El desarrollo de los graficones se basa precisamente en la capacidad del ser humano para interpretar y representar signos visualmente, capacidad manifiesta en la naturaleza humana desde sus orígenes. Danesi (2016:5) resalta la importancia del principio iconográfico sobre el que descansan los orígenes de casi todos los sistemas de escritura. Sostiene que los recursos pictográficos constituyen los primeros signos desde una perspectiva filogenética y, probablemente, podrían estar presentes en la comunicación humana incluso antes de la explotación del canal oral–auditivo. En esa misma línea, se manifiesta Evans (2017:177) cuando se pregunta si el auge actual de la interacción digital no estará relacionado con el hecho de que la percepción visual es, en cierto modo, el sentido dominante en la especie humana. Para este autor, esta circunstancia explicaría por qué la combinación de *emojis* y texto escrito resulta tan efectiva para transmitir algunos contenidos emocionales y asume un lugar cada vez más hegemónico en la comunicación digital contemporánea. Esta preferencia sería una muestra evidente de la transformación que Sartori (1997) bautizó como la era de *Homo videns*.

A modo de conclusión

Como hemos visto a lo largo de estas páginas, las redes sociales constituyen un espacio de relación social con una evidente dimensión emocional. En la mayoría de las ocasiones resulta menos relevante el contenido de los mensajes que su dimensión expresiva (Berlanga; García García y Victoria-Más, 2013). Las interacciones suelen orientarse hacia la empatía y la relación afectiva o hacia el enfrentamiento y la oposición polémica, en una polarización que, en pocas ocasiones, busca la deliberación racional. Dentro de esta tendencia afectiva, los graficones desempeñan un papel fundamental como estrategias visuales no racionales que apelan a la construcción afectiva del discurso. La evidencia apunta a un indudable aumento en el uso de *emojis* y otros recursos gráficos en las distintas redes sociales. Así, si comparamos el empleo que de estos graficones se lleva a cabo en tres de ellas, *Twitter*, *Instagram* y *Facebook*, podemos llegar a tres conclusiones.

A pesar de que los *emojis* se utilizan de forma generalizada en las tres redes sociales, su uso parece incrementarse en aquellas que tienen una mayor orientación lúdica y familiar (*Instagram* y *Facebook*), mientras que en aquellas con una disposición más pública se matiza su empleo, tal sea el caso de *Twitter*. En esta red social, por ejemplo, el empleo de *gifs* animados resulta más recurrente que en las otras dos.

Cuanto mayor es la orientación positiva de la red social, más se acentúa el empleo de graficones. Así, en redes como *Instagram*, en la que predominan los actos de habla expresivos como, por ejemplo, elogios y cumplidos, se multiplica el empleo de *emojis*. Mientras que en redes sociales más polémicas, tal sea el caso de *Twitter*, el uso de *emojis* está algo más matizado.

Los *emojis* se emplean tanto en comentarios iniciativos o publicaciones como en comentarios reactivos (Cantamutto y Vela, 2020), si bien es cierto que, en los mensajes reactivos, estos aparecen, en no pocas ocasiones, de manera independiente, es decir, sin acompañamiento textual.

En la mayoría de las ocasiones, se recurre a los *emojis* y otros graficones como estrategia destinada al refuerzo del *pathos*, es decir, con orientación emocional. Esto justifica, por ejemplo, tanto la dificultad para identificar regularidades en su frecuencia (Cantamutto y Vela, 2019a) como recurrencias en su interpretación (Cantamutto y Vela, 2019b).

Referencias bibliográficas

- Acosta, Marina y Nevache, Claire (2020).** La conversación digital en torno al hashtag #RespetoAlDolorDeMadre en Panamá. *Dígitos: Revista de Comunicación Digital*, 6, 13–30.
- Albadalejo, Tomás (2007).** Creación neológica y retórica en la comunicación digital. En Sarmiento, R. y Vilches, F. (Eds.). *Neologismos y sociedad del conocimiento. Funciones de la lengua en la era de la globalización* (pp. 79–90). Ariel.
- Arroyas Langa, Enrique, Martínez Martínez, Helena y Berná, Celia (2018).** Twitter como espacio alternativo a la esfera política institucional. Análisis retórico de las estrategias discursivas de Podemos durante la moción de censura contra Rajoy. En Segarra-Saavedra, Jesús (Ed.). *Análisis del Discurso en un entorno transmedia* (pp. 85–94). Colección Mundo Digital. Revista Mediterránea de Comunicación.
- Bai, Qiyu et al. (2019).** A Systematic Review of Emoji: Current Research and Future Perspectives. *Frontiers in psychology*, 10, 2221.
- Berlanga, Inmaculada y Alberich, Jordi (2012).** Retórica y comunicación en red: convergencias y analogías. Nuevas propuestas docentes. *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, 18, 141–150.
- Berlanga Fernández, Inmaculada, García García, Francisco y Victoria-Mas, Juan (2013).** Ethos, pathos y logos en Facebook. El usuario de redes: nuevo «rétor» del siglo XXI. *Comunicar: Revista Científica de Comunicación y Educación*, 21.41, 127–135.
- Berlanga Fernández, Inmaculada y García García, Francisco (2014).** *Ciberretórica: Aristóteles en las redes sociales. Manual de Retórica en la comunicación digital*. Fragua.
- Cantamutto, Lucía y Vela, Cristina (2019a).** Emojis frecuentes en las interacciones por WhatsApp. *Círculo De Lingüística Aplicada a La Comunicación*, 77, 171–186.
- Cantamutto, Lucía y Vela, Cristina (2019b).** Interpretación de emojis en interacciones digitales en español. *Lenguas Modernas*, 54, 29–47.
- Cantamutto, Lucía y Vela Delfa, Cristina (2020).** Mensajes, publicaciones, comentarios y otros textos breves de la comunicación digital. *Tonos Digital*, 1–27.
- Danesi, Marcel (2016).** *The Semiotics of Emoji: The Rise of Visual Language in the Age of the Internet*. Bloomsbury Publishing
- Evans, Vyvyan (2017).** *The Emoji Code: The Linguistics Behind Smiley Faces and Scaredy Cats*. Picador.
- Fant, L. y Granato, L. (2002).** Cortesía y gestión interrelacional: hacia un nuevo marco conceptual. *Estocolmo: SIOS*.
- Galán Rodríguez, Carmen y Garlito Batalla, Lara (2019).** La REDvolución social. En Robles Ávila, Sara y Moreno-Ortiz, Antonio (Eds.). *Comunicación mediada por ordenador: la lengua, el discurso y la imagen* (pp. 15–37). Cátedra.
- Gutiérrez-Sanz, Víctor (2016).** Retórica de los discursos digitales. Una propuesta metodológica para el análisis de los discursos en Twitter. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 69, 67–103.
- Herring, Susan y Dainas, Ashley (2017).** Nice Picture Comment! Graphics in Facebook Comment Threads. *Proceedings of the 50th Hawaii International Conference on System Sciences*, 2185–2194.
- Kock, Ned (2004).** The psychobiological model: Towards a new theory of computer-mediated communication based on Darwinian evolution. *Organization Science*, 15(3), 327–348.
- Larrondo, Ainara; Morales-i-Gras, Jordi y Orbegozo-Terradillos, Julen (2019).** Feminist hashtag activism in Spain: measuring the degree of politicisation of online discourse on #YoSiTeCreo, #HermanaYoSiTeCreo, #Cuéntalo and #NoEstásSola. *Communication & Society*, 32 (4), 207–221.
- Mancera Rueda, Ana y Pano Alamán, Ana (2013).** *El español coloquial en las redes sociales*. Arco/Libros.

- Molpecere Arnáiz, Sara y Filardo-Llamas, Laura (2020).** Llamamientos feministas en Twitter: ideología, identidad colectiva y reenmarcado de símbolos en la huelga del 8M y la manifestación contra la sentencia de «La Manada». *Dígitos: Revista de Comunicación Digital*, 6, 55–78.
- Pujante Sánchez, David (2003).** *Manual de retórica*. Castalia.
- Sartori, Giovanni (1997).** *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Editorial Taurus.
- Spencer-Oatey, Helen (2000).** Rapport Management: A Framework for Analysis. *Culturally Speaking: Managing Rapport through Talk across Cultures*, 11, 11–46.
- Warnick, Barbara (2011).** Rhetorical Criticism in New Media Environments. *Rhetoric Review JSTOR*, 20, 1/2.
- Zappavigna, Michele (2011).** Ambient affiliation: A linguistic perspective on Twitter. *New media & society*, 13(5), 788–806.

3. Retórica e identidad

Una retórica de resistencia: la asamblea cómica de las trirremes en *Caballeros* y la desnaturalización del imperialismo ateniense

Emiliano J. Buis¹ · Universidad de Buenos Aires. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. CONICET

A lo largo de la historia se han sucedido distintos tipos de experiencias imperiales. Más allá de sus diferencias históricas, existen elementos comunes que dan continuidad a la idea misma de «imperio». Así, cualesquiera que resulten sus características específicas, un imperio se define por su grado de control efectivo, formal o informal, sobre un otro respecto del cual se ejerce dominación (Doyle, 1986:30). Esta constatación implica, como consecuen-

¹ Abogado y Licenciado en Letras Clásicas (Universidad de Buenos Aires, UBA), Master en Historia y Derechos de la Antigüedad (París 1 Panthéon–Sorbonne), Doctor en Letras Clásicas y Diploma de Posgrado en Derecho (UBA). Profesor Titular Regular de Derecho Internacional Público en la Facultad de Derecho de la UBA y en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNICEN) y Profesor Adjunto Regular de Lengua y Cultura Griegas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Investigador Independiente de CONICET con lugar de trabajo en el Instituto de Filología Clásica de la UBA, con Categoría I del Programa de Incentivos del Ministerio de Educación. Subsecretario de Investigación y Subdirector de la Maestría en Relaciones Internacionales de la Facultad de Derecho de la UBA. Presidente de la Asociación Argentina de Estudios Clásicos.

cia, la necesidad de explorar los mecanismos a través de los cuales los imperios se consolidan y operan a partir de su relación con esa otredad. Para entender mejor estos fenómenos, cabe indagar en los modos en que se construyen los fundamentos que autorizan la emergencia y el afianzamiento de cada empresa imperialista. Esos fundamentos, que precisamos distinguir, responden tanto a sustentos fácticos (pienso en la dominación física mediante la violencia) como ideológicos (la construcción por medios retóricos de un orden que avala las prácticas de supremacía). En lo que hace a este último elemento subjetivo, la sociología política ha brindado interesantes herramientas para dar cuenta de los cimientos histórico-culturales de la lógica imperial. Si el imperio debe ser entendido como una manifestación geopolítica de relaciones de control impuestas por un Estado a otros, procede en consecuencia analizar las redes de poder que se tejen con miras a asegurar la dominación.² Este examen no puede hacerse si no se encaran los variados procesos y actitudes mediante las cuales se establece y mantiene la estructura de autoridad. Entre ellos, y dado que las lógicas del imperialismo se sostienen sobre un entramado complejo de concepciones culturales que son afianzadas mediante un discurso legitimador, el uso reiterado de metáforas de diversa índole cumple un rol esencial, pues mediante la imaginación se fijan los parámetros que hacen efectiva la superioridad imperial.

La literatura focalizada en las experiencias coloniales europeas durante los siglos XVIII a XX aporta interesantes capas de interpretación a las sensibilidades inherentes a las modalidades de construcción del imperio, tanto en términos normativos como fácticos. Por lo pronto es posible identificar, siguiendo el libro reciente editado por Fischer-Tiné, un alto grado de angustia y miedo asociados a la historia de los imperios coloniales (Fischer-Tiné & Whyte, 2016:1). A ello se suma la necesidad de encontrar dispositivos antropológicos dispuestos a proyectar de modo eficaz la cultura propia a la población local (ese control de los «otros») en un delicado equilibrio que evite por un lado la equiparación pero que, a la vez, no radicalice las diferencias entre centro y periferia. En esta empresa han cobrado particular relevancia las técnicas coloniales de fijación de estereotipos: a los efectos de superar los temores vinculados con una eventual pérdida de control de los territorios sometidos, la población nativa aparece descrita como naturalmente violenta, reservada, ignorante, feminizada o hiper-emocional, todo ello con el fin de sobreponerse a la posible pérdida del control. En contraposición, las

² Seguimos acá a Mattingly (2011:7) quien, al trabajar sobre el imperialismo romano, convincentemente recoge las distintas posiciones que han servido para demostrar que la dominación de los «otros» ha existido siempre, desde la antigüedad.

autoridades imperiales se describen frecuentemente como autocontroladas, sobremasculinizadas y racionales.³

En esta antítesis se vienen estudiando las diferencias entre la élite imperial y los sujetos subyugados a través de la dimensión de género, en tanto las dinámicas sexuales en muchos casos han servido de base para la empresa imperial, como han demostrado Hyam (1990) y Gill (1995) en relación con la expansión del Reino Unido desde la época victoriana hasta mediados del siglo xx. Como señalan ambos autores, el estudio de las actitudes sexuales deviene una clave de acceso relevante para comprender la canalización de las ambiciones británicas en relación con su poder exterior.

Observaciones semejantes pueden ser útiles cuando se trasladan al mundo antiguo para intentar describir los imperios del Mediterráneo.⁴ En el contexto helénico, las percepciones resultan particularmente trascendentes desde una perspectiva interesada en rescatar la psicología subyacente en los procesos políticos.⁵ En el despliegue del poder ateniense, el papel de las emociones y las percepciones no es desdeñable (Balot, 2009:55). Dentro de estas subjetividades, en las que metáforas del orden de lo doméstico y de lo privado son resortes privilegiados, la dimensión sexual cobra un significado particular en tanto las categorías asimétricas propias del vínculo entre los géneros se proyecta con éxito al plano internacional, a los fines de justificar un estado de situación signado por el desequilibrio.⁶

Pero ¿cuáles son las fuentes que nos permiten comprender esos dispositivos metafóricos mediante los cuales se pretende legitimar la hegemonía ateniense? No es un dato desconocido que la comedia antigua, como producto literario de un contexto signado por la guerra del Peloponeso, ha servido de caja de resonancia de los debates contemporáneos en torno del expansio-

³ Es evidente que «imperialismo» y «colonialismo» no deben ser confundidos; el segundo término es mucho más restrictivo puesto que concibe la instalación de asentamientos en territorios distantes; cf. Howe (2002:30). Sin embargo, en lo que a este trabajo respecta, ambas experiencias ponen en contacto un poder político con una otredad cultural sobre la cual ejercen su superioridad en múltiples niveles.

⁴ Acerca de la procedencia del término «imperio» para comprender las experiencias de control interestatal de zonas periféricas en la antigüedad, ver Scheidel (2013:27–30).

⁵ A pesar de no haber conocido el término «imperialismo» —sostiene Loraux (1993:24)— es cierto que para los griegos el imperialismo ateniense era una idea muy precisa relacionada con la dominación.

⁶ Es posible hablar de una «política sexuada» en el mundo antiguo, en la medida en que la guerra y la ciudadanía corresponden al ámbito de la masculinidad; de este modo, parecen naturalizarse las normas que oponen a los varones y a las mujeres. Sobre esta base ideológica se construye una verdadera retórica del género, como sostiene Sissa (2013:111).

nismo ateniense. En ese sentido, con frecuencia las figuras criticadas sobre el escenario aristofánico han tenido un rol activo a favor o en contra de las campañas navales decididas en el transcurso del enfrentamiento de Atenas con Esparta y sus aliados, y por lo tanto la invectiva cómica suele valerse de las bases ideológicas del imperialismo para cargar las tintas sobre esos posicionamientos.

En el marco de una investigación mayor que procura analizar los dispositivos retóricos a partir de los cuales el teatro cómico traduce y refracta los asuntos externos en tiempos de violencia bélica,⁷ este trabajo se ocupa de estudiar en clave de género el pasaje de *Caballeros* en el que se alude a una discusión asamblearia entre trirremes personificadas (vv. 1300–1315). Desde una estrategia de feminización —que luego adquirirá un cariz particular más definido en otras obras aristofánicas como *Lisístrata* o *Asambleístas*— el discurso del corifeo sobre el diálogo entre embarcaciones supone una crítica mordaz contra la decisión imperialista del demagogo Hipérbolo de lanzar una campaña naval contra Cartago.

Sobre la base de los planteos teóricos relativos a las sensibilidades asentadas por la retórica imperialista, que he descripto de modo sucinto, me interesará mostrar cómo el rechazo de las intenciones perversas del demagogo se asienta, al compararse con otros pasajes, en el empleo de un imaginario sexual proyectado de las relaciones internacionales. Se espera con este trabajo contribuir a una comprensión más acabada de las estrategias retóricas implementadas en las fuentes cómicas de fines del siglo v a. c. para subvertir los guiones diplomáticos, denunciar las metáforas privadas de la política exterior y desnaturalizar las bases expansionistas de la polis ateniense.

Una lectura de *Aves* en la primera sección permitirá sentar las bases del juego cómico con la retórica imperialista; ello nos llevará, en el segundo apartado, a discutir la conversación entre naves en *Caballeros* para examinarla como una inversión de esos parámetros. Con ello se concluirá que la voz de las mujeres puede ser leída como una instancia discursiva de resistencia que se vale de la ideología sexuada de la conquista territorial para revelar las pretensiones de legitimación «natural» de la supremacía interestatal.

⁷ Este trabajo se inscribe en el marco de las tareas llevadas a cabo en el Proyecto de Investigación UBACYT (convocatoria 2020–2022) «Representar el *páthos*. Dinámicas emocionales y regulaciones afectivas en los testimonios literarios e iconográficos de la antigua Grecia» (Código 20020190100205BA, Modalidad 1 / Tipo C / Conformación III), que dirijo en el Instituto de Filología Clásica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, así como en el Proyecto «Pensar las emociones en la Atenas democrática: diálogo entre la comedia y la filosofía (PATHE)», financiado por el Programa LOGOS de ayudas a la investigación en Estudios Clásicos (Fundación BBVA, España).

Imaginario marítimo, poder sexual y la retórica cómica de la superioridad en *Aves*

El contexto de producción de la comedia *Aves* (representada por primera vez en las Grandes Dionisias del 414 a. c.) es relevante para el planteo que aquí propongo, dado que sabemos con certeza que unos meses atrás la expedición a Sicilia, promovida de manera entusiasta por Alcibíades y criticada por Nicias, había sido lanzada con muchas esperanzas de victoria. En la obra es entonces recurrente un vocabulario tendiente a mostrar las ambiciones imperialistas del protagonista, Pisetero, quien decide fundar una nueva ciudad en las nubes.⁸ Esta polis erigida en el escenario, llamada *Nephelekokkygia*, se presenta enseguida como un objeto de deseo.⁹ Tanto Pisetero como su compañero, Evélpides, se ilusionan con su presencia. El nombre de la ciudad, considerado bello (καλόν, v.820), se asimila a la descripción de Procne, la esposa del rey Tereo, quien unos versos antes había sido llamada precisamente un pajarito «hermoso» (καλὸν τοῦρνιθιον, v.667) delicado (ἀπαλόν) y blanco de pureza (λευκόν, v.668). Estos adjetivos, que constituyen calificativos frecuentes de mujeres atractivas (Dunbar, 1995:422), permiten imaginar que la nueva ciudad, de modo paralelo, es personificada como una joven encantadora que los hombres quieren dominar. Pero si Evélpides quiere abrir a Procne de piernas (διαμηρίζοιμ' ἄν, v. 668) y besarla (φιλήσαι, v.671), Pisetero en cambio ve en ella una doncella que puede convertirse en fuente de riqueza: «¡Y cuánto oro tiene, como una virgen!» (ὅσον δ' ἔχει τὸν χρυσόν, ὥσπερ παρθένος, v.670).

La feminización de la nueva polis aérea responde al paradigma que vincula la lógica de la colonización con la conquista erótica. En efecto, para la mentalidad ateniense la referencia a la condición de *parthénos* permite recuperar el cruce del dominio sexual —se trata de una joven sexualmente explorada— con la política masculina del control. De este modo, a partir de una retórica del género (*gender*), la dominación del territorio extranjero se ve asimilada al ejercicio de la supremacía del varón sobre la mujer (Dougherty, 1993:62). Como un marido que ejerce un control sobre su esposa, el poder político de Pisetero, como señor del nuevo espacio fundado, se aproximará al ejercicio en el plano doméstico de la autoridad familiar de un *kýrios*.¹⁰

⁸ En oposición al ideal de la polis clásica, la pieza traduce una crítica rotunda al carácter negativo y destructivo de las aventuras colonialistas, como sostiene Zuchtriegel (2018:9–10).

⁹ Sigo aquí algunos de los planteos ya esbozados en Buis (2015:462–472).

¹⁰ De hecho es llamativa la insistencia en la obra a la primera persona que posee la propiedad de *Nephelekokkygia* (vv.1125, 1246–1250, 1278–1279, 1307); cf. Sommerstein

En un plano más amplio, el endurecimiento de una campaña imperial, que muchas veces implica la invasión o fundación de nuevas *póleis*, es susceptible de ser leído a menudo en clave sexual.¹¹ La conquista por mar entonces puede ser percibida, explícita o implícitamente, como una empresa masculina destinada a consolidar una relación asimétrica que ubica al «otro» en un papel pasivo de sometimiento.¹² El valor pleno de esta alusión se explica si consideramos que la política ateniense suponía un lugar de varones (Winkler, 1990), al punto que la democracia se sostenía en lo que se ha identificado como el gobierno rígido de la falocracia.¹³ Respondiendo así a una ideología bien definida de lo masculino,¹⁴ los *ándres* atenienses eran responsables de la expansión territorial, de modo que el imperialismo —al menos en su faceta deseable y controlada— era presentado como un corolario lógico de la ambición y de la valentía (*andreía*), ambos valores propios del universo libre de los hombres.¹⁵

En Tucídides, la expedición ateniense a Sicilia (contemporánea a la puesta en escena de *Aves*) era metafóricamente definida como consecuencia de la

(2005:81). Acerca del triunfo final de Pisetero como expresión de una supremacía jurídica que se traduce en términos tanto político-religiosos (victoria sobre las aves y sobre Zeus) cuanto matrimoniales (unión con Basileia–Atenea), ver Buis (2013).

¹¹ El corolario de la autoidentificación de los griegos con los valores de libertad se canaliza a través de la normatividad sexual. Como recuerda Cartledge (1998:56), los extranjeros afeminados debían de ser tratados como las mujeres, sujetas al imaginario marcial del poder y a una dominación virulenta.

¹² Baste recordar aquí también la célebre «Oración Fúnebre» atribuida por Tucídides a Pericles, en la que el *stratēgós* impulsaba a los *politai* a admirar el poder de la ciudad y a convertirse en sus amantes (ἐραστὰς γιγνομένους αὐτῆς, 2.43.1). Como explica Monoson (1994:259), la posesión imperial tiene una fuerte impronta sexual. Por lo demás, el ciudadano ideal, de acuerdo con Tucídides, tiene que ser capaz de amar la belleza sin extravagancia y la sabiduría sin molicie (φιλοκαλοῦμέν τε γὰρ μετ' εὐτελείας καὶ φιλοσοφοῦμεν ἄνευ μαλακίας, Thuc. 2.40.1). El sustantivo *malakía* se contrapone, en la mentalidad ateniense, al comportamiento varonil; cf. Hunt (2010:122). Acerca de las emociones políticas que se consagran en el pasaje, ver Balot (2001:505–525).

¹³ Como expone el ya célebre libro de Keuls (1985).

¹⁴ «The typical positive male image in the speeches is that of an adult man (aner), a loyal and useful citizen or leader of his polis (city-state), free in origin and way of life, willing to rank public interest over personal needs, courageous in war and politics, competitive within approved boundaries, helpful to friends and community, zealous of honor, considerate in use of power, fulfilling familial duties, truthful, hardworking, careful, practical, intelligent, guided by reason, and able to control his appetites» (Roisman, 2005:7).

¹⁵ La expresión típica para describir el imperialismo ateniense era «las ciudades que los atenienses dominan» (πόλεις ὅσων Ἀθηναῖοι κρατοῦσιν), que muestra con claridad la falta de equilibrio entre el poder imperial y la ciudad más débil que caía bajo su influencia; cf. Low (2005:95–99).

pasión sexual, en tanto la isla era descrita en términos simbólicos como un objeto erótico a la espera de ser tomado por la fuerza.¹⁶ La relación entre *éros* y *krátos* configura un dispositivo retórico capaz de instalar un red de metáforas extremadamente productiva que se sirve del juego con la *thalassokratía* propia del imperio ateniense.¹⁷ Así, cuando en *Aves* se produce el encuentro entre Tereo y los atenienses, el rey de las aves les pregunta a Pisetero y a Evélpides por su origen. La respuesta es clara: ellos provienen del país de las «hermosas trirremes» (ὄθεν αἱ τριήρεις αἱ καλάϊ, v.108).¹⁸ La alusión a las embarcaciones, como característica central del Estado ateniense, se cruza aquí nuevamente con la identificación de una belleza femenina.

Sin embargo, paradójicamente, tratándose de ciudadanos que han decidido huir de la polis para encontrar un lugar tranquilo, enseguida rechazarán la posibilidad de asentarse en una localidad costera —tal como les propone la Abubilla— porque ello implicaría estar al alcance del poder naval de Atenas (vv. 144–147):

Τη] ἀτὰρ ἔστι γ' ὅποιαν λέγετον εὐδαίμων πόλις
παρὰ τὴν ἐρυθρὰν θάλατταν.
Πε] οἶμοι μηδαμῶς
ἡμῖν παρὰ τὴν θάλατταν, ἴν' ἀνακῦπεται
κλητῆρ' ἄγουσ' ἔωθεν ἡ Σαλαμίνια.

Tereo] —De hecho hay una ciudad como la que dicen ustedes, junto al Mar Rojo; Pisetero]: —¡Ay no! De ninguna manera es para nosotros, junto al mar, para que se asome la Salaminia a la mañana con un magistrado oficial a bordo.

Si la posibilidad de expansión imperial se define políticamente como una actividad masculina por excelencia, que depende del empleo adecuado de

¹⁶ δυσέρωτας εἶναι τῶν ἀπόντων (Thuc. 6.13.1); cf. 6.1.1. El texto griego corresponde a la edición de Jones & Powell (1942). En el pasaje Nicias consideraba que los hombres ancianos no debían sentirse suaves o afeminados (μαλακός) cuando votaran contra la expedición militar. Wohl (2002:174) explica que el vocabulario de la dureza/blandura tiñe en ese momento toda la discusión acerca del imperialismo ateniense y su rechazo.

¹⁷ Acerca de la *thalassokratía* y su importancia política en Atenas (a pesar de la escasa recurrencia del término en las fuentes clásicas), ver Bianco (2015). En relación con la única aparición del concepto en las fuentes cómicas (Demetr. Com. fr. 2 K.–A.) y a la ambigua relación con la política marítima que plantean las críticas del género (en las que se hace constante alusión indirecta a la noción), consultar además en el mismo volumen la contribución de Cuniberti (2015).

¹⁸ El texto griego de la comedia *Aves* corresponde a la edición de Sommerstein (1987). Las traducciones, tanto aquí como en el resto de los pasajes consignados, me pertenecen.

bellas trirremes, debe notarse aquí que el miedo de Pisetero de ser perseguido por la justicia ateniense se explica por la posibilidad de devenir una víctima pasiva del control imperial y, por lo tanto, un ser feminizado.¹⁹ La negativa a aceptar la mudanza a una ciudad junto al mar puede leerse —si unimos lo político a lo erótico— como un intento de repeler los espacios abiertos susceptibles de penetración,²⁰ que constituyen geografías feminizadas sujetas al poder de naciones autónomas potentes como Atenas.²¹

La mención de la Salaminia en el pasaje —una de las naves sagradas más importantes de la ciudad que, junto con la Páralo, funcionaba como un barco mensajero para el gobierno ateniense—²² no es azarosa en el contexto político en que se representa la obra. Tucídides menciona que, precisamente, para esta época el barco había sido enviado a Sicilia con la misión de escoltar a Alcibíades de regreso a Atenas para enfrentar una acusación por la profanación de los Hermes (6.53). A esto debe sin duda añadirse la dimensión sexual, que deviene evidente en la masculinización de la acción judicial de la Salaminia y, en sentido inverso, en la consecuente caracterización pasiva de Alcibíades, algo que ya presentará Plutarco de modo explícito; en efecto, este autor nos aclarará que, en su desmesura (*hybris*) respecto de la bebida y el sexo, el joven solía arrastrar sus vestidos femeninos, de modo afectado, por el ágora e incluso «había cortado la cubierta de sus trirremes para poder dormir más suavemente» (ἐκτομάς τε καταστρωμάτων ἐν ταῖς τριήρεσιν, ὅπως μαλακώτερον ἐγκαθεύδοι).²³

¹⁹ Más adelante en la pieza un sicofanta, que se presenta como un oficial de las islas (κλητήρ νησιωτικός, v. 1422), detalla que su actividad consiste en recorrer las ciudades aliadas con órdenes de arresto y el mandato de llevar a los acusados ante las cortes atenienses. Se trata de un mecanismo institucional por el que Atenas imponía su jurisdicción, negándole *autodikía* a las ciudades que integraban la Liga de Delos. La subordinación de las colonias y de las *póleis* pequeñas constituía la consecuencia natural de la implementación del deseo imperial de supremacía.

²⁰ Era una práctica habitual que los soldados realizaran actos de pillaje en las costas de poblaciones enemigas. Aristófanes nos muestra en *Ranas* que estos navegantes «desembarcaban y hurtaban a alguien su ropa» (κάκβας τινα λωποδυτήσαι, v.1075); cf. también V. 236–237, 354–356 y *Pax* 625–628. Ver al respecto Potts (2008:23).

²¹ Sobre esta metáfora sexual del territorio colonial como abierto a la invasión extranjera, ver Charlesworth & Chinkin (2000:129).

²² Jordan (1975:173) indica que la Salaminia fue empleada con regularidad a lo largo de los siglos V y IV a.C. Acerca de los principales testimonios en torno de las misiones especiales llevadas a cabo por la Páralo y la Salaminia, en contraposición con las otras trirremes estatales, ver Potts (2008:95–104). Sobre la importancia de las trirremes para la consolidación del poder político y militar, cf. Morrison, Coates & Rankov (2000:25).

²³ El texto griego corresponde a la edición de Perrin (1916).

La pasividad, la opulencia y la depravación sexual eran características típicas asociadas a Alcibíades, frecuentemente tildado por los comediógrafos como prostituto y degenerado.²⁴ A la mutilación de los Hermes, por la que era acusado, interesa añadir en el texto de Plutarco la mutilación (ἐκτομάς) de las trirremes con el fin de recostarse de manera más delicada (μαλακώτερον), lo que postulamos interpretar como un acto femenino de rebeldía frente al poder varonil de la polis.

En Aristófanes, la masculinización imperial y la política dura de usar embarcaciones para llevar a cabo el ejercicio de la autoridad ateniense — frente a la suavidad del otro— se advierten bien en otro pasaje de *Aves*. Una vez construida la nueva ciudad, la mensajera olímpica Iris es enviada con noticias de los dioses. Pisetero la detiene, temiendo que se trate de una trirreme que viene a buscarlo (vv. 1203–1209):

Πε] ὄνομα δέ σοι τί ἐστί; Πάραλος ἢ Σαλαμινία;
 Ιρ] Ἴρις ταχεῖα.
 Πε] <πότερα> πλοῖον ἢ κύων;
 Ιρ] τί δὲ τοῦτο;
 Πε] ταυτηνὴ τις οὐ ξυλλήψεται
 ἀναπτόμενος τρίορχος;
 Ιρ] ἐμὲ ξυλλήψεται;
 τί ποτ' ἐστὶ τοῦτὶ τὸ κακόν;
 Πε] οἰμῶξει μακρά.
 Ιρ] ἄτοπὸν γε τοῦτὶ πρᾶγμα.
 Πε] κατὰ ποίας πύλας
 εἰσηλθες ἐς τὸ τεῖχος, ᾧ μιαρωτάτη;

Pisetero]: —¿Y cuál es tu nombre? ¿Páralo o Salaminia?; Iris]: —Iris, la veloz.;
 Pisetero]: —¿Una nave veloz o una perra veloz?; Iris]: —¿Qué es esto?; Pisetero]: —¿No hay ningún halcón que la atrape volando?; Iris]: —¿Atraparme a mí? ¿Qué mal es éste?; Pisetero]: —¡Vas a llorar mucho!; Iris]: —¡Qué asunto fuera de lugar!; Pisetero]: —¿Por qué puertas atravesaste la muralla, maldita?

²⁴ Cf. Aristoph. *Ach.* 716; Eup. fr. 385 K–A. Acerca de Alcibíades como *eurýprokτος*, ver Wohl (2002:134). Es sabido que el dramaturgo Eupolis, por ejemplo, describió un Alcibíades afeminado bailando con sus amigos (*Baptae* test. ii, 331–32 K–A). Se suele decir que el político quiso vengarse y arrojó al poeta por la borda mientras estaban navegando hacia Sicilia (*Baptae* test. iii, 332). En un epigrama vinculado con la historia, parece que mientras que Eupolis «ahogó» a Alcibíades en la obra, fue posteriormente «ahogado» por su *komodoúmenos* en el mar. Cf. Robertson (2009:58). El relato, por lo demás, es interesante aquí por sus implicancias marítimas.

La fuerza masculina del héroe cómico convierte a la diosa (y por lo tanto a las naves con las que la confunde) en criaturas femeninas capaces de despertar su propia virilidad. Creyendo que Iris es en realidad un barco rápido, la inquietud respecto de su ingreso se resuelve en términos sexuales cuando es amenazada con una violación: «Si me molestás en algo, después de levantar primero las piernas de la sirvienta me voy a voltear a la mismísima Iris...» (σὺ δ' εἴ με λυπήσεις τι, τῆς διακόνου / πρώτης ἀνατείνας τῷ σκέλει διαμηριῶ / τὴν Ἴριν αὐτήν..., vv. 1253–1255).²⁵ La diosa, como la Salaminia o la Páralo, y antes como la ciudad o como Procne, pasa de ser un instrumento o medio del poder (de los hombres, en un caso; de los dioses en otro) a describirse como un ente «objetivado», transformado en una mujer que, en su pasividad e inacción, necesita ser controlada y subordinada por la autoridad del protagonista. En ello, su suerte en definitiva es la de una embarcación que solo navega cuando un *kybernétes* como Pisetero la posee.

La voz de las trirremes y las resistencias frente a un imperio masculinizado en *Caballeros*

Tratándose de una obra centrada en las críticas políticas contra el demagogo Cleón y la manipulación erótica del *Démos* que lo tiene por amante, *Caballeros* insiste en una mordaz acusación contra los políticos que se aprovechaban de la coyuntura bélica para obtener beneficios propios. Hacia el final de la segunda parábasis de la obra, se destaca en el *antepírrhema* una quincena de versos referidos a los discursos de unas trirremes, caracterizadas como mujeres. Allí, en boca de estas embarcaciones personificadas, Aristófanes instala en boca del corifeo la reproducción de un debate en que —como ocurría en *Aves*— se pone en contacto el plano amatorio (y sus metáforas sexuales) con el ejercicio del poder político (vv. 1300–1315):

φασὶν ἀλλήλαις ξυνελθεῖν τὰς τριήρεις εἰς λόγον,
καὶ μίαν λέξει τιν' αὐτῶν, ἥτις ἦν γεραιτέρα·
“οὐδὲ πυνθάνεσθε ταῦτ', ὧ παρθένοι, τὰν τῆ πόλει;
φασὶν αἰτεῖσθαι τιν' ἡμῶν ἑκατὸν εἰς Καρχηδόνα
ἄνδρα μοχθηρὸν πολίτην, ὄξινην Ὑπέρβολον.”
ταῖς δὲ δόξαι δεινὸν εἶναι τοῦτο κοῦκ ἀνασχετόν,
καὶ τιν' εἰπεῖν, ἥτις ἀνδρῶν ἄσσον οὐκ ἐληλύθει·

²⁵ Acerca de esta escena y su importancia para los propósitos de Pisetero, cf. Scharffenberger (1995) y De Cremoux (2009).

“ἀποτρόπαι’, οὐ δῆτ’ ἐμοῦ γ’ ἄρξει ποτ’, ἀλλ’, ἐάν με χρῆ,
 ὑπὸ τερηδόνων σαπέϊσ’ ἐνταῦθα καταγηράσομαι.” —
 “οὐδὲ Ναυφάντης γε τῆς Ναύσωνος, οὐ δῆτ’, ὦ θεοί,
 εἴπερ ἐκ πεύκης γε κάγῳ καὶ ξύλων ἐπηγνύμην.
 ἦν δ’ ἀρέσκη ταῦτ’ Ἀθηναίοις, καθῆσθαί μοι δοκεῖ
 εἰς τὸ Θησεῖον πλεούσας ἢ ’πὶ τῶν Σεμνῶν θεῶν.
 οὐ γὰρ ἡμῶν γε στρατηγῶν ἐγχανεῖται τῇ πόλει·
 ἀλλὰ πλείτω χωρὶς αὐτὸς ἐς κόρακας, εἰ βούλεται,
 τὰς σκάφας, ἐν αἷς ἐπῶλει τοὺς λύχνους, καθελκύσας.”

Dicen que las trirremes se reunieron en una asamblea y que una de ellas, la que era más anciana, dijo: «¿No saben ustedes, muchachas, lo que pasa en la ciudad? Dicen que alguien, un tal Hipérbolo el agrío, un varón perverso que es ciudadano, pide cien de nosotras para una expedición contra Cartago». Y les pareció terrible e insoportable esto, y una de ellas, a la que ningún hombre se le había acercado, dijo: «¡Oh dioses que me cuidan! Nunca me dará órdenes a mí, por cierto; pero si es preciso, antes envejeceré aquí, podrida por la carcoma». «Ni tampoco a Naufante, hija de Nausón, ¡oh dioses!, si es que yo también estoy construida de pino y maderas. Si esto agrada a los atenienses, me parece que es conveniente ir navegando hasta el templo de Teseion o al de las diosas Augustas. ¡Pues no se burlará de la ciudad comandándonos a nosotras! En cambio, que él en persona, solo, se vaya navegando al carajo, si quiere, después de tirar al mar las vasijas en las que vendía sus lámparas».²⁶

El pasaje es interesante y, sin embargo, no ha sido explorado en detalle por la crítica.²⁷ Aprovechando que en griego el sustantivo τριήρης y los barcos en general son de género femenino,²⁸ las naves son representadas aquí como mujeres cómicas interesadas en el chisme y el rumor.²⁹ La feminización de las trirremes no debía de ser un caso aislado en la comediografía antigua de

²⁶ El texto griego corresponde a la edición de Sommerstein (1981:130–132).

²⁷ Una notoria excepción es Anderson (2003), quien empero no ha profundizado en la comparación del texto con el resto del *corpus* aristofánico ni se ha centrado en relevar la explotación de todos los recursos retóricos instalados.

²⁸ Casson (1971:350–354). El término τριήρης, de hecho, es en realidad un adjetivo que se emplea como sustantivo. Como aclara Smyth (1984 [1920]: 64, §263.b), significa «triple fitted» y debemos suponer que modificaba originalmente a ναῦς, «ship with three banks of oars».

²⁹ Acerca del rumor y su importancia política puede consultarse Hunter (1994:96–119).

la época.³⁰ Lo que aquí, en cambio, llama la atención es el empleo de una retórica política —justificada en el seno de un espacio colectivo de debate— y las referencias concretas a una aparente propuesta de Hipérbolo de conquistar Cartago.

Es sabido que el demagogo Hipérbolo constituyó un blanco habitual de las críticas aristofánicas, en la medida en que su figura remitía a la situación de los nuevos demagogos que, luego de dedicarse a la actividad mercantil, habían conseguido construir una rápida carrera en la esfera pública en beneficio propio.³¹ En este caso, es la ambiciosa propuesta de Hipérbolo de expandir el poder ateniense hacia el oeste lo que se pone en jaque por el rechazo de las trirremes.³²

En efecto, la aparición en el v.1305 del verbo *δοκεῖν* junto con el dativo de interés (*ταῖς δὲ δόξαι*), fórmula generalmente utilizada en el encabezado de los decretos áticos (*ἔδοξε τῇ βουλῇ* o *ἔδοξε τῷ δήμῳ*),³³ muestra que las deliberaciones de las trirremes se conducen según las solemnidades esperables en los órganos colectivos de la ciudad.³⁴ En términos de recurso retórico, pues, la reproducción de los encabezados propios de las normas legislativas implica una clara parodia del discurso asambleario. Por lo demás, se instala desde el v.1300 que el fin del encuentro de las trirremes se relaciona, precisamente, con la palabra pública (*εἰς λόγον*).

La primera en hablar es la trirreme más anciana (*γεραιτέρα*), que se dirige a las jóvenes doncellas para informarles acerca de las decisiones que se están tomando en la polis. Este rol central para iniciar el debate político se corresponde con la mayor libertad de las mujeres de edad para participar en los espacios públicos de la ciudad, aspecto que la comedia explota

³⁰ Es posible que en *Petaca* (*Pytine*) de Cratino (fr. 210), representada en 423 a. C., los coreutas hayan estado disfrazados de mujeres–trirremes. Se considera también que la comedia *Barcos Mercantes* (*Holkádes*) de Aristófanes, de ese mismo año, también contaba con un coro femenino; cf. Totaro (1999:53) y Henderson (2007:311).

³¹ Las alusiones a su persona en la producción supérstite de la *arkhaía komoidía* son cuantiosas: *Ach.* 846–847; *Eq.* 739; *Nu.* 551–558, 1065 y *Pax* 690. También fue burlado por varios «rivales» de Aristófanes, como Cratino (fr. 262) o Éupolis (fr. 238). Sobre las distintas fuentes que lo mencionan puede consultarse Cuniberti (2000).

³² Como aclara Anderson (2003:3), «*the proposal ascribed to Hyperbolus seems to take Athens' imperial ambition to its logical and most extreme conclusion*».

³³ Acerca de esta fórmula inicial típica de los decretos, ver Rhodes & Lewis (1997:19).

³⁴ Conviene recordar aquí que en *Th.* 372 también aparece la misma expresión formularia (*ἔδοξε τῇ βουλῇ*) para referirse a una decisión política tomada por un colectivo de mujeres (en ese caso, en relación con la acusación contra Eurípides por misoginia). De este verso me he ocupado en Buis (2011:216–218).

frecuentemente.³⁵ Frente al planteo inicial, sus interlocutoras, identificadas como jóvenes, introducen una dimensión sexual en las referencias al expansionismo, que en general apuntan a clausurar todo eventual contacto físico con el varón perverso (ἄνδρα μοχθηρὸν) que las quiere manipular y usar. De hecho, al no aceptar órdenes del demagogo, la primera de las *parthénoi* se ocupa de desactivar el dominio político a partir de la negación de un verbo en futuro (ἄρξει) vinculado de modo directo con el ejercicio de la *arkhé*.

Mediante un reiterado uso de términos negativos,³⁶ ambas trirremes rechazan el servicio porque no quieren participar de la expansión del imperio mercantil ateniense hacia Cartago (Hubbard, 1991:86). Esta negativa constituye la contracara de la personificación de los caballos en el *antepírrhema* paralelo de la primera parábasis (vv.595–610) y funciona como un manifiesto retórico en contra de la naturalidad de las imposiciones militares.³⁷

Para el éxito retórico de dicha subversión, el *éthos* negativo de Hipérbolo se contrapone con la presentación moralmente positiva de las trirremes que se quejan. No hay motivos en el pasaje para dudar de su integridad sexual y de su nobleza cívica.³⁸ Una de ellas alega que nunca la tocaron (ἦτις ἀνδρῶν ἄσσον οὐκ ἐληλύθει, v.1306) —de hecho son designadas *parthénoi* en v.1302—³⁹ y otra se presenta como una ciudadana de origen (Naufante, hija de Nausón, v.1309), mostrando además que está hecha de buena leña (ἐκ πεύκης γε κἀγὼ καὶ ξύλων ἐπηγνύμην, v.1310).

El recurso literario de la humanización de las trirremes —que reconocen por ejemplo que envejecerán mediante un verbo como καταγηράσομαι (v.1308), impropio de seres inanimados— (Anderson, 2003:6; Anderson & Dix, 2020:211) funciona como antítesis de la deshumanización de los políticos. Así, en una inversión de sujetos y objetos, la agencia de Hipérbolo se ve desarticulada por la rebelión de sus instrumentos de poder, que conducen a su inacción como demagogo.

³⁵ Acerca de esta mayor libertad, ver Henderson (1987:108). La comedia aristofánica trata a estas ancianas de modo ambiguo, puesto que si bien son claramente objeto de burla se les atribuyen cierta prudencia y sabiduría frente a las jóvenes más impetuosas.

³⁶ Nótese su abundancia en estos pocos versos: οὐδὲ (v.1303), κοῦκ (v.1305), οὐκ (v.1306), οὐ (v.1307), οὐδὲ, οὐ (v.1309) y οὐ (v.1313).

³⁷ Ambos pasajes, en conjunto, apuntan a la relación entre la caballería y el poder naval; cf. Anderson & Dix (2020:210).

³⁸ Proviene de familias respetables, como sostiene Anderson & Dix (2020:211).

³⁹ Anderson & Dix (2020:211) identifican en este sustantivo ἀνδρῶν el doble valor de hombres y de miembros de una tripulación naval. También lo habían remarcado Sommers-tein (1981:213) y Totaro (1999:57).

Además, en relación con las trirremes que protestan, es posible identificar un planteamiento político sobre la coyuntura. De hecho, se advierte que la condición de *parthénoi* no se vincula solamente con la pureza de quienes no han sido nunca tocadas por un hombre; plantea desde un punto de vista jurídico un claro vínculo hacia el pasado, en tanto las jóvenes no casadas estaban ligadas todavía al *oikos* paterno (Sebillotte Cuchet, 2006:307). La referencia, en este sentido, no presenta solamente un cariz sexual; deja entrever una contraposición diacrónica entre una generación precedente, determinada por cuadros políticos tradicionales, y un nuevo orden demagógico en el presente, claramente degradado.

El temor por el accionar bélico de Hipérbolo en Cartago habilita todo un juego semántico determinado por metáforas del ámbito de lo amoroso: las muchachas—barcos temen que Hipérbolo «suba a bordo de ellas» para salirse con la suya.⁴⁰ Pero frente a esa amenaza, las trirremes oponen considerable resistencia. Apelando incluso a las divinidades en dos ocasiones e incluso proponiendo de modo piadoso solicitar asilo en sus templos (vv.1311–1312), todas coinciden en que no obedecerán las órdenes de Hipérbolo. La referencia a la súplica y al refugio en el Teseion da cuenta de la necesidad de huir de los varones poderosos, en la medida en que hacia allí se dirigían los perseguidos políticos con el fin de procurarse un espacio de protección.⁴¹ Del mismo modo, la mención del templo de las diosas Augustas (las Erinias o Euménides) —un antiguo santuario de suplicantes en el corazón de la ciudad, entre la Acrópolis y el Areópago—⁴² pone en boca de las mujeres un discurso propio del nacionalismo ateniense que resiste las arremetidas unilaterales de Hipérbolo.

Un análisis completo del *antepírrhema* lleva a concluir que con la conceptualización de esta falsa asamblea se esgrimen las bases retóricas de una defensa colectiva de los valores de la ciudad frente a los embates perniciosos de la demagogia.⁴³ En este sentido, el diálogo de las trirremes en boca del corifeo preanuncia lo que desplegarán las llamadas comedias «femeninas» del mismo Aristófanes. Quiero decir con esto que las embarcaciones proponen en palabras lo que luego supondrán comportamientos escénicos en argu-

⁴⁰ Henderson (1991 [1975]:163), quien además se encarga de rastrear en las obras de Aristófanes todas las metáforas náuticas que sirven para consignar las relaciones de tipo sexual (1991 [1975]:161–166).

⁴¹ Sommerstein (1981:214); Christiansen (1984:23–32); Totaro (1999:58–59); Anderson & Dix (2020:212).

⁴² Sommerstein (1981:214); Totaro (1999:59–60); Anderson & Dix (2020:212).

⁴³ Anderson (2003:8) sostiene que, a través de las voces femeninas, se afianzan aquí los valores comunitarios.

mentos posteriores, como ocurrirá con el ejército de huelguistas liderado por Lisístrata en la pieza homónima o las muchachas y ancianas lideradas por Praxágora en *Asambleístas*, cansadas del mal manejo masculino de los asuntos de la polis y, por lo tanto, agentes revolucionarias de la resistencia.

La dimensión erótica de esta contracara del imperialismo torna más eficaz la crítica en tanto desencadena un contradiscurso racional y femenino. Esto no es extraño en un contexto literario, como el de la comedia, en el que la demagogia era con frecuencia asimilada, en su descontrol, al desenfreno de una sexualidad desviada (Wohl, 2002:242–249). Basta con que Hipérbolo pretenda dominar a cien mujeres de estirpe —como están presentadas las embarcaciones— para que su objetivo de grandeza (político y sexual) sea repelido y fracase. Recordemos que, al final de *Caballeros*, un derrotado Paflagonio terminará sus días en las puertas de la ciudad, vendiendo morcillas, borracho e intercambiando insultos con las prostitutas en baños públicos (vv.1398–1401). De modo menos directo, aunque igualmente efectivo, Hipérbolo también se verá aquí frustrado en su sueño político-erótico. Rechazado por las prudentes trirremes,⁴⁴ tanto él como su deseo imperialista deberán contentarse con una autosatisfacción solitaria (χωρίς αὐτὸς, v.1314) o sin demasiadas pretensiones, tirando al mar las vasijas viejas a las que había recurrido cuando era un pobre comerciante de lámparas.⁴⁵ Estas mujeres —parece decirnos el texto— están fuera de su liga y lo ignoran.

A través de una identificación de las imposiciones de Hipérbolo con avances sexuales, las protestas de las trirremes se comprenden como instancias de un rechazo marcadamente retórico, que se vale de los dobles sentidos y del léxico del erotismo para dejar al descubierto el poder supuestamente inmanente de los varones. De este modo, la metáfora que coloca el poder militar del lado de las conductas activas se ve aquí desarticulada en la comedia por la participación de las mujeres. En la ficción, las naves no solo gozan de capacidad discursiva, sino que además intervienen en el ejercicio colectivo de la toma de decisiones cívica. La comedia permite dejar la naturaleza de las trirremes como objetos femeninos para abrir paso a una subjetividad masculina impropia de su condición. Y, con ello, *Caballeros* desnuda la aparente espontaneidad de los vínculos de poder referidos a las conquistas ateni-

⁴⁴ Totaro (1999:58) aclara que «il rifiuto di farsi comandare da Iperbolo può, infatti, allusivamente equivalere ad un diniego sessuale».

⁴⁵ El verbo καθέλκω, «arrastrar», puede incluir por cierto una valencia sexual en este contexto. La imagen no está muy apartada de las maldiciones pronunciada por Cleón al morcillero, en las que le prometía una trierarquía para perjudicarlo, de modo que tuviese que gastar dinero en reparar una embarcación vieja (παλαιὰν ναῦν) con velas podridas (v.911–918).

ses en el Mediterráneo. Lejos de una supremacía casi biológica de Atenas, la resistencia que se instaura en los versos analizados produce una retórica efectiva que desactiva el sentido «natural» del avance hegemónico.

Existía, por cierto, toda una imaginería marítima muy rica a la hora de referirse al plano de lo político en el ámbito de la comedia griega antigua. La célebre metáfora de la nave del Estado —un *tópos* en la poesía griega desde Alceo (fr. 208 V)—⁴⁶ aparece con frecuencia en Aristófanes. En el prólogo de *Avispas*, por ejemplo, el esclavo Sosias menciona que había soñado con una ballena monstruosa que aparece en medio de la Pnix (v. 29), alegando que ello «trata de la nave entera de la ciudad» (περὶ τῆς πόλεως γὰρ ἔστι τοῦ σκάφους ὄλου). En *Asambleístas*, la generala Praxágora elabora un discurso masculino destinado a ganar el poder de la polis, utilizando verbos asociados con el vocabulario propio de las técnicas de navegación.⁴⁷ Si la política exterior es definida, en tiempos de guerra, como una tormenta, entonces es preciso contar con un piloto que conduzca los asuntos públicos a través de las olas hacia tiempos menos convulsionados.⁴⁸ Pero lo interesante es que esta figura de un valiente líder—*kybernétes*, descrito como un capitán sabio capaz de salvar la ciudad navegando en circunstancias peligrosas, está en las antípodas de lo que *Caballeros* nos muestra respecto de Hipérbolo: un demagogo imprudente cuyo accionar, como el de una tempestad en el mar, debe ser sorteado y anulado.

A modo de conclusión

Los pasajes de *Aves* examinados al comienzo de este trabajo permiten sentar las bases de una lectura contextual más amplia de aquel diálogo que, en clave erótico-política, el corifeo de *Caballeros* atribuye a las tres trirremes. Si en el caso de Pisetero las mujeres-naves como Iris eran sometidas al poder político del héroe cómico, en el caso de la asamblea de *Caballeros* encontramos su contra-

⁴⁶ Taylor (2009:142–143). Ver también Nisbet & Hubbard (1970:180) y Brock (2013:53–67).

⁴⁷ Menciona la necesidad de hacer algo bueno para la ciudad «pues ahora no navegamos a vela ni remamos» (νῦν μὲν γὰρ οὔτε θέομεν οὔτ' ἐλαύνομεν, v.109).

⁴⁸ Al mencionar esta metáfora, Pelling (2000:16) sostiene: «A ship is tossed by storms, which come from outside; passengers on board are often afraid, often a cumbrance; it requires a captain or a helmsman to guide them to safety, though a captain is no good without a crew». Silk (1974:123) hace notar que la palabra *stásis*, que se refiere a la guerra civil e intestina, apunta también a la dirección de los vientos. Acerca de la imagen del manejo del barco (*kybernân*) como ejercicio político propio de la autoridad masculina, ver Brock (2013:56).

cara, pues se trata de una serie de discursos de mujeres que, frente a la potencial manipulación de Hipérbolo, se niegan a ser usadas y tocadas. Ello se condice, por cierto, con la clara distinción que la comedia establece entre su protagonista y los demagogos, quienes son siempre objeto de hostilidad e invectiva sobre la escena.⁴⁹ Las trirremes se tornan portavoces de un discurso de resistencia que deja al descubierto la aparente naturalidad de la retórica imperialista.⁵⁰

La comediografía aristofánica, como se ha dicho, carga las tintas sobre las retóricas del imperialismo que se valen de un complejo imaginario capaz de reforzar los resortes del poder. En sus obras, frente al manejo desmesurado y cauteloso de los asuntos del *dêmos* como una cosa de hombres, la crítica feroz a un expansionismo exagerado también encuentra lugar en la comedia a partir de una serie de imágenes y metáforas del orden de lo erótico.

En síntesis, en el pasaje explorado de *Caballeros* se distingue un intento por desarticular las retóricas de imposición, revelando las intenciones que existen detrás de la supremacía. Al develar estas analogías, la anómala y pretendidamente exagerada virilidad del demagogo Hipérbolo se convierte en una triste realidad sobre el escenario; allí estos hombres públicos resultan burlados, desobedecidos y derrotados por palabras femeninas que, en su resistencia, invierten la lógica esperable transformando a los ἀνδρες μοχθηροί en víctimas, pasivas, de una irrefrenable perversión que no les permite concretar su propósito. Sin sus embarcaciones, Hipérbolo se queda solo.

Mediante las *rhéseis* de las trirremes empoderadas, Aristófanes muestra que es preciso prestar mucha atención a las imágenes empleadas para describir las relaciones exteriores. En definitiva, queda claro que, si no se sostiene en los valores masculinos de la sensatez y el autocontrol, el imperio ateniense —en una suerte de κράτος *interruptum*— corre el riesgo de desarticularse en sus instituciones y, a pesar de la grandeza retórica de sus palabras y pasiones, dejar insatisfechos sus deseos más básicos.

⁴⁹ Acerca de la hostilidad contra Hipérbolo en este pasaje, entendida en el contexto mayor de los ataques aristofánicos, ver Sommerstein (2009:227).

⁵⁰ Anderson & Dix (2020:210) sostienen que, tratándose del principal instrumento expansionista, las trirremes no estarían en contra de la empresa imperial *per se*, sino de la expedición propuesta por Hipérbolo. Esta interpretación no parece seguirse del pasaje. El análisis aquí propuesto lleva a considerar, en cambio, que hay una voluntad por parte de estas jóvenes trirremes de reclamar su libertad frente a la imposición masculina. Si el uso de las embarcaciones para fines políticos implica una decisión masculina, en la subversión cómica Aristófanes nos muestra a unas muchachas que se niegan (de modo revolucionario) a respetar las imposiciones varoniles a las que podrían verse sometidas.

Referencias bibliográficas

Ediciones y comentarios

Anderson, Carl Arne & T. Keith Dix (Ed.) (2020).

A Commentary on Aristophanes' Knights. University of Michigan Press.

Dunbar, Nan (Ed.) (1995). *Aristophanes' Birds*. Clarendon Press.

Henderson, Jeffrey (Ed.) (2007). *Aristophanes. Fragments*. Harvard University Press.

Jones, Henry Stuart & Powell, Johannes Enoch (Ed.) (1942). *Thucydides Historiae*. Oxford University Press.

Perrin, Bernadotte (Ed.) (1916). *Plutarch's Lives*. Harvard University Press.

Sommerstein, Alan H. (Ed.) (1981). *The Comedies of Aristophanes*, vol. 2. Knights. Aris & Phillips.

Sommerstein, Alan H. (Ed.) (1987). *The Comedies of Aristophanes*, vol. 6. Birds. Aris & Phillips.

Bibliografía crítica

Anderson, Carl Arne (2003). The Gossiping Triremes in Aristophanes' *Knights* 1300–1315. *CJ*, 99, 1–9.

Balot, Ryan K. (2001). Pericles' Anatomy of Democratic Courage. *AJPh*, 122, 4, 505–525.

Balot, Ryan K. (2009). The Freedom to Rule: Athenian Imperialism and Democratic Masculinity. En Tabachnick, David Edward & Toivo Koivukoski (Eds.). *Enduring Empire. Ancient Lessons for Global Politics* (pp. 54–68). University of Toronto Press.

Bianco, Elisabetta (2015). *Thalassokratia*: un concetto, molti nomi. *Historika. Studi di storia greca e romana*, 5, 97–110.

Brock, Roger (2013). *Greek Political Imagery from Homer to Aristotle*. Bloomsbury.

Buis, Emiliano J. (2011). La musa aprende a debatir: escenificaciones femeninas de la praxis política en *Tesmoforiantes* de Aristófanes. En Rodríguez Cidre, Elsa & Emiliano J. Buis (Eds.). *La polis sexual: normas, disturbios y transgresiones del género en la Grecia Antigua* (pp. 201–230). Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Buis, Emiliano J. (2013). The Lord of the Wings: Political Leadership and the Rhetorical Manipulation of Athenian Law in Aristophanes' *Birds*. *CHS Research Bulletin*, Center for Hellenic Studies, Harvard University, 2 (1). http://nrs.harvard.edu/urn-3:hInc.essay:BuisE.The_Lord_of_the_Wings.2013]

Buis, Emiliano J. (2015). The Comic Oars of Athenian Jurisdiction: *Autodikia* and the Manliness of Maritime Imperialism in Clouduckoooville. *Historika. Studi di storia greca e romana*, 5, 459–478.

Cartledge, Paul (1998). The Machismo of the Athenian Empire – or the Reign of the Phaulos? En Foxhall, Lin & John Salmon (Eds.). *When Men Were Men: Masculinity, Power, and Identity in Classical Antiquity* (pp. 54–67). Routledge.

Casson, Lionel (1971). *Ships and Seamanship in the Ancient World*. Princeton University Press.

Charlesworth, Hilary & Chinkin, Christine (2000). *The Boundaries of International Law. A Feminist Analysis*. Manchester University Press.

Christiansen, K. A. (1984). The Theseion: A Slave Refuge at Athens. *AJAH*, 9, 23–32.

Cuniberti, Gianluca (2000). *Iperbolo ateniese infame*. Il Mulino.

Cuniberti, Gianluca (2015). Mare, potere e demagogia nella commedia attica. *Historika. Studi di storia greca e romana*, 5, 443–458.

De Cremoux, Anne (2009). Iris passe-murailles et les limites de l'utopie: quelques réflexions sur une épiphanie comique dans les «Oiseaux» (v.1199–1261). *Pallas*, 81, 83–100.

Dougherty, Carol (1993). *The Poetics of Colonization. From City to Text in Archaic Greece*. Oxford University Press.

Doyle, Michael (1986). *Empires*. Cornell University Press.

Fischer-Tiné, Harald & Christine Whyte (2016). Introduction: Empires and Emotions. En Fischer-Tiné, Harald (Ed.). *Anxieties, Fear and Panic in Colonial Settings: Empires on the Verge of a Nervous Breakdown* (pp. 1–23). Palgrave Macmillan.

Gill, Anton (1995). *Ruling Passions: Sex, Race, and Empire*. BBC Books.

- Henderson, Jeffrey (1987).** Older Women in Attic Old Comedy. *TAPhA*, 117, 105–129.
- Henderson, Jeffrey (1991 [1975]).** *The Maculate Muse. Obscene Language in Attic Comedy.* Oxford University Press.
- Howe, Stephen (2002).** *Empire: A Very Short Introduction.* Oxford University Press.
- Hubbard, Thomas K. (1991).** *The Mask of Comedy. Aristophanes and the Intertextual Parabasis.* Cornell University Press.
- Hunt, Peter Hunt (2010).** *War, Peace, and Alliance in Demosthenes' Athens.* Cambridge University Press.
- Hunter, Virginia J. (1994).** *Policing Athens: Social Control in the Attic Lawsuits, 420–320 B.C.* Princeton University Press.
- Hyam, Ronald (1990).** *Empire and Sexuality: The British Experience.* Manchester University Press.
- Jordan, Borimir (1975).** *The Athenian Navy in the Classical Period.* University of California Press.
- Keuls, Eva (1985).** *The Reign of the Phallus: Sexual Politics in Ancient Athens.* Harper & Row.
- Loroux, Nicole (1993).** Éloge de l'anachronisme en histoire. *Le genre humain*, 27, 23–39.
- Low, Polly (2005).** Looking for the Language of Athenian Imperialism. *JHS*, 125, 93–111.
- Mattingly, David J. (2011).** *Imperialism, Power, and Identity. Experiencing the Roman Empire.* Princeton University Press.
- Monoson, S. Sara (1994).** Citizen as *Erastes*. Erotic Imagery and the Idea of Reciprocity in the Periclean Funeral Oration. *Political Theory*, 22, 253–276.
- Morrison, John S.; John F. Coates & N. Boris Rankov (2000).** *The Athenian Trireme: The History and Reconstruction of an Ancient Greek Warship.* Cambridge University Press.
- Nisbet, Robin G. M. & Margaret Hubbard (1970).** *A Commentary on Horace Odes.* Book I. Clarendon Press.
- Pelling, Christopher (2000).** *Literary Texts and the Greek Historian.* Routledge.
- Potts, Samuel (2008).** *The Athenian Navy. An Investigation into the Operations, Politics and Ideology of the Athenian Fleet between 480 and 322 BC,* PhD Dissertation, Cardiff University.
- Rhodes, Peter J. & David M. Lewis (1997).** *The Decrees of the Greek States.* Clarendon Press.
- Roisman, Joseph (2005).** *The Rhetoric of Manhood: Masculinity in the Attic Orators.* University of California Press.
- Scharffenberger, Elizabeth W. (1995).** Peisetaerus' «Satyric» Treatment of Iris: Aristophanes *Birds* 1253–6. *JHS*, 115, 172–173.
- Scheidel, Walter (2013).** Studying the State. En Bang, Peter Fibiger & Walter Scheidel (Eds.). *The Oxford Handbook of the State in the Ancient Near East and Mediterranean.* Oxford University Press, 5–57.
- Sebillotte Cuchet, Violaine (2006).** *Libérez la patrie! Patriotisme et politique en Grèce ancienne.* Belin.
- Silk, Michael S. (1974).** *Interaction in Poetic Imagery.* Cambridge University Press.
- Sissa, Giulia (2013).** Gendered Politics, or the Self-Praise of *Andres Agathoi*. En Balot, Ryan K. (Ed.). *A Companion to Greek and Roman Political Thought* (pp. 100–117). Wiley–Blackwell.
- Smyth, Herbert Weir (1984 [1920]).** *Greek Grammar.* Harvard University Press.
- Sommerstein, Alan H. (2005).** *Nephelekokkygia and Gynaikopolis: Aristophanes' Dream Cities.* En Hansen, Mogens Herman (Ed.). *The Imaginary Polis. Symposium, January 7–10 2004* (Acts of the Copenhagen Polis Centre 7) (Historisk–filosofiske Meddelelser 91). The Royal Danish Academy of Sciences and Letters, 73–99.
- Sommerstein, Alan H. (2009).** Lysistrata the warrior. En *Talking about Laughter and other studies in Greek Comedy* (pp. 223–236). Oxford University Press.
- Taylor, Martha (2009).** *Thucydides, Pericles, and the Idea of Athens in the Peloponnesian War.* Cambridge University Press.
- Totaro, Piero (1999).** *Le seconde parabasi di Aristofane.* J. B. Metzler.
- Winkler, John J. (1990).** *Phallos Politikos: Representing the Body Politic in Athens.* *Differences*, 2, 29–45.
- Wohl, Victoria (2002).** *Love Among the Ruins. The Erotics of Democracy in Classical Athens.* Princeton University Press.
- Zuchtriegel, Gabriel (2018).** *Colonization and Subalternity in Classical Greece. Experience of the Nonelite Population.* Cambridge University Press.

Latinitas. La construcción lingüística de la identidad en la retórica latina

Liliana I. Pérez · Universidad Nacional de Rosario

El griego fue la lengua dominante en el mundo helenístico después de Alejandro Magno: la lengua que judíos y latinos tenían que aprender para salir de su aislamiento y ser aceptados en la sociedad superior de los estados helenísticos. Sin embargo, y en contraposición, no se conocen esfuerzos correlativos de los griegos destinados a apropiarse de la cultura latina o la judía o, al menos, orientados a comprenderlas. Momigliano (1997) señala que no hay dudas de que los griegos poseían la preparación necesaria para el descubrimiento histórico y geográfico que les permitió advertir las peculiaridades de latinos y judíos a comienzos de la época helenística y que antes de Alejandro no existen indicios que nos hagan suponer que conocieran a los judíos. Asimismo, sus conocimientos de los romanos se limitaban a unas pocas leyendas y a unos pocos datos históricos.¹ Incluso, cuando los romanos efectivamente destruyeron el poder de Cartago al final del siglo III a. c.

¹ «Alrededor del 300 a. C., Hecateo de Abdera y Teofrasto hicieron intentos serios de investigar la religión de los judíos. Alrededor de 280–270 a. C., la victoria de los romanos sobre Pirro impresionó a los griegos e indujo a Timeo —un exiliado siciliano que vivía en Atenas— a escribir extensamente sobre la historia y las instituciones de los latinos. Pero una vez pasada la sorpresa, los griegos no fueron más allá. No hubo ningún estudio detallado de la historia judía o romana por estudiosos griegos del tercer siglo antes de Cristo» (Momigliano: 19–20).

y se convirtieron en la mayor potencia del Mediterráneo occidental, ningún historiador griego independiente, hasta donde nos llegan referencias, consideró necesario analizar su victoria.

Sabemos que los griegos se mantuvieron orgullosamente monolingües, como habían sido —con raras excepciones— durante siglos, que conversar con nativos en su lengua materna no era para ellos, y es prueba suficiente que no conocían la literatura latina ni la hebrea ni había tradición de traducir libros extranjeros al griego.² Asimismo, todo lo que se conoce acerca de las relaciones diplomáticas entre romanos y griegos —incluso después de que los romanos dominaran el mundo griego— lleva a concluir que los romanos hablaban griego pero los griegos no hablaban latín. En cuanto al hebreo y al arameo, las dos lenguas necesarias para comprender la cultura escrita y oral de los judíos, no se hallan referencias de griegos helenísticos que hayan buscado aprenderlas. Podemos inferir, entonces, que el diálogo con los griegos ocurrió porque los romanos y los judíos lo quisieron y resulta sorprendente el celo con el que los primeros aprendieron el griego y produjeron sus escritos siguiendo modelos griegos.

Esta condición monolingüe de los griegos es el fundamento a partir del cual hemos buscado en este trabajo considerar el estatuto del *hellenismós* en Grecia y del término en apariencia equivalente en el mundo latino, la *latinitas*.

Retórica latina

En el campo de los estudios sobre el lenguaje en la Antigüedad latina, la Retórica constituyó una práctica social temprana de Roma. A partir del siglo V a. C., los romanos se vincularon con el mundo social y cultural griego a través de las ciudades que constituían la Magna Grecia, según surge de los casos mismos citados por Cicerón en *Brutus*. A pesar de la existencia de antecedentes históricos, referidos y fechados ya por Cicerón o Quintiliano, aquel reconoce como primer orador latino a Marco Cornelio Cétego (cónsul en el año 211 a. C.), seguido luego por Elio Catón (cónsul en 198 a. C.), Marco Claudio Marcelo (cónsul en 196 a. C.), Tiberio Sempronio Graco y su hermano Cayo (cónsul en 177 y 163 a. C.), Escipión Násica (cónsul en 162 a. C.), Lutacio Léntulo (cónsul 165 a. C.) y Quinto Nobilior (cónsul en 153 a. C.) (Cf. Díez Coronado, 2003).

² «La traducción de la Biblia de los Setenta fue casi seguramente hecha por judíos por iniciativa privada y sólo después atribuida a la iniciativa de Ptolomeo II Filadelfo» (Momigliano: 19–20).

Sin embargo, los intentos de fijar, clasificar, describir y transmitir observaciones sobre el lenguaje guiadas por el interés en la funcionalidad de la palabra se encuentran con un *corpus* acabado solo en la producción ciceroniana. Es Cicerón el primer orador latino, cuya obra ha llegado casi intacta hasta nosotros, que se ocupó en el mundo romano de teorizar acerca de ciertas propiedades del lenguaje en sus diversos dominios, y en particular el retórico, luego de los incipientes trabajos de Catón el Censor en el siglo II a. c. Claro está, el modo de hacer teoría en la Antigüedad no se atiene a los estándares aceptados por las comunidades científicas contemporáneas: sin copyright ni nota al pie de página, la dificultad para reconocer los procedimientos polifónicos en los textos antiguos, para separar en los autores la palabra propia de la ajena, siempre ha sido significativa para los investigadores del mundo antiguo.

Con respecto a la conservación de las obras latinas previas a Cicerón, solo se conocen algunos fragmentos de Catón y nada de la presunta obra sobre la elocuencia de Antonio, el reconocido orador. Debemos llegar a la *Rhetorica ad Herennium* del siglo I a. c. (después del 86 y antes del 82 a. c.) para contar con el primer manual de retórica latina conservado casi íntegramente, aunque de dudosa autoría. Un hiato cualitativo indiscutible separa a este tratado modesto, sistemático, organizado en torno de los *officia oratoris*, útil sin duda para la enseñanza, y la obra de Cicerón. Solo una, *De Inventione*, se atiene a los cánones antiguos de un manual: un texto teórico, formativo, de iniciación, sobre retórica. Asimismo, además de no ostentar una estructura dialógica manifiesta, la temática separa a *Brutus* de las otras obras retóricas de Cicerón: se trata de un texto sobre los oradores latinos y no sobre teoría retórica, aunque sin dudas ella sea el soporte de las disquisiciones. No obstante estas observaciones, los textos de Cicerón dedicados específicamente a la retórica son *De Inventione* (81–80 a. c.), *De Oratore* (55 a. c.), *Partitiones Oratoriae* (después del 54 a. c.), *Brutus* (46 a. c.), *Orator* (46 a. c.), *De optimo genere oratorum* (46 a. c.) y *Topica* (44 a. c.). Como señalamos, entonces, las indagaciones de Cicerón acerca del lenguaje se diseminan en estos textos y solo una lectura al bias nos permite reorganizar la arquitectura y el cuerpo de definiciones del arte, los preceptos técnicos y morales, la historia de la elocuencia trazada por Cicerón, las relaciones disciplinares entre la retórica y otras prácticas sociales vinculadas al lenguaje y la expresión del mundo: gramática y filosofía.

En los estudios gramaticales, los autores latinos habrían conservado con fidelidad los tratados estoicos, mientras que los gramáticos alejandrinos, que habrían adaptado más libremente la doctrina estoica, no guardan finalmente más que las dos primeras partes del esquema inicial: descripción de los elementos y presentación de las clases de palabras. El plan completo de tres partes al que hacemos referencia es el siguiente:

1. Definición de las voces y descripción de los elementos (letras y sílabas).
2. Las diferentes clases de palabras (partes del discurso), es decir, las categorías morfológicas identificables en cada clase de palabra.
3. Presentación de las faltas y las cualidades del enunciado: *vitia virtutesque orationis*.

En relación con la Dialéctica (Cf. Desbordes, 1990), se ha producido una división canónica: la dialéctica trata los enunciados mínimos, como encarnación necesaria y suficiente de los elementos del razonamiento; la retórica trata las expansiones parafrásticas, los diversos modos de decir «la misma cosa», los diversos vestidos de un mismo contenido. De allí proviene la célebre imagen de la dialéctica como un puño cerrado y la retórica como una mano abierta. Además, la dialéctica —como estudio de la armazón de los razonamientos— se abstrae del diálogo y se atribuye preferentemente el estudio de las aserciones, las proposiciones que pueden eventualmente realzar la verdad o la falsedad de la palabra.

La retórica, en oposición, hereda de todos los modos del habla aquellos que son apropiados para ejercer un poder sobre el auditorio, independientemente del valor del contenido. La gramática, por su lado, reivindica el estudio de las palabras: es en la morfología en la que busca aplicar los mejores recursos de la corrección. En contraposición, la dialéctica y la retórica se interesan en la prioridad de los enunciados. La primera lo hace porque solo los enunciados completos pueden ser verdaderos o falsos y la segunda, porque no se persuade al otro con palabras sueltas.

Por último y en relación con la corrección, el sistema aceptado por Quintiliano está conformado por a) una virtud gramatical: pureza o corrección idiomática (*latinitas*, gr. *hellenismós*); b) tres virtudes retóricas: claridad (*perspicuitas*, gr. *sapheneia*), ornato (*ornatus*, gr. *cosmos*) y decoro (*aptum*, gr. *prepon*). A dichas virtudes, así como a sus correspondientes vicios, se van a referir constantemente gramáticos y tratadistas de retórica.

Latinitas

Con respecto a la corrección idiomática, *latinitas*, constituye esta el fundamento de la perfección elocutiva. Ahora bien, lo primero que se puede cuestionar es la posibilidad de calificar de *latina* a la lengua de Roma. En efecto, *lingua latina* ha sido desde los inicios el nombre que se le ha asignado al latín. Precisamente, Varrón llamó *De lingua latina* a su gramática, pero la referencia al *Latium* merece, sin dudas, algunas precisiones. La apropiación de Roma

del *Latium* fue progresiva y la *Vrbs* es indudablemente posterior al *nomen Latinum*. Por largo tiempo los latinos rehuyeron la asimilación y antepusieron a la *civitas*, al derecho de ciudadano romano (con o sin sufragio), el *ius Latii*, el derecho de *Latium*. La geografía, la literatura y la lengua confirmaron esta anterioridad de *Latium*. En el caso que nos ocupa, el de la lengua, ella se remonta desde muy atrás y su vocabulario atestigua el carácter rural muy marcado, muy lejano de aquel que esperaríamos de una villa cosmopolita. Teniendo en cuenta los orígenes campesinos de la comunidad, es paradójal que *Latinus* haya recibido la acepción valorizante de «correcto», «puro», como prueba de la perennidad de la marca latina. Así lo expresa sin lugar a dudas Cicerón, en *Orator* 79: *sermo purus erit et Latinus*.³ También se producen otras asociaciones de *Latinus*: *casus* (ablativo) en Varrón (*LL* X, 62); *poetae, litterae* en Cicerón; *auctores* en Quintiliano, etc. Lo mismo sucede con el adverbio *Latine*, por ejemplo, con *loqui*, tomado en el sentido general y con una connotación cualitativa («claramente»), en buen latín.⁴ Finalmente, un testimonio sin equívocos, el de Quintiliano del libro I, 6, 67: *aliud est Latine, aliud grammaticè loqui* («algo dicho gramaticalmente es algo dicho latinamente»). Por lo que acabamos de señalar, se comprende que existan grados de superioridad en la corrección: *Latinius, Latinissimus* (en Jerónimo). En el período que analizamos (I a. c.– I d. c.), *Latinus* concurre con *urbanus* («citadino», «elegante»), que introduce un refinamiento suplementario al final de la República en *sermo urbanus* y su derivado *urbanitas*.⁵ En Quintiliano hallamos esta referencia: «*illa est urbanitas, in qua nihil absonum, nihil agreste, nihil inconditum, nihil peregrinum neque sensu neque verbis*».⁶

Finalmente, se registra el adverbio *urbane*, también en Quintiliano (*Inst. Or.* VI, 3, 106). Su contrario es la *rusticitas*, tal como afirma el autor en el mismo libro o Cicerón (*rusticus, rustice, subrusticus* et *rusticanus*). Esto no impedirá a los *snobs* latinos calificar de *inquilinus civis*, de «inmigrantes», a los que no hablen un buen latín.

En principio, entonces, el valor meliorativo y normativo de *latinitas*, en tanto latín correcto, buena lengua, es previsible si se considera el sentido primero de *Latinus*: la palabra data de la época de la *Rhetorica ad Herennium* y aparece en IV, 17. Forma parte de la elegancia, como la claridad, y se la carac-

³ Existen testimonios suficientes del empleo de *sermo Latino* con matiz normativo en el *De sermone Latino* de Varrón; en Cicerón, *Tusc.* 1, 15. (Flobert, 1990).

⁴ Cf. Cicerón, *Br.* 108, 128 para el primer sentido, *Verr.* IV, 2 y Quintiliano, *Inst. Orat.* VIII, 3, 3 para el segundo. Para el último, Cicerón, *De Or.* I, 144.

⁵ Cicerón, *Br.* 167 y 170, *De Or.* III, 42.

⁶ Ella es la urbanidad, en la cual no hay nada disonante, nada rústico, nada desordenado, nada extranjero ni en el sentido ni en las palabras (Quint., *Inst. Or.* VI, 3, 17).

teriza por la ausencia de faltas (barbarismo y solecismo): *latinitas est quae sermonem purum conseruat ab omni vitio remotum*.⁷ Asimismo, en las *Cartas a Ático*, Cicerón emplea la palabra para referirse al cómico Cecilio, que no resultaba un buen modelo de corrección. El término comienza a formar parte, entonces, del arsenal gramatical y retórico y se reencontrará en los gramáticos posteriores a nuestro período.

En relación con el tema que nos ocupa, Flobert (1990) señala que la ausencia de *latinitas* en Quintiliano, en beneficio de *urbanitas* y sus derivados, revela una preocupación «moderna» y cierto arcaísmo de *latinitas*. Por otra parte, la palabra que designa la identidad latina se presenta como un calco del griego *hellenismós* y es empleada para indicar el uso correcto de la lengua nacional, una preocupación de los autores del siglo I a. c., movidos por la necesidad de traducir al latín la terminología técnica de las ciencias y las artes griegas. Y para no dudar de la correspondencia con el modelo griego es suficiente el reporte a Cicerón que en *Orator* 79 remite a Teofrasto, quien postula —como hemos señalado— cuatro cualidades de la oratio: corrección, claridad, conveniencia y ornato. También hallamos referencias en *Rhetorica ad Herennium* y, en griego, Diógenes de Babilonia designa cinco cualidades: corrección, claridad, concisión, conveniencia, elaboración (cit. en Diógenes Laercio). Como podemos observar, la corrección —latinidad— se impone en todos los casos como condición de identidad. Su análisis conduce al de las faltas, los vicios —tal como desarrollaremos más adelante—, con un relevamiento de tratados de gramática contrastiva entre el latín y el griego, consignado en los *idiomata*, con los textos escolares bilingües, los *Hermeneumata*. La simbiosis grecolatina en la enseñanza, en la cultura y la vida se ve materializada en la pareja *utraque lingua* usual en Cicerón, Horacio y Quintiliano, entre muchos otros.

En la medida en que *lingua Latina* ocupa el centro de la escena, *sermo Latinus* toma valor normativo e identitario. Las expresiones de recambio son bastante accesorias: *lingua nostra* en Varrón, Cicerón y César en la prosa; para la poesía, *lingua patria* en Propertio, Ovidio y sin olvidar *patrii sermonis egestas* de Lucrecio; finalmente, *Ausonia* (Ovidio) y *Latia lingua* (Ovidio, Lucano). El Imperio aportará una nueva apelación: *lingua Romana*, que no se aplicará, como podríamos suponer, al uso particular de la villa de Roma sino por el contrario, y en una acepción más amplia, remitirá a la lengua del *Orbis Romanus*.⁸ Se pasa, entonces, de las consideraciones estéticas o norma-

⁷ La latinidad es la que conserva puro al lenguaje, alejado de todo vicio.

⁸ Muchos testimonios son más explícitos de este punto de vista: Tácito —Agr. 21, 2— marca la repulsión de los bretones por la lengua del Imperio (*lingua Romana abnebant*);

tivas al instrumento de identidad de la dominación romana. La expresión se vuelve preponderante y usual, con las variantes habituales: *sermo Romanus*, después de Quintiliano, como *stilus Romanus* y *eloquentia Romana*.

En síntesis, *lingua Latina* no designa la lengua de la *Vrbs* sino la del *Latium*; *Latinus*, a pesar de un desdén ostentado hacia los *rustici*, ha caracterizado la claridad y la elegancia del lenguaje, luego, ha entrañado la creación de una palabra, *latinitas*, que no es propiamente latina, porque es un calco lingüístico del griego *hellenismós*. Aparece bajo el Imperio una nueva apelación del Latín: *lingua Romana*; ella no denota —como podríamos creer— la lengua de la villa sino la del Imperio.

El concepto de *ser latino* comporta, en efecto, una característica propia, que introduce una modificación profunda en el conjunto de la descripción y esta característica particular tiende a una diferencia que se puede observar entre *hellenismós* y *latinitas*.

En el dominio griego, la noción de *hellenismós* representa aquello que es propiamente griego, con respecto a lo que es incorrecto en griego y por oposición a lo que no es griego del todo. En un comienzo *latinitas* tiene el mismo tratamiento: aquello que es propiamente latino se distingue a la vez de aquello que es latino pero incorrecto y de aquello que no es latino. No obstante, existirá luego una diferencia sensible entre ambos términos, basada en la relación entre la lengua considerada y las lenguas extranjeras.

Comencemos a desentrañar el problema. En relación con la lengua griega, las lenguas extranjeras nunca fueron caracterizadas positivamente, salvo en alguna consideración excepcional. En otros términos, las lenguas extranjeras no se apartan jamás de las consideraciones negativas: no ser griego. En oposición, si consideramos el latín, no existe una referencia total al hecho positivo para representar a aquello que no es latín y que lo que no es del latín, es griego. La descripción de aquello que parece latín, de aquello que es propio del latín, comporta así virtualmente una dimensión totalmente ausente del dominio griego: la relación con otra lengua, en este caso el griego.

En otros términos, el estudio de la propiedad lingüística en el dominio griego no dispone de un punto de referencia externo, al tiempo que el mismo estudio, en el dominio latino, por el hecho mismo de que deriva del estudio griego correspondiente, separado de modo casi genético de una referencia externa, sí lo exhibe. Por su parte, la existencia de una referencia externa implica que aquello que es propiamente latín se distingue tanto de aquello que es latín pero incorrecto, como de aquello que es griego. Y estos

Plinio el Joven en sus cartas se extasía por la difusión de los libros de su amigo Octavio, escritos en *Lingua Romana*.

dos aspectos son efectivos, mientras que en griego ellos no son más que virtuales y el concepto de *grecidad* no es aplicado más que a la corrección lingüística y es solo entonces una idea gramatical. Por su parte, el concepto de *latinitas* remite a una idea lingüística (gramatical y retórica) pero al mismo tiempo configura una idea cultural que es necesario elaborar a fin de lograr una especificidad que distinga al mundo cultural latino del griego en los diferentes ámbitos de la producción creadora.

En el vocabulario técnico de los gramáticos y retóricos latinos, el término mismo de *latinitas* hace referencia a una de las dos fases de este concepto de latinidad: aparece sobre todo en oposición a la incorrección, pero se encuentran casos en los que se emplea en el otro sentido, que solo se reconoce sobre el punto de vista externo de aquello que se separa de lo griego para hallar su especificidad.

Si seguimos la perspectiva adoptada, el latín está cercado por el griego, obligado a derivar de él las nociones específicas de la gramática o la retórica, pero ellas existen en esta lengua a partir de reformulaciones específicas, que les son propias. Estas reformulaciones no son caracterizadas más que por esta propiedad: ser diferente del griego. En este sentido, tanto la constitución como el dominio de la *latinitas* están encomendados al arte de la gramática, entendida esta en la concepción que enuncia la definición del mismo Quintiliano —*recte loquendi scientia*— y que concentra parte del sentido de la orientación normativa que caracterizará a la tradición gramatical hasta fechas cercanas.

Ahora bien, el problema consiste en determinar el ámbito de operatividad de dicha virtud. A lo largo de nuestra tradición gramatical se ha operado generalmente con dos unidades básicas de descripción: palabra y oración. En la unidad palabra (*in verbis singulis*), la corrección se manifiesta tanto en su componente fónico (significante) como en su componente semántico (significado); en el ámbito de la unidad oración (*in verbis coniunctis*), la corrección se hace expresa en el nivel propiamente gramatical, en sus vertientes morfológica y sintáctica.

Fijadas las bases de la corrección idiomática, resulta obligado hacer referencia a los vicios que, a juicio de los gramáticos y retóricos, atentan contra el ideal de perfección elocutiva asignado a esa virtud. En estricta correspondencia con las dos unidades básicas señaladas —palabra y oración—, los vicios contra la citada virtud aparecen tipificados desde antiguo bajo los términos clásicos de *barbarismo* y *solecismo*, respectivamente. Bajo el término de *barbarismo* queda incluida toda forma de incorrección que afecte a la palabra en tanto unidad aislada y bajo el término *solecismo*, toda forma de incorrección que afecte a la *juntura de las palabras* en la unidad oración.

Una primera síntesis parcial hasta el momento nos llevaría a considerar que lo que hemos detallado constituye la estructura de la descripción gramatical en su origen: cada uno de los conceptos se organiza en torno del legado de los gramáticos–filólogos alejandrinos, las definiciones teóricas presentadas por los estoicos en el cuadro de la dialéctica, y las consideraciones realizadas por los retóricos, sin negar ni sobrevalorar cada aporte. Por ello es imprescindible tener presente que solo se puede valorar cada detalle en sí mismo, uno a uno y no remitir en los procesos interpretativos a un conjunto o a un principio exclusivo de organización, en la medida en que los gramáticos latinos no se dejaron impresionar por la estructura de conjunto de la descripción estoica ni por su coherencia propia, por ejemplo. Ellos se vieron influidos por las definiciones, las categorías, las concepciones de los estoicos pero las adaptaron a las exigencias específicas de su propia descripción.

En este sentido, los vicios que hemos enunciado, representados por los conceptos *solecismo* y *barbarismo*, serán objeto de constantes censuras por parte de gramáticos y retóricos, siempre que se consideren expresión de un deficiente conocimiento del sistema de la lengua. No obstante, a juicio de los mismos tratadistas, pueden existir especiales situaciones discursivas en las que las manifestaciones de tales vicios pueden llegar a ser admitidas, por obra de una particular *licencia*. Las licencias se tornan artificios tolerables en la medida en que opacan su condición de vicios censurables y adquieren el estatuto de una nueva categoría, según la cual esos vicios (*barbarismo* y *solecismo*) quedan tipificados como *metaplasmo* y *figura*, respectivamente. Este cambio de estimación se funda en razones artísticas de ornato, en general, o razones métricas, en particular. O, si lo preferimos: razones superiores propias del arte verbal. De este modo lo había sancionado Aristóteles al considerar la elocución poética como un tipo de elocución que incluye la palabra extraña, la metáfora y muchas alteraciones del lenguaje, con la conclusión conocida: «estas, en efecto, se las permitimos a los poetas». La diferencia específica entre Gramática y Retórica está expresada por los adverbios *recte* y *bene*, que responden, en cada caso, a los ideales de perfección representados por las virtudes elocutivas: *latinitas* (*recte*); *perspicuitas*, *ornatus*, *aptum* (*bene*).

Consideraciones finales

Como hemos señalado y para concluir, estas consideraciones realizadas acerca del lenguaje exponen la preocupación individual y conjunta de la gramática y la retórica por constreñir la palabra, por definir cada vez mejor las

«maneras de significar» y «las maneras de decir» en latín. Todos los *adornos* fueron ordenados y reconocidos: *metáfora*, *metonimia*, *sinécdoque*, *aliteración*, *hipérbole*, *preterición*, *ironía*, entre otros. En el caso específico de la retórica, el *corpus* doctrinal altamente complejo de la retórica clásica occidental quedó constituido en la Antigüedad grecolatina y se transmitió a través de los siglos. Es necesario destacar asimismo que las distintas corrientes de pensamiento sobre el lenguaje han realizado apropiaciones diversas de esta tradición, algunas veces excesivamente fragmentarias. Así, por ejemplo, en el siglo XVI los clásicos conceptos de tropo y figura acabarán constituyéndose en el fundamental y único objeto de la doctrina retórica (Cf. Sánchez de las Brozas, 1579).

Por último, y para especificar el bien decir, en Cicerón debemos considerar que una retórica gramaticalizada y separada de la poesía produce una palabra sin alma, un *lógos* completamente exteriorizado. Sin poesía, la retórica conserva e incluso consolida las estructuras de la comunicación, pero sin que exista, paradójicamente, nada que comunicar (Música y Pérez, 2006). La retórica sin poesía es la que se ha separado de la persuasión, objetivándola como un fin extrínseco al hecho lingüístico. Es decir, si se rompiera la unidad original entre poesía y persuasión, se arribaría a una visión absolutamente instrumental del espacio retórico, promovida por los estoicos y cercana, en ciertos sentidos, a la aristotélica. En Cicerón, por el contrario, la palabra está dirigida a persuadir afectivamente, a producir un *páthos* razonable. La persuasión no constituye una violencia sino una fuerza, la de una palabra que vence sin constreñir, que —sin necesitar— obliga, que es compañera de Afrodita. Representa una especie de fuerza primordial, que actúa sin esfuerzo y sin esforzarse, que es irresistible porque vence incluso cuando cede, cuando se abandona a la emoción, al amor. En la persuasión existe un vínculo entre *eros* y *logos* que está ausente en la retórica «dialectizada», en la que incluso la persuasión se convierte en instrumento de la violencia del *lógos* —obligada a la necesidad de la evidencia racional— y no es ya encanto espontáneo de la palabra, no es ya poesía, sino tal vez encanto mágico *conscientemente* activado por la *ratio*. Contrariamente, es la persuasión retórica una dulzura que nace de la paz y, al mismo tiempo, pacífica y redime. Para la retórica latina, el ensanchamiento del *lógos* por sí mismo, la exteriorización instrumental de la palabra, la expulsión de lo poético del discurso racionalizado representan el declive de la persuasión y la llegada de una retórica pseudo-racional, de un repertorio de palabras muertas.

Gramática, Retórica, Poética constituyen los espacios del significar, del decir y el emocionar que disputan sectores del lenguaje para constreñir la palabra a los requerimientos genéricos que se aíslan y definen en torno de la *latinitas*. El proyecto de traducción cultural del mundo griego llevado a cabo por los autores del período produjo un desarrollo desconocido hasta entonces de los estudios del lenguaje, sobre todo de las perspectivas vinculadas a la posibilidad del lenguaje de figurar la realidad en mundo y de fijar creencias. La retórica latina asume así las relaciones entre lenguaje, razón y pasión; entre lenguaje, poder y política; entre lenguaje, verdad y creencia; entre vida contemplativa (Filosofía) y vida activa (Retórica y Política), relaciones que absorberán en épocas sucesivas otros campos de saber.

Referencias bibliográficas

- Aristóteles (1992).** *Poética*. Taurus Universitaria.
- Aristóteles (1996).** *Retórica*. Gredos.
- Aristóteles (1950).** *Organon*. París, 1950.
- Cicero, Marcus Tullius (1952).** *De Inventione*. The Loeb Classical Library. Cambridge: Harvard University Press.
- Cicero, Marcus Tullius (1952).** *Partitiones Oratoriae*. The Loeb Classical Library.
- Cicero, Marcus Tullius (1952).** *Topica*. The Loeb Classical Library. Harvard University Press.
- Cicero, Marcus Tullius (1952).** *Orator*. The Loeb Classical Library. Harvard University Press.
- Cicero, Marcus Tullius (1952).** *Brutus*. The Loeb Classical Library. Harvard University Press.
- Cicero, Marcus Tullius (1957).** *De Oratore*. Les Belles Lettres.
- Cicero, Marcus Tullius (1952).** *De Optimo Genere Oratorum*. The Loeb Classical Library. Harvard University Press.
- Desbordes, Françoise (1990).** La rhétorique. En *Histoire des Idées Linguistiques*.
- Díez Coronado, María Ángeles (2003).** *Retórica y Representación: historia y teoría de la Actio*. Ediciones del Instituto de Estudios Riojanos.
- Flobert, Pierre (1990).** *Lingua Latina et lingua Romana: purisme, administración et Invasiones Barbare*. EPHE.
- Momigliano, Arnaldo (1997).** *Ensayos de historiografía antigua y moderna*. Fondo de Cultura Económica.
- Múgica, Nora y Liliana Pérez (2006).** *Retórica Latina. Lenguaje y Persuasión*. Ediciones Nueva Hélade.
- Pérez, Liliana (2010).** *La corrección en la Historia de las Ideas Lingüísticas. Génesis Latina y Migraciones a las Gramáticas de Elio Antonio de Nebrija y Andrés Bello* (tesis inédita de doctorado). Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- Quintilianus (1958).** *Institutiones Oratoriae*. The Loeb Classical Library. Cambridge: Harvard University Press.
- Rhetorica Ad Herennium (1908).** Lipsiae in aedibus B.G. Teubneri.
- Sánchez de las Brozas, Francisco (1973).** *Organum dialecticum et rhetoricum*. Gredos.

Reconocimientos interdisciplinarios para la construcción de la identidad

Romina Grana · Universidad Nacional de Córdoba

La construcción de la identidad es un tema que ha sido abordado por diferentes disciplinas sociales: la psicología, la sociología, la antropología y los estudios del discurso, entre otras, tomaron a su cargo, desde perspectivas muy disímiles, esta problemática produciendo trabajos que, sin duda, aportan notablemente a su complejización.

La lingüística, en particular, y los estudios del lenguaje, en general, han prestado especial atención a cuestiones que ponen en evidencia cuáles son los mecanismos que permiten esta orquestación verbal en torno a la construcción de la identidad. Digo verbal porque existen otros dispositivos analíticos que recuperan la construcción que de sí mismos hacen a los sujetos, tales como la vestimenta, los gestos o la mirada: ellos aportan información muy valiosa pero no se construyen sobre la materialidad verbal.

En este breve aporte, el objetivo es recuperar algunos desarrollos que, en una extensa diacronía, permiten visibilizar cómo ha sido pensada la construcción de la identidad: me propongo revisar la noción de *ethos* y el mecanismo de la enunciación (involucrados en la identidad verbal) y las nociones de *face* y *habitus* (construcciones sociales no necesariamente verbales). Parto del supuesto de que estos reconocimientos contribuyen a evidenciar cómo las ciencias del lenguaje, de la mano de otras disciplinas sociales, han abordado la identidad y han contribuido a una mejor comprensión de la maqui-

naria que se pone en marcha cuando un sujeto se presenta a sí mismo. Los ejemplos que ofrezco (solo cuando sean necesarios) provienen del análisis de un corpus de expedientes judiciales coloniales que vengo trabajando desde hace varios años.

El *ethos* clásico

El concepto de *ethos* pertenece a la tradición clásica: se ubica, en los planteos de la retórica aristotélica, en una de las vías por medio de las cuales el orador pretende lograr la adhesión de los interlocutores: las vías lógica y psicológica son los dos caminos que reúnen las pruebas destinadas a influir en el otro. En cuanto a la primera, el objetivo es convencer al auditorio mediante la presentación de pruebas que exponen los razonamientos del orador (*pistéis éntekhnoi*); la segunda vía busca conmover poniendo en marcha de una serie de «operaciones tendientes a mover disposiciones psicológicas, subjetivas y morales del auditorio y el orador para así precipitar los ánimos y activar los humores» (Grana, 2012:88). Sobre este terreno puramente pasional descansa el *ethos* que se erige como un engranaje del ceremonial destinado a conmover que, a nivel de la estructura del discurso retórico (*dispositio*), tiene lugares privilegiados: el *exordio* y el *epilogo* que «funcionan como reservas para el despliegue de las técnicas de seducción de los oyentes» (88). Según lo antedicho:

El catequismo retórico [—resume C. Plantin—] nos enseña que la persuasión completa se obtiene por la conjunción de tres «operaciones discursivas»: el discurso debe enseñar, deleitar, conmover (*docere, delectare, movere*): puesto que la vía intelectual no alcanza para desencadenar la acción (Plantin, 1996:4 cit. en Amossy, 2000:1)

El *ethos*, tal como lo pienso —«rasgos de carácter que el orador debe mostrar al auditorio» (Barthes, 1974:143)— es el resultado de una posición que se va configurando en la cadena interdiscursiva; se trata de una serie de regulaciones que moldea las expectativas del orador y de la audiencia. Una de las principales contribuciones en esta línea de intereses es la de Maingueneau (cit. en Amossy, 1999:75) quien advierte que el concepto no puede ser considerado solo como un mecanismo de persuasión sino que más bien habría que imaginarlo como una parte constitutiva de la escena de enunciación. Hablar de escena permite ubicar al orador en unas coordenadas sociales,

temporales, espaciales e institucionales que funcionan como determinantes de las modalidades elegidas para instalarse en sus discursos.

Según el corpus que vengo analizando desde hace años, compuesto por juicios sustanciados en Córdoba en el siglo xvii entre españoles por delitos contra el honor y las buenas costumbres, puedo decir que el concepto de escena está vinculado con el ritual judicial que se lleva a cabo solemnemente, de manera lícita y extraordinaria (Bourdieu, 2001) en un registro distinguido, con unos agentes capacitados para ello y en las circunstancias adecuadas; así pensado, todo *ethos* que allí se juega se relaciona con el intento de causar buena impresión y de agradar al auditorio que se incardina, fundamentalmente, en la figura del juez: las identidades que allí se construyen son producto de las circunstancias en las que se enuncia, una lid judicial.

Algunas distinciones que se pueden reconocer en el marco amplio de definiciones que apuntan a especificar caracteres del *ethos* provienen de Amossy (1999) y Maingueneau (2002) quienes distinguen dos nociones analíticas:

a) *ethos* previo: refiere a las configuraciones que tiene el auditorio respecto del orador con antelación a la toma de la palabra; estas tienen un fuerte anclaje en la institución a la cual representa el orador, es decir, que se trata de una información que viene de fuera, de un universo que, en todo caso, podríamos decir que tiene que ver con la inscripción institucional; así, el *ethos* previo surge a partir de una serie de conjeturas y asociaciones que son externas / exteriores al lenguaje y «reviste la forma de estereotipos profesionales o sociales» (Amossy, 2018:84), elementos que aportan claves de comprensión sobre la maquinaria pasional.

b) *ethos* discursivo (clásico o retórico): son las configuraciones que surgen en el momento en el que el orador toma la palabra; es la clarificación verbal de la representación del *sí mismo*.

Estas distinciones nos obligan a pensar en una doble dirección para la aprehensión del *ethos*: existen datos gestados en el interior de la lengua que conviven con otros que provienen de fuera aunque esto no quiere decir que se trate de datos extralingüísticos, antes bien, habría que considerar que se trata de información surgida en la red interdiscursiva:

De hecho, el término prediscursivo corre el riesgo de inducir a error: se podría deducir de él que la imagen elaborada en los discursos escritos y orales anteriores a la presentación de sí es extralingüística, lo que no es el caso: ella se forma en los discursos que circulan en la comunidad. (Amossy, 2018:86)

Estos comentarios se vinculan con lo que en otro trabajo (Grana, 2012) llamé condiciones objetivas y subjetivas del *ethos* trazando algunas filiaciones con Bourdieu (2010): «En este sentido, la adopción de esta terminología previo / pre–discursivo se justifica en términos operatorios: las nociones facilitan el reconocimiento de representaciones procedentes de las condiciones objetivas (previas) del orador y de las condiciones subjetivas (discursivas)» (Grana, 2012:100).

Esta observación es interesante porque permite asumir que las configuraciones del orador son indisolubles del campo social en el que el sujeto se inscribe lo cual sirve a los fines de observar cómo se gestionan sus argumentaciones y qué previsiones hacen aquellos a quienes destinan sus intervenciones: todos los intentos persuasivos de los locutores en un juicio tienen la finalidad de dotar de verdad / credibilidad a sus enunciados y es allí donde el sujeto —sujeto de pasiones— se mete en su discurso.

El mecanismo de enunciación

Los modos mediante los cuales los sujetos se instalan en los discursos también han sido objeto de preocupaciones de los lingüistas más duros que abandonaron los intereses estructuralistas que suponen una concepción inmanentista de la lengua para volver su mirada a la lengua en uso. Destaco, en esa línea de intereses, a Benveniste con su planteo sobre el aparato formal de la enunciación: sus postulaciones proveyeron las herramientas teóricas para el análisis de la lengua en uso, el problema de las intervenciones, regularidad y jerarquía de voces, en definitiva, su aporte está específicamente destinado a revisar cómo se constituyen las identidades en un enunciado.

Pensar en la enunciación como dispositivo formal nos ubica en el seno de los interrogantes destinados a examinar cómo se instala un sujeto en lo que dice; el desarrollo específico de sus componentes se hace con miras a asumir que, antes de sufrir la apropiación por parte de un sujeto, el lenguaje es pura posibilidad:

Antes de la enunciación, la lengua no es más que la posibilidad de la lengua. Después de la enunciación, la lengua se efectúa en una instancia de discurso, que emana de un locutor, forma sonora que espera un auditor y que suscita otra enunciación a cambio. (Benveniste, 1994:84, tomo II)

Los pioneros en brindar aportes más o menos sistemáticos en esta dirección fueron, además de Benveniste, Ducrot (1984) y Kerbrat–Orecchioni (1997)

—entre otros— quienes insistieron en la importancia de atender a cierta clase de elementos que se ponen a funcionar en el momento mismo en el que un sujeto toma la palabra en un acto de apropiación individual. Como resultado de estas indagaciones se definieron figuras tales como enunciador, locutor, alocutario y categorías, tales como deíxis, modalidad, etcétera.

En función de observar esta dinámica, vale la pena recordar que entre los lugares más destacados donde encontrar huellas de identidad se encuentran los deícticos (pronombres personales y marcas espacio–temporales), los subjetivemas e incluso la pretensión de objetividad de la que habla Barthes (1987) como una de las modalidades mediante las cuales los sujetos tratan de borrarse de lo que dicen, síntoma este del poder estratégico con que podemos usar el lenguaje.

Tordesillas y García Negroni (2001) asumen que la puesta en marcha de este mecanismo trae aparejadas una serie de consecuencias que constituyen los axiomas de la teoría de la enunciación:

- a) aparece un universo de categorías vacías (deícticos y pronombres) que permiten explicar la puesta en funcionamiento de la lengua y que configuran las instancias de locutor y alocutario; es decir que a partir de ellas vamos recibiendo las instrucciones de llenado de esas instancias. Sabremos quién es *yo* luego de la recuperación de una serie de instrucciones que estarán diseminadas estratégicamente a lo largo del discurso;
- b) aparece una serie constructos teóricos/metodológicos —locutor, alocutario, enunciador y enunciatario— que permiten observar el modo en que los sujetos se instalan en sus discursos en atención a una realidad que construyen discursivamente; asumir su existencia implica reconocer que el autor / productor empírico del enunciado nunca se expresa directamente en lo que dice;
- c) esas figuras no tienen la misma jerarquía sino que se organizan en capas o niveles que detentan una responsabilidad desigual sobre el enunciado; hay distintos *yo*es y distintos lugares ocupados por ellos.

Incluir el análisis de esta instancia sobre cualquier tipo de discursividad (discursos periodísticos, parlamentarios, pedagógicos, judiciales, etc.) echa luz, entre otras cosas, sobre el problema de cómo el sentido se fabrica: el volumen de huellas en trance que va quedando a partir del momento en que un sujeto se apropia de la lengua constituye la puerta de entrada para observar los modos de atribución de significados.

El reconocimiento de estas marcas que remiten al proceso que les dio origen se puede hacer analizando el modo por medio del cual un locutor se apropia de la lengua (Benveniste, 1994) y se instala en ella ejercitando una

serie de procedimientos que ubican a un enunciador (o locutor) frente a un enunciatario (alocutario) en un acto individual de apropiación. En estos términos, el *ethos* se erige como «una zona de referencias internas por medio de la cual el yo de la enunciación va informando al tú —a quien se dirige— datos acerca de su identidad discursiva» (Grana, 2012:89).

La enunciación es, por sí sola, constructora de sentidos: este acto supera la descripción de sus componentes, es contemporáneo y simultáneo a su aparición (Ducrot, 2001). Es un mecanismo que explicita —con antelación— la realidad que se busca construir mediante la selección de una serie de opciones estilísticas, temáticas, estructurales que hacen los locutores para sus alocutarios: la enunciación es constitutiva en términos de que da indicaciones sobre las posibles apropiaciones que pueden hacerse del código e incluso, podemos hablar de un carácter doblemente constitutivo en la medida en que instaura relaciones entre los interlocutores y define comportamientos sociales:

Una lingüística de la enunciación postula que muchas formas gramaticales, muchas palabras del léxico, giros, y construcciones tienen la característica constante de que, al hacer uso de ellos, se instaura, o se contribuye a instaurar relaciones específicas entre los interlocutores. La lengua puede seguir considerándose como un código en la medida en que este último sea visto como un repertorio de comportamientos sociales (así como se habla de un código de la cortesía) y no ya como aquel que sirve para señalar contenidos de pensamiento. (Ducrot, 2001:134)

De estos comentarios se desprende, entonces, que son las circunstancias de la enunciación las que configuran las identidades puestas a circular, identidades construidas en y por el discurso situado históricamente, contextual y estratégicamente. En atención a esta formulación, sostengo la premisa de la performatividad de la enunciación como mecanismo que regula y crea, en el mismo acto, el conjunto de piezas posibles de ser puestas a jugar en un discurso.

La noción de *face* o imagen personal

Así como la retórica y la lingüística se ocuparon de la construcción del sí mismo, también la sociología puso sus intereses allí. Goffman (1967) se dedicó a problematizar la imagen pública o *face* (cara) entendiendo que:

El término *rostro* (*face*) puede definirse como el valor social positivo que una persona efectivamente reclama para sí misma a través del guión que otros asumen que ha representado durante un contacto determinado. El *rostro* es una imagen de sí mismo, delineada en términos de atributos socialmente aprobados: una imagen que otros pueden compartir, como cuando una persona hace una buena exhibición de su profesión o religión, haciendo una buena exhibición de sí mismo. (5)

En la definición, cuya base no es lingüística sino eminentemente sociológica, los componentes social e individual se cruzan: hay signos de la dimensión personal (formas de vestir, gestos, comportamientos) que se evalúan socialmente e incluso sitúa la presentación del sí mismo en el seno de la interacción social:

Ahora bien, es necesario remarcar que Goffman no se ocupa de la palabra. Lejos de abocarse a la práctica oratoria, estudia la totalidad del comportamiento social en un contexto dado, tal como se traduce en las vestimentas, los gestos, las mímicas, y todo aquello que remite a la puesta en escena de nuestra propia persona por fuera del lenguaje. (Amossy, 2018:44)

Esta mirada del uno para con el conjunto y de este hacia la persona perfila una serie de expectativas que determina grupos de referencia positivos y negativos. La construcción del *sí mismo* es una característica sujeta a cambios, es decir, no se trata de un constructo atemporal e invariable: depende de lo que interesa resaltar como garantía de buena fama y reputación en distintas épocas y grupos sociales. Alrededor de este crédito sobre la propia imagen que se busca acrecentar o sostener (pero nunca perder) giran el respeto (atención, consideración), el honor y la fama o crédito; estas cualidades ligadas estrictamente a la persona constituyen lugares del incremento de ese capital simbólico: se es más o menos respetable en función de estas estrategias de defensa del propio rostro.

Sin duda, en toda interacción, lingüística o no, el sujeto cuida de su cara pública y también es innegable que incluso el cuidado de la cara del otro es un modo de defensa de la propia. Más aún, en el campo judicial, por ejemplo, toda demanda coloca al demandado en riesgo de pérdida de su estima social. Lo que quiero decir con esto es que, por ejemplo, en el *corpus* con el que trabajo, lo que está en juego —o sea, el objeto que se debate en el juicio— no es dinero, bienes, encomiendas de indios o mercedes de tierras (como en otros juicios de la misma jurisdicción y cronología) sino que el problema que se debate gira en torno a la defensa de la cara de las partes

involucradas en la lid judicial. En definitiva, el demandante concurre a la justicia para defender una estima social y coloca al demandado en amenaza de pérdida de su estima social.

Ese doble camino es el que permite observar el carácter compartido de estos vectores sociales: es en el dominio de la doxa donde se construyen los significados de respeto y la imagen pública junto con sus alcances. La naturaleza social de estas dimensiones es lo que garantiza la aparición del conflicto: la convicción de que es necesario mantener el crédito personal es un elemento compartido por todos. Esta defensa del *sí mismo* redundante en un aumento del capital simbólico lo cual no deja de tener efectos en los campos político, económico, cultural, etcétera.

El *habitus* bourdiano

Entre el *habitus* y el *ethos* reconozco un tipo de vinculación: el *habitus*, como categoría teórica, permite poner en evidencia qué de las condiciones objetivas impuestas por el campo para jugar lo que se juega interesa a los agentes quienes las internalizan (condiciones subjetivas) y transforman en estrategias lingüísticas que vehiculizan pasiones. Estas dos nociones coadyuvan a explicar el hecho de que los agentes comprometidos en un juicio, por ejemplo, y más allá del planteo explícito sobre la búsqueda de una condena/absolución, reconocen la necesidad de ajustar sus expectativas subjetivas (que manifiestan lingüísticamente) a las condiciones objetivas que reviste la institución judicial. Con esta categoría, Bourdieu explica el modo en que opera lo social sobre los individuos: ellos interiorizan una serie de principios de una arbitrariedad cultural capaz y tendiente a perpetuarse. El *habitus* refiere a la naturaleza colectiva, social, de toda individualidad: es una noción que permite asir el carácter irreversible de ciertas disposiciones para actuar que superan el dominio personal y que, si bien se incardinan en él, tienen una realidad socializada:

habitus, sistema de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a actuar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas, sin suponer el propósito de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente «reguladas» y «regulares» sin ser para nada el producto obediente a determinadas reglas, y por todo ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta. (Bourdieu, 2010:86)

El *habitus*, entendido como disposición para la práctica, se explica recurriendo a las opciones elegidas por los agentes para presentarse como creíbles, serios, racionales frente a la autoridad (el juez) como destinatario último de todas las intervenciones: el único fin de este acto social ante los estrados es convencer a las autoridades de las versiones que se presentan; para aproximarse a este fin, los locutores se proyectan en lo que podemos llamar tendencias a actuar de determinada manera, a construir su identidad y al otro según ciertas características. Así, los sujetos se construyen a sí mismos en atención a las coordenadas que les vienen dadas por el campo en el que se juegan sus estimas. Es por ello que sostengo que ese aire de familiaridad que observo entre *habitus* y el *ethos* descansa en esa modalidad regulada y regular que tienen los locutores de presentarse según las imposiciones de la institución: se presentan racionales, confiables y legítimos pues esas opciones redundan en un beneficio que es, por ejemplo, conseguir el favor del juez. En este sentido, lo que hay de regular en los expedientes es la búsqueda por la autoridad de la palabra: para instalar su palabra en el campo estos agentes deben arbitrar los medios que mejor se ajusten para reconocerse y ser reconocidos como inscriptos en la esfera de la praxis judicial. De esta manera, se generan estrategias tendientes a reproducir los principios que se consideran legítimos en ese ámbito.

Entre otras cosas, el *habitus* sitúa a los agentes frente a disposiciones objetivas cuya interiorización se reconoce solo en el proceso de socialización supuesto en el campo: los agentes saben qué decir, a quién dirigirse, de qué manera hacerlo, cuándo, etc. En función de esta innegable relación entre lo objetivo, externo, durable y lo subjetivo e interno podemos pensar en el vínculo que esboqué más arriba con el *ethos* previo: los estados pasionales que se intentan despertar en el juez así como las modalidades de presentación del sí mismo no son sino representaciones construidas por los discursos que hablan de ellas. En los expedientes judiciales son, además, relativamente estables porque forman parte de uno de los campos institucionales más reglados y estereotipados plagado de restricciones que se observan, por ejemplo, en el dispositivo enunciativo a tal punto que los pleiteantes nunca se encuentran cara a cara pues sus discursos están mediados, por lo general, por el escribano quien reformula sus dichos.

Así pensado, el *habitus* explica la serie de restricciones en la configuración de los estados pasionales que no pueden ser cualesquiera: los sujetos fueron internalizando qué es ser juez, qué es ser litigantes, cómo mostrarse y qué emociones provocar en el campo judicial y son esos estados los que los predisponen a preferir determinadas prácticas lingüísticas en detrimento de otras.

Notas finales

Para cerrar con este aporte, entiendo que el *ethos*, el dispositivo enunciativo, la noción de imagen pública o *face*, y el *habitus* bourdiano proponen recorridos emparentados pues se asientan, en última instancia, en la problemática de cómo los sujetos se presentan a sí mismos en la escena social y en la discursiva. La cuestión de cómo el sujeto se muestra en sus interacciones cotidianas y, más específicamente, en sus dichos instruye acerca de un posicionamiento que produce sus efectos.

Este recorrido sobre la presentación de sí que hacen los sujetos me permite redoblar la apuesta sobre la premisa de la necesidad de hacer estudios interdisciplinarios que contribuyan a precisar cómo los sujetos gestionan su universo pasional y cuáles son las adecuaciones que hacen para transitar diferentes situaciones sociales y/o institucionales. La revisión sobre estos engranajes que iluminan cómo se construye la identidad no acaba en estos comentarios: creo, firmemente, que, como dice Amossy (2018:44) se trata de proponer una nueva actualidad a los postulados clásicos sobre el *ethos* para que, a partir de ellos, se puedan revisar los engranajes de un mecanismo sumamente complejo.

Referencias bibliográficas

- Amossy, Ruth (Dir.) (1999).** *Images de soi dans le discours. La construction de l'ethos.* Delachaux et Niestlé.
- Amossy, Ruth (2000).** *L'argumentation dans la langue.* Nathan.
- Amossy, Ruth (2018).** *La presentación de sí. Ethos e identidad verbal.* Prometeo Libros.
- Aristóteles (1994).** *Retórica.* Gredos.
- Barthes, Roland (1974).** *Investigaciones retóricas. La antigua retórica.* Tiempo Contemporáneo.
- Barthes, Roland (1987).** *El susurro del lenguaje.* Paidós.
- Benveniste, Émile (1994).** *Problemas de lingüística general.* Siglo XXI.
- Bourdieu, Pierre (2001).** *¿Qué significa hablar?* Akal.
- Bourdieu, Pierre (2010).** *El sentido práctico.* Siglo XXI.
- Ducrot, Oswald (1984).** *El decir y lo dicho.* Paidós Comunicación.
- Ducrot, Oswald (2001).** *El decir y lo dicho.* Edicial.
- Grana, Romina (2012).** Construir la identidad. El ethos del orador. *Revista Línguas e Instrumentos Lingüísticos* (27/28). 92–113. <http://www.revista-linguas.com/edicao27e28/artigo5.pdf>
- Goffman, Erving (1967).** *Interactual Ritual.* Anchor libros. www.gratispdf.com
- Kerbrat-Orecchioni, Catherine (1997).** *La Enunciación.* Edicial.
- Maingueneau, Dominique (2002).** Problèmes d'ethos. *Pratiques* (113/114), 55–67 (traducido y seleccionado por M. Eugenia Contursi).
- Tordesillas Colado, Marta y García Negroni, María Marta (2001).** *La enunciación en la lengua. De la deixis a la polifonía.* Gredos.
- Verón, Eliseo (2004).** *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad.* Gedisa.

4. Retórica y memoria

Mnemosýne o la retórica anterior a la palabra escrita

Marta Alesso · Universidad Nacional de La Pampa

Mnemosýne no es solo la Memoria madre de las Musas. Es también el agua de la fuente que nos hace eternos: la memoria es la madre de todos los relatos, de la ficción y de la historia, de las canciones y de la poesía, de todo lo que se construye mediante la palabra. Cuenta Platón al final de su *República*, por boca de Sócrates, el mito de Er. Afirma que las almas, luego de que se separan del cuerpo, marchan hacia la planicie del «Olvido» (Λήθη), allí acampan a la orilla del río «El sin preocupación» (ἀμέλητος) y después de beber se olvidan de todos los hechos de su vida pasada. El alma sabia —o más bien elegida para contar los sucesos que las demás no pueden (como la de Er)— no está obligada a beber del agua de la llanura del Olvido. Versiones posteriores —de la Antigüedad tardía— agregan las aguas de otro río al Hades, opuesto al río del olvido, el río Mnemosýne. O sea, no es suficiente para una vida sabia tan solo no poder olvidar, sino que hay que poder —y saber— beber de las aguas de la Memoria.

Un interesante artículo, que relaciona al dios de la medicina, Asclepio, con Mnemosýne (Ahearne Kroll, 2014) afirma que en los templos dedicados a curas y sanaciones, en la Antigüedad, estaban presentes varias divinidades —entre ellas Mnemosýne—, cuya invocación era tan importante para el proceso de curación como la del mismo Asclepio. En el *asklepeïon* de Pérgamo, en el de Epidauro, en el del Pireo, los peregrinos convalecientes se

sumían en un profundo sueño y luego debían relatar lo soñado a un sacerdote. ¿Cuál era la función de Mnemosýne? Indudablemente, hacer recordar el sueño de manera precisa, puesto que de la certeza en los detalles dependía la interpretación adecuada y, de ella, el restablecimiento del paciente. De esta prerrogativa de Mnemosýne da cuenta Diodoro Sículo (5, 67, 3, 6 a 4, 1), quien afirma que los cretenses «atribuyen a esta diosa la capacidad de remembranza y memoria que poseen los humanos, a quienes corresponde invocarla». Mnemosýne también poseía la facultad de dar significado lógico a las imágenes oníricas sin sentido, una especie de segundo orden de actividad intelectual. Diodoro también afirma: «De las Titanes, ellos [los cretenses] dicen que Mnemosýne fue quien descubrió los razonamientos», es decir, el poder de razonar, de dar cuenta de los fenómenos y acontecimientos y pensar de manera lógica y ordenada. Seguidamente, Diodoro explica que Mnemosýne también «dispuso la imposición de nombres para cada una de las cosas que existen mediante las cuales también explicamos cada una de ellas y conversamos entre nosotros» (5, 67, 3, 2-4). El Himno órfico a Mnemosýne (*Himno* 77, 4), por su parte, la ensalza como quien «mantiene unida toda inteligencia que co-habita con las almas de los mortales». En definitiva, Mnemosýne no es solo la personificación de la memoria personal, sino que se extiende a toda capacidad intelectual que permite a los humanos relacionarse y posibilita cada aptitud cognitiva a través de la cual somos capaces de conocer el mundo. Porque sin poder conocer los nombres de «cada una de las cosas que existen» los hombres no podrían comunicarse. A Mnemosýne se le atribuye la razón, el conocimiento humano y uno de los principios básicos de la cultura humana: la interacción verbal, el conocimiento de las palabras apropiadas del discurso, la posibilidad de entender y convencer.

El conocimiento omnipresente y omnisciente de Mnemosýne se perpetúa en sus hijas, las Musas. Las Musas son hijas de la Memoria y traen a la mente del poeta los acontecimientos que debe rememorar cuando deciden conferirle el don del canto (*Iliada* 2. 484, 491 y 761 y *Odisea* 8. 63-64, 481 y 488).

En el canto octavo de *Odisea*, aparece el aedo Demódoco «a quien la Musa amó sobremanera y le dio lo bueno y lo malo:/ de los ojos lo había privado, pero le concedió el dulce canto» (*Odisea* 8. 63-64).

En el canto del aedo ciego hay una confluencia semántica de imagen, palabra y música, en un procedimiento retórico en que la palabra escrita es un componente desconocido tanto para el emisor, como para la mayoría de los receptores. La construcción simbólica de todo lo que las Musas representan no puede pensarse como elaboración añadida al lenguaje, sino como un lenguaje previo a todo sistema de comunicación por medio de la escritura; debe entenderse en términos de una implicación sin escisiones entre conti-

nente y contenido, lo cual condiciona también la metodología de abordaje para su estudio en la literatura clásica. ¿Pero cómo estudiar este fenómeno en el marco de la literatura si *todavía* no hay literatura?

Recordemos los datos principales que aparecen en los albores de la literatura. Las Musas en Homero: habitan las moradas del Olimpo (*Iliada* 2. 484; 11. 218; 14. 508 y 16. 112); son nueve en total (*Odisea* 24. 60); lo presencian y conocen todo (*Iliada* 2. 485); son hijas de Zeus (*Iliada* 2. 491 y 598); cantan con bella voz alternándose (*Iliada* 1. 604); pero también privan del divino canto y del conocimiento de la cítara por venganza. Así le sucedió a Támiris el tracio en *Iliada* (2. 596–600), porque se jactó de que su canto saldría vencedor «aunque cantaran las propias Musas», así que ellas, irritadas, lo cegaron, lo privaron del divino canto y le hicieron olvidar el arte de la lira. Las Musas saben cuál fue el mejor de los varones en la guerra y cuáles los más excelentes caballos (*Iliada* 2. 761–762); saben cuál fue el primer troyano que enfrentó a Agamenón (*Iliada* 11. 219–220); saben quién fue el primer aqueo que levantó un despojo del enemigo cuando se inclinó el combate en favor de los griegos (*Iliada* 14. 509–510); saben cómo cayó por primera vez fuego en las naves aqueas (*Iliada* 16. 113–114); saben —por supuesto— de aquel varón polifacético, quien durante muchísimo tiempo estuvo errante, una vez destruida la ciudad sagrada de Troya (*Odisea* 1. 1–2).

Existen en este proceso de construcción de los saberes implicaciones ético-prácticas que trascienden el sentido figurado —tropológico— de las Musas como divinidades que inspiran al poeta y protegen las diferentes clases de poesía. Porque memoria no es historia, no es una mera narración de hechos pretéritos, es más que una actualización de lo sucedido. La memoria ofrece una clave de comprensión, que hace de la historia una teofanía. Todos recordamos el comienzo de *Teogonía* en que Hesíodo cuenta su iniciación poética, en las laderas del Helicón, mientras cuidaba sus ovejas (22–24). Las Musas se le aparecieron y le entregaron una rama de laurel a modo de cetro que simbolizaba la misión profética que le estaban encomendando. Tanto Hesíodo como su público creían firmemente que había recibido tal iniciación de las propias Musas y que esa iniciación significaba entender el pasado —del mundo y de la comunidad— para dar espesor al presente y percibir con diafanidad el futuro. En la Antigüedad no hay memoria sin profecía. Hesíodo es la fuente principal que afirma que las Musas fueron hijas de Zeus después de copular con la Memoria, con Mnemosýne.

Las parió en la Pieria, después de unirse al padre Crónida,
Mnemosýne, señora de las colinas de Eleuter,

para olvidar los males y para descansar de preocupaciones. (55)
Nueve noches copuló con ella el prudente Zeus,
metiéndose en su sagrado lecho, lejos de los inmortales. (*Teogonía* 53–57)

La personificación de la memoria nos sirve para demostrar que hay modos —ahora también, pero sobre todo antes de la lengua escrita— de superar las limitaciones que impone el lenguaje. Mediante la adjudicación del nombre de Memoria a una mujer mítica se expresa una idea compleja con un solo término. La adecuación significado/significante para este caso entraña la construcción de un concepto abstracto con diversas facetas.

Las Musas y la oralidad

Homero evoca unas veces a las Musas en plural y otras menciona simplemente el singular, como en el canto 8 de Odisea: «La Musa ama la raza de los aedos» (481); «la Musa al aedo impulsó a celebrar la gloria de los hombres/ con un canto cuya fama llegaba entonces al anchuroso cielo» (73–74). ¿Cuál de las nueve musas es la que se menciona en singular? Indudablemente se trata de una evocación de la Memoria, de Mnemosýne, la musa por excelencia, quien en la esfera del mito es una titánide, hija de Urano y Gea.

La relación de las Musas con Mnemosýne —como madre y hasta como metonimia—, destaca el papel sustancial de la memoria en el período de la oralidad griega: el imaginario colectivo no puede ser acopiado más que en la memoria de sus poetas. Penelope Murray (2005:150) sostiene que las Musas difieren de otras divinidades en que no están estrictamente definidas. Son dúctiles en respuesta a los deseos del autor. Lo que diferencia a una musa de otras figuras metapoéticas es que no se limitan a ser una forma de arte, sino que también implican el medio por el cual se produce la forma de arte y, en numerosas ocasiones, la fuente de la cual deriva.

Cuando Eric Havelock (1996), en su libro *La musa aprende a escribir*, enfrenta los problemas de la oralidad desde un punto de vista sociológico (ya que no filológico ni histórico) señala que la poesía homérica es la depositaria de la memoria tribal griega. Los contenidos culturales, que incluyen educación y formación política, se mantienen en ese reservorio maleable pero resistente que es la poesía épica. Havelock, cuando enuncia su teoría sobre la oralidad, hace continuas referencias a *Iliada* y *Odisea*. Sin embargo, debemos reconocer que, tal como las conocemos, no son propiamente orales. Están escritas y se han perdido irremisiblemente las fuentes y expresiones orales, las primigenias y también las etapas inter-

medias que llevan de la oralidad a la escritura; solo es posible reconstruir como hipótesis las condiciones de esa oralidad. Lo seguro es que, una vez que *Iliada* y *Odisea* se estabilizan y arraigan como piezas escritas, figuras como las de Menemosyne y las Musas se cristalizan después de un proceso en que la llegada a la escritura les hace perder mucho de su significado originario, significado que hay que reponer a partir de algunas características que como la punta de un iceberg asoman en la superficie.

Figuras femeninas

La particularidad de ser figuras femeninas es obvia y no debiera destacarse si no fuera porque nos estamos refiriendo, como todos sabemos, a una sociedad patriarcal y androcéntrica prácticamente sin matices. Es difícil que una figura depositaria del saber, de la memoria y por qué no, de la sabiduría del pasado, sea femenina. Otras figuras femeninas legendarias en un mundo de hombres son las amazonas, por ejemplo. Pero las amazonas responden más bien a los paradigmas de virilidad: son guerreras, y hasta se rebanan un pecho para llevar el carcaj con las flechas con más comodidad. Están impregnadas, podríamos decir, de los atributos opuestos a las características generales del género al que pertenecen.

Mnemosyne, por su parte, como la Musa por antonomasia, tiene un carácter marcadamente femenino. Mnemosyne no es mencionada por Homero, sino por Hesíodo y Píndaro. En estos autores Mnemosyne es hija, esposa y madre (Iriarte Goñi, 2002:34). Según Hesíodo, las musas que «narra[n] al unísono lo que existe, lo que será y lo que fue antes» (38), —es decir, el presente, el pasado y el futuro—, fueron alumbradas en Pieria, por Mnemosyne, en unión con el padre Crónida (Zeus) (53–54). Mnemosyne es hermana de Themis (135). Themis es la ley de la naturaleza, es la encarnación del orden divino y de las costumbres ancestrales, es una figura de gran fuerza simbólica también. Pero entre las diosas primigenias, el principio femenino fundacional está encarnado sobre todo en Gea, anterior a su esposo Urano, a quien engendra para que la cubra y poder tener larga descendencia. Gea tiene un tipo de sabiduría preconsciente, profetiza que su nieto Zeus destrozará y sucederá a su padre Chronos. Suponemos entonces que estas diosas de la primera generación construyen metafóricamente los poderes complejos de la femineidad en las etapas más arcaicas de la civilización.

Ya en la época homérica se percibía con extrañeza que personajes femeninos tuvieran el poder de la omnisciencia y la facultad de otorgar al aedo el don de la memoria y la capacidad de expresarla. A veces el término mas-

culino *theós* —dios— reemplaza al de Musa, como en el canto 8 de *Odisea* donde se menciona que «a Demódoco un *dios* ha otorgado el canto/ para ser grato siempre que su ánimo lo incite a cantar» (44–45) y es «movido por un *dios*» que inicia siempre el canto (499).

Los personajes femeninos en grupo son la mayoría de las veces en Homero personajes nefastos (las Harpías, las Keres, las Eríneas). Entre ellas, como un conjunto con el que podemos encontrar un paralelismo evidente con las Musas, están las sirenas. Demuestran una percepción clarividente sobrehumana al identificar a Odiseo en la nave que se acerca, para el que con voz sensual cantan:

Pues sabemos todo cuanto en la ancha Troya
argivos y troyanos, por voluntad de los dioses, sufrieron.
Sabemos cuántas cosas suceden sobre la tierra fecunda. (*Odisea* 12. 189–191)

Pero no debemos olvidar que el fin de estas harpías con fachada encantadora es hacer olvidar al héroe sus pesares y el deseo de regreso a su hogar. Circe le había ya advertido a Odiseo:

Quien acerca su nave sin saberlo y escucha la voz
de las Sirenas, ya nunca de su mujer ni de sus tiernos hijos,
en casa, se verá rodeado, llenos de alegría porque ha vuelto. (*Odisea* 12. 41–43)

Es decir, las que todo lo saben del pasado tienen —paradójicamente— la facultad de hacer olvidar al viajero sus afecciones más profundas. También las Musas hesiódicas tienen una memoria de carácter profético que excluye los hechos que puedan hacer sufrir a quien escucha al aedo; más bien hacen olvidar su pesadumbre al que tiene —por alguna desgracia— el corazón desgarrado.

¡Dichoso aquel a quien las Musas
aman! Dulce fluye de su boca la voz.
Si alguien tiene una pena nueva en su ánimo
y se consume afligido en su corazón, luego que un aedo
servidor de las Musas cante las gestas de los antiguos
y ensalce a los felices dioses que habitan el Olimpo,
al punto se olvida aquél de sus penas y de ninguna desgracia
se acuerda. (*Teogonía*, 96–103)

Julio del Valle (2003:84), en un artículo que se titula «La inspiración del poeta y la ficción platónica», se pregunta en qué consiste esa posesión o inspiración divina que implica a todos aquellos que están inmersos en el proceso poético, tanto el poeta como su auditorio. Existe una infusión, una transmisión de fuerza desconocida: los inspirados son *los llenos de Musa*, los llenos de divinidad, los entusiastas (*en-théos*). La Musa no solo invade, colma, posee al poeta. Al poeta directamente y a través de él a otros, que son invadidos y poseídos en una cadena que, por intermediación del rapsoda, culmina en el público que escucha. Como si la Musa fuera algo así como un imán que mantiene suspendida una cadena de anillos de hierro. De este modo es descrito en el *Ión* de Platón (534b) el mecanismo que produce el entusiasmo y el gusto por lo artístico.

En el marco de la construcción de lo femenino con numerosos matices tanto positivos como negativos, las Musas no tienen solamente la facultad de procurar el olvido de las penas. Tienen también mucho paralelismo con las capacidades de Circe «de bellas trenzas, terrible divinidad de humana voz» (*Odisea* 10, 136), Circe encarna a la mujer malévola que vacía a sus amantes de su sustancia vital y parece representar el temor masculino atávico del hombre hacia la mujer con cierto poder e independencia. Marilyn Skinner (2005: 86), en su libro *Sexuality in Greek and Roman Culture*, afirma que Calipso y Circe simbolizan una sexualidad femenina autónoma con muchos rasgos en común: ambas viven en lugares aislados en comunidades sin hombres y alejadas del mundo civilizado. Los mismos epítetos las definen: «de bellas trenzas», «terrible diosa dotada de voz». En ambos casos la voluntad de la divinidad implica la salvación del héroe trashumante cuyo anhelo es volver a ver a la esposa legítima, razón por la que las abandona. Pero Circe aventaja a Calipso en sus capacidades para predecir el porvenir e incluso ordenar al héroe todos los pasos que debe dar en ese futuro inmediato. De la boca de Circe va a escuchar Odiseo que debe emprender un viaje a la morada de Hades para consultar el alma del tebanos Tiresias, el adivino ciego. Circe es una divinidad profética, la que determina los caminos que debe seguir el héroe para volver a su patria. Esta función primaria del texto homérico ha sido suprimida en parte, con el fin de permitir la inserción de la *nékuia*, el descenso a los infiernos. Tiresias, el adivino ciego, caudillo de hombres, finalmente no va «a señalar el viaje, la longitud del camino y el regreso, para que Odiseo marche sobre el ponto lleno de peces», como lo ha anunciado Circe (*Odisea*, 10. 539–540). Es posible que todas las predicciones sobre el extenso periplo del héroe (*Odisea*, 11. 92–138) en una versión más antigua hayan sido profetizadas por la diosa misma. Parecen demostrarlo las palabras de Odiseo a sus compañeros: «ya no durmáis más tiempo con dulce sueño; marchémonos que la soberana Circe me ha revelado todo» (*Odisea*, 10. 447–50).

Calipso, Circe, las Sirenas —y por supuesto también las Musas y Menomósýne— son sabias, pero muchas veces, mentirosas. Así lo reconoce Hesíodo al comienzo de su *Teogonía*:

Ellas enseñaron una vez a Hesíodo un bello canto
mientras pastoreaba sus ovejas al pie del sagrado Helicón.
Este mensaje en primer lugar me dirigieron las diosas,
las Musas Olímpicas, hijas de Zeus portador de la égida:
«Pastores del campo, triste deshonor, ¡vientres tan solo!
Sabemos decir muchas mentiras con apariencia de verdades;
y sabemos, cuando queremos, celebrar la verdad». (22–28)

Después de estas palabras dirigidas a él por las Musas, que reproduce Hesíodo, le dieron un cetro luego de cortar una rama de laurel y le infundieron voz divina para celebrar el futuro y el pasado y le encomendaron alabar con himnos la estirpe de los bienaventurados.

Si es verdad —como reza nuestra hipótesis— que la construcción semiótica de la figura de la Musa —es decir, de Mnemosine— es una metáfora tan compleja como antigua —anterior a toda retórica— sobre el poder omnisciente de la figura femenina, tan madre como Gea y tan sabia como Themis, esta peculiaridad de mendacidad ¿es también un componente de la etapa previa al lenguaje escrito? ¿o se incorporó mucho después cuando con el tiempo se fue construyendo una imagen femenina simbólica con particularidades de astucia, engaño y oportunismo?

Proyecciones

La Musa —Mnemosýne— como conjunto de capacidades metaforizadas transcurre por toda la historia de la tradición clásica como una figura femenina de belleza inquietante y aptitudes creativas propias. El artista de todos los tiempos la invoca como fuente de inspiración y depositaria de una sabiduría ancestral. Pero también es verdad que según las diversas épocas históricas, la Musa experimenta transformaciones ideológicas que responden a la intención circunstancial del autor. Por poner solo un ejemplo, la Beatriz de Dante Alighieri proporciona, además de inspiración poética, la promesa de una salvación espiritual por vía del amor idealizado. Y John Milton inicia su *Paraíso perdido* con la invocación convencional adaptada al pensamiento religioso cristiano que intenta percibir un mensaje esperanzador tras las imágenes poéticas de la pérdida del paraíso terrenal: «Canta, celeste Musa, la pri-

mera desobediencia del hombre. Y el fruto de aquel árbol prohibido, cuyo funesto manjar trajo la muerte al mundo y todos nuestros males con la pérdida del Edén».

Pero regresando a la época clásica, es ilustrativo detenernos en lo que nos dice Platón a comienzos del siglo IV a. C. y más concretamente en la *República*, que es la obra en la que nuestro filósofo se aparta del tipo de *paidéia* que él mismo recibió y propone para sus guardianes protectores de Kallípolis (en los libros 2 y 3) una renovada educación.

Platón censura en *República* los poemas de Homero como educador de la juventud. Homero, que sin duda había sido parte de su educación, debe ser excluido del estado ideal y una de las razones, la principal, es que es mentaz, que no dice la verdad (libro 10). Aún si fueran historias verdaderas, dice Platón de los mitos homéricos, «se los debe contar con cuidado a personas jóvenes e insensatas». No obstante, cree que lo mejor sería enterrarlos en el silencio y, si hubiese alguna necesidad de relatarlos, que solo una pequeña audiencia pueda ser admitida con la condición del secreto, «después de sacrificar no un cerdo, sino una víctima enorme y difícil de conseguir», todo esto con la finalidad de que la menor cantidad posible de gente pudiera escuchar tales narraciones.

Sin embargo, hay un episodio en el diálogo más conocido de Platón, en el que invoca a las Musas emulando la petición prototípica de la épica temprana. En el libro 8, que contiene este pasaje de evocación un poco ambigua y un tanto cáustica, el autor de *República* nos ubica en los momentos finales de la construcción de Kallípolis: tenemos una ciudad aristocrática (i.e. de los mejores) organizada, correcta, equilibrada y bien educada. En una palabra, perfecta (ἄριστος). En este contexto es retomada la pregunta por las restantes organizaciones políticas existentes (i.e. timocracia, oligarquía, democracia y tiranía) y planteada la inquietud sobre las condiciones que condujeron a la organización perfecta a corromperse. Esta pregunta lleva al Sócrates platónico a invocar a las Musas para que le digan cómo surgió el conflicto (στάσις) dentro de la organización perfecta:

Entonces, Glaucón —dije—, ¿cómo será modificada nuestra ciudad, y de qué manera entrarán en conflicto los auxiliares (οἱ ἐπικούροι) y los gobernantes (οἱ ἄρχοντες) unos con otros y entre ellos? ¿O quieres que, como Homero, roguemos a las Musas que nos digan cómo surgió por primera vez el conflicto (στάσις), y ellas como si estuvieran hablando seriamente, pondrán un tono solemne en la voz, cuando en realidad están jugando y divirtiéndose con nosotros como con niños. (*República*, 545d–545e1)

La invocación platónica a las Musas tiene dos componentes sustanciales. Uno reitera el esquema de su construcción simbólica en la cultura arcaica y el otro se ha incorporado a partir de elementos cimentados en la sociedad patriarcal de la época clásica. El elemento que proviene de la etapa fundacional de la cultura es que son omniscientes y sobre todo que conocen lo que sucedió primero, *antes*, en el comienzo de los tiempos: *πρῶτον*. Dos signos —no—lingüísticos en este caso—, dos significaciones entraron en contacto: la sabiduría por un lado y, por otro, una particularidad propia del género femenino, la capacidad de mentir. Esta conjunción de dos elementos antagónicos, contradictorios, paradójales en un mismo tropo, demostraría la maleabilidad de una figura femenina que comienza a construirse antes de que la retórica pudiera plasmarse en palabras escritas. La cultura ha cimentado una metáfora que puede —como se ve— incluir en su seno, no solo ingredientes de espacios temporales con siglos de distancia sino también oposiciones que sería imposible superar si no estuvieran expresadas en una figura retórica de esta naturaleza.

Referencias bibliográficas

Ahearne–Kroll, Stephen (2014). Mnemosyne the Asklepieia. *Classical Philology* 109(2), 99–118.

Allen, Thomas (1927). *Homeri Opera. Odyssea.* Clarendon Press.

Burnet, John (1968 [1902]). *Platonis opera. Vol. IV: Respublica.* Clarendon Press.

Del Valle, Julio (2003). La inspiración del poeta y la ficción platónica. *Areté. Revista de Filosofía*, 15(1), 83–115.

Havelock, Erik (1966). *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente.* Paidós.

Iriarte Goñi, Ana (2002). *De amazonas a ciudadanos. Pretexto ginecocrático y patriarcado en la Grecia antigua.* Akal.

Maillard, Chantal (1992). *La creación por la metáfora: introducción a la razón-poética.* Anthropos.

Murray, Penelope (2005). The Muses: Creativity Personified?. En Stafford, E. y Herrin, J. (Eds). *Personification in the Greek World: From Antiquity to Byzantium* (pp. 47–59). Aldershot.

Quandt, Guilelmus (1962). *Orphei Hymni.* Weidmann.

Skinner, Marilyn (2005). *Sexuality in Greek and Roman Culture.* Blackwel.

Vogel, Friedrich (1964). *Diodori bibliotheca historica.* Vol. 2. Leipzig: Teubner.

West, Martin (1966). *Hesiod. Theogony.* Clarendon Press.

Retórica y memoria cultural. Sobre la memoria y la reminiscencia desde una perspectiva intermedial

Julián Woodside · Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente

Al menos desde el tratado *Rhetorica Ad Herennium* (ca. 90 a. c.) se considera que la memoria es uno de los cinco elementos de la retórica junto con *inventio*, *elocutio*, *dispositio* y *actio* (ver Anónimo, 1997:71–73 y nota 7). Pero a pesar de que la discusión sobre la memoria y su mediación fueron centrales para la retórica de la Antigüedad, hoy día la triada retórica–memoria–mediación suele darse por sentada. En la actualidad la diada memoria–mediación ha adquirido mayor relevancia, sobre todo a partir de los estudios sobre memoria cultural, pero lo retórico se tiende a omitir o subordinar. Por esta razón, el objetivo del texto es retomar planteamientos sobre memoria y mediación desarrollados en la retórica clásica con el objetivo de dimensionar su pertinencia en el contexto contemporáneo.

En la Antigüedad se discutía la relación entre memoria y mediación no solo porque se consideraba que la memoria radicaba en el alma y que el cuerpo mediaba las experiencias que le impactaban, sino también porque se reconocía el poder evocativo de algunos productos culturales. Esto se aprecia en varios diálogos de Platón, así como en el mito que relata Plinio el Viejo sobre el trazo de siluetas como recurso evocativo, lo cual supuestamente significó el origen de la pintura y de la escultura. Sin embargo, el espectro de medialidades disponibles en la Antigüedad es distinto al de la actualidad, razón por la que resulta pertinente recontextualizar dichas discusiones, pero sin deshistorizarles.

La noción «medialidad» apela a la identidad medial de una obra. Es decir, a formas particulares de configurar su sustancia semiótica, las convenciones discursivas con las que dialoga y el soporte en el que se materializa. En este sentido, a lo largo de las últimas décadas se ha problematizado la relación de la retórica con distintas medialidades. Sin embargo, reflexionar específicamente sobre los cruces entre retórica, memoria y mediación es importante porque la discusión sobre las literacidades ha pasado de enfocarse en las especificidades de cada medialidad, a analizarles transversalmente bajo conceptos como multiliteracidad o transliteracidad (ver Cope & Kalantzis, 2000; Thomas *et al.*, 2007).

Por otra parte, la memoria —en tanto recurso compartido— se ha problematizado bajo conceptos como memoria «colectiva», «cultural», «mediática» o «social» (ver Erll, 2010a; Halbwachs, 2004; Neiger, Meyers & Zandberg, 2011), cada uno con sus respectivos matices. Dichas memorias se transmiten a través de distintos objetos culturales, posibilitan la continuidad social, y se les concibe como el punto medio entre lo cotidiano y aquello que forma parte del pasado y se ha oficializado como Historia.

Por todo lo anterior, aquí planteo una discusión introductoria sobre los cruces entre retórica, memoria y mediación; y para ello retomo la distinción entre memoria (*mneme*) y reminiscencia (*anamnesis*) que desarrolló Aristóteles. Como explica Alberto Bernabé en la introducción a los tratados contenidos en *Parva naturalia*, para el filósofo la memoria y la reminiscencia se distinguen en que la primera es espontánea, mientras que la reminiscencia «es un procedimiento consciente de recuperación del recuerdo» (Aristóteles, 1987:146). Bernabé aclara después que la reminiscencia aristotélica «no es readquisición de memoria, sino la reconstrucción de algo que ya está en la memoria» (242, nota 37), por lo que la reminiscencia es un proceso posterior a haberse generado una impronta en la memoria. Parto de tal distinción ya que tanto la memoria como la reminiscencia implican distintos procesos de mediación. Sin embargo, les aplico una lectura intermedial ya que permite problematizar los planteamientos de la Antigüedad sin deshistorizarlos, pero tomando en cuenta el panorama medial contemporáneo.

En el siguiente apartado desarrollo una breve revisión sobre los antecedentes y orígenes de la distinción entre memoria y reminiscencia y su relación con la retórica clásica. Posteriormente planteo la pertinencia de incorporar algunas reflexiones provenientes de los estudios sobre memoria cultural y los estudios intermediales. Después propongo una lectura intermedial de los conceptos memoria (*mneme*) y reminiscencia (*anamnesis*). Y, finalmente, comparto algunas reflexiones sobre el alcance de esta discusión para remitir a las bases de lo que concibo como una retórica intermedial.

Retórica, memoria y mediación en la Antigüedad

La relación entre retórica, memoria y su mediación se problematizó en la Antigüedad griega, y fue lo que dio pie a lo que se conoce como «arte de la memoria»: «*a technique by which the orator could improve his memory, which would enable him to deliver long speeches from memory with unfailing accuracy*» (Yates, 2005:18). Sin embargo, en tanto técnica relacionada con el quehacer retórico, el arte de la memoria formó parte de una tradición que con el tiempo dio por sentados varios aspectos de la relación retórica–memoria–mediación.

En los diálogos platónicos encontramos varias reflexiones. Si bien en *Gorgias o de la retórica* solo se discute si existe relación entre la retórica y medialidades como la pintura y la escultura (Platón, 1983:29), en *Fedro o del amor* hay una discusión sobre la relación entre memoria, retórica y mediación. Ocurre cuando se menciona el mito de cómo el dios egipcio Theut presentó al rey Thamus las letras (escritura), a lo que este responde: «es olvido lo que producirán en las almas de quienes aprendan, al descuidar la memoria, ya que, fiándose de lo escrito, llegarán al recuerdo desde fuera» (Platón, 1986:403–404). Y si bien años después con los romanos se normalizó el uso de la escritura en el quehacer retórico —algo patente en el tratado *Intitutio Oratoria* de Marco Fabio Quintiliano—, la referencia a dicho mito muestra cómo se concebía la escritura como un recurso donde se apoya el recuerdo pero no el conocimiento crítico.

En *Fedón o del alma* se plantea que la ciencia es un acto de reminiscencia, pues supone un conocimiento previo que se inscribe en el alma, y para argumentarlo se discute cómo un dibujo permite evocar aquello representado (Platón, 1986:58–59). Además, en *Menón o de la virtud* se compara poseer objetos (estatuas) con poseer opiniones «verdaderas», las cuales «se convierten, en primer lugar, en fragmentos de conocimientos y, en segundo lugar, se hacen estables» (Platón, 1983:332–333). Entonces, mientras que la escritura se concibe como simple apoyo de la memoria, otras medialidades son reconocidas por su capacidad reminiscente, y por lo tanto de (re)producción de conocimiento crítico.

En *Filebo o del placer* se discute la relación memoria–experiencia–alma. En él se plantea que en el alma es donde se registran las experiencias y se hace posible la reminiscencia: «Cuando el alma, por sí misma y sin el cuerpo, recobre en la mayor medida posible lo que experimentó en otro momento el cuerpo, entonces decimos que llega a la reminiscencia» (Platón, 1992:64). Se hace además una analogía entre la labor de un escribano y un pintor, y la manera en la que el recuerdo —y las reflexiones sobre el mismo— escriben discursos en el alma (74), mientras que el cuerpo solo

media placeres y pesares (75). Es decir, la reminiscencia radica en el alma y las experiencias son mediadas por el cuerpo, de ahí que la escritura sea valorada como simple apoyo.

Si bien en los diálogos se discute la relación memoria–mediación como detonadora tanto de recuerdos como de reminiscencias, fue Aristóteles quien después reflexionó con más detalle sobre la diferencia entre ambos actos en *De Memoria et Reminiscentia*. Para él, la memoria en tanto recuerdo (*mneme*) es cosa de lo ya ocurrido, «cuando se tiene conocimiento y sensación sin hechos es cuando se recuerda» (Aristóteles, 1987:234), mientras que la reminiscencia (*anamnesis*) ocurre «cuando se recupera el conocimiento científico o la sensación que antes se tenía» (243). Es decir, la memoria en tanto recuerdo es reactiva, mientras que la reminiscencia es proactiva e implica un proceso de hilado de ideas y conceptos como parte de dicha recuperación de la memoria (247–249).

Por otra parte, en *De Poética* Aristóteles plantea la importancia de considerar la extensión y estructura de una fábula para recordarle fácilmente y que sea atractiva para el interlocutor (Aristóteles, 1974:152–155). Sin embargo, en los pasajes introductorios encontramos una idea que vale la pena destacar, y es cuando afirma que las prácticas literarias se distinguen: «o por imitar con medios diversos, o por imitar objetos diversos, o por imitarlos diversamente y no del mismo modo» (127). Cabe mencionar que esto se asemeja a lo que dije en la introducción sobre cómo la medialidad de una obra contempla distintas configuraciones de su sustancia semiótica, sus convenciones discursivas y su soporte.

Estas y otras obras griegas sentaron las bases para que la memoria fuera considerada una de las cinco partes de la retórica, algo que, como ya se mencionó, ocurre al menos desde *Rhetorica ad Herennium*. En dicho tratado la noción *loci communes* («lugares comunes» en latín) adquiere protagonismo, y en el libro II se describe la diferencia entre los lugares «propios» y los «comunes» para después plantear que los segundos sirven para conmover a los oyentes (Anónimo, 1997:159). Por otra parte, en el libro III se hace la distinción entre una memoria «natural» y una «artificial» (199), siendo la segunda aquella que se puede reforzar mediante la mnemotecnia y está formada por «entornos» e «imágenes» (200).

En dicho tratado la mediación de un discurso sirve de apoyo para el orador, mientras que la memoria sigue radicando en el individuo. Y si bien para los griegos la noción de tópico o *topoi* («lugar» en griego) fue relevante —especialmente para Aristóteles—, es en las obras en latín —y sobre todo en la de Marco Tulio Cicerón— donde el concepto adquiere mayor relevancia para hablar de la triada retórica–memoria–mediación. En el libro

II de *De Inventione* Cicerón dedica buena parte del texto a discutir sobre la argumentación y su relación con los lugares comunes, los cuales concibe como «argumentos que pueden aplicarse a muchas causas» (1997:222). Además, resultan útiles ya que facilitan el entendimiento y proceso argumental entre interlocutores.

Finalmente, en el tomo II, libro décimo, capítulo III de *Institutio oratoria*, Marco Fabio Quintiliano problematiza la diferencia entre dictar y escribir, pues considera que influye en el hilado de las palabras / ideas (Quintiliano, 1916b:184–192). Es decir, para él la mediación afecta el proceso de pensamiento. Además, en el libro II, capítulo II reflexiona sobre el ejercicio de la memoria y su relación con la escritura, mostrando cuánto ya se había normalizado la mediación escrita de discursos para ejercitar la memoria. Por eso incluso plantea que la disposición de las palabras y las oraciones al escribir sirven para el ejercicio de la memoria, pero no para la declamación del discurso (236–249).

Sería pertinente matizar e incluso apuntar contradicciones entre estos textos, y sin duda existen otros donde se discuten estos puntos, cada uno de los cuales ha tenido un devenir complejo. Sin embargo, el objetivo ha sido destacar pasajes o argumentos donde se problematiza la relación entre memoria y mediación como generadora de conocimiento. Para los romanos la retórica era «arte de disponer, inventar y hablar de memoria y con una fina pronunciación» (Quintiliano, 1916a:262), y consideraban que la relación retórica–memoria se veía afectada por la mediación de los discursos. ¿Qué implicaciones tiene esto en una época en la que las medialidades se han diversificado exponencialmente?

Sobre la memoria cultural (y su mediación)

Se suele considerar que fue Maurice Halbwachs quien —al acuñar la noción «memoria colectiva»— planteó explícitamente que para recordar necesitamos de los demás, y que recordamos u olvidamos ciertos fenómenos a medida que estos mantienen o pierden vigencia (26). Esto no contradice la idea de la Antigüedad de que el recuerdo radica en el individuo, sino que la complementa, pues Halbwachs consideraba que dicho recuerdo está condicionado por diversas dinámicas sociales.

Con el tiempo se ha preferido utilizar el término «memoria cultural» (ver Erll, 2010a:3–4), concebida como «*the interplay of present and past in socio-cultural contexts. (...) ranging from individual acts of remembering in a social context to group memory (...) to national memory (...), and finally to the host*

of transnational lieux de mémoire» (2). Por su parte, Aleida Assmann plantea que existe una memoria cultural «activa» y otra «pasiva», y que la activa se apoya «*on a small number of normative and formative texts, places, persons, artifacts, and myths which are meant to be actively circulated and communicated in ever–new presentations and performances*» (2010:100). Los lugares comunes, en tanto artefactos comunicativos, formarían parte de este tipo de recursos.

A lo largo del siglo XX algunas vertientes de la teoría literaria problematizaron cómo los textos «adquieren memoria» y sirven de vínculo entre el pasado y presente de quien les escribe e interpreta, así como sus contextos discursivos. Esto se hace patente, por ejemplo, cuando Mikhail Bakhtin habla de «dialogismo», cuando Gérard Genette plantea cinco relaciones transtextuales, o cuando Iuri Lotman describe cinco procesos de la función sociocomunicativa de un texto. Además, es un tema central cuando se ha reflexionado sobre la intertextualidad como recurso retórico (ver Plett, 1999) y mnemotécnico (ver Lachmann, 2010).

Por otra parte, si partimos de la premisa de Marshall McLuhan de que el medio es el mensaje (1964:28), podemos distinguir entre el contenido temático de una obra como mediador de experiencias y recuerdos compartidos, y su medialidad como recurso reminiscente. Por ejemplo, Hans Robert Jauss plantea que cada nueva obra o texto evoca «*the horizon of expectations and rules familiar from earlier texts, which are then varied, corrected, altered, or even just reproduced*» (1982:23), y considera que esto depende no solo de marcos disciplinares, sino también sociohistóricos (24). Lo anterior remite a cuando los estudios sobre memoria cultural problematizan la elección de una medialidad para representar algo, pues como plantea Astrid Erll al hablar de «modos de recuerdo»: «*whenever the past is represented, the choice of media and forms has an effect on the kind of memory that is created*» (2010b:390). Es decir: las medialidades son depositarias de memoria, pero también la construyen y condicionan.

En la Antigüedad se planteó que algunas medialidades sirven de apoyo para la memoria (*mneme*), y que otras permiten además recuperar conocimientos previos (*anamnesis*). Para recontextualizar esta distinción resulta pertinente retomar la noción «condición post–media». Peter Weibel plantea que dicha condición consiste en un presente en el que ningún medio es dominante, sino que las medialidades disponibles en una época se influyen y codeterminan entre sí. Su postura es tecnodeterminista, pues considera, apelando a un presente digital, que dicho fenómeno es característico «del estado actual de la práctica artística» (2012), además de que resulta cuestionable afirmar que en algún momento de la historia una medialidad ha sido domi-

nante. Sin embargo, podríamos afirmar que las discusiones sobre retórica, memoria y mediación de la Antigüedad establecieron su lógica argumental a partir de su propia condición post-media. Es decir, las medialidades y soportes latentes en aquella época codeterminaron sus respectivas connotaciones, lo cual se puede apreciar en las discusiones donde se problematizó la mediación del conocimiento.

Finalmente, los estudios sobre memoria cultural contemplan aspectos relacionados con la retórica, pero en función de la remediación y premediación de eventos. Para Astrid Erll remediar consiste en la representación de eventos en distintos medios a lo largo de la historia. Esto ocasiona que lo que se sabe sobre ellos y se ha vuelto sitio de memoria remita no tanto a los «hechos», sino a un canon de construcciones mediales sobre ellos (2010b:392). Premediar apela a su vez a que las representaciones existentes «*provide schemata for future experience and its representation*». Entonces, remediar y premediar consolida lugares comunes, pues «*even despite antagonistic and reflexive forms of representation, remediation tends to solidify cultural memory, creating and stabilizing certain narratives and icons of the past*» (393), lo cual remite a las discusiones en la Antigüedad sobre los lugares comunes y la estabilización de opiniones «verdaderas» mencionadas en el apartado anterior.

Mneme y anamnesis desde una perspectiva intermedial

Disciplinarmente la intermedialidad puede ser entendida como «*a bridge between medial differences that is founded on medial similarities*» (Elleström, 2010:12). En este sentido, la memoria cultural es intermedial en tanto que se consolida y reproduce a través de distintas obras y medialidades. Y si bien ya mencioné la idea de que los textos «adquieren memoria», en tanto convenciones sus medialidades sirven para satisfacer distintas funciones sociales y retóricas, además de que implican recursos socialmente convenidos que, al interior de una obra, agilizan procesos de interlocución y de argumentación. Por esta razón, toca ahora problematizar cómo el recuerdo (*mneme*) y la reminiscencia (*anamnesis*) pueden ser interpretados desde una perspectiva intermedial contemporánea.

Recordemos que la memoria en tanto recuerdo (*mneme*) es algo espontáneo, cosa de lo ya ocurrido. Esto se puede plantear intermedialmente a partir de la discusión sobre el horizonte de expectativas de Jauss, pues en realidad cada medialidad implica recursos ya conocidos que juegan con dichas expectativas. Narrativamente ocurre con tropos, arquetipos y otras formas de representación características de cada medialidad, ya que agilizan el enten-

dimiento de una obra. Además, el uso de *templates*, *plug-ins* y *presets* que emulan diversas medialidades en varios programas de edición sirven también para agilizar la interlocución, ya que permiten apelar a lugares comunes mediales.

Lo anterior invita a establecer equivalencias entre diversos manuales de retórica clásicos y algunas prácticas mediales contemporáneas. Por ejemplo, a lo largo de la historia existen obras que han problematizado cómo se puede reinterpretar una oración, una narrativa o una pieza musical mediante variaciones estilísticas en tanto lugares comunes,¹ algo que recientemente se ha popularizado en entornos digitales a partir de la fórmula «X pero (variación)», donde una obra es reinterpretada a partir de alguna convención medial ajena al original. Por otra parte, la remediación de conceptos y obras en distintas medialidades ha consolidado con el tiempo lo que se podría concebir como una red semántica intermodal. Esto ocurre cuando se habla, por ejemplo, de un *sensorium* o entorno de mediación sensorial de experiencias religiosas en el medievo (ver Lohfert Jørgensen, Laugerud & Skinnebach, 2015), o de un *sensorium* del horror (ver Ndalians, 2012). Es decir, cuando se consolidan lugares comunes que, desde distintos modos semióticos, pueden remitir a una misma idea o concepto.

Por otra parte, la reminiscencia (*anamnesis*) es un proceso de recuperación activa de conocimientos previos. Intermedialmente podemos vincularle con la noción «género memorialístico», que contempla medialidades asociadas con la remembranza, como la biografía, la autobiografía o la memoria (Vázquez, 2001:71–73). Esto se ha problematizado desde los estudios sobre memoria cultural cuando hablan de «modos de recuerdo», pues reconocen que la elección de una medialidad influye en la valoración de distintos fenómenos del pasado (Eriil, 2010b:390–392), así como cuando se plantea que distintas medialidades sirven como «metáforas del recuerdo» (Assmann, 2018:161–361). Es decir, cuando se discute sobre cómo una medialidad «hace memoria» o «media la memoria».

Lo anterior es pertinente no solo porque la condición post-media de cada época influye en las connotaciones de una medialidad y su relación con «hacer memoria», sino porque los rasgos de dicha medialidad pueden subordinarse al interior de una obra para apelar sinecdóticamente a momentos de reminiscencia, como insertar fotografías en blanco y negro en una película

¹ Por ejemplo, el capítulo 33 de *De Utraque Verborum ac Rerum Copia* (1512) de Erasmo de Rotterdam, las *Variaciones de Goldberg* (1741) de Johann Sebastian Bach, *Exercices de style* (1947) de Raymond Queneau, y *99 Ways to Tell a Story: Exercises in Style* (2005) de Matt Madden.

a color, una grabación de gramófono en un podcast, y así *ad infinitum* con aquellas medialidades que forman parte del género memorialístico de cada época. Además, varias medialidades contemplan recursos reminiscentes: disolvencias, flashbacks o cambios en la estética fotográfica en una película, modificar un audio para hacerle parecer de época en una pieza sonora, etc. Entonces, la *anamnesis* intermedial ocurre cuando se retoriza una medialidad con fines de evocación y reminiscencia.

Comentarios finales

El hilo conductor del texto ha sido comprender que las medialidades, así como varios recursos que estas contemplan, son lugares comunes que facilitan experiencias de memoria (*mneme*) y de reminiscencia (*anamnesis*). Además, desde una perspectiva retórica la memoria cultural puede ser concebida como mediadora de conocimiento, como interfaz entre interlocutores y contextos, y como tópico mediático. Una lectura intermedial permite entonces establecer puentes entre dicha aproximación y las discusiones sobre la relación retórica–memoria–medialidad de la Antigüedad. Sin embargo, para no deshistorizar ambas perspectivas, es importante contemplar la condición post-media de cada época y las correspondientes connotaciones de las medialidades en juego.

Por otra parte, aun cuando sus objetivos han sido otros, diversas disciplinas a lo largo del siglo xx y lo que va del XXI han reflexionado sobre la relevancia de la memoria en el quehacer discursivo de manera similar —aunque fragmentada— a lo planteado en la Antigüedad. Dichas reflexiones se pueden agrupar en cuatro ejes: a) la manera en la que alguien se apoya en la memoria (*mneme*) para crear algo, b) la manera en la que alguien utiliza la memoria (*mneme*) para interpretar algo, c) la manera en la que distintas medialidades hacen de la reminiscencia (*anamnesis*) un recurso retórico o poético, y d) la manera en la que creaciones artísticas y culturales consolidan y perpetúan lugares comunes de la memoria cultural. Una aproximación transversal, apoyada en los planteamientos de la intermedialidad y los estudios sobre memoria cultural, permite integrar estos ejes de manera que se establecen vínculos entre los planteamientos contemporáneos y aquellos originados en la Antigüedad.

Estoy consciente que faltaría profundizar en cómo lo aquí expuesto se relaciona con la idea de que una medialidad contempla tres planos de representación: la sustancia semiótica, las convenciones discursivas, y el soporte. Esto es importante porque la retorización de medialidades no solo ocurre en

función de los procesos de memoria (*mneme*) y reminiscencia (*anamnesis*) aquí discutidos, sino porque históricamente las medialidades han sido utilizadas con distintos fines retóricos, algo que he desarrollado bajo la noción «retórica intermedial». Cabe mencionar que dicha retórica contempla tres dinámicas de retorización intermedial: puntuación ideastésica, sinécdoque intermedial, y puesta en situación paródica, cuestión que he trabajado en otros contextos (ver Woodside, 2019, 2020). En este sentido, más allá de la relación retórica–memoria–mediación, la retórica intermedial apela al hecho de que hay varias formas de hacer de una medialidad un recurso elocutivo. Sin embargo, el objetivo de este texto ha sido plantear una reflexión introductoria sobre los cruces entre retórica, memoria y mediación de la Antigüedad a partir de una lectura intermedial contemporánea. Si bien faltaría problematizar otros aspectos de dicha triada, que sirva este texto como punto de partida para su discusión.

Referencias bibliográficas

- Anónimo (1997).** *Retórica a Herenio* (trad. Salvador Núñez). Gredos.
- Aristóteles (1974).** *Poética* (trad. Valentín García Yerba). Gredos.
- Aristóteles (1987).** *Acerca de la Generación y la corrupción. Tratados breves de historia natural* (trads. Ernesto La Croce & Alberto Bernabé Pajares). Gredos.
- Assmann, Aleida (2010).** Canon and archive. En Erll, A. & Nünning, A. (Eds.). *A Companion to Cultural Memory Studies* (pp. 97–107). De Gruyter.
- Assmann, Aleida (2018).** *Espaços da recordação. Formas e transformações da memória cultural*. UNICAMP
- Cicerón, Marco Tulio (1997).** *La invención retórica* (trad. Salvador Núñez). Gredos.
- Cope, Bill & Kalantzis, Mary (Eds.) (2000).** *Multiliteracies: Literacy Learning and the Design of Social Futures*. Routledge.
- Elleström, Lars (2010).** The modalities of media: A model for understanding intermedial relations. En Elleström, Lars (Ed.). *Media Borders, Multimodality and Intermediality* (pp. 11–48). Palgrave Macmillan.
- Erll, Astrid (2010a).** Cultural memory studies: An introduction. En Erll, Astrid & Nünning, Ansgar (Eds.). *A Companion to Cultural Memory Studies* (pp. 1–15). De Gruyter.
- Erll, Astrid (2010b).** Literature, film and the medi-ality of cultural memory. En Erll, A. & Nünning, Ansgar (Eds.). *A Companion to Cultural Memory Studies* (pp. 389–398). De Gruyter.
- Halbwachs, Maurice (2004).** *La memoria colectiva*. Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Jauss, Hans Robert (1982).** *Toward an aesthetic of reception*. University of Minnesota Press.
- Lachmann, Renate (2010).** Mnemonic and inter-textual aspects of literature. En Erll, A. & Nünning, Ansgar (Eds.). *A Companion to Cultural Memory Studies* (pp. 301–310). De Gruyter.
- Lohfert Jørgensen, Hans Henrik; Laugerud, Henning, & Skinnebach, Laura Katrine (Eds.) (2015).** *The Saturated Sensorium: Principles of Perception and Mediation in the Middle Ages*. Aarhus University Press.
- McLuhan, Marshall (1964).** *Understanding Media. The Extensions Of Man*. Mentor.
- Ndalianis, Angela (2012).** *The Horror Sensorium: Media and the Senses*. McFarland & Co.
- Neiger, Motti; Meyers, Oren & Zandberg, Eyal (2011).** *On Media Memory: Collective Memory in a New Media Age*. Palgrave Macmillan.
- Platón (1983).** *Diálogos II. Gorgias, Menéxeno, Eutidemo, Menón, Crátilo* (trads. Julio Calonge, Eduardo Acosta, Francisco Olivieri & José Luis Calvo). Gredos.
- Platón (1986).** *Diálogos III. Fedón, Banquete, Fedro* (trads. Carlos García Gual, Marcos Martínez Hernández & Emilio Lledó Íñigo). Gredos.
- Platón (1992).** *Diálogos VI. Filebo, Timeo, Critias* (trads. Ma. Ángeles Durán & Francisco Lisi). Gredos.
- Plett, Heinrich F. (1999).** Rhetoric and intertextuality. *Rhetorica*, 17(3), 313–329.
- Quintiliano, Marco Fabio (1916a).** *Instituciones oratorias. Tomo I* (trads. Ignacio Rodríguez & Pedro Sandier). Perlado Páez y Compañía.
- Quintiliano, Marco Fabio (1916b).** *Instituciones oratorias. Tomo II* (trads. Ignacio Rodríguez & Pedro Sandier). Perlado Páez y Compañía.
- Thomas, Sue; Joseph, Chris (...) Pullinger, Kate (2007).** Transliteracy: Crossing divides. *First Monday*, 12(12). 10.5210/fm.v12i12.2060
- Vázquez, Félix (2001).** *La memoria como acción social. Relaciones, significados e imaginario*. Paidós.
- Weibel, Peter (2012, marzo 19).** *The Post-Media Condition*. Mute. <http://www.metamute.org/editorial/lab/post-media-condition>
- Woodside, Julián (2019).** Escucha intermedial: Auralidad desde una perspectiva retórica. *El oído pensante*, 7(2 Dossier «Modos de escucha»), 194–217.
- Woodside, Julián (2020).** Sobre la retórica intermedial. Apuntes introductorios. En Sperling, Christian, Samperio, Daniel (...) Rodríguez, A. (Eds.). *Desafíos y debates para el estudio de la literatura contemporánea*. UAM Azcapotzalco.
- Yates, Frances (2005).** *The Art of Memory*. Pimlico.

Memoria retórico–argumental, campo retórico y persuasión

María Alejandra Vitale · Universidad de Buenos Aires

De las posibles aproximaciones a la relación entre retórica y memoria, voy a centrarme, por un lado, en las propuestas que he implementado para el estudio de los discursos que argumentaron a favor del golpe militar de Brasil en 1964 y los golpes de Estado en Argentina durante el período 1930–1976. Por otra parte, focalizaré las propuestas que desarrollo actualmente para estudiar la dimensión retórico–discursiva de los denominados archivos de la represión (Colman, en prensa; da Silva Catena y Jelin, 2002) en nuestro país, en las que me detendré más. De esta manera, primero voy a referirme al vínculo entre retórica y memoria a partir de la noción de memoria retórico–argumental y luego voy a abordarlo a partir de la noción de campo retórico.

La memoria retórico–argumental

En cuanto a la noción de memoria retórico–argumental, la acuñé para referirme a las estrategias persuasivas que en una serie discursiva son reformuladas para buscar la adhesión en torno a cierta tesis (Vitale, 2015). En este sentido, da cuenta de la dimensión argumentativa de las memorias discursivas, que, en términos de Courtine (1981, 1994, 1996, 1998), constituyen el retorno, la reformulación o el olvido, en la actualidad de un acontecimiento

discursivo, de enunciados ya dichos con anterioridad. La noción misma de memoria retórico–argumental remite a una perspectiva retórica de estudio de la argumentación y específicamente a las propuestas de la Nueva Retórica de Perelman (Perelman, 1970, 1977; Perelman y Olbrechts–Tyteca, 1989), que cruzo con la tendencia francesa de análisis del discurso (Vitale, 2016). Entiendo así las memorias retórico–argumentales como matrices de producción de estrategias retóricas y de sentidos que instituyen tanto lo que puede o no ser dicho y los modos de decirlo, para un sujeto que no es completamente amo de su decir dado que se establece como tal al identificarse con una posición de subjetividad delimitada por una memoria retórico–argumental, que es inherente a determinada ideología.¹ Por ello las memorias retórico–argumentales no son espacios cerrados, estables ni homogéneos, sino que presentan fronteras difusas e inestables caracterizadas por lazos de alianza o de contradicción.

Al contrastar los editoriales y comentarios que publicaron medios escritos de Brasil ante el golpe de Estado de 1964 y los que emitieron los de Argentina ante los golpes militares durante 1930–1976, se identifican estrategias persuasivas similares, en las que se destacan ciertas técnicas argumentativas. Entre las más relevantes, se ubica la disociación de las nociones que, según Perelman y Olbrechts–Tyteca (1989), presupone la unidad primitiva de elementos confundidos en el interior de una misma concepción, designados por una única noción. Veamos la siguiente serie:

1976. «Las condiciones para que la democracia auténtica pueda funcionar» (*La Prensa*, editorial del 25–3–76).
1966. «la restauración de una auténtica democracia» (*Confirmado*, «Moral y cambio de estructuras», 4–8–66).
1964. «Arriscaram a carreira e as vidas por um Brasil melhor, por uma democracia mais autêntica» (*O Jornal do Brasil*, «Autoridade e confiança», 5–4–64) / «O agerrido povo mineiro que se dispôs a lutar pela volta de um regime democrático autêntico, sem conviência com o comunismo e também sem corrupções» (*O Estado de Minas*, editorial del 7–4–64).
1955. «el camino de la verdadera democracia» (*Esto es*, «Una generación que se reencuentra», 10–10.55).
1930. «La Junta asumió el poder para que vuelva a ser una verdad la democracia» (*Atlántida*, «Vida que pasa», 18–9–30).

¹ Ideología pensada como las relaciones que todo discurso entabla con sus condiciones materiales de posibilidad, en las que las luchas por el establecimiento y reproducción de relaciones de poder, o la resistencia a ellas, ocupan un lugar central. Ver Eagleton (1997).

Es notable cómo en la serie se advierte la reformulación de la disociación de la noción de democracia, entre una inauténtica y falsa, la que regía durante los respectivos gobiernos derrocados, y una auténtica y verdadera, la que tendrían Brasil y Argentina gracias a las fuerzas armadas. Por cuestiones de brevedad, no me detendré en los matices diferentes de sentido que adquirió la democracia en las diversas coyunturas o medios escritos, como en *Esto es* de 1955 o *Confirmado* en 1966, revistas antiliberales donde la democracia auténtica no era la liberal (Vitale, 2015).

Otra técnica argumentativa que usaron los medios escritos de Brasil en 1964 y que se inserta en una memoria retórico–argumental golpista con los medios gráficos de Argentina es el argumento de la dirección. En efecto, veamos ahora la siguiente serie:

1976. «el abismo de la desintegración económica y la anarquía política» (*La Prensa*, editorial del 28–3–76) / «La Argentina se desliza sin pausa hacia abismos aún más profundos. Es hora, pues, de detener la caída» (*Clarín*, 17–3–76).
1966. «un gobierno incomprensiblemente empecinado en avanzar hacia el abismo» (*Clarín*, editorial del 3–7–66).
1964. «a Nação se apercebe até que ponto estêve próxima de rolar pelo abismo que lhe haviam preparado» (*O Globo*, «O expurgo», 6–4–64).
1962. «las actitudes /de Arturo Frondizi/ que parecían llevarlo a un rumbo peligroso» (Proclama militar).²
1955. «el abismo en que se hundía la República» (*Clarín*, «Cita de honor con la libertad», 23–9–55).
1943. «el abismo de la bancarrota moral, política y económica» (*Cabildo*, editorial del 5–6–43).
1930. «el abismo moral y económico hacia el cual era empujado el país» (*Atlántida*, «Vida que pasa», 18–9–30).

En la serie se manifiesta el retorno y la reformulación del argumento de la dirección, que implica, como señalan Perelman y Olbrechts–Tyteca (1989), la existencia de una serie de etapas hacia un objeto determinado —temido, la mayoría de las veces— y la dificultad, si no la imposibilidad, de detenerse en el camino. Mediante este argumento, los diarios y revistas representaron

² Arturo Frondizi fue el presidente derrocado el 29 de marzo de 1962.

a Brasil y a la Argentina en una caída sin freno hacia el abismo, la anarquía, la disolución y el comunismo, y sobreentendieron que los militares frenaron esta caída al derrocar a los respectivos presidentes.

Como última ilustración de la noción de memoria retórico–argumental, leamos la siguiente serie:

1976. «No olvidarse que los militares tuvieron que hacer una de las operaciones quirúrgicas más difíciles y prolijas de la historia argentina: el gobierno derrumbado había contado con 7.500.000 de votos» (*Extra*, «El desencanto como manía», 15–5–76).
1966. «Es saludable que se digan estas verdades, aunque nos duelan. Tienen mucha semejanza con lo que los médicos reconocen como “injurias quirúrgicas”, inseparables y necesarias en toda operación» (*Clarín*, editorial del 5–7–66).
1964. «disposições institucionales, que permitam ao Govêrno triunfante praticar a cirurgia que os órgaõ do ordenamento normal das instituições se recusariam a fazer» (*O Jornal do Brasil*, «Limites do expurgo e rêtorno ao régimen» 7–4–64).
1943. «La espada, actuando como bisturí, abrió el absceso; únicamente hace falta que llegue a penetrar hasta el foco, y que un cauterio que algunos tacharán de cruel pero que es indispensable, vacíe el saco de infección y devuelva la salud al cuerpo entero» (*Criterio*, «Consideraciones sobre la revolución», 17–6–43).
1930. «La intervención quirúrgica» (*La Nueva República*, 5–9–30).

Se reconoce en la serie el retorno y la reformulación de la metáfora biológico–médica de la enfermedad, que en tanto analogía condensada (Perelman y Olbrechts–Tyteca, 1989) tiene la particularidad de que los elementos del *foro* pertenecen al campo del organismo humano y los del *tema* al campo político y social, que al ser asimilados a aquellos son biologizados. Por esto esta metáfora realiza acabadamente una de las operaciones fundamentales de la ideología: la naturalización de procesos que son de índole sociohistórica (Eagleton, 1997:88). Como sostienen Lakoff y Johnson (1995), las metáforas modelan nuestra percepción de los acontecimientos, nuestra experiencia y nuestras acciones, de allí que el empleo de la metáfora biológico–médica de la enfermedad por parte de la prensa escrita brasileña y argentina, y en particular la metaforización de los militares como cirujanos que realizaban extirpaciones u operaciones quirúrgicas que penetraban y cercenaban los cuerpos, tendieron a legitimar públicamente las prácticas violatorias de los

derechos humanos que de modo secreto y oculto ejecutaban los militares y otras fuerzas represivas.

Aunque no me detenga en ello, cabe aclarar que la enfermedad adquirió matices de sentidos diversos en las distintas coyunturas y posicionamientos golpistas, y según los casos fue identificada con los presidentes depuestos o con el sistema demoliberal mismo (Vitale, 2015).

Campo retórico y memoria

Paso ahora a referirme a la noción de campo retórico, acuñada por Stefano Arduini (2000), y al vínculo que establezco entre esta noción y la memoria. En palabras de Arduini, el campo retórico incluye «la vasta área de los conocimientos y de las experiencias comunicativas adquiridas por el individuo, por la sociedad y por las culturas» (2000:47). Arduini (2000:47) agrega que es «el depósito de las funciones y de los medios comunicativos formales de una cultura y, en cuanto tal, es el substrato necesario de toda comunicación». Considero así que el campo retórico, en cuanto Arduini lo vincula con el eje diacrónico en el que se ha formado en el curso de la historia las vías expresivas que modelan una cultura o un subconjunto de ella, integra la memoria discursiva.

Si bien el campo retórico establece para Arduini los límites comunicativos de una cultura, él mismo reconoce la existencia de campos retóricos como subconjuntos determinados —formados sobre la base del campo retórico más general— con particularidades derivadas de exigencias comunicativas específicas. En este sentido, he planteado que es posible pensar el campo retórico en los límites más acotados de una comunidad discursiva (Vitale, 2018), tal como es definida por Dominique Maingueneau (1984, 1987): grupo o red de grupos productor de discursos de los que son inseparables su organización y su propia existencia en cuanto grupo. Y esto resulta consistente con el planteo de Maingueneau de que una comunidad discursiva se constituye en relación con una memoria; se trata de la memoria discursiva que integra la memoria social (Courtine, 1981, 1994, 2006, 2008).

Desde este enfoque, comprendo al grupo productor del Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA), un archivo de la represión creado en 1956, cerrado en 1998 y abierto a su consulta pública en 2003, como una comunidad discursiva. A esta comunidad discursiva le es inherente un campo retórico —propio de una memoria discursiva— integrado por la metáfora y la analogía que conciben la DIPBA como una fábrica y como una empresa y que le asignan a los agen-

tes la identidad de operarios o profesionales expertos. Interpreto que estas figuras retóricas han tenido la función persuasiva de legitimar las propias prácticas de inteligencia otorgándoles a los integrantes de ese servicio una identidad valorada basada en la experticia.

En un documento fechado en 1957, a un año de la creación de la DIPBA, titulado «Central de Inteligencia. Organización»³ y que funcionó como el primer reglamento interno del organismo de inteligencia policial, se identifica una metáfora fundacional que será reformulada como analogía en documentación posterior. En efecto, ese texto afirma, con referencia a los agentes: «Sus trabajos serán anónimos y su satisfacción como la de cualquier operario experto». Se observa así que la metáfora sintetiza una analogía en la que los elementos del tema son el agente de inteligencia y la DIPBA, y los elementos del foro son un operario experto y una fábrica. La metáfora fusiona así un elemento del foro, un operario experto, con un elemento del tema, el agente de inteligencia.

Resulta de interés que dentro de esta metáfora el «operario» sea calificado de «experto» porque la identidad del agente de inteligencia es valorada atribuyéndole un saber especializado. Como memoria discursiva, esa metáfora es reformulada y amplificada en una analogía en el documento titulado «Estudio y análisis. Ideas Rectoras del Reglamento de Inteligencia»,⁴ fechado en 1982, hacia fines de la última dictadura militar. En efecto, el documento sostiene:

deberá la Inteligencia policial poseer las características de una excelente y muy buena empresa de producción y comercialización. La misma puede considerarse como una organización destinada a la elaboración de un producto (conocimiento), que tendrá como utilidad u objetivo el actuar en concreto, que será elaborado con materias primas (noticias, datos, informaciones), y trabajo. Este producto deberá ser manufacturado a los fines de llegar a las distintas demandas y consumidores, eslabones de la cadena de comando o niveles de conducción de la fuerza. (Estudio y análisis. Ideas Rectoras del Reglamento de Inteligencia, p. 8)

En la cita se entranan, al menos, tres analogías. En una analogía los elementos del tema son la DIPBA y el conocimiento, y los elementos del foro son la empresa y el producto. En otra los elementos del tema son las «noticias, datos, informaciones» y el conocimiento y los elementos del foro son

³ Archivo DIPBA, Mesa Doctrina, Legajo 25.

⁴ Archivo DIPBA, Mesa Doctrina, Legajo 57.

las materias primas y el producto elaborado. En la tercera analogía se identifican dentro del tema el conocimiento y los niveles de conducción de la policía y dentro del foro, el producto manufacturado y los consumidores.

Retomando las propuestas de Pelerman (1970, 1977) y de Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989) sobre la influencia que el foro ejerce sobre el tema, se destaca en la metáfora y las analogías comentadas que la DIPBA y su trabajo son entendidos en términos capitalistas de producción. De esta manera, son inherentes a una visión de mundo procapitalista en coyunturas históricas en las que la Guerra Fría estaba vigente. En términos de Arduini, se trata de vías expresivas que modelan a favor del mundo capitalista, en este caso en un subconjunto de la cultura, específicamente la comunidad discursiva de la DIPBA.

Esto se reitera cuando «Estudio y análisis. Ideas Rectoras del Reglamento de Inteligencia» sostiene que el ciclo de inteligencia policial y la «Doctrina Nacional de Inteligencia», en la que ese ciclo se basa, están inspirados en «las técnicas científicas e investigativas de trabajo, iniciadas por Tylor y Fayol» (8). En efecto, F. W. Taylor fue el padre de la denominada Administración científica, ligada al desarrollo capitalista de Estados Unidos, lo mismo que la teoría sobre la administración de H. Fayol, lo cual confirma ese universo ideológico procapitalista que está en las bases de la comunidad discursiva de la DIPBA.

En otro documento producido durante la última dictadura militar, denominado «Staff (o Inteligencia como área)»⁵ retornó también como memoria discursiva la analogía hasta aquí analizada, reformulada del siguiente modo: los elementos del foro son el Director de una empresa y el Staff, y los elementos del tema son el Jefe de la Policía y el Estado Mayor Policial. La similitud de estructuras está dada en que así como el Director de una empresa tiene un grupo de expertos y especialistas —el denominado Staff— que lo asesora para tomar una decisión, el Jefe de Policía tiene un Estado Mayor, del que la Inteligencia es un área, para que asimismo le de información y asesoramiento para tomar una decisión.

Por otra parte, al final del documento el enunciador sostiene:

Ya se han delimitado claramente, en la analogía con la Empresa, las funciones de la línea y las del staff aclarando también que los expertos de staff tienen en la actualidad una nueva y más grande contribución a la dirección moderna.

⁵ Archivo DIPBA, Mesa Doctrina, CAJA 2702, Legajo 75.

De esta manera, la analogía usada vuelve a otorgar a los agentes de la DIPBA la identidad valorada de expertos, a la vez que sigue manifestando la ideología procapitalista que se expresa también en el préstamo del inglés en la palabra *staff*, propia del mundo empresarial, que ya está incluida en el título del documento, «Staff (o Inteligencia como área)».

Es para resaltar que en pleno período democrático de Argentina, vuelve condensada bajo la forma de metáfora la analogía donde el elemento del foro es «materia prima». De esta manera, un *Manual de Inteligencia y de Contra-inteligencia*, fechado en 1992,⁶ al referirse a un paso del denominado «Ciclo de inteligencia», sostiene: «En síntesis, significa/ el Proceso de Información/ transformar la información (materia prima) en el producto elaborado».

La metáfora que se manifiesta en «materia prima» sintetiza una analogía donde los elementos del tema son la información y la inteligencia y los elementos del foro son la materia prima y el producto elaborado. De este modo, la metáfora fusiona un elemento del foro, la materia prima, con uno del tema, el producto elaborado.

Conclusiones

Para concluir, se impone como interrogante la relación misma entre las nociones de memoria retórico-argumental y campo retórico en su vínculo con la memoria, entendida aquí como memoria discursiva.

Lo primero que es pertinente considerar es que Arduini plantea la noción de campo retórico en el marco de su reflexión sobre las figuras retóricas, a las que aborda desde una Retórica General Textual para la que las figuras no son una mera cuestión de *ornatus* limitada a la Elocutio. En efecto, Arduini sostiene que si la retórica del Grupo de Lieja o el Grupo μ es una retórica restringida porque reduce todos sus componentes al tratado de las figuras, él, por el contrario, amplía el estudio de las figuras hasta cubrir los otros componentes. En la retórica restringida se analizaban, por ejemplo, las figuras literarias (que forman parte de la Elocutio) un tanto al margen del universo de las ideas, pero en la Retórica General Textual se hablará de una metáfora articulada a la estructura del poema (la Dispositio) y a la cosmovisión (la Inventio) que porta el poema. En otras palabras, se busca una visión más integradora de todos los ámbitos de la retórica.⁷

⁶ Archivo DIPBA, Mesa Doctrina, Legajo 280.

⁷ Sobre la perspectiva integradora de la Retórica General Textual y otras concepciones de una Retórica general, ver Fernández Cozman (2018) y Chico Rico (2020).

A pesar de esta apertura, la noción de campo retórico queda en Arduini asociada a las figuras, mientras que la noción de memoria retórico–argumental se refiere a las estrategias persuasivas en general, incluidos los tipos de argumentos, como el de la dirección en los discursos golpistas de Brasil y de Argentina o el *ethos*, al que no me referí aquí pero que integro, asimismo, a las memorias retórico–argumentales golpistas (Vitale, 2015). Por eso, pienso que el campo retórico podría considerarse como una dimensión de la memoria retórico–argumental, aquella de las figuras retóricas, que ilustré con la metáfora biológico–médica de la enfermedad en los discursos golpistas y la de la fábrica o empresa en la comunidad discursiva de la DIPBA.

Referencias bibliográficas

- Arduini, Stefano (2000).** *Prolegómenos a una teoría general de las figuras*. Universidad de Murcia.
- Charaudeau, Patrick y Maingueneau, Dominique (2005).** *Diccionario de análisis del discurso*. Amorrortu.
- Chico Rico, Francisco (2020).** Desarrollos actuales de los estudios retóricos en España: la Retórica desde la Teoría de la Literatura, *Rétor* 10(2), 133–164.
- Colman, Alex (2022).** Los archivos (de la represión). En Vitale, María Alejandra *Rutinas del mal. Estudios discursivos sobre archivos de la represión* (pp. 17–66). EUDEBA.
- Cozman, Camilo (2018).** Los estilos de pensamiento en *Los heraldos negros*, de César Vallejo, *Bakhtiniana: Revista de Estudos do Discurso*, 13(1), 19–32.
- Courtine, Jean-Jacques (1981).** Analyse du discours politique (le discours communiste adressé aux chrétiens). *Langages*, 62, 19–128.
- Courtine, Jean-Jacques (1994).** Le tissu de la mémoire: quelques perspectives de travail historique dans les sciences du langage. *Langages*, 114, 5–12.
- Courtine, Jean-Jacques (2006).** *Metamorfoses do discurso político: derivas da vida pública*. Claraluz.
- Courtine, Jean-Jacques (2008).** Discursos sólidos, discursos líquidos: a mutação das discursividades contemporâneas. Sargentini, V. & Gregolin, M. (Orgs.). *Análise do discurso. Heranças, métodos e objetos* (pp. 11–19). Claraluz.
- Da Silva Catela, Ludmila y Jelin, Elizabeth (Comps.) (2002).** *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*. Siglo XXI.
- Eagleton, Terry (1997).** *Ideología*. Paidós.
- Lakoff, George y Johnson, Mark (1995).** *Metáforas de la vida cotidiana*. Cátedra.
- Maingueneau, Dominique (1984).** *Géneses du discours*. Mardaga.
- Maingueneau, Dominique (1987).** *Nouvelles tendances en analyse du discours*. Hachette.
- Perelman, Chaïm (1970).** *Le champ de l'argumentation*. Éditions de l'Université de Bruxelles.
- Perelman, Chaïm (1977).** *L'empire rhétorique. Rhétorique et argumentation*. Librairie Philosophique J. Vrin.
- Perelman, Chaïm y Olbrechts-Tyteca, Lucie (1989).** *Tratado de la argumentación. La Nueva Retórica*. Gredos.
- Vitale, María Alejandra (2015).** ¿Cómo pudo suceder? Prensa escrita y golpismo en la Argentina (1930–1976). EUDEBA.
- Vitale, María Alejandra (2016).** Memória retórico-argumentativa: Encontro entre Perelman e Pêcheux, *Linha D'Água*, 29(2), 156–172.
- Vitale, María Alejandra (2018).** Metáfora y analogía en un servicio de inteligencia policial de Argentina, *Metáfora. Revista de Literatura y Análisis del Discurso* 1, 1–10.

Towards a Rhetoric of No

Kendall R. Phillips · Syracuse University, USA

On January 6, 2021, angry protestors burst into the US Capitol Building and demanded a stop to the process of certifying the recently completed presidential election. While order was eventually restored, most Americans were shocked at the sight of angry citizens forcing their way past police and barriers and entering the center of the federal government. But, what was also surprising was the reaction of protestors once they had actually forced their way into the rotunda, hallways, and offices of members of the Congress. By most accounts, most wandered somewhat aimlessly. They took selfies by famous statues, they led short-lived chants in support of President Trump, who had encouraged the insurrection in an effort to overturn his massive loss in the recent national election. But, as Jill Lepore (2021) wrote in *The New Yorker*, calling the invasion of the Capitol an act of sedition, insurrection, or treason «risks elevating what looked to be a shambles: a shabby, clownish, idiotic, and aimless act of mass vandalism». At a moment when the mechanisms of federal authority were at their most vulnerable, many of the protestors who had invaded the Capitol Building evidently had no plan for exploiting this vulnerability. This was, as Lepore notes, not a coup or revolution, it was more of an angry shout into the systems of governance that had, at least in the minds of the protestors, become illegitimate and unacceptable. In the end, their protestations did not stop the certification of Joseph Biden as the 46th President of the United States and, indeed, if any-

thing the invasion of the Capitol Building moved the process forward with more speed as even opposition politicians felt the need to condemn the violent protest and vote to unify around the newly elected president.

It is perhaps telling that a similar expression of frustration and rage was heard at the beginning of the Trump presidency. On January 21st, 2017, one day after the inauguration of Donald J. Trump as the 45th US president, approximately 450,000 individuals, mainly women, assembled in the US Capitol to protest the results of the 2016 election. The Women's March was the largest single day protest in US history and the women in Washington were not alone. Reports suggest that there were more than 400 similar protests in cities across the United States – including one I attended in Syracuse, NY – and 168 protests in 81 other nations including one in Antarctica (see, Hartocollis & Alcindor: np). Responses to these protests were, of course, mixed. Many opposed to the ascension of the nation's 45th president saw in the march a new social movement growing as opposition to the populist right-leaning politics of the new U.S. president.

Many commentators, however, dismissed the 2017 protest march just as commentators would later dismiss the Capitol invasion of 2021. Dismissals of these protest took many forms. Some argued that the protests were not a timely engagement. The 2017 protest march was characterized as political «sour grapes» about an election that had already been decided. A similar charge was made against the protesting invaders of the Capitol Building who were seeking to disrupt a process whose conclusion had already been dictated by the vote in November and numerous failed legal efforts to overturn it. Others noted that the invading protestors in 2021 had no clear agenda or policy to move forward. They were simply, as Lepore put it, political «vandals». A similar charge was made against those marching in 2017. With no chance to change the results of either the election of 2016 or of 2020, one might ask, what were these protestors and marchers seeking to actually accomplish? Similarly, commentators objected to both groups that they were not even a coherent movement. Those invading the Capitol Building represented a jumble of right-wing interests ranging from white supremacists and anarchists to anti-Semites and even those who purported to support the police (even as their invasion led to the tragic death of one officer). The same charge was made against the 2017 protest march, which was criticized for failing to achieve a consensus about its aims (see, Vesoulis, n.p.).

Rather than move through the specifics of these critiques and their relation to and influence upon the march, I want to pause and consider them broadly. The essence of the criticisms were, in my mind, that:

1. The demonstrations were illegitimate because they did not constitute a timely intervention into actual politics – in both cases, the elections had already taken place;
2. The demonstrations were illegitimate because they did not represent a clear or coherent advocacy for new policies but were, instead, merely «anti–Trump» (in 2017) or «pro–Trump» (in 2021); and,
3. The demonstrations were illegitimate because they did not represent a cohesive consensus among participants.

By inversion, the protests, at least according to its critics, needed to be timely interventions, constitute clear positions, and craft genuine consensus among all those involved.

While this may seem like a tall order, I'd like to suggest that these standards of engagement, coherence, and consensus are commonly applied to protests as a means of dismissing their actions. The Occupy Wall Street Movement, a protest against multinational corporations and neoliberal governmental policies, was also dismissed for not working with the political system, for not creating a coherent platform, and for failing to develop a clear consensus among its disparate cities and members (Yangfang, 2012:251). These criticisms are also not solely leveled by conservatives towards liberal agendas. The Blair Government in the United Kingdom used almost exactly these standards to dismiss the 2003 anti–war march that saw some 750,000 people march through the streets of London insisting that Britain not support the US led war in Iraq (see, Fishwick, n.p.).

In what follows, I want to question these standards of engagement, coherence, and consensus. I do this not to dismiss them as irrelevant or even counterproductive –undoubtedly, it is beneficial at times for a social movement to engage in coherent and consensus–based advocacy– but I raise these concerns in order to ask whether these standards should always be applied to protests. To offer a simple example of what I mean – let us imagine that three people and I are together and Person A suggests we go eat lunch in a nearby cafe. Person B might object that it is too early to eat lunch. Person C might say that she ate at that cafe last night. I might complain that it is too far to walk. Given at least some of the standards above –coherence and consensus– we could be said to have failed to have successfully engaged in advocacy. So, this simplistic logic would suggest, we should eat at the cafe anyway. Or, in the real examples suggested above –we should support the newly inaugurated president, the continuation of market capitalism, and the war.

At stake here is my sense that in the real world of politics we have difficulty accounting for a simple refusal –people do NOT accept the election,

the economic system, or the war. Whether abstract or specific, a rejection of the status quo or a proposed policy seems tied to expectations of particular standards of advocacy. I want to suggest that rhetorical theory has done relatively little to provide a way of understanding such a simple refusal—a rhetoric of no. Of course, we have theories related to the notion of no as resistance to existing symbolic structures and social relations. Indeed, I suspect that a majority of studies of rhetoric in the United States over the past thirty years or so have been focused on some aspect of resistance, protest, and social movements. But, as I'll try to suggest over the next few minutes, these studies have consistently envisioned the act of refusing the existing social order, of saying no, as part of the rhetorical efforts at engagement, coherence, and consensus.

In this short chapter, I want to begin an exploration of this odd omission within theories of rhetoric, the neglect for a theory of no. As a first step, in the following pages, I want to examine some prominent examples of philosophical treatments of democracy and note the ways in which the question of «no» is largely erased. My focus is mainly on two prominent European philosophers (Habermas and Rancière) with whom I am most familiar. After examining these two theorists, I offer a brief note about the potential avenues for advancing a theory of no within postcolonial theory, particularly the work of Enrique Dussel. In the conclusion, I suggest that a theory of no is most likely to be advanced within rhetorical studies because no is, ultimately, a rhetorical concept.

Refusal in Philosophy

Let us begin with prominent theories of democracy within European philosophy. Europe has a long and complicated history of theorizing democracy and, while there are certainly problems with their conceptualizations of citizenship, rights, and deliberation, these theories have had significant influence on scholarship related to democratic rhetoric throughout the world. While the history of European approaches to democracy is too long and complicated to address here, in what follows I examine two contemporary theorists whose work relates to the intersection of communication and democratic practice and whose approaches can be thought of as operating on opposed poles of thinking: Jürgen Habermas, whose work centers on the problem of achieving rational consensus; and, Jacques Rancière, whose work centers on the role of dissension. While these two theorists are markedly different, what I hope to demonstrate is that each offers a similar way

of approaching the idea of simple refusal and that their perspectives help us to understand how the notion of no became entailed with obligations of engagement, coherence, and consensus.

Habermas and Consensus

Jürgen Habermas's work continues to have a substantial influence on our thinking about argumentation and rhetoric as it relates to the core question of the legitimation of democratic governance and social structures. His initial conception of the public sphere –derived in part from the historical rise of European bourgeoisie political culture in the eighteenth century– provided a bold template for evaluating democratic structures. This initial conception has been the subject of considerable criticism and debate and has led to a broad and evolving interest in the notion of the public sphere that has expanded and shifted to entail publics and counterpublics, networks of publicity, and reticulate public spheres made of up circulating publics.

Bracketing this broad and diverse set of theoretical nuances –including Habermas's own evolving thoughts on the topic– I want here to suggest that at the base of all these theories (including work by scholars like Robert Asen, Seyla Benhabib, Nancy Fraser, Gerard Hauser, and Christian Kock) the underlying premise of Habermas's conception of communicative action remains. As Habermas puts it, «communicative practice... is oriented towards achieving, sustaining, and renewing consensus –and indeed a consensus that rests on the intersubjective recognition of criticizable validity claims» (Habermas, 1997:17). Here engaged citizens proffer claims to their fellow citizens and in so doing offer these claims up to criticism as to their validity in relation to truth, sincerity, and rightness. In Habermas's theory, citizens bow to the force of the criticism of their claims and the validity of counter claims in an effort to achieve some understanding that can become the basis of a legitimate shared lifeworld – and hence governmental and social structures.

So, within this obviously crude rendering of Habermasian theory, where would we find the rhetoric of no? I'd like to suggest that «no» does function within the Habermasian conception of communicative action through the criticizability of the validity of claims. The key to Habermas's notion of the universal validity claims to any statement is that these claims can be questioned and challenged and in the process of challenging these claims and reaching mutually satisfactory statements, participants «overcome their merely subjective views and, owing to the mutuality of rationally motivated

conviction, assure themselves of both the unity of the objective world and the intersubjectivity of their lifeworld» (Habermas, 1997:10). So, in this conception we, as auditors of any given claim, are obligated to challenge the validity of claims and empowered to reject those claims that do not satisfy us. We can, in other words, say «no» to any claim that fails to appear valid to us.

But, if we examine a bit further, Habermas's implicit conception of no becomes more complicated. As he writes, «attempts can fail; consensus sought can fail to pass, the desired effect can fail to take place. But even the nature of these failures show the rationality of the expressions – failures can be explained» (Habermas, 1997:11). This failure, as Habermas notes in Vol. I of his *Theory of Communicative Action* is based explicitly on our capacity to say no, but note the basis of this capacity: «yes/no positions on validity claims mean that the hearer agrees or does not agree with a criticizable expression and *does so in light of reasons or grounds*; such positions are the expression of *insight or understanding*» (emphasis added, Habermas, 1997:38).

Unpacking these conditions for no suggests, at least to me, a reinscription of the problems noted earlier – the obligations that no entail engagement with those making the claim, coherence of our reasons for rejecting their claim, and the pursuit of a new consensus. It is clear from the overarching theory that the auditor who rejects the validity of a claim does so through a direct engagement with the speaker who is, in theory, able to seek to redeem their validity claim. It is also clear that the basis of no lies not in the simple capacity to reject but to do so «in light of reasons or grounds», which is to suggest a coherent basis for the rejection. Finally, and related, the failure of claims (which is to say claims that receive a «no») also provides the basis for further pursuit of consensus.

So, Habermas's conception of communicative rationality can be seen as inscribing the kinds of conditions on the simple no that, at least in my analysis, has prevented us from being able to understand and appreciate the rhetoric of no, the capacity for simple refusal. In the Habermasian logic, at least as I've sketched (or perhaps caricatured) it here – our capacity to reject/criticize the validity of a claim entails obligations to engage with the other speaker, to provide a coherent basis for the rejection, and to engage in the pursuit of a consensus on new, more valid, claims.

Rancière and Dissensus

As suggested, Jacques Rancière can be seen as almost diametrically opposed to the philosophical foundations of Habermas and his consensus-based conception of communication and politics. Rancière contends that consensus does not represent a pure, rational expression of the people but, rather, that the commonly sensed life world is the result of an enforced «distribution of the sense», which he defines as the *police*. This is not the heavily armed –at least in America– officers of the law but, rather, the discursive and material frames that seek to keep our commonly understood world both common and understood. Rancière argues: «The essence of the police lies neither in repression nor even in control over the living. Its essence lies in a certain way of dividing up the sensible» (2010:44).

In this conception, the commonly sensed lifeworld of Habermas is not an expression of the people's shared agreement but an enforced limitation on the capacity for sensing and understanding that establishes the basis of the world – its *arkhē*. The emergence of the *demos* of democratic theory comes not from engagement with this *arkhē* but from the moments when it is contested. As Rancière notes, «the people (*demos*) exists only as a rupture with the logic of *arkhē*, a rupture with the logics of commencement/commandment» (2010:41).

Politics, for Rancière, exists in opposition to the shared consensual lifeworld and, as such is not based on rationally achieved consensus but in the state of dissensus. As Rancière argues:

The essence of politics is *dissensus*. Dissensus is not a confrontation between interest or opinions. It is the demonstration (*manifestation*) of a gap in the sensible itself. Political demonstration makes visible that which has no reason to be seen; it places one world in another. (2010:46)

The notion of dissensus would appear, at least on the surface, to provide a potentially more productive path to understanding the rhetorical status of no. It is, after all, in the open contest between different senses of the world that Rancière locates politics and the possibility of democracy – at least as a temporary contestation of the sensible.

However, as with the Habermasian project, the Rancierian project also obscures the moment of no by moving past a refusal or rejection of the sensory distribution of the police and to the contest of divergent senses. Rancière writes: «Dissensus does not refer to a conflict of interests, opinions or values, but to the juxtaposition of two forms of the sensory imple-

mentation of collective intelligence» (Rancière: 88). Note here that the locus of dissensus is in the moment of juxtaposition between divergent «forms of sensory implementation». The rejection of the dominant «form» predicated on the introduction of an already developed divergent form.

So, once again, the prospects of refusing the symbolic system of society –of saying no– requires an engagement through juxtaposition and contestation –a rupturing of the dominant form of sensibility through the introduction of some divergent sense. Rancière arrives at a similar idea in his discussion of aesthetics and the function of art, which entails: «the idea of a sensible element torn from the sensible, of a dissensual sensible element» (181). Thus, there must be an engagement with the dominant – the police – as well as the development of a coherent alternative sense and, arguably, the creation of a consensus around the newly introduced «dissensual sensible element».

Where for Habermas the essence of politics was in working through a disagreement – for Rancière it is in the divergence of different agreements a dis/agreement. Or to draw from Protagoras – Habermas sees the promise of democracy in the *logoi* of the *dissoi logoi* where Rancière sees it in the *dissoi*. And yet, in both cases, those who diverge are asked to engage with the divergence of opinions, to provide coherent senses (or dis–senses), and to craft a new sense that can garner consensual agreement. In neither case do we have a way of understanding the rhetorical function of refusal except as a first step towards engagement, coherence, and consensus. Crucially, in both perspectives the idea of saying no is rendered as «no, because». It is this further obligation to provide reasons for one’s refusal that has erased the prospect of simple refusal and left us with no way to understand the moment when citizens simply say no. Or, more to the point, no way to analyze the moment when multiple voices say no for different reasons. In practical terms, we continue to be unable to grasp aspects of the jumble of voices who gathered in Washington in 2021 or 2017 or New York City in 2010 or London in 2003.

Postcolonial Possibilities: Enrique Dussel

European philosophy has failed me. There are, of course, numerous other paths through European philosophy other than Habermas and Rancière but I suspect that these other philosophical perspectives will leave me equally frustrated in developing an understanding of the rhetorical power and function of the simple no. It may be that European philosophy is too ensconced within its own white, northern, and Western privilege to think about the

frustrated cry of refusal. If northern privilege is the overarching barrier to understanding the act of simple refusal, then perhaps a path forward might be found in postcolonial theories from the global South and, indeed, I find some hope in the work of Enrique Dussel.

In a 2001 interview with Fernando Gómez, Dussel described the critical project of his philosophy as: «articulated when the negative effects of a system become intolerable for victims» and even argued that «when the situation is not intolerable, critical thinking has no possible ground or condition of possibility» (Gómez, 2001:21). In my mind, this sentiment resonates strongly with my interest in seeking to understand the moment when an intolerable system is no longer tolerated and when individuals and communities make the difficult choice to refuse the system, to say no.

So, I have much to learn from Dussel and others who are seeking a Philosophy of Liberation. I suspect a deeper meditation on the rhetorical function and power of no might be informed by and useful to those pursuing the critical projects of post-colonial and decolonial thought. In one of the foundational texts for postcolonial thought, Gayatri Spivak poses the question, «Can the subaltern speak?». Perhaps the answer is yes they can speak but that their first utterance is no.

Conclusion

Philosophy may, in the end, prove unhelpful and, if this is the case, it may be because that the simple refusal of no is not a philosophical position but a rhetorical act. To say no is to refuse one's symbolic place, to reject the persuasive means by which we are guided to behave, to believe, to conform. It is also a refusal to engage in the kind of persuasive advocacy that the system allows. While we often think of rhetoric primarily in these terms – the act of symbolically guiding people to judgment – it is important to remember that the first step of a rhetorical appeal is to disrupt our audience's prior understanding. American philosopher Henry Johnstone (1990), Jr. argued in an essay in the journal *Philosophy and Rhetoric*, that rhetoric serves as a «wedge» a tool to open a gap between what people currently believe and what we want to persuade them to believe. Of course, Johnstone, like others, combines this «wedge» action with a bridging that leads to the discussion of alternatives and new proposals. But, for our purposes, I want to isolate Johnstone's sense of rhetoric as wedge – as opening a gap in what we know of the world and our place in it; as a refusal of the common life world. This act of opening a gap in the common sense is, in my thinking, a crucial aspect of rhetoric.

My hope is that rhetorical scholars from around the globe might take up this question of no within their various national, cultural, and theoretical frameworks and, in so doing, push forward a conversation about what it means when people choose to simply refuse. In much of my work, I have sought to examine this possibility of dissension; a dissension not tied to some prior or future consensus but, rather, an act that fractures what exists and opens up a space where something new might emerge (Phillips, 1996). In my estimation, the step towards such an opening of possibility, what I've called elsewhere an «event of dissension», is to reject what is already sensible and agreed upon before having already settled upon what comes next (Phillips, 2015). In order to understand how we can say something new, to become something different, we must first understand how we say to no to what has been said and who we were.

This is not purely an academic question. Perhaps the greatest difficult facing global politics at the present moment is the seeming impossibility of simply saying no. We live in a world where the growing environmental crisis is being met with even greater calls to exploit the environment. Many in the United States want to remove more and more of the regulations designed to slow climate change; the President of Brazil seems to insist upon the right to destroy the Amazon rain forests; the growing global catastrophe of displaced persons is met with heightened calls for restricted borders. When the global pandemic ravaged much of the globe, citizens of the world were forced to rely upon the promises of vaccines from a medical and pharmaceutical system that was inextricably tied into systems of global capital and profit. Even in the midst of multiple and overlapping global crises, we seem incapable of even imagining a world without the systems that have brought the crises into existence in the first place. The global system of capitalism and technology are so pervasive and inevitable that we as citizens of our nations and residents on this planet can scarcely imagine any alternatives. How can we have hope for something new if we cannot refuse those things that have held us down?

Bibliographic references

- Fishwick, Carmen (2016, July 8).** We were ignored: Anti-War protesters remember the Iraq War marches. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/uk-news/2016/jul/08/we-were-ignored-anti-war-protesters-remember-the-iraq-war-marches>
- Gómez, Fernando (2001).** Ethics is the original philosophy; or, the barbarian words coming from the third world: An interview with Enrique Dussel. *Boundary 2*, 28(1), 19–73.
- Habermas, Jürgen (1997).** *The Theory of Communicative Action, Vol I: Reason and the Rationalization of Society*. Polity Press.
- Hartocollis, Anemona & Alcindor, Yamiche (2018).** Women's March highlights as huge crowds protest Trump, *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2017/01/21/us/womens-march.html>
- Johnstone, Jr, Henry (1990).** Rhetoric as a wedge: A reformulation. *Rhetoric Society Quarterly*, 20(4), 333–338.
- Lepore, Jill (2021).** What should we call the sixth of January? *The New Yorker*, 18.
- Phillips, Kendall R. (2015).** The Event of dissension: Reconsidering the possibility for dissent. *Quarterly Journal of Speech*, 101, 60–71.
- Phillips, Kendall R. (1996).** The spaces of public dissension: Reconsidering the public sphere. *Communication Monographs*, 63, 231–248.
- Rancière, Jacques (2010).** *Dissensus: Politics and Aesthetics*. Bloomsbury.
- Spivak, Gayatri (1999).** *Can the Subaltern Speak?* Harvard University Press.
- Vesoulis, Abby (2019).** Women first marched to challenge Trump. *Time*. <https://time.com/5505787/womens-march-washington-controversy/>
- Yangfang, Tan (2012).** A review of the «Occupy Wall Street» Movement and its global influence. *International Critical Thought*, 2(4), 247–254.

5. Retórica y figuración

Razones imaginadas. Introducción a la argumentación visual¹

Hubert Marraud · Universidad Autónoma de Madrid

La argumentación visual es un campo de investigación en teoría de la argumentación que gira en torno al papel de las imágenes en la argumentación. Si hubiera que fijar una fecha de nacimiento para este campo, la fecha elegida podría ser 1996, año en el que Leo Groarke publicó «Logic, art and argument» en *Informal Logic* y en el que coeditó con David Birdsell un número monográfico doble de *Argumentation and Advocacy* consagrado a la argumentación visual. A partir del año 2010, aproximadamente, el campo de la argumentación visual se ha ampliado a la argumentación multimodal, que incluye el estudio del papel de los elementos no verbales en la argumentación.

Groarke (2002) distingue tres papeles que las imágenes pueden desempeñar en un argumento:

1. Algunas imágenes acompañan a los argumentos sin desempeñar un rol argumentativo o suasorio.
2. En otros casos, el trasfondo visual de un argumento persigue facilitar la captación o la comprensión del argumento en un determinado sentido; Groarke habla entonces de reclamo visual (*visual flag*).

¹ Esta investigación ha sido financiada por FEDER/ Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, Agencia Estatal de Investigación, dentro del Proyecto Prácticas argumentativas y pragmática de las razones (Parg Praz), número de referencia PGC2018-095941-B-I00.

3. Finalmente, las imágenes pueden ser usadas para realizar actos de habla o de comunicación (como describir, recomendar una acción, adquirir un compromiso o expresar un estado de ánimo).

La tercera es la categoría más importante. Groarke distingue dentro de ella las metáforas visuales, las imágenes simbólicas, y las pruebas o evidencias.

Hay consenso en considerar que solo puede hablarse propiamente de argumentación visual cuando las imágenes se usan para realizar actos de habla —es decir, para aseverar algo, hacer una recomendación, adquirir un compromiso o expresar un estado de ánimo. Este consenso se refleja y se apoya al mismo tiempo en lo que se puede considerar la definición estándar de argumento visual: «Los argumentos visuales proponen premisas y conclusiones que son expresadas, total o parcialmente, por medios visuales (no verbales)» (Groarke, 2009:230; traducción propia).

Una vez que disponemos de una definición podemos preguntarnos si realmente existen argumentos visuales: ¿existen argumentos en los que las premisas o la conclusión se expresen visualmente? Como la respuesta dependerá en buena medida de lo que se entienda por argumentar y por argumento, habrá que aclararlo antes de intentar responder a esa pregunta.

Argumentos e inferencias

Por *argumentar* entenderé presentar algo a alguien como una razón para otra cosa, y por *argumento* (simple) la unidad mínima autónoma de argumentación, que según se desprende de la definición precedente está formada por la combinación de algo que expresa una razón y de otra cosa que expresa aquello para lo que es una razón —o, usando la terminología tradicional, por unas premisas y una conclusión.

A la hora de abordar la cuestión de si hay argumentos visuales es importante distinguir argumentar de inferir y razonar. De acuerdo con la definición precedente, argumentar pone en juego una relación cuaternaria: alguien₁ presenta a otro₂ algo₃ como una razón para otra cosa₄. Por inferencia hay que entender la extracción de una conclusión a partir de un conjunto de datos o evidencias; se trata, pues, de un proceso psicológico de formación de creencias, actitudes, planes o intenciones. La descripción de las inferencias pone en juego una relación ternaria, cuyos términos son un agente₁, un conjunto de datos₂ y una conclusión₃. Finalmente, un razonamiento es una inferencia consciente, por lo que podríamos decir que es una inferencia reflexiva. Con la conciencia del paso de las premisas a la conclu-

sión aparecen las razones porque quien infiere algo conscientemente es responsable de su acción. Dicho de otro modo, las inferencias no conscientes se hacen o no se hacen, pero las inferencias conscientes se pueden hacer correcta o incorrectamente.

Nadie duda de que se hagan inferencias a partir de imágenes, ni de que se puedan usar imágenes para inducir a alguien a hacer una inferencia.



Figura 1

Aunque la Figura 1 parece claramente concebida para un uso suasorio, es decir, para inducir una creencia, una intención o una actitud en el destinatario, no parece argumentativa porque no se busca que el destinatario razone; es decir, que evalúe la inferencia que se le propone. Aunque no faltará quien alegue que estamos ante un argumento incompleto en el que no se hace explícita la conclusión, ante un entimema, parece muy poco plausible que alguien pretenda que la percepción de esta imagen sea *una razón* para creer que la comida de McDonald's es sana.

Un argumento es algo más que un vehículo para la persuasión. Presentar algo es hacerlo público o manifiesto, ponerlo en presencia de alguien, de manera que quien intenta persuadir por medio de razones intenta además que el destinatario se de cuenta de que eso es precisamente lo que se pro-

pone, de que capte las razones con las que se le quiere convencer y pueda someterlas a escrutinio crítico. En este sentido argumentar, como dice Ralph H. Johnson, es un ejercicio de racionalidad manifiesta. Esto es, quien argumenta busca que el destinatario se de cuenta de que está intentando convencerle de algo y de cómo está intentando convencerle. En esto consiste usar razones para persuadir.

Otro uso reconocido de las imágenes que presenta algunas semejanzas con la argumentación son las instrucciones. Compárense a este respecto las dos situaciones siguientes (Figura 2):



Figura 2a



Figura 2b

La Figura 2a transmite una instrucción, y es comparable a un condicional (Si hay un incendio, entonces no use el ascensor), mientras que en la viñeta (Figura 2b) el jefe de bomberos Michael O'Halloran (interpretado por Steve McQueen en *Infierno en la torre*) transmite un argumento (Hay un incendio, por tanto no use el ascensor). El efecto pretendido en el destinatario en uno y otro caso es totalmente distinto: informar en el primero e inducir la intención de actuar de una cierta manera en el segundo.

Indicadores de argumentación

En la argumentación verbal nos servimos de una serie de dispositivos convencionales, como los conectores argumentativos (por tanto, porque, dado que, por consiguiente, así pues, etc.), la disposición de los enunciados, el uso de signos de puntuación y patrones entonación, para indicar que estamos presentando verbalmente algo como una razón para otra cosa. En una carta al director de La Nación,² el lector Rafael E. Madero argumentaba que en Argentina «no deberíamos excluir a los menores de las cámaras de reconocimiento facial para búsqueda de prófugos, porque los pibes chorros pueden tener edades por debajo de los 10 años». La estructura *tesis* porque *razón* que usa Madero puede ser reemplazada por otros dispositivos, como se muestra a continuación (con los indicadores de argumentación en negrita):

a. En Argentina los pibes chorros pueden tener edades por debajo de los 10 años; **por tanto**, no deberíamos excluir a los menores de las cámaras de reconocimiento facial para búsqueda de prófugos [*razón* por tanto *tesis*].

a. En Argentina no deberíamos excluir a los menores de las cámaras de reconocimiento facial para búsqueda de prófugos: los pibes chorros pueden tener edades por debajo de los 10 años [*tesis* dos puntos *razón*].

a. En Argentina los pibes chorros pueden tener edades por debajo de los 10 años, **así que** no deberíamos excluir a los menores de las cámaras de reconocimiento facial para búsqueda de prófugos [*razón* así que *tesis*].

a. En Argentina no deberíamos excluir a los menores de las cámaras de reconocimiento facial para búsqueda de prófugos. Los pibes chorros pueden tener edades por debajo de los 10 años [*tesis* punto y seguido *razón*].

a. **Dado que** en Argentina los pibes chorros pueden tener edades por debajo de los 10 años, no deberíamos excluir a los menores de las cámaras de reconocimiento facial para búsqueda de prófugos [Dado que *razón* coma *tesis*].

¿Pueden las imágenes presentar la complejidad estructural requerida para hacer manifiesto que algo es una razón para otra cosa? ¿Existe algo parecido para dar o insertar en una estructura argumentativa explícita a las imágenes? Algunos ejemplos ayudarán a centrar la discusión. Ejemplo 1 (Figura 3a y 3b):

² «Menores y delito», 12/10/2020, <https://www.lanacion.com.ar/opinion/carta-de-lectores/de-lectores-cartas-e-mails-nid2476726>



Figura 3a



Figura 3b

El cartel de la imagen de la Figura 3a se asemeja por su forma, colores y colocación a la señal de tráfico de la Figura 3b. Por ello el destinatario espera encontrar en ese soporte un directivo (una advertencia, por ejemplo). Sin embargo, lo que aparece, «Un chicle tarda en desaparecer cinco años» y «Pensar en la papelera es un segundo», son aserciones que dan información fáctica. Un modo de resolver esta aparente contradicción es interpretar esas dos aserciones como premisas de las que hay que extraer una conclusión directiva: tire los chicles a la papelera, por ejemplo.

En este primer ejemplo los elementos visuales (forma, color, colocación) funcionan como indicadores de argumentación. Según la definición canónica de Groarke, para que un argumento sea visual las imágenes deben servir para expresar total o parcialmente, las premisas o la conclusión. Aquí los elementos visuales sirven para reconocer los enunciados explícitos en el cartel como premisas de un argumento, y partir de ese reconocimiento identificar la conclusión no explícita. Por tanto, si aplicamos literalmente la definición de Groarke, no estaríamos ante un genuino argumento visual. No obstante, creo que en realidad este ejemplo recomienda una ampliación de la definición de Groarke: En un argumento visual hay algún elemento (premisas o conclusión) que es expresado, total o parcialmente, o identificado como premisa o como conclusión por medios visuales.

Ejemplo 2:

«Un posible y potente mediacane para fin de septiembre de 2018».

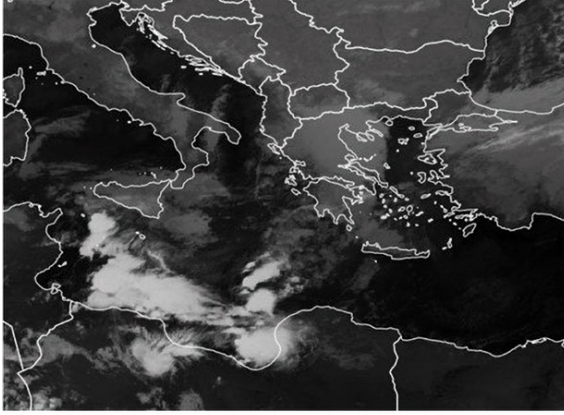


Imagen IR del 26 de sept. 2018 03 UTC donde se muestra la zona germén convectiva con una baja relativa poco definida en el norte de Libia que se podría experimentar una ciclogénesis mediterránea para los próximos días y dar lugar a un mediacane [ciclón mediterráneo cuasi tropical]. EUMETSAT

Figura 4. En la publicación se incluye una imagen infrarroja (IR), aquella que es tomada por un satélite en el canal o banda infrarroja. Las longitudes de onda IR, a las que son sensibles los sensores u ojos térmicos del satélite, son del orden de los 10–12 micrómetros. En esa zona del espectro electromagnético el ojo IR del satélite detecta estructuras nubosas, terrestres o marítimas que emiten señales en esas longitudes de onda.

La conclusión se enuncia en el titular, «Un posible y potente mediacane para fin de septiembre de 2018» (Figura 4),³ y se sustenta en la evidencia proporcionada por la imagen, que no obstante requiere una explicación verbal, que viene a continuación y aclara la interpretación de la imagen. En esta ocasión la disposición de texto e imagen se parece a la paráfrasis (d) del argumento de Rafael E. Madero, [*tesis punto y seguido razón*].

Este segundo ejemplo corresponde a lo que he denominado (Marraud, 2018) «argumento por ostensión». En un argumento visual por ostensión se señala una imagen como evidencia que apoya una conclusión, de manera que se pretende que la percepción de la imagen es una razón para aceptarla.

³ «Un posible y potente mediacane para fin de septiembre de 2018». Tiempo.com 26/09/2018. <https://www.tiempo.com/ram/464171/un-posible-y-potente-mediaca-ne-para-fin-de-septiembre-de-2018/>

Por tanto, la ostensión de la imagen funciona como premisa, y se presenta la imagen como una razón para la conclusión.

Ejemplo 3: En *El Norte de Castilla*, un periódico editado en Valladolid, se publicó (en página par) el 2/10/2018 este anuncio (Figura 5), en el contexto de una polémica sobre si se debe autorizar la apertura de una mina de uranio en Retortillo (Salamanca).



Figura 5

En esta ocasión el argumento, enteramente verbal, ocupa la esquina inferior derecha, y puede parafrasearse como: la apertura de la mina de uranio creará empleo seguro y sostenible; por tanto, di sí a la mina. La imagen proporciona aquí un trasfondo visual que supuestamente facilita la captación o la comprensión del argumento —aunque como veremos en su momento en realidad es un instrumento de persuasión que funciona, con respecto al argumento explícito, en un segundo plano. Por tanto, la imagen no contribuye a expresar las premisas o la conclusión del argumento, y de acuerdo con la definición canónica de Groarke no sería, propiamente, un argumento visual.

Tests de argumentación visual

Se podría alegar que los ejemplos precedentes solo son argumentos visuales en parte, puesto que todos ellos usan una combinación de imágenes y frases. Obsérvese a este respecto que en el segundo y más claro ejemplo las imágenes intervienen en la expresión de las premisas, pero no en la expresión de la conclusión, que es enteramente verbal. Se pueden distinguir a este respecto los argumentos puramente visuales, formados exclusivamente por imágenes (si es que existen) y argumentos heterogéneos, que combinan recursos visuales y verbales (Barceló, 2012). Obviamente, los ejemplos precedentes lo son de argumentos heterogéneos.

La definición estándar de argumento de Groarke (los argumentos visuales proponen premisas y conclusiones que son expresadas, total o parcialmente, por medios visuales) da cabida tanto a los argumentos puramente visuales como a los heterogéneos. Varios autores son partidarios de precisar la definición de Groarke, exigiendo que las imágenes desempeñen un papel esencial, en algún sentido, para poder considerarlo un argumento visual. Este requisito adicional lleva a algunos autores a quitar importancia a los elementos visuales, alegando que la argumentación visual depende siempre de la argumentación verbal, o incluso a negar que, hablando con propiedad, existan argumentos visuales.

«La argumentación exige el uso del lenguaje. (...) los medios no verbales de comunicación nunca pueden reemplazar completamente a los verbales: la argumentación sin el uso del lenguaje es imposible» (van Eemeren, Grotendorst & Kruijer, 1984:3; traducción propia)

Ralph Johnson (2005) ha propuesto un test para identificar argumentos visuales, basado en la idea de que los argumentos visuales son aquellos en los que las imágenes desempeñan un papel esencial.

«Si, cuando se elimina el texto deja de estar claro si hay un argumento o no, o cuál es el argumento, el mensaje⁴ no es un argumento visual» (Johnson:3-4).

Veamos el resultado de aplicar el test de Johnson a nuestros tres ejemplos; las imágenes hablan —o callan— por sí mismas (Figura 6).

⁴ «Las unidades comunicativas son mensajes, donde un mensaje es una combinación de un contenido informacional y un modo de presentación» (Godden, 2013:6, traducción propia).

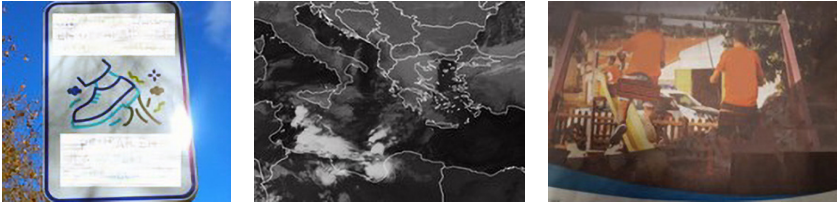


Figura 6

El test de Johnson está concebido para aislar a aquellos argumentos en los que *solo* los elementos visuales desempeñan un papel esencial, y por eso no puede hacer justicia a los argumentos heterogéneos, en los que tanto los elementos visuales como los verbales pueden desempeñar un papel esencial. En el caso de los argumentos heterogéneos, lo que parece razonable pedir es que haya elementos visuales que desempeñen un papel esencial. En Marraud (2016) he propuesto un test alternativo al de Johnson, que pretende capturar esta idea

Si se pueden eliminar los elementos visuales y lo que queda sigue pudiendo verse como un argumento, entonces el argumento no es visual. Si, cuando se eliminan los elementos visuales deja de estar claro que haya un argumento o de qué argumento se trata, entonces el mensaje es un argumento visual. (Maraud, 2016:24)

Este es el resultado de aplicar mi test a los ejemplos que venimos considerando:

2. Un chicle tarda en desaparecer cinco años. Pensar en la papelera es un segundo.
3. Es tuyo. Cuidalo.
4. Un posible y potente medicane para fin de septiembre de 2018. En una imagen IR del 26 de sept. 2018 03 UTC se muestra la zona germen convectiva con una baja relativa poco definida en el norte de Libia que podría experimentar una ciclogénesis mediterránea para los próximos días y dar lugar a un medicane.
5. Berkeley minera. Creando empleo seguro y sostenible. Sí a la mina.

El alcance y la adecuación de mi criterio dependen de lo que se entienda por «eliminar». La dependencia de los elementos visuales se puede entender por lo menos de dos maneras distintas:

1. En un genuino argumento visual hay componentes visuales que no se pueden quitar sin que deje de haber un argumento.
2. En un genuino argumento visual hay componentes visuales que no pueden ser sustituidos sin pérdida por elementos verbales.

En esta segunda interpretación la noción de pérdida es crucial. Por ejemplo, en el primero de los ejemplos que venimos considerando, ¿qué se pierde al sustituir el soporte de la señal por la frase «Hay que tirar los chicles a una papelera» o alguna otra parecida? Y en el tercero, ¿qué se pierde al sustituir la (ostensión de la) imagen infrarroja por la descripción de lo que puede verse en ella? Parece que en el primer caso se puede perder fuerza suasoria y en el segundo fuerza probatoria (el tercer ejemplo se analizará más adelante). En este sentido, en el primer caso la pérdida es retórica y en el segundo lógica.

Persuasión y manipulación

La cuestión de lo que se gana y lo que se pierde al sustituir elementos visuales por elementos verbales, o viceversa, nos lleva a otras dos polémicas en teoría de la argumentación visual. La primera es si la argumentación verbal y la argumentación visual difieren significativamente por los estándares por los que deben ser evaluadas. La segunda es la relación entre persuasión y manipulación visual. Empezaré por la segunda.

Quienes son hostiles a la idea de argumentación visual alegan que los elementos visuales, como las imágenes, no presentan razones, sino que influyen o persuaden, muchas veces de forma subrepticia y manipuladora. Según esta posición, la persuasión con imágenes no es argumentación, sino un tipo inconsciente e irracional de persuasión psicológica.

muchos anuncios tienen la apariencia de argumentos. Parecen premisas que llevan a una conclusión y ejercicios de persuasión racional. De hecho, nos adherimos a la escuela que mantiene que es mejor ver la publicidad como una forma de persuasión psicológica —un intento de usar estrategias psicológicas para implantar el nombre del producto en nuestras mentes inconscientes. Por consiguiente, criticar la publicidad como una forma de argumentación es un error. Aprender a descodificar anuncios y a ser consciente de las estrategias que usan los publicistas es más útil que buscar falacias en las argumentaciones. (Johnson & Blair, 1994:224–225; traducción propia)

Me llama la atención que mientras que la publicidad visual de las revistas y la televisión a menudo se presenta a sí misma como persuasión más o menos racional que trata de influir en nuestras preferencias y acciones, lo que de hecho sucede es que en los anuncios más efectivos es que la influencia real se consigue por medio de lo que está oculto detrás de esta fachada de racionalidad. (Blair, 2012:276; traducción propia)

Muchos anuncios impresos que combinan textos con fotografías u otras imágenes usan el texto para transmitir un argumento manifiesto, mientras disimulan el hecho de que lo visual provee la identificación afectiva, psicológica, y así hace el verdadero trabajo de venta. Es un astuto trile: para disipar las sospechas de una venta irracional, nos enseñan un cubilete (aparentemente) racional, que nos deja inermes, haciéndonos vulnerables al cubilete no racional oculto. Naturalmente, si el argumento (verbal o visual) vende por sí mismo o refuerza las identificaciones no argumentativas de las imágenes, tanto mejor. (Blair, 2012:216, traducción propia)

Nuestro primer ejemplo (Figura 3) proporciona una ilustración relativamente inocente de lo que quiere decir Blair. Prestemos ahora atención al dibujo, desdeñando el texto que lo acompaña. El mensaje que transmite —apoyándose en la leyenda— es que si se tiran los chicles al suelo, podemos pisarlos y quedar pegados al suelo, sin que sea fácil despegarse. De esta manera la combinación del dibujo con el texto invita a hacer una inferencia que puede representarse así:

Si se tiran los chicles al suelo, puedes pisarlos y quedarte pegado,
y después puede ser difícil despegarse

Por tanto

Se deben tirar los chicles a una papelera

Esta inferencia viene a reforzar, en un cierto sentido, la inferencia propuesta por el argumento verbal:

Un chicle tarda en desaparecer cinco años. Pensar en la papelera es un segundo

Por tanto

Se deben tirar los chicles a una papelera

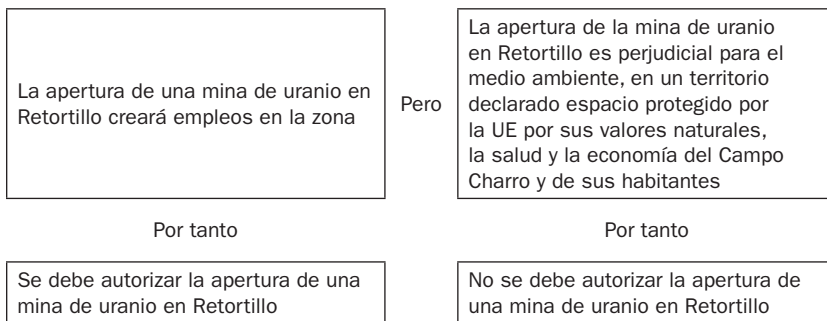
Aunque la conclusión es la misma, el fundamento de las razones aducidas es totalmente distinto: el argumento verbal apela a la conservación del medio ambiente, y por tanto al interés general, mientras que la inferencia inducida por medios no verbales lo hace al interés personal. ¿Cuál de los dos es más eficaz para disuadirnos de tirar los chicles al suelo? ¿Cuál de los dos es más «presentable»?

Nuestro tercer ejemplo es menos inocente, y se sitúa dentro de la polémica en curso acerca de si se debe conceder a Berkeley Minera autorización para abrir una mina de uranio en Retortillo (Salamanca). Para ponernos en situación, veamos una noticia aparecida en un periódico local.

El colectivo [la Plataforma Stop Uranio] insiste en que quienes viven en la zona del Campo Charro tienen muy claro que la instalación radiactiva proyectada [una mina de uranio en Retortillo] es perjudicial para el medio ambiente, la salud y la economía de esta tierra y de sus habitantes. «El argumento falaz del empleo que se creará no puede servir de excusa para destrozar un territorio que ha sido declarado espacio protegido por la Unión Europea debido a los valores naturales que atesora», sentencia.

«Stop Uranio» se concentra este 19 de agosto contra la mina de Berkeley». (*La Tribuna de Salamanca* 19/08/2017)

En este párrafo, que refleja básicamente el punto de vista de la plataforma Stop Uranio, se ponderan dos argumentos, uno a favor y otro en contra de la concesión de la licencia de apertura de la mina:



El argumento de la izquierda es usado por Berkeley Minera y el de la derecha por Stop Uranio, que además le atribuye más peso que al primero, como indica el conector «pero».

Examinemos ahora el anuncio de Berkeley Minera en *El Norte de Castilla* (Figura 5). Teniendo en cuenta dónde y cómo se publicó este anuncio, su recorrido de lectura remite al modelo occidental de escritura. En ese modelo la lectura se basa en el recorrido ocular oblicuo (en Z) que comienza en la parte superior izquierda de la página para acabar en la inferior derecha. Según Adam y Bonhomme (2000:94) esa estructura en Z divide la página en dos espacios de potencial desigual mediante una diagonal. La parte izquierda es una zona de sombra o lectura mínima; la parte derecha es la zona de atracción o lectura máxima. Pues bien, como puede verse, en la parte derecha, conscientemente percibida del anuncio, aparece, expresado verbalmente y formulado casi del mismo modo, el argumento de Berkeley a favor de la apertura de la mina que ya conocemos:

La apertura de una mina de uranio en Retortillo creará
empleo seguro y sostenible en la zona

Por tanto

Se debe autorizar la apertura de una mina de uranio en Retortillo

En la parte izquierda del anuncio, en una zona de penumbra y por tanto de percepción menos consciente, aparece un elemento extraño: un vehículo de la Guardia Civil. Se espera que la percepción de esa imagen, asociada con la seguridad, lleve al destinatario a inferir (es decir, a formarse la creencia) de forma inconsciente que la mina de Retortillo es segura —contra de lo afirmado por quienes se oponen a su apertura.

Nuestro tercer y último ejemplo de manipulación visual tiene que ver con el uso de gráficos en la argumentación política, y por tanto con un tipo de argumento por ostensión. El 20 de junio de 2016 Pablo Casado, por entonces vicesecretario general de comunicación del partido gobernante, mostró un gráfico en un debate a siete en TVE (Figura 7) para demostrar que el gasto social había crecido progresivamente desde 2011.⁵

En el gráfico había un burdo error (o manipulación, según se entienda) de la que muchos se dieron cuenta enseguida: la cantidad invertida por el gobierno en 2014 y 2015 era inferior a la de 2013, a pesar de que las barras del gráfico seguían creciendo. Lo hacían además sin ninguna proporción: todas

⁵ La información está tomada del artículo de Jaime Rubio Hancock, «Consejos para no dejarte engañar por un gráfico (como el de Pablo Casado)», publicado en *El País-Verne* el 21/06/2016, y accesible en https://verne.elpais.com/verne/2016/06/21/articulo/1466492891_470080.html



Figura 7



Figura 8

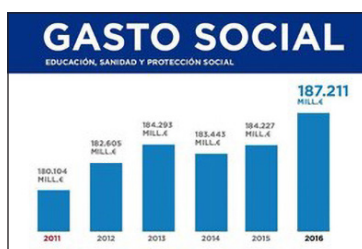


Figura 9

las barras mostraban el mismo incremento respecto al año anterior, con independencia de la relación entre las cifras. El gráfico también lo publicó la cuenta de Twitter del Partido Popular (Figura 8). El PP borró el tuit y publicó una versión corregida (Figura 9).

En la nueva versión (Figura 9) no hay un eje que indique la escala y por eso parece que la barra de 2016 es tres veces mayor a la de 2011 cuando el crecimiento es de solo un 3,9 %, siempre según los datos de Casado.

Comparemos ahora, simplificándolos, el argumento basado en la versión corregida del gráfico («El gasto social ha subido desde 2011: mira el gráfico») con su versión verbal:

En 2011 el gasto social fue de 180 104 millones de euros y cinco años después, en 2016, es de 187 2011 millones de euros

Por tanto

El gasto social ha crecido desde 2011

¿Cuál de las dos versiones es más convincente?

Cómo evaluar los argumentos visuales

El contraste entre las dos versiones del argumento de Casado nos lleva a la cuestión de si los argumentos visuales han de evaluarse con los mismos estándares lógicos que los argumentos convencionales, verbales. Godden (2013) llama «no revisionismo normativo» a la tesis de que los argumentos visuales no difieren radicalmente de los argumentos verbales y por consiguiente no se necesitan normas o métodos especiales para su evaluación, y «revisionismo normativo» a la tesis de que «hay criterios distintivos para la evaluación de los argumentos visuales, que son independientes, e irreductibles a, los criterios de evaluación de los argumentos no visuales» (Godden, 2013:4). La posición dominante es el no revisionismo, defendido entre otros autores por Blair y Godden, mientras que Michael Gilbert (1997) es casi el único defensor del revisionismo normativo.

Godden (2013:7) ofrece un argumento no revisionista que discurre así: argumentar es presentar razones y lo característico de los argumentos visuales es que lo hacen usando imágenes. Desde un punto de vista lógico, un buen argumento es el que ofrece una buena razón para su conclusión. Los estándares para la evaluación de razones no se ven afectados por el modo de presentarlas (verbal o visual). Por tanto, los argumentos visuales no requieren normas de evaluación especiales.

En definitiva, Godden y los no revisionistas mantienen que el modo de presentación de las razones influye en su fuerza suasoria pero no en su fuerza probatoria. Esto queda aún más claro en la esquematización de su argumento que ofrece Godden (7–8):

- p1. Argumentar es presentar razones.
- p2. Evaluar la calidad racional de los argumentos es evaluar la fuerza probatoria de sus razones.

P3. La fuerza probatoria de las razones no varía según la manera de presentarlas o el modo de expresarlas.

Por tanto,

c. los argumentos visuales no exigen revisar nuestras teorías normativas de los argumentos.

Gilbert (1997:80–88) rechazaría P3, según Godden, puesto que para él el contenido depende del modo de presentación, y por consiguiente también lo son los componentes normativos de los argumentos y, dando un paso más, las propiedades normativas de los argumentos.

El examen de las dos versiones del argumento de Casado parece favorecer el revisionismo. La cuestión es si los argumentos A y B tienen las mismas propiedades lógicas.

El gasto social ha subido desde 2011: mira el gráfico de la Figura 9, y

En 2011 el gasto social fue de 180 104 millones de euros y cinco años después, en 2016, es de 187 201 millones de euros; por tanto, el gasto social ha crecido desde 2011.

Sin entrar ahora en detalles, las propiedades lógicas de los argumentos se ponen de manifiesto a través de la contraargumentación. En Marraud (2019) he distinguido tres formas básicas de contraargumentación:

- la objeción, que consiste en argumentar que alguna de las premisas es falsa o dudosa,
- la recusación, que consiste en argumentar que las premisas no expresan una razón para la conclusión, y
- la refutación, que consiste en argumentar que las premisas expresan una razón demasiado débil para la conclusión.

A primera vista parece que el argumento A, la versión visual, tiene una primera falsa o dudosa, mientras que el argumento B, la versión íntegramente verbal, está libre de ese defecto, pero da una razón débil para justificar que el gasto social ha crecido desde 2011. Es decir, parece que el argumento visual es objetable e irrefutable, mientras que el argumento verbal es inobjetable y refutable. Si fuera así, esos dos argumentos diferirían por sus propiedades lógicas, como mantiene el revisionismo.

Otros temas para el debate

Este artículo ha pretendido ser una introducción al campo de la argumentación visual. He presentado algunos de sus debates centrales, pero otros han quedado fuera. De estos mencionaré tres para acabar:

1. ¿Las imágenes pueden ser, en algún sentido, falsas o verdaderas? (algo implícito en nuestro análisis de la argumentación de Casado).

2. ¿Los argumentos visuales pueden combinarse entre sí para formar argumentaciones (es decir, argumentos complejos) por encadenamiento, conjunción disyunción, etc.? Y sobre todo, ¿se puede contraargumentar visualmente, es decir argumentar que otro argumento, visual o convencional, no es concluyente?

3. En la discusión precedente de la argumentación visual han aparecido consideraciones retóricas y lógicas, pero no dialécticas —es decir, relativas a las reglas procedimientos que rigen los intercambios argumentativos. ¿Difieren significativamente los argumentos visuales de los argumentos convencionales en cuanto a sus condiciones de uso?

Referencias bibliográficas

- Adam, Jean-Michel y Bonhomme, Marc (2000).** *La argumentación publicitaria*. Cátedra.
- Barceló, Axel (2012).** Words and Images in Argumentation. *Argumentation*, 26(3): 355–368.
- Blair, J. A. Anthony (Ed.) (2012).** The rhetoric of visual arguments. En *Groundwork in the theory of argumentation* (pp. 261–280). Springer.
- Eemeren, Frans van, Grootendorst, Rob y Tjark, Kruijer (1984).** *The Study of Argumentation*. Irvington.
- Gilbert, Michael (1997).** *Coalescent argumentation*. Lawrence Erlbaum.
- Godden, David (2013).** On the norms of visual argument. En Mohammed, Dima y Lewinski, Marcin (Eds.). *Virtues of Argumentation. Proceedings of the 10th international conference of the Ontario Society for the Study of Argumentation (OSSA)* (pp. 1–13), 22–26 de Mayo de 2013. OSSA.
- Groarke, Leo (1996).** Logic, art and argument. *Informal Logic*, 18, 105–129.
- Groarke, Leo (2002).** Towards a pragma-dialectics of visual argument. En Eemeren, Frans van (Ed.). *Advances in pragma-dialectics* (pp. 137–151). Sic Sat and Vale Press.
- Frans van (2009).** Five theses on Toulmin and visual argument. En Eemeren, Frans van y Garssen, Bart (Eds.). *Pondering on problems of argumentation* (pp. 229–239). Springer.
- Johnson, Ralph H. (2005).** Why «Visual Arguments» aren't Arguments. En Hansen, Hans Vilhelm, Tindale, Christopher, Blair J. Anthony y Johnson, Ralph (Eds.). *Informal Logic at 25*, University of Windsor, CD-ROM.
- Johnson, Ralph y Blair, J. Anthony (1994).** *Logical self-defense*. McGraw Hill.
- Kjeldsen, Jens E. (2015).** The Study of Visual and Multimodal Argumentation. *Argumentation*, 29, 115–132.
- Marraud, Hubert(o) (2016).** The Role of Ostension in Visual Argumentation. *Cogency* 8(1), 21–41.
- Marraud, Hubert(o) (2018).** Arguments from Ostension. *Argumentation*, 32(3), 309–327.
- Marraud, Hubert(o) (2019).** On the logical ways to counter an argument: A typology and some theoretical consequences. En Eemeren, Frans van y Garssen, Bart (Eds.). *From argument schemes to argumentative relations in the wild A variety of contributions to argumentation theory* (pp. 149–166). Springer.

Perspectiva y método. Multimodalidad, estrategias y recursos para el análisis discursivo

Salvio Martín Menéndez · Universidad Nacional de Mar del Plata.
Universidad de Buenos Aires. CONICET

«Quienes consideran el sistema de los signos de la lengua como el único conjunto digno de ser objeto de la ciencia de los signos caen en un razonamiento circular. El egocentrismo de los lingüistas que insisten en excluir de la esfera de la semiología los signos que están organizados de una manera diferente que los de la lengua, reduce de hecho la semiología a un simple sinónimo de la lingüística.»

Jakobson, 1980 (1988:2)

El objetivo de este trabajo es dar cuenta del análisis discursivo a partir de definir y hacer explícitos una perspectiva, una unidad y un método para poder abordarlo. Partimos de un gran supuesto general: todo análisis discursivo es un análisis, en última instancia, retórico; todo análisis retórico es, básicamente, un análisis de las estrategias discursivas que se pueden reconstruir analíticamente. Esta reconstrucción se despliega a partir de la descripción y explicación del funcionamiento de los diferentes tipos de recursos que intervienen y permiten asignar una interpretación discursiva.

La perspectiva es pragmático–multimodal (Menéndez, 2012, 2018; Verschueren, 1999). Esto supone entender que todo discurso es un proceso que se conforma a partir de los recursos que los distintos sistemas semióticos proveen y que se realizan en la integración de los diferentes modos que, efectivamente, los realizan en diferentes soportes discursivos.

Entendemos que los sistemas semióticos se organizan paradigmáticamente, se realizan estratégicamente y se interpretan críticamente. Esta perspectiva se inscribe dentro de un enfoque funcional, en un sentido amplio (Halliday, 1978) que entiende el lenguaje como un fenómeno interaccional condicionado sociocognitivamente.

En la palabra «interacción», aparecen los dos elementos básicos de todo enfoque funcional: el prefijo «inter» señala el intercambio de significados en una situación determinada a partir de un conjunto de supuestos parcialmente compartidos (Sperber y Wilson, 1986), y el acto intencional (Austin, 1962; Grice, 1957, 1975; Searle, 1969) de significar que supone todo intercambio de mensajes. El lenguaje, por lo tanto, se conforma interaccionalmente.

La unidad de base sobre la trabajaremos es el discurso como parte integrante de una serie que lo limita pero permite asignarle, dentro de sus límites, una interpretación que siempre está condicionada por el contexto sociocognitivo y el sociocultural.

El método que proponemos para abordar el análisis discursivo es explicar cómo los diversos recursos que conforman estrategias discursivas se combinan con el fin de lograr una finalidad comunicativa.

Organizaremos el trabajo de la siguiente manera. En primer lugar, caracterizaremos el enfoque funcional dentro de la multimodal que se encuentra a partir la teoría semiótica de base que permite el abordaje multimodal: la lingüística sistémico–funcional. En tercer lugar, caracterizaremos la perspectiva multimodal. En cuarto lugar, analizaremos la serie discursiva elegida. Por último, daremos nuestras conclusiones.

La lingüística sistémico–funcional: punto de partida

La lingüística sistémico–funcional es una teoría que propone el estudio del sistema lingüístico de manera abierta y dinámica. Entiende que el lenguaje es, fundamentalmente, un recurso para significar tanto en la reflexión como en la acción (Halliday, 1985, 2005; Halliday y Matthiessen, 2014; Matthiessen, 2009).

El lenguaje, en el marco de la LSF (lingüística sistémico–funcional), es caracterizado como un potencial de significado que se realiza a partir de un conjunto de sistemas (transitividad, modo, tema) que realizan las funciones del lenguaje en forma de *textos*. El concepto organizador de la gramática sistémico–funcional es el de *opción*. Las opciones conforman un sistema de redes.

El sistema es la representación abstracta del conjunto de opciones disponibles (la gramática); la estructura, el conjunto de opciones concretas realizadas (los textos). La organización sintagmática es interpretada como la realización de los rasgos paradigmáticos. Entre la opción potencial y la opción realizada, está el hablante que, en tanto sujeto social selecciona las opciones disponibles, y las restricciones contextuales (situacionales y culturales) para producir una unidad de lenguaje en uso, es decir, un texto (Menéndez, 2010). Entender su organización y funcionamiento supone adoptar una perspectiva funcional e inscribirla dentro de una semiótica social.

Los textos son, por lo tanto, unidades de significado en uso contextualmente dependientes de la situación y la cultura y la sociedad en la que se producen. El texto es una unidad de uso de base semántico–discursiva inscripto en un registro (una variedad o variedades de lenguaje esperables de acuerdo con la situación en la que se producen) (Halliday, 1978) y en un género discursivo (un conjunto de convenciones de uso) (Bakhtine, 1975). Los géneros tienen un doble alcance: por un lado, tienen una finalidad determinada (Martin y Rose, 2008) y, por el otro, son un conjunto de instrucciones de interpretación (Menéndez, 2018) que tienden a regular estos registros. La relación entre gramática, texto, registro y género está, por lo tanto, condicionada por un sujeto social que opta (gramática) produciendo un texto en función de la situación (registro) y de la cultura (género).

La semiótica social

La inscripción semiótico–social ubica la teoría sistémica dentro del contexto de la semiótica entendida en términos del estudio de los sistemas y procesos del significado. Esta concepción entiende que el lenguaje, como un sistema creador de significado dentro de un contexto social, es semiogénico, crea significados integrados en él. Por conformar un potencial, siempre es un sistema abierto: siempre está creando significado. La propuesta sistémica entiende el lenguaje como sistema y comportamiento mutuamente interdependientes; son los dos aspectos que intervienen para la asignación de significado. El lenguaje incluye tanto el potencial para significar como el acto de significado que permite que ese potencial se realice.

La perspectiva multimodal

La multimodalidad (Kress, 2010; Kress y van Leeuwen, 2001) es un punto de vista para el análisis semiótico social. Al ser una perspectiva, su alcance y sus objetos son amplios y variados (Alayan, 2018; Brookes *et al.*, 2018; Hodge *et al.*, 2019; Järlehed y Jaworski, 2015; Martínez Lirola, 2017; Pérez-Latorre *et al.*, 2017; Prendergast, 2019; Stöckl, 2004). La perspectiva multimodal tiene tres características. Es pragmática, discursiva y estratégica.

Es pragmática (Menéndez, 2012) porque se conforma a partir de las condiciones de uso que suponen: *variabilidad* (opcionalidad disponible), *negociabilidad* (combinación de opciones realizadas, es decir, recursos) y *adaptabilidad* (inscripción y dependencia genérica). La reformulación de lo propuesto por Verschueren (1999) nos permite entender, en un sentido amplio, pero no difuso, que todo discurso es un proceso subjetivamente condicionado por diferentes sistemas que se integran.

Es multimodal porque las opciones se realizan como recursos conformando un discurso a partir de la acción de un sujeto discursivo que los combina estratégicamente.

Es discursiva porque todo discurso es multimodal. Entendemos «discurso» como sujeto + texto (Menéndez, 1997). Aparece en la intersección de dos contextos que lo determinan: el sociocognitivo y el sociocultural. Lo esquematizamos en la Figura 1:

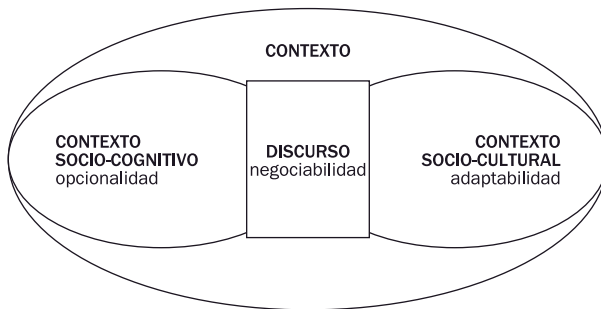


Figura 1

El contexto sociocognitivo está caracterizado por la opcionalidad a partir del conjunto de opciones disponibles. En el caso del sistema lingüístico los sistemas de opciones (paradigmáticas) pertenecen a dos grandes subgrupos: a) gramatical y b) suposicional. Dentro de las primeras encontramos una para-

digmática compuesta por los sistemas de transitividad, modo, tema en la cláusula y cohesión en el texto; dentro de las segundas, encontramos otra paradigmática compuesta por supuestos que forman entornos cognitivos y las fuerzas ilocucionarias. Las primeras (las gramaticales) tienen, principalmente, características discretas; las segundas (las suposicionales), graduales. Esquemáticamente (Figura 2):

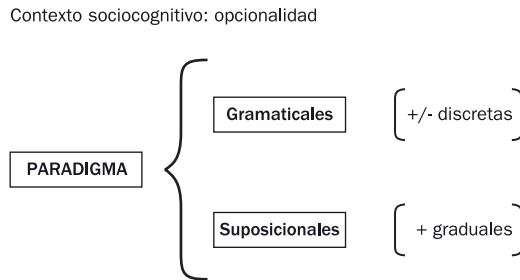


Figura 2

El contexto–socio cultural está caracterizado por la adaptabilidad como un conjunto de instrucción de interpretación (Menéndez, 2018) a partir de las convenciones de uso —los géneros discursivos— (Bakhtine, 1975) y su realización efectiva, los registros (Halliday, 1978) que persiguen una finalidad determinada (Martin y Rose, 2008). Esquemáticamente (Figura 3):

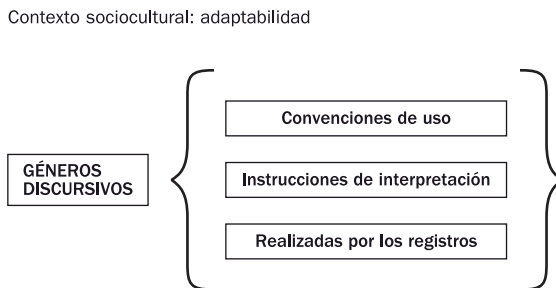


Figura 3

El discurso aparece, de este modo, como dijimos, en la intersección de ambos contextos como el lugar de realización de los recursos (sintagmática y paradigmáticamente) que se combinan en forma de estrategias y permiten establecer un registro. Esquemáticamente (Figura 4):

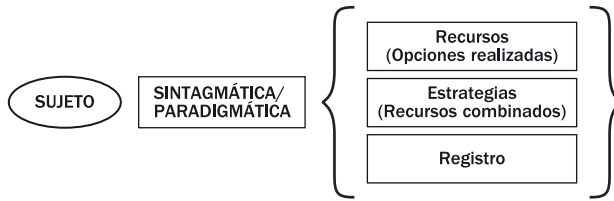


Figura 4

Es estratégico porque supone la reconstrucción analítica, que lleva a cabo el sujeto discursivo a partir de la combinación de los distintos recursos multimodales que co-ocurren simultáneamente con una finalidad interaccional.

Metodología

El método que proponemos para nuestro análisis es la descripción y explicación del funcionamiento de la combinación de recursos que proveen los diferentes modos que aparecen en un corpus seleccionado.

El esquema de la Figura 5 nos permite ver cómo se relacionan los diferentes elementos que venimos describiendo.

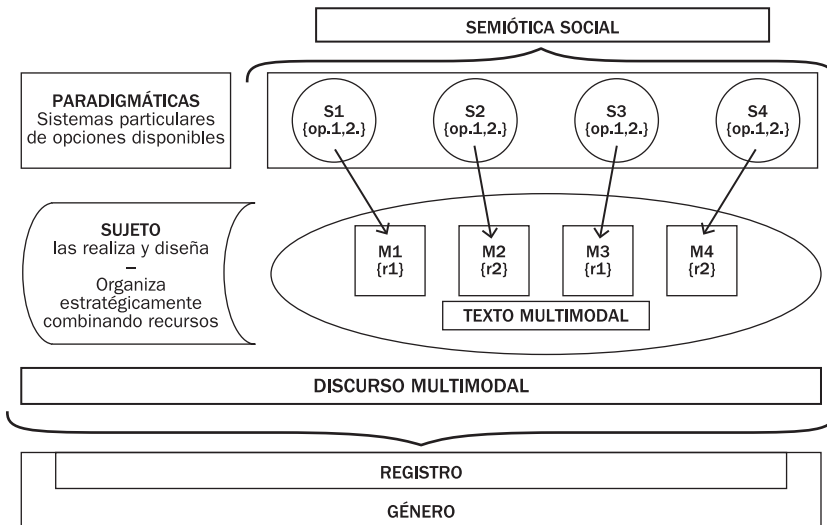


Figura 5

El universo semiótico está compuesto por los diferentes sistemas de significado que se organizan paradigmáticamente (sistema de opciones; *op.* en el esquema) que se realizan como modos en forma de recursos (*r* en el esquema). Quien hace posible el pasaje de la opción al recurso es el sujeto discursivo a partir del diseño que lleva a cabo a partir de la elección de los diferentes recursos. Esta elección las combina en función de las restricciones que impone el registro (la situación) y el género (el conjunto de convenciones de uso) en las que el discurso multimodal se produce.

Por lo tanto, cada sistema conforma una gramática, en sentido amplio, que se realiza modalmente en forma de recursos. Cada una de ellas reconoce una organización específica, pero todas tienen en común el hecho de conformar sistemas de opciones disponibles. Es importante aclarar que esta organización general básica similar no presupone isomorfismo con la gramática de las lenguas naturales. Los recursos de cada modo que realizan los sistemas suponen necesariamente la combinación con otros recursos tanto del mismo modo como de otros. Nunca aparecen aislados. La descripción teórica más abstracta (la paradigmática) puede relacionar cada una de las opciones de manera a partir en principio de tres rasgos específicos que pueden relacionarse entre sí; estos son [+/-discreto, +/- gradual, +/-continuo].

Análisis de una serie discursiva específica: afiches del cine argentino (1940–1970)

Analizaremos una estrategia discursiva que denominamos «Diseñar un afiche cinematográfico». El nombre de la estrategia nos permite distinguir los tres elementos que son importantes para poder analizarla: los modos, el registro y el género.

Los modos seleccionados son: imagen, color, tipografía y verbal. En el diseño, el modo imagen nos permitirá analizar la imagen en términos de planos y perspectiva; en el del color, el alcance de los colores seleccionados; el tipográfico, la relación entre la tipografía y sus tamaños. En el verbal, la relación entre los recursos gramaticales y pragmáticos–discursivos.

El registro está en relación con la publicidad de la película que tiene un fin interaccional concreto y específico: atraer público para ver la película.

El género discursivo es el cinematográfico ya que el afiche forma parte de todo el proceso que supone la producción de una película. Hay convenciones de uso establecidas que fijan que es el afiche uno de los medios de promoción de la película.

En el diseño de un afiche cinematográfico, su organización tiene, en principio, dos zonas claramente convergentes: la de la imagen (dibujo, fotografía) y la del texto verbal. Ambas se combinan con la tipografía, que entra en relación directa con el texto verbal y permite marcar jerarquizaciones y elementos que se desean destacar; y el color que dominan tanto a la imagen como al texto verbal y a la tipografía.

La descripción de los elementos que forman cada modo permite explicar cómo funcionan en tanto recursos que constituyen el discurso multimodal y habilitan una interpretación que está inscrita contextualmente.

Hemos seleccionado, en un período que va desde 1940 hasta 1970, tres afiches que consideramos representativos porque permiten claramente identificar lo que podemos denominar un período ligado al modelo de *star-system* en el que Hollywood establece los criterios fundamentales a seguir, un período de transición entre este clasicismo y las nuevas tendencias y uno inscripto directamente en estas nuevas tendencias, dominadas por los preceptos de la «nueva ola francesa» (*nouvelle vague*).

Nuestra serie está compuesta por los carteles de las siguientes películas: *Cándida* (1939) (Imagen 1), *El jefe* (1959) (Imagen 2) y *Pajarito Gómez* (1965) (Imagen 3).



Imagen 1.
Cándida (1939)



Imagen 2.
El Jefe (1959)



Imagen 3.
Pajarito Gómez (1965)

Cándida

En el afiche podemos establecer dos zonas bien delimitadas: la de la imagen (izquierda) de la protagonista (plano entero de frente dibujado sobre una foto) y b) la del modo verbal (derecha) que da la información sobre la

película (sello productor, protagonista, título, actores secundarios y el director). La zona de la imagen ocupa un treinta por ciento del espacio del afiche y tiene de manera excluyente la figura de la protagonista que, dibujada sobre una foto, mira hacia el costado con cara de asombro. De manera adicional, en el pie del afiche aparece información no relacionada directamente con la película.

La zona de la información verbal nos permite una segmentación en tres cláusulas cohesivamente relacionadas por medio de la elipsis que tiene relación directa con la productora, la protagonista, el título de la película, los otros integrantes del elenco y el director. Un zócalo hace referencia a una información que se relaciona cohesivamente por repetición y que remite al nombre de la productora. La segmentación quedaría:

1. Argentina Sono Film presenta a Niní Marshall
en Cándida, la mujer del año
2. (Cándida, la mujer del año cuenta también)
Con (las actuaciones de) Augusto Códeca y el resto del elenco.
3. La dirección (de Cándida, la mujer del año) es de E. S. Discépolo.
4. 1943 es el décimo aniversario del cine nacional
5. (porque) es el décimo aniversario de Argentina Sono Film.
6. 1943 (...)

En relación con el modo tipográfico nos interesa detenernos, en esta instancia, no en el tipo de letra sino en el tamaño, ya que la jerarquización de la información verbal encuentra en este elemento su manera de exhibirse. Se ve con claridad que la protagonista y el título aparecen casi en el mismo tamaño; seguidos en tamaño por la del director y luego, en tres diferentes tamaños, la de los actores secundarios. Esta jerarquización de la información que el afiche contiene se relaciona fácilmente con una manera de concebir el cine.

El modo color está organizado a partir de la distribución de cinco colores. La zona imagen (correspondiente a la parte izquierda) tiene fondo celeste que contrasta con el fondo de la otra zona que es de color amarillo. El vestido de la protagonista es rojo que es el color que identifica el título de la película. También aparece el color amarillo en los aros, una pulsera y un aparente pañuelo que está tomando con la mano y se lleva a la boca con expresión de asombro. El cinturón también es celeste (aunque oscurecido por la sombra del dibujo), como celestes son las estrellas que sirven de puntos al nombre de la actriz, la «j» del título y el nombre del director. Los actores

(con la salvedad hecha a los puntos de la letra «i» de la protagonista) y la palabra director aparecen en color negro.

Esta combinación no es casual ya que hay una razón para la elección y la interacción e integración de estos colores. Su uso presupone el conocimiento de los colores de las banderas de España y Argentina. Cándida es una inmigrante que (el público ya conoce puesto que antes de llegar al cine se hizo popular en la radio) que llega a la Argentina en busca de trabajo. Los colores apuntan a la integración de los inmigrantes (en especial de los españoles y, más precisamente, de los gallegos) en la Argentina.

El jefe

En el afiche de *El jefe* (Imagen 2) aparece una similar organización del material. Podemos establecer cuatro zonas: dos corresponden al modo verbal y dos al modo imagen. De hecho, las dos imágenes pueden verse como una unidad en forma de L que corta a los dos verbales. Este corte obedece a jerarquización de la información.

En la zona de la imagen principal (la izquierda) fotografiado en blanco y negro, un plano entero en contrapicado del protagonista, que da título a la película, en actitud desafiante. A la derecha, en menor tamaño y por debajo de la mano izquierda del protagonista un grupo que lo observa con diversas actitudes, pero, en general, de admiración o complacencia (en función del título y de la organización espacial son sus subordinados).

La zona del modo verbal: en el bloque principal (derecha de la imagen) aparece el sello productor, el protagonista, el título; luego, el resto del elenco y el director. Debajo los autores del libro cinematográfico y por último el autor del cuento que da origen a ese libro. El bloque secundario aparece al pie e incluye la compañía distribuidora y los nombres de los productores, del director de fotografía, del escenógrafo y del músico con la mención de la compañía discográfica.

La tipografía es uniforme y cambia su tamaño de acuerdo con los roles en la película. Aparecen cuatro tamaños: uno muy grande (cuatricula el nombre del protagonista), uno grande (para el protagonista que va arriba del título, para una actuación especial y para el director); otro mediano, para los dos coprotagonistas y el autor del relato sobre el que se basa la película, y una tercera para los actores de reparto.

En otros rubros, hay dos medidas: una corresponde a los productores y otra para el director de fotografía, el escenógrafo y el músico. Al margen queda el logotipo de la distribuidora (AAA= Artistas Argentinos Asociados).

El color adquiere particular importancia. Dos colores dominan contrastivamente cada una de las zonas del afiche: el rojo y el negro como fondo superior e inferior (el significado de ambos permite establecer una gradación que va desde la sangre a la muerte) y el blanco que unifica el título y al director (sobre fondo rojo) y a los miembros de los aspectos técnicos de la película (sobre fondo negro). Es interesante cómo el color blanco cohesiona la figura del director con el título de la película. Esa relación permite mostrar un primer desplazamiento hacia lo que luego será el cine de autor caracterizado, justamente, por la presencia del director como figura determinante.

Pajarito Gómez

Pajarito Gómez conserva todos los elementos. Desde el punto de vista estratégico, el diseñador (el sujeto discursivo) combina los recursos, rompe de un modo evidente para señalar la ruptura con la tradición que el cine de estudio proponía. Las dos zonas consagradas tradicionalmente, más allá de su ubicación, a la imagen y el texto verbal se superponen. La imagen del protagonista con una actitud de sufrimiento y frente a algo que lo cubre tiene, por un lado, una clara relación con la profesión del protagonista, que da título al filme: cantante. La actitud de padecimiento que el dibujo destaca es la de un padecimiento que lleva, sin duda, a una interpretación casi místico-religiosa de ese cantante que es un ídolo juvenil. La zona verbal que, además, cubre todo el afiche sin márgenes divide en cuatro espacios delimitados por líneas enteras que permiten ubicar diferentes superficies que, junto con la tipografía, jerarquizan la información:

- g. Nombre de la película (60 % de la superficie del afiche)
- h. Nombre de los actores protagonistas (10 %)
- i. Nombre de los guionistas, los músicos y el director de fotografía (6 %)
- j. Nombre del productor (4 %)
- k. Nombre del director (25 %). Se destaca el sintagma «Un filme de» (70 %) sobre el de Rodolfo Kuhn (30 %)

Cada una de las zonas utiliza tamaños diferentes de tipografías. Las zonas a), b) y e) aparecen en negrita. Es evidente, por su obviedad, que se destaca el nombre de la película, que encabeza el cartel y el del director, que lo cierra.

Conclusiones

Hemos intentado demostrar que la perspectiva multimodal es adecuada para analizar el funcionamiento discursivo porque permite integrar los distintos recursos que proveen los modos a partir de las estrategias que permiten conformar. Mostramos que la descripción de los recursos siempre está orientada hacia la explicación estratégica que, finalmente, apunta y trata de justificar (no de agotar, obviamente) la interpretación genérica. Los afiches cinematográficos en función de su esquematismo necesario y evidente han sido una evidencia adecuada para dar cuenta de que la interpretación de un discurso depende de su inscripción cognitiva, social y cultural.

El análisis estratégico–multimodal de la serie seleccionada nos ha permitido ver que es la relación entre los cuatro modos analizados la que construye el significado del discurso; en consecuencia, la interpretación es un efecto dependiente de esa construcción en la que cada elemento adquiere un valor a partir de su complemento con los otros. Además, la serie nos ha permitido ver una serie de cambios que coinciden, en términos generales, con los cambios dentro de la historia del cine argentino ya que pasamos de un cine de estudio, representado por *Cándida* (característico del cine de estrellas) a un cine de autor (representado por *Pajarito Gómez*). Y un momento de transición, es decir, en el que no está del todo ausente la presencia de la estrella pero que aparece en un lugar de privilegio la del director (*El jefe*).

Referencias bibliográficas

- Alayan, Samira (2018).** White pages: Israeli censorship of Palestinian text books in East Jerusalem, *Social Semiotics*, 28(4), 512–532. 10.1080/10350330.2017.1339470
- Austin, John Langshaw (1982).** *Como hacer cosas con palabras*. Paidós, 1962.
- Bakhtine, Mikhail (1975).** *Esthétique et théorie du roman*. Gallimard.
- Brookes, Gavin, Harvey, Kevin (...) Denning, Tom (2018).** «Our biggest killer»: multimodal discourse representations of dementia in the British press. *Social Semiotics*, 28(3), 371–395. 10.1080/10350330.2017.1345111
- Grice, Herbert Paul (1957).** Meaning. *Philosophical Review*, 66, 377–388. Reproducido Grice, Herbert Paul (1975). Logic and Conversation. En Cole, P & Morgan, J. (Eds.). *Syntax and Semantics: Volume 3: Speech Acts*. Academic Press, 41–58. Reproducido en Grice, Herbert Paul (1989). *Studies in the way of words*. Harvard University Press.
- Grice, Herbert Paul (1989).** *Studies in the way of words*. Harvard University Press.
- Halliday, Michael A. K. (1978).** *El lenguaje como semiótica social*. FCE, 1983.
- Halliday, Michael A. K. (1985).** *Introduction to Functional Grammar*. Arnold.
- Halliday, Michael A. K. (2005).** Introduction. En *Collected Works*, vol. 7 (xii–xxx). Equinox.
- Halliday, Michael A. K. & Matthiessen, Christian (2014).** *Halliday's Introduction to Functional Grammar* (Fourth Ed.). Arnold.
- Hodge, Robert (2017).** *Social Semiotics for a Complex World*. Polity Press.
- Hodge, Robert; Salgado Andrade, Eva y Villavicencio Zarza, Frida (2019).** Semiotics of corruption: ideological complexes in Mexican politics. *Social Semiotics*, 29(5), 584–602. 10.1080/10350330.2018.1500510
- Järlehed, Johan & Jaworski, Adam (2015).** Typographic landscaping: creativity, ideology, movement. *Social Semiotics*, 25(2), 117–125. 10.1080/10350330.2015.1010318
- Jakobson, Roman (1980).** Ojeada al desenvolvimiento de la semiología. En *El marco del lenguaje* (pp. 2–18). FCE.
- Kress, Gunther (2010).** *Multimodality*. Arnold.
- Kress, Gunther y van Leeuwen, T. (2001).** *Multimodal Discourse: The Modes and Media of Contemporary Communication*. Arnold.
- Martin, Jim & Rose, David (2008).** *Genre Relations: Mapping Culture*. Equinox.
- Martínez Lirola, María (2017).** Linguistic and visual strategies for portraying immigrants as people deprived of human rights, *Social Semiotics*, 27(1), 21–38. 10.1080/10350330.2015.1137164
- Matthiessen, Christian (2009).** Meaning in the making: meaning potential emerging from acts of meaning. En *Anniversary Issue of Language Learning*. 59 (Supplement 1), 211–235.
- Menéndez, Salvio Martín (2018).** Entre la gramática y el género: el discurso. Un enfoque estratégico. En Oscar I. Londoño Zapata (Ed.). *Los intersticios del análisis del discurso en Argentina* (pp. 115–132). Universidad de Tolima.
- Menéndez, Salvio Martín (2012).** Multimodalidad y estrategias discursivas: un abordaje metodológico. *Revista Latinoamericana de Estudios del Discurso* 12(1), 57–74.
- Menéndez, Salvio Martín (2010).** Opción, registro y contexto. El concepto de significado en la lingüística sistémico–funcional. *Tópicos del seminario*, 23(1), 47–69.
- Menéndez, Salvio Martín (1997).** *Hacia una teoría del contexto discursivo*. Tesis doctoral inédita. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
- O'Halloran, Kay (2004).** *Multimodal Discourse Analysis: Systemic Functional Perspectives*. Continuum (Open Linguistics Series).
- Pérez–Latorre, Óliver, Oliva, Mercè y Reinald Besalú (2017).** Videogame analysis: a social–semiotic approach. *Social Semiotics*, 27(5), 586–603. 10.1080/10350330.2016.1191146

- Prendergast, Muireann (2019).** Political cartoons as carnivalesque: a multimodal discourse analysis of Argentina's Humor Registrado magazine. *Social Semiotics*, 29(1), 45–67. 10.1080/10350330.2017.1406587
- Salama, Amir Hamza Youssef (2011).** Ideological collocation in Meta-Wahhabi discourse post-9/11: a symbiosis of critical discourse analysis and corpus linguistics. *Discourse & Society*, 22 (3), 315–342.
- Searle, John. (1969).** *Actos de habla*. Cátedra, 1983.
- Sperber, Dan & Wilson, Deirdre (1986).** *Relevance. Communication and Cognition*. Harvard University Press.
- Stöckl, Hartmut (2004).** In between modes: Language and image in printed media. En Ventola, E.; Charles C. & Kaltenbacher, M. *Perspectives on Multimodality*. John Benjamins Editors.
- Ventola, Eija; Cassily, Charles & Kaltenbacher, Martin (2004).** Introduction. *Perspectives on Multimodality*. John Benjamins Editors.
- Verschueren, Jef (1999).** *Para entender la pragmática*. Gredos, 2002.

La aprehensión retórica: interpretación, resguardo y descripción del discurso figurado

Martín M. Acebal · Universidad Nacional del Litoral · Universidad Nacional de Tres de Febrero · Universidad Nacional Guillermo Brown

En el libro *Desarticulaciones* de Sylvia Molloy, asistimos a los fragmentos con los que una narradora va registrando el gradual avance del Alzheimer en una expareja. Entre esos pequeños relatos, unas amigas recogen una palabra y un nombre fugaz:

¿Cómo dice *yo* el que no recuerda, cuál es el lugar de su enunciación cuando se ha destejido la memoria? Me cuentan que la última vez que la llevaron al hospital preguntaron cómo se llamaba y dijo «Petra». Una de las personas que estaba con ella vio la respuesta como signo de que todavía era capaz de ironía, se indignó ante las pocas luces del médico que «no entendía nada». Pienso: si es que hay ironía, y no mero deseo de crearla capaz de ironía, se trata de una de esas ironías que llaman tristes. ¿Petra, piedra, insensible para describir quién se es? (2010:19, cursivas en el original)

El discurso anómalo

A pesar de su brevedad, el relato desarrolla, en una escena ficcional, los modos en que la disciplina retórica se relaciona con los discursos. El primero de esos modos es la polémica. El texto exhibe la disputa por apropiarse de

un enunciado que se presenta extraño, anómalo: «Petra». El discurso médico aspira a reconocer la expresión como un síntoma más de la enfermedad tratada, un indicio de una mente que se está destejiendo. La lectura retórica atribuye a la expresión un sentido figurado y la constituye en un desafío ante la objetivación alienante de la medicina.

El relato de Molloy también incorpora un gesto característico de la retórica: el registro del discurso, su resguardo y reproducción. Dice la narradora: «Me cuentan», esto es, alguien conservó ese intercambio, lo consideró memorable. El mismo relato reafirma ese registro: conserva y destaca las palabras en un capítulo individual, las separa de los demás episodios.

Por último, el pasaje introduce algo que consideramos específico de la disciplina retórica: una categoría, una figura: «Una de las personas que estaba con ella vio la respuesta como signo de que todavía era capaz de *ironía*» (19; el destacado es nuestro). Es decir, el texto no solo le otorga a ese enunciado anómalo un sentido y lo disputa a la sintomatología médica, sino que, además, ofrece un concepto capaz de describir cómo se ha «figurado» esa significación retórica.

Lo que propondremos aquí es que estos tres modos de relacionarse con el discurso —*la atribución de un sentido figurado, su registro y la descripción analítica*— condensan tres grandes procedimientos que despliega la retórica durante su aprehensión de un discurso anómalo.

El orden retórico

Lo que vemos en cierto modo ficcionalizado en el breve relato de Molloy es la inscripción de un enunciado anómalo en lo que podríamos llamar, con Foucault (1992), un «orden discursivo retórico». Este autor reconoce que en las sociedades los discursos no circulan ni persisten de igual manera, por el contrario, se establecen entre ellos jerarquías que diferencian aquellos que «desaparecen con el acto mismo que los ha pronunciado» (13), de aquellos que «están en el origen de cierto número de actos nuevos de palabras (...) discursos que, indefinidamente, más allá de su formulación, son *dichos*, permanecen dichos, y están todavía por decir (...) [C]osas que han sido dichas una vez y que se conservan porque se sospecha que esconden algo como un secreto o una riqueza» (26; destacado en el original). En el relato de Molloy, la amiga recuerda el episodio, lo registra, lo comparte, considera esas palabras portadoras de un sentido que debe ser resguardado.

La aprehensión retórica postula, en el mismo acto de registro y resguardo, los criterios con los que se decide qué debe ser conservado y leído de un

modo figural y qué debe ser descartado, desoído. Entre estos criterios se destaca uno, aquel que establece quiénes son los habilitados o las habilitadas para producir un discurso retórico. Es sabido que la tradición clásica, tanto en Cicerón como en Quintiliano, otorgaba especial relevancia al grado de conciencia y voluntad del «desvío» retórico, a las razones pragmáticas que lo transformaban en *«licentia»* y no en mero *«vitium»* (Lausberg, 1975; Beristáin, 1992). E incluso entre esas voluntades se planteaban diferencias de acuerdo con el prestigio de quien realizaba la desviación en su discurso (Kapust, 2012). Así, la gestión retórica del discurso también involucra los criterios que establecen, en una determinada sociedad, quiénes pueden y quiénes no pueden producir un discurso retórico; esto es, cuáles de esos discursos anómalos serán considerados como *portadores de un sentido diferente, memorables y meritorios de una descripción analítica*.

En una actualidad multimodal y multimedial (Woodside Woods, 2019), parte de esta gestión involucra, sin dudas, cuáles son los lenguajes, los soportes y los medios con que se producen y se ponen en circulación los discursos que serán considerados retóricos.

La práctica retórica

Una vez que el discurso ha sido separado y resguardado, se vuelve necesario ofrecer una configuración retórica del mismo: es decir, poder establecer con mayor precisión cómo está construido —cuáles son sus elementos constitutivos—, qué efecto de sentido específico puede atribuírseles y, por último, cuál es la operación o la figura retórica con la que damos cuenta de esa construcción.

Para avanzar sobre este procedimiento podemos tomar la definición dada por el Grupo μ . Por «retórica», los de la Universidad de Lieja entienden: «la transformación reglada de los elementos de un enunciado, de tal manera que en el grado percibido de un elemento manifestado en el enunciado, el receptor deba superponer dialécticamente un grado concebido» (1993:232). Más allá de su generalidad podemos identificar en esta definición tres elementos involucrados:

- a) el *grado percibido* —el modo en que se manifiesta la textualidad retórica—;
- b) el *grado concebido* —en principio ausente en el enunciado y también llamado *grado cero*—; y

c) la *superposición dialéctica* —atribuida en esta definición al receptor, que es la que permite poner en relación lo *percibido* con lo *concebido*.

La definición reproduce la larga tensión que existe en la disciplina retórica entre asumir el punto de vista del productor o el del destinatario. En este sentido, se sugiere una acción de transformación, a cargo de un productor, y luego una de superposición, a cargo del receptor. Más allá de estas ambivalencias, como hemos desarrollado en otros trabajos (Acebal, 2016, 2020), nos interesa atender al rol *mediador* y *dinamizador* que ocupa la «superposición dialéctica» en la constitución misma del fenómeno retórico. De este modo, la «transformación» es entendida como el proceso de puesta en relación de un elemento presente en el enunciado con un elemento, en principio, ausente, y es el resultado de esta «superposición» —no exenta de conflictos, por eso es «dialéctica»— lo que le otorga al discurso, o a un determinado elemento del discurso, el carácter de *retórico*.

En este segundo procedimiento —posterior a la separación y resguardo que establece la aprehensión retórica—, la atención está puesta, en principio, en cómo logramos lidiar con ese discurso anómalo que la gestión retórica ha resguardado por considerarlo portador, como sostenía Foucault, de «algo como un secreto o una riqueza» (26). Un modo de abordar este aspecto y de clarificar también la definición ofrecida por el grupo de la Universidad de Lieja es convocar la definición de «práctica» que propone Althusser en su obra *Pour Marx*:

Por *práctica* en general entendemos todo proceso de *transformación* de una materia prima dada determinada en un producto determinado, transformación efectuada por un trabajo humano determinado, utilizando medios (de «producción») determinados. En toda práctica así concebida el momento (o el elemento) determinante del proceso no es la materia prima ni el producto, sino la práctica en sentido estricto: el momento mismo del trabajo de transformación, que pone en acción, dentro de una estructura específica, hombres, medios y un método técnico de utilización de los medios. (1971:136; cursivas en el original)

La primera constante entre la formulación del Grupo μ y la noción de «práctica» en Althusser es el concepto de «transformación». Ambos planteos coinciden en el carácter irreductible del fenómeno a un único elemento: ni la retórica se reduce a la presencia de un elemento en un enunciado, ni la práctica se reduce a un determinado producto. Es necesario el involucramiento de *otros* componentes en un proceso transformativo para que el fenómeno pueda ser considerado como *práctica* y como *retórica* (Tabla 1).

Tabla 1. Paralelismos entre los elementos involucrados en las definiciones del Grupo μ y Althusser de retórica y práctica, respectivamente.

«la retórica es la transformación reglada»		
<i>grado concebido</i>	<i>grado percibido</i>	<i>superposición dialéctica</i>
la retórica en tanto práctica es un «proceso de transformación de»		
<i>una materia prima</i>	[en] un producto determinado	[según] un criterio de transformación ¹

En esta lectura, el *grado concebido* o *grado cero* puede ser entendido como la *materia prima* de un enunciado retórico. De este modo, un determinado lenguaje o un determinado discurso se constituye en *materia prima* de un discurso retórico cuando es inscripto en un *trabajo de transformación* retórica. En este sentido, es tan fútil reducir lo retórico a la inmanencia de un enunciado, como otorgarle a un determinado discurso el carácter de grado cero sin considerar su inscripción dentro de la práctica que lo constituye como parte de una transformación retórica. La transformación alcanza a todos los elementos involucrados en el proceso: el enunciado *deviene en retórico* porque ha quedado inmerso en esa transformación. De la misma manera, en la definición althusseriana, un objeto o una acción *deviene en producto* de una práctica cuando no es reducido a su mera funcionalidad, sino que es inscripto en el trabajo que lo ha forjado. La noción de «práctica» le devuelve a ese objeto, a ese discurso, su carácter de *ser parte de un proceso*. Y exhibe, desnuda, reclama, las materias primas de las que está hecho y los rastros de su transformación en el *producto retórico*.

Frente a la apropiación médica, el relato muestra el modo en que la intervención retórica despliega una práctica en la que proyecta en el enunciado manifiesto —la respuesta a la pregunta por el nombre— otra clase de cualidades y formas, muy diferentes a las de la sintomatología médica. De hecho, es la misma aprehensión retórica la que hace que el enunciado sea anotado con la letra mayúscula —«Petra»— y adquiera, así, el carácter de nombre propio. La superposición dialéctica da cuenta del modo en que la *práctica retórica* le otorga a una determinada materialidad discursiva su estatuto de

¹ Proponemos este término para acentuar el rol de mediador que constituye este elemento dentro del «trabajo de transformación» caracterizado por Althusser.

«producto retórico». Pero, ¿en qué consiste exactamente la aprehensión que realiza la práctica retórica sobre un discurso?

Lo primero que establece esta práctica es una distribución de la figuración en el discurso: diferencia *lo que no ha sido figurado* —la «base», lo no modificado— de *lo que ha sido figurado*— el «elemento figurado», lo modificado— (Grupo μ , 1987). Aquí se entiende por qué decíamos que el grado concebido está «en principio» ausente en el enunciado. Lo que hace la superposición dialéctica es convocarlo, *hacerlo presente* en el enunciado. En el texto de Molloy, el personaje de la amiga convoca el interrogatorio o la pregunta médica, la relación de poder que implica, etc. —*lo que no ha sido figurado*—. Así, «Petra» es reconocida como una *respuesta* impertinente. Al ser una respuesta no se la considera como un enunciado completamente involuntario, producto y síntoma de la enfermedad. Pero, al mismo tiempo, la falsedad del nombre dado —*lo que ha sido figurado*— produce la «impertinencia» que habilita la lectura retórica.

La segunda intervención de la aprehensión retórica consiste en proyectar al grado concebido incluso en el «elemento figurado». Esto es lo que el Grupo μ llama el elemento «invariante» (239). Se trata de un resto del grado concebido que se resistiría a la modificación o alteración que realiza el enunciado retórico, figurado. En el texto de Molloy, la «respuesta» del personaje conserva algo del nombre requerido («la última vez que la llevaron al hospital preguntaron cómo se llamaba»). «Petra» no solo es el sustantivo griego y latino que significa «piedra», sino también un nombre propio, por ejemplo, de una antigua ciudad en Jordania. Al ser un nombre propio, conserva algo de lo requerido por la interacción médica, en tanto materia prima convocada y transformada por la aprehensión retórica; y es esto lo que hace que la respuesta se anote con una letra mayúscula.

De este modo, la noción de transformación sugiere que la relación entre el grado concebido/materia prima y el grado percibido/producto requiere de un tercer elemento, lo que la semiótica peirceana llama «interpretante» (CP 2.229), que *media* entre esos dos elementos (Merrell, 2001). Es el interpretante retórico el que convoca estos otros elementos —el nombre de la ciudad (su cualidad de nombre propio), la misma interacción médica— para superponerlos sobre la palabra pronunciada —P/petra— y dotarla de un sentido y de una capacidad para desafiar el mismo marco institucional hospitalario. La materia prima de la práctica retórica es menos un recurso para desambiguar la opacidad del discurso anómalo, que el territorio simbólico con el que el discurso figurado busca confrontar y en el que aspira a intervenir performáticamente.

Así, el interpretante retórico selecciona materias primas, las transforma en *formas* y las proyecta sobre el grado percibido para distribuir en el enunciado aquello que se encuentra no figurado —modo de presentificación de esa materia prima— y aquello que se encuentra alterado —que se reconoce por la distancia que mantiene con lo no figurado—. Incluso da cuenta, en lo alterado, de un *resto invariante* de ese grado cero. En el relato de Molloy no solo se encuentra el deseo amoroso y desesperado por reconocer a la mujer que se nombra a sí misma como Petra, también se hace presente la denuncia por la escucha formularia del discurso médico.

La práctica retórica como conjunto temporal completo

En el marco de sus reflexiones acerca de los alcances y significaciones de la Revolución Francesa, Immanuel Kant publica en 1798 un breve texto titulado «Replanteamiento de la pregunta sobre si el género humano se halla en continuo progreso hacia lo mejor».² Más allá de sus formulaciones acerca de la filosofía de la historia, la propuesta de Kant nos ayuda a pensar en cómo abordar un cierto acontecimiento sin quedar inmersos en sus consecuencias y eficacias inmediatas. En su pregunta por el progreso del género humano, el autor propone identificar un acontecimiento no como «causa del progreso, sino sólo como un *signo histórico* que lo indica» (Ak. VII 86, 2003:159; cursivas en el original), es decir, por su capacidad para demostrar una cierta «tendencia».

Un acontecimiento se constituye en signo histórico para Kant cuando logramos reconocer en él los rasgos *rememorativum*, *demonstrativum* y *prognostikon*. La articulación de cada uno de estos rasgos del signo histórico es lo que le otorga al acontecimiento su capacidad para ser considerado como un proceso temporal completo. La aprehensión retórica de un discurso nos enfrenta a un mismo desafío: poder evitar la seducción de su eficacia actual, la dominancia del componente *demonstrativum*. La aprehensión retórica nos ofrece el discurso, en una primera instancia, como dotado de la eficacia actual que lo sustrae de un tratamiento convencional, que lo logra despiantar de su «rol utilitario», como sugerirá el Grupo μ . En el relato de Molloy, la amiga recuerda el episodio, lo registra, lo comparte, considera esas palabras memorables. A la vez, la *eficacia actual* del discurso retórico reside en los efectos que genera sobre sus intérpretes: la persuasión, la risa, la compren-

² El texto de Kant ha sido luego trabajado por Michel Foucault (1991) y, más recientemente, por Didi-Huberman (2017).

sión, etc. En el texto de Molloy, la narradora pone este efecto en palabras: «Petra, piedra, insensible para describir quién se es».

Al concebir al discurso como un signo histórico, la aprehensión retórica postula no solo una instancia presente y eficaz, sino también una memoria —*signum rememorativum*— que es convocada para dotar a ese presente de un pasado. El *grado concebido*, la *materia prima* de la transformación retórica, es esa memoria que opera sobre el grado percibido —el producto retórico—, que es superpuesta sobre la instancia presente. Pero solo se constituye en rememoración, en pasado, al mostrar también su eficacia y presencia sobre la materialidad discursiva presente. De este modo, como sostiene Daniel Link, «no es que el pasado sea un antiguo presente que ha dejado de existir, sino todo lo contrario: es la profundidad propia del tiempo, de lo que depende el propio presente para pasar a la existencia» (2014:12–13). Ante el acontecimiento anómalo, ante la «impertinencia» o la «exuberancia», la práctica retórica trasciende su eficacia actual y le da a ese presente el espesor de un pasado que necesita ser convocado para que la transformación ocurra.

Sin embargo, en tanto práctica, la retórica no se limita a actualizar una memoria en un presente, no se reduce a convocar un grado cero para despejar cualquier opacidad y mostrar, prístino, el efecto signifiante. La materia prima de la práctica retórica queda transformada por la misma práctica.³ En los términos de la propuesta kantiana, esto postula identificar en esa memoria una potencia —el rasgo *prognostikon*— que trascienda la eficacia actual y que permita avizorar, *pronosticar*, un futuro. Es lo que reconoce Kant en el involucramiento de las masas en la Revolución Francesa:

La revolución de un pueblo pletórico, que estamos presenciando en nuestros días, puede triunfar o fracasar, puede acumular miseria y atrocidades en tal medida que cualquier hombre sensato nunca se decidiese a repetir un experimento tan costoso (...), sin embargo, esa revolución (...) encuentra en el ánimo de todos los espectadores (...) una simpatía conforme al deseo... (Ak. VII 86, 2003:160)

³ Para Frederik Stjernfelt (2011) la distinción saussureana entre lengua y habla, entre sincronía y diacronía, así como la preeminencia dada al primer elemento de esta dicotomía, —e incluso el mismo concepto de signo— obstaculizó la incorporación del concepto de transformación dentro de los estudios semióticos. «*European semiotics with its roots in linguistic structuralism has often, lead by Saussure's methodological distinctions between synchrony and diachrony as well as langue and parole, tended to see static structures as having ontological prominence over their transformations and thus has been interested primarily in "codes" seen as stable relation between content and expression*» (2011:119–120). Esto explica nuestra insistencia a lo largo del texto en diferenciar la «transformación» de la «actualización», así como en la necesaria *intervención* de una terceridad.

Y más adelante agrega:

aun cuando tampoco se alcanzase con este acontecimiento la meta proyectada (...), si todo volviera después a su antiguo cauce después de haber durado algún tiempo (...), a pesar de todo ello, ese pronóstico filosófico no perdería nada de su fuerza. (...) [S]u influencia se ha diseminado tanto (...), que no puede sino resurgir en la memoria de un pueblo en circunstancias propicias. (Ak. VII 88, 2003:164)

Incluso cuando esa *eficacia actual* pueda no alcanzarse, incluso cuando fracase de tal modo que «cualquier hombre sensato nunca se decidiese a repetir un experimento tan costoso», incluso cuando nadie se atreviera a volver a pronunciar esas palabras, la práctica retórica tiene la capacidad para transformar de tal modo esa memoria, esas condiciones de posibilidad que ha convocado, que puede hacerlas «resurgir (...) en circunstancias propicias». Acerca de este texto de Kant, Didi-Huberman dirá: «para que sea «histórico», [un signo] tiene que cumplir estas tres cosas al mismo tiempo: llevar una memoria, demostrar una actualidad y anunciar un deseo» (2017:123–124).

La aprehensión retórica de un discurso logra escapar de la seducción que ofrece su eficacia actual cuando un deseo dinamiza la superposición dialéctica de sus grados, cuando aspira efectivamente a transformar la memoria que invoca, cuando sus materias primas no quedan indemnes al proceso en que han sido involucradas. En este sentido, la práctica retórica se inscribe en una temporalidad que trasciende su coyuntura particular y traza lazos con aquellos discursos que surgirán «en circunstancias propicias» y que solo serán posibles por el trabajo —incluso por el fracaso— de las prácticas que los precedieron.

La resistencia de los enunciados materiales

Hemos dicho que las materias primas inmersas en la transformación retórica no quedan indemnes. Pero también corresponde decir que la aprehensión retórica no subyuga tan fácilmente el mismo carácter anómalo del discurso retórico. Como menciona George Lakoff (1993 [1998]) desde una perspectiva cognitiva, en la metáfora —entendida como *cross-domain mappings*, mapeos entre dominios—, el «dominio de destino» o «dominio objeto» —*target domain*, próximo al *grado percibido* del Grupo μ — puede ignorar, impedir o imponerse al mapeo del «dominio fuente» —*source domain*, i.e., *grado concebido*— que busca regular y gobernar con la metáfora el modo de

entender un determinado ámbito de la experiencia y del comportamiento.⁴ Esta regulación se establece por medio de lo que este autor llama «el Principio de Invariancia»:

Los mapeos metafóricos preservan la topología cognitiva (es decir, la estructura de la imagen–esquema [*image–schema structure*]) del dominio de origen, de una manera consistente con la estructura inherente del dominio de destino. (...) Un corolario del Principio de Invariancia es que la estructura de la imagen–esquema inherente al dominio objeto no se puede violar, y la estructura del dominio objeto inherente limita automáticamente las posibilidades de mapeos. Este principio general explica una gran cantidad de limitaciones previamente misteriosas en las asignaciones metafóricas. (...) La anulación [*override*] del dominio de destino en el Principio de Invariancia explica por qué puedes darle una patada a alguien sin que él la tenga después. (Lakoff, 1998:215–216, traducción propia)⁵

Aunque el planteo de Lakoff ponga el eje en los aspectos cognitivos de la metáfora y relegue las materialidades significantes a meras «realizaciones de superficie» (203), sus observaciones acerca de los límites que enfrenta la aprehensión metafórica de un dominio de la experiencia nos permiten volver a las implicancias de la «superposición dialéctica» entre el grado concebido y el percibido. El enunciado retórico, en su misma materialidad, puede volverse, en términos peirceanos, «el hecho individual [que] insiste en estar aquí con prescindencia de cualquier razón» (CP 1.434).⁶ El proceso que inicia la aprehensión retórica no se reduce a la mera superposición de una forma invariante en el enunciado manifiesto. Si el vínculo entre los grados —concebido y percibido— es dialéctico se debe, principalmente, al hecho de que entre ellos existe menos una relación de actualización que una *discontinuidad*; o, al decir de Ípola, «el vacío de una distancia conquistada» (2007:184).

⁴ Dice Lakoff: «three characteristics of metaphor (...): 1. *The systematicity in the linguistic correspondences.* 2. *The use of metaphor to govern reasoning and behavior based on that reasoning.* 3. *The possibility for understanding novel extensions in terms of the conventional correspondences*» (1998:210, el destacado es nuestro).

⁵ El texto original: «*Metaphorical mappings preserve the cognitive topology (that is, the image–schema structure) of the source domain, in a way consistent with the inherent structure of target domain. (...) A corollary of the Invariance Principle is that image–schema structure inherent in the target domain cannot be violated, and the inherent target domain structure limits the possibilities for mappings automatically. This general principle explains a large numbers of previously mysterious limitations on metaphorical mappings. (...) The target domain override in the Invariance Principle explains why you can give someone a kick without his having it afterward.*»

⁶ «The individual fact insists on being here irrespective of any reason» (CP 1.434).

En el relato de Silvia Molloy habíamos identificado que el enunciado pronunciado era disputado por lecturas: una médica, que atribuía la impertinencia de la palabra pronunciada a la misma enfermedad; y una retórica, que reconocía en esa impertinencia una respuesta, una ironía, un desafío a la misma autoridad médica. Sin embargo, el texto incluye una tercera mirada, la de la narradora: «Pienso: si es que hay ironía, y no mero deseo de creerla capaz de ironía, se trata de una de esas ironías que llaman tristes». Esta última mirada se corresponde, de algún modo, con esa resistencia que puede ofrecer el mismo enunciado a su aprehensión retórica; el *target domain override* de Lakoff.

El último comentario («creerla capaz de ironía») nos devuelve a la dimensión material de la práctica retórica que estamos analizando. La aprehensión retórica, en su aspecto material, debe lidiar con el estatuto que se les atribuye a las productoras y los productores de los discursos. No se trata, como señala Foucault (1970 [1992]), de una prohibición sino de una *exclusión*, de una separación y un rechazo, semejante a lo que ocurría con la palabra del loco antes del siglo XVIII. Lo que buscamos señalar es que, a diferencia de las perspectivas cognitivistas —atentas a la eficacia simbólica— y de las formalistas —empeñadas en reconocer operaciones, figuras y poéticas—, la dimensión material le devuelve a la práctica retórica su carácter de proceso de producción, de práctica que involucra materiales, pero también fuerzas productivas y relaciones de producción. En muchos casos, hace falta la resistencia del enunciado, que él mismo se nos enfrente como hecho individual, para que esa dimensión material se nos vuelva sensible. La narradora de Molloy enfrenta esta resistencia —el discurso desarticulado, la memoria que se deshace— y percibe que no hay modo de continuar, de sostener la escucha retórica, sin perder algo, sin negar la condición en la que se encuentra la misma persona que ha producido el enunciado que busca ser aprehendido. Es la aceptación de esta negación la que produce esa tristeza y la que lleva a anotar entre signos de interrogación el efecto significante.

Conclusiones

En el comienzo de este trabajo transcribimos aquella definición de la retórica dada por el Grupo μ , de acuerdo con la cual se trata de «la transformación reglada de los elementos de un enunciado, de tal manera que en el grado percibido de un elemento manifestado en el enunciado, el receptor deba superponer dialécticamente un grado concebido». A lo largo de estas páginas hemos hablado del *grado concebido*, del *grado percibido* y de la *superposición*

dialéctica. Luego de los últimos desarrollos podemos volver esa calificación que hemos deliberadamente olvidado: «transformación *reglada*».

La retórica es una transformación *reglada* no porque se realice de acuerdo con ciertas «reglas de transformación» —en el sentido chomskiano del término— o porque su transformación pueda describirse a partir de un repertorio de operaciones y figuras. Lo que vuelve «reglada» a esta transformación es la misma regulación que busca imponer el grado concebido sobre el grado percibido, lo que Lakoff llama un Principio de Invariancia entre ambos. De este modo, la *forma* que seleccione —que «conciba»— el interpretante retórico le impondrá a la superposición dialéctica una *legalidad* con la que buscará «gobernar» ese enunciado anómalo. Pero, tal como hemos visto en la cita de Lakoff, no siempre ese enunciado, ese acontecimiento, se dejará «domesticar» —al decir de Ricoeur (1975 [2001])— automáticamente. Puede ocurrir que, en la coyuntura particular de esa aprehensión, lo percibido y lo concebido se tornen inconmensurables, que el acontecimiento sea irreductible a esa legalidad con la que la práctica retórica busca organizar la economía de la materialidad discursiva.

En una primera aproximación, la disputa entre la aprehensión médica y la aprehensión retórica parece consistir en los efectos de sentido que se dará al enunciado «P/petra» —y aquí mismo nos vimos tentados a hablar de «lecturas»—. Sin embargo, la atención a la materialidad que involucra la práctica retórica nos hace considerar que lo que está en juego es el modo de concebir las condiciones de producción en que se genera el enunciado. En ciertas circunstancias, las condiciones del enunciado reclamado por la aprehensión retórica desbordan a sus materiales e involucran a los sujetos que los producen y las relaciones sociales en las que se inscriben.

En el texto de Molloy, la escucha —y la notación— retórica proyecta, superpone dialécticamente, sobre ese enunciado una condición de capacidad de la mujer que lo produce («creerla capaz de ironía»). Y es la misma coexistencia con ese cuerpo y esa subjetividad que se *desarticula* la que ofrece una resistencia a la apropiación retórica deseada. La disputa sobre esa materialidad significativa de una letra que se anota, se escribe, con mayúscula o minúscula, nos recuerda que la aprehensión retórica trasciende sus efectos de significación y su descripción conceptual. La aprehensión retórica es siempre un esfuerzo por regular los materiales, los cuerpos y sus relaciones, en tanto condiciones necesarias para la producción del sentido figurado.

Referencias bibliográficas

- Acebal, Martín (2016).** La retórica inagotable. Práctica social y proceso semiótico, *Rétor* Asociación Argentina de Retórica, 6(1), 1–27.
- Acebal, Martín (2020).** ¿De qué están hechos los discursos retóricos? *Anclajes*, 24(3), 155–171.
- Althusser, Louis (1971).** *La revolución teórica de Marx*. Siglo XXI.
- Beristáin, Helena (1992).** *Diccionario de Retórica y Poética*. Porrúa.
- De Ípola, Emilio (2007).** *Althusser, el infinito adiós*. Siglo XXI.
- Didi-Huberman, Georges (2017).** Por los deseos (fragmentos sobre lo que nos subleva). En *Sublevaciones* (pp. 83–182). Universidad Nacional de Tres de Febrero.
- Foucault, Michel (1992).** *El orden del discurso*. Tusquets.
- Foucault, Michel (1991).** ¿Qué es la Ilustración? En *Saber y Verdad* (pp. 71–96). La Piqueta.
- Grupo μ (1987).** *Retórica general*. Paidós.
- Kant, Immanuel (2003).** Replanteamiento de la pregunta sobre si el género humano se halla en continuo progreso hacia lo mejor. En *El conflicto de las Facultades* (pp. 151–172). Alianza.
- Kapust, Daniel (2012).** Cicerón: el *decorum* y la moralidad de la retórica. *Praxis Filosófica*, 35, 257–282 (trad. de Christian Felipe Pineda Pérez).
- Lakoff, George (1998).** The contemporary theory of metaphor. En Ortony, Andrew (Ed.). *Metaphor and Thought* (pp. 202–251). Cambridge University Press.
- Lausberg, Heinrich (1975).** *Elementos de retórica literaria*. Gredos.
- Link, Daniel (2014).** *La poesía en la época de su reproductibilidad digital*. Universidad Nacional de Tres de Febrero.
- Merrell, Floyd (2001).** Charles Peirce y sus signos, *Signos en Rotación*, Año III(181).
- Molloy, Sylvia (2010).** *Desarticulaciones*. Eterna cadencia.
- Peirce, Charles (1931–58).** *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, Vols. 1–6, C. Hartshorne, P. Weiss (Eds.). Vols. 7–8, Burks, A. W. (Ed.). Harvard University Press.
- Ricoeur, Paul (2001).** *La metáfora viva*. Trotta.
- Stjernfelt, Frederik (2011).** Everything is transformed. Transformation in Semiotics. En *Grammatology. An investigation on the borderlines of Phenomenology, Ontology, and Semiotics* (pp. 117–140). Springer.
- Woodside Woods, Julián (2019).** Escucha intermedial: auralidad desde una perspectiva retórica, Dossier: Modos de escucha, editado por Domínguez Ruiz, A. *El oído pensante*, 7(2), 149–217.

Sobre las autoras y los autores

Martín Acebal • Doctor en Lingüística por la Universidad de Buenos Aires. Profesor Adjunto en *Teoría de la Argumentación* (FHUC–UNL) y *Semiótica* (UNTREF), Profesor Asociado en el Área de Competencias en Discurso Profesional y Académico (UNaB). Prosecretario de la Asociación Argentina de Retórica. Investiga sobre retórica y semiótica en los discursos verbales y visuales, campo en el que ha publicado diversos artículos. Autor y compilador con Claudio Guerri de *Nonágono Semiótico. Un modelo operativo para la investigación cualitativa*.

Marta Alesso • Doctora en Letras por la Universidad Nacional de La Plata. Profesora Titular de *Lengua y Literatura Griegas* (FCH–UNLPam) hasta 2019. Directora e Investigadora Responsable del Proyecto de Investigación Científica y Tecnológica (PICT 2015) «Filón de Alejandría en clave contemporánea». Directora de la publicación periódica *Circe, de clásicos y modernos*. Editora de *Hermenéutica de los géneros literarios: de la Antigüedad al cristianismo*, Instituto de Filología Clásica (UBA), y *Mesianismo y política* (UNGS).

Emiliano Buis • Doctor y Diploma de Posdoctorado por la Universidad de Buenos Aires. Master en Historia y Derechos de la Antigüedad (París I–Panthéon–Sorbonne). Abogado y Licenciado en Letras Clásicas (UBA). Profesor Titular Regular de *Derecho Internacional Público* (UBA y UNICEN) y Profesor Adjunto Regular de *Lengua y Cultura Griegas* (UBA). Investigador Independiente de CONICET. Coordinador del Grupo de Trabajo sobre Derecho Griego Arcaico y Clásico y sus Proyecciones en el Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho.

Ivana Chialva • Doctora en Letras. Profesora de *Literaturas griega y latina, Griego I y II* (FHUC–UNL). Investigadora Adjunta del CONICET (IHUCSO). Sus estudios se centran en la indagación filológica, la edición textual y la práctica de la traducción de textos en griego antiguo. Ha participado en diversos proyectos de investigación y es autora de numerosos trabajos en torno a la influencia sofística y retórica en la escuela griega y su influencia en la prosa griega imperial. Ha publicado en coautoría las ediciones bilingües de las piezas *Encomio de Helena* y *En Defensa de Palamedes* de Gorgias.

Pilar Gómez Cardó • Doctora en Filología Clásica. Profesora titular de *Filología Griega* en la Universidad de Barcelona, donde enseña e investiga desde 1981. Es autora de artículos y capítulos de libros sobre la literatura griega de época imperial romana, en especial sobre Segunda Sofística y novela. Ha estudiado la obra de autores como Luciano —de cuya edición y traducción al castellano para la colección *Alma Mater* participa—, Plutarco, Dión de Prusa o Elio Arístides. Es miembro del grupo de investigación *Graecia Capta* (UB).

Mariano Dagatti • Doctor en Lingüística y Magister en Análisis del Discurso por la Universidad de Buenos Aires. Profesor de *Semiótica* en la Universidad Nacional de Entre Ríos y de *Comunicación Visual* en la Universidad de San Andrés. Investigador Adjunto del CONICET con sede de trabajo en el Centro de Innovación de los Trabajadores (CITRA), donde coordina el Núcleo de Comunicación y Discurso. Su libro más reciente es *La política en escena. Voces, cuerpos e imágenes en la Argentina del siglo XXI* (en coautoría con Ana Aymá, UNQ, 2020).

Romina Grana • Licenciada, Profesora y Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba. Actualmente se desempeña como Profesora Titular Intermittente de *Lingüística I* y como Adjunta en el *Seminario de Producción Textual e Historia de la Lengua*. Ha tenido becas nacionales e internacionales para completar su trayecto doctoral y posdoctoral. Sus investigaciones se vinculan a dos grandes áreas: la argumentación y la etnolingüística.

Hubert Marraud • Doctor en Filosofía. Profesor de lógica y filosofía de la ciencia en la Universidad Autónoma de Madrid. Desde 2004 trabaja en teoría de argumentación. Ha escrito artículos y libros en ese campo: *How Philosophers Argue. An Adversarial Collaboration on the Russell–Copleston Debate* (2022), en colaboración con Fernando Leal, *En buena lógica* (2021), *¿Es lógic@?* (2013) y *Methodus Argumentandi* (2007). También codirige con Luis Vega la *Revista Iberoamericana de Argumentación*.

Salvio Martín Menéndez • Profesor titular de *Lingüística I* y *Lingüística II* en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata, profesor asociado de *Lingüística General*, Cátedra B, y *Gramática Textual* en Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Investigador independiente del CONICET. Actualmente es director del Instituto de Lingüística de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.+

Jimena Morais • Profesora y Licenciada en Letras por la Universidad Nacional del Litoral. Se encuentra cursando el Doctorado en la Universidad Nacional de Córdoba. Es profesora en las cátedras de *Latín I, II y III* (FHUC–UNL) y Profesora Adjunta de *Lengua Española II* (FHAYCS–UADER). Ha sido Secretaria de redacción de la revista *Argos*, de AADEC.

Cadina Palachi • Doctora en Humanidades y Artes, mención lingüística por la Universidad Nacional de Rosario y Profesora en Letras por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la UNL. Profesora de *Latín II y III* (FHUC–UNL) y Titular de *Lengua Española I* (FHAYCS–UADER). Actualmente dirige un proyecto de investigación CAI+D sobre variación lingüística en la UNL. Dirige también la revista *Argos*, de la AADEC.

Kendall Phillips • Profesor de Syracuse University, en la *Faculty Department of Composition and Cultural Rhetoric*. Investigador del *Program for the Analysis and Resolution of Conflict* en Maxwell School of Citizenship and Public Affairs. Su trabajo aborda la teoría retórica contemporánea, la crítica, la controversia, la disensión y la memoria pública en cómics, películas, discursos políticos y científicos. Autor de *Testing Controversy: A Rhetoric of Educational Reform* y *Projected Fears: Horror Films and American Culture*. Es editor de *Framing Public Memory*.

Liliana Isabel Pérez • Doctora en Humanidades y Artes, mención Lingüística por la Universidad Nacional de Rosario. Directora del Doctorado en Lingüística y Lenguas. Secretaria de Ciencia y Tecnología y Directora del Programa Universitario de Alfabetización y Escritura Académica (FHYA–UNR). Profesora Titular en Letras. Docente en los Doctorados de Lingüística y Lenguas y de Educación, en las Maestrías de Teoría Lingüística y Adquisición del Lenguaje, de Enseñanza de la Lengua y la Literatura, de Práctica Docente, entre otras. Ha publicado libros, capítulos y artículos sobre Retórica y Escritura Académica.

Gerardo Ramírez Vidal • Doctor en Letras Clásicas por la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigador en el Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel II. Investiga la sofística, retórica, hermenéutica, teoría y análisis retórico. Ha traducido y estudiado la obra de Antífonte de Ramnunte y el movimiento sofístico en Grecia en los siglos V y IV a. C. Fundó la Sección Mexicana de la Sociedad Internacional para la Historia de la Retórica, de la que fue el primer presidente de 2007 a 2009.

Cristina Vela Delfa • Doctora en Ciencias del Lenguaje y de la Literatura por la Universidad Complutense de Madrid. Profesora Titular del Departamento de Lengua Española de la Universidad de Valladolid e imparte su docencia en la Facultad de Ciencias Sociales, Jurídicas y de la Comunicación. Desde el 2006, trabaja en el ámbito del análisis del discurso digital. Autora de numerosas publicaciones, entre las que destaca *Los emojis en la interacción digital escrita* (2021). Junto con Lucia Cantamutto, es cofundadora de RECOD (Red de Estudios de Comunicación Digital); ambas dirigen la Revista REDD.

María Alejandra Vitale • Doctora en Lingüística por la Universidad de Buenos Aires. Posdoctora en Estudios Lingüísticos por la Universidad Federal de Minas Gerais, Brasil. Profesora titular regular del CBC-UBA e investigadora del Instituto de Lingüística (FFYL-UBA). Directora de proyectos UBACYT, becarios y tesis. Codirectora de la Maestría en Retórica y Argumentación, Universidad Nacional de Tucumán. Vicepresidenta de la Sociedad Argentina de Estudios Lingüísticos (SAEL). Su último libro se titula *Rutinas del mal. Estudios discursivos sobre archivos de la represión* (EUDEBA, 2022).

Julián Woodside • Semiólogo, ensayista e historiador mexicano dedicado a estudiar las relaciones entre medios, cultura, identidad y memoria colectiva. En años recientes ha desarrollado la idea de una retórica intermedial donde integra planteamientos de la teoría literaria, los *medium studies*, la semiótica, la historiografía, la estética y los estudios multimodales. Ha impartido conferencias a nivel iberoamericano y cuenta con variadas publicaciones sobre análisis de medios e industrias creativas.

Entre retóricas explora los lenguajes y sus producciones desde problemáticas transversales a los tiempos y las disciplinas. En sus páginas la retórica muestra su capacidad para intervenir en aspectos centrales de una sociedad: la memoria, el poder, la educación, las identidades y la figuración de sus discursos.

Estos ejes son interrogados desde tres grandes áreas de estudio: la retórica clásica, la teoría de la argumentación y los estudios sobre la poética en los lenguajes verbales y visuales. Quienes colaboran en este libro provienen de áreas diversas, pero coinciden en interrogar los lenguajes y sus formas de producir creencias, las cuales entran en tensión y forman parte del tejido simbólico de una sociedad.

Desde la Grecia y la Roma antiguas hasta las redes, a través de soportes renovados y recursos multimedia, *Entre retóricas* busca alcanzar e invitar a docentes, profesionales, investigadoras e investigadores para que formen parte de este campo disciplinar en constante expansión.